

AMADOR D. GERVASIO



EL
VALLE DE
DOS CARAS

NO JUZGUÉIS Y NO SERÉIS JUZGADOS

El valle de dos caras

Amador D. Gervasio

Titulo original: El valle de dos caras

Primera edición con esta presentación: diciembre 2018

Reservados todos los derechos. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Copyright © 2018 Amador D. Gervasio
Todos los derechos reservados.

A mis padres, quienes me dijeron que la vida es demasiado corta para estar viviendo el sueño de otra persona, y por eso hoy he cumplido el mío.

A mi esposa, quien me enseñó a cambiar el mundo, aunque finalmente fue el mundo el que me cambió a mí.

«Si la esclavitud no está mal, nada está mal. [...] Y, sin embargo, yo nunca he comprendido que la presidencia me confiera un derecho ilimitado para actuar oficialmente según este juicio y sentimiento. [...] Afirmando que no he controlado los sucesos, pero confieso dolorosamente que los sucesos me han controlado a mí».

Abraham Lincoln a A. G. Hodges.

4 de abril de 1864

PRÓLOGO

Cuando la guerra de Secesión comenzó en abril de 1861, la relación económica global colapsó. Al principio, la Confederación esperaba forzar el ansiado reconocimiento de los poderes europeos al restringir la exportación de algodón, pero una vez que el sur entendió que esta política estaba destinada a fracasar porque el reconocimiento europeo no llegaría, la Unión bloqueó el comercio sureño por cerca de cuatro años. *La hambruna del algodón*, como llegó a ser conocida, creó una crisis global de materia prima del capitalismo industrial.

Años más tarde, a mediados del segundo año de guerra, se dio a conocer la Proclamación de Emancipación, que otorgaba libertad a todos los esclavos en áreas aún controladas por la Confederación. Los mosquetes confederados no pudieron contra los rifles de repetición de la Unión.

Algunos condados aún reclamaban y disfrutaban de la esclavitud para satisfacer sus tierras en pequeñas lagunas legales, lo que dio lugar a la Reconstrucción impuesta por el norte, donde garantizaban a los esclavos recién liberados los mismos derechos que la ciudadanía blanca.

Aquel movimiento del Gobierno no fue aceptado por el sur y se crearon diversas rencillas internas entre los estados confederados, provocando regiones inestables. En uno de aquellos estados se encontraba Oldwing, lugar donde el reverendo compendió en su persona el ardor evangelizador con la actividad social, donde comenzó a predicar, desde su púlpito, sermones abiertamente delicados sobre la creación de una nueva nación.

Una tierra de infieles, un lugar gobernado por el odio y por el puñal donde sus protagonistas anhelan continuar con vida un día más, pasando por circunstancias cuyas condiciones de supervivencia se vuelven cada vez más extremas.

Una historia que introduce una apreciable ambigüedad moral y donde se acompañará a los personajes por diferentes caminos y decisiones, las cuales nos mostrarán diversos puntos de vista que podrían llegar a causarnos tanto simpatía como grandes percepciones de esa característica picaresca del viejo Oeste. Se mezclarán sentimientos de amor y odio frente a los personajes más malvados y perversos, quienes, quizás (y por qué no), podrían llegar a convertirse en

auténticos héroes.

Y, por si fuera poco, la extraña presencia de unas misteriosas criaturas hará que los protagonistas crean que se enfrentan no solo a sus enemigos más cercanos y adversos, sino también a fuerzas sobrenaturales que superan por momentos su razón y sus creencias.

AGRADECIMIENTOS

Cómo empezar...

A todos aquellos lectores de mis primeros borradores: Eva Maroto, Ángel Calvo, Mercedes Plaza, Blanka y Csongi Fülöp, Rubén y David Corroto... Y, si me permitís un inciso, en general a todos los Arrow. Sois muchos, demasiados como para nombraros a todos, pero si seguí escribiendo fue gracias a ellos.

Y, sobre todo, gracias a los ánimos de la familia Maroto, ya que, si seguí mejorando, fue por todas sus críticas.

Tampoco pueden faltar los consejos y alientos de toda la familia Sotero. Estoy orgulloso de ser uno de ellos.

Por otro lado, no podría olvidarme de mi otra familia cubana. Gracias a Romel e Yskra por sus reparos y apoyos.

Especial dedicación a Jorge González González por su gran patrocinio, a Ernesto *el Sabio* y también a nuestras excelentes colaboradoras Marta Cuchelo, por esas ilustraciones, y Ana Belén Rodríguez, por aquel poema con tanta elegancia.

Tampoco podemos olvidarnos de todos aquellos mecenas que siempre confiaron en el talento; de no ser por ellos, no tendríamos este libro entre las manos. Entre ellos están Jacuju, Juanitohijo, Sergio PM, Leti, Aarone, Gorjo Love, Yoerdani, David Calurano, Knpuma, Amparo Hernández Daza, Jose Manuel Barberá, Isaac Occam, Juan Pe, Mateo, TurboSpirit, Joan Pagès Fageda, Revok, Hurd4n0, Agata Pérez, *joven e insensato* Honrubia, Esther Cobo, Isabelle Roldan, Luis Díaz, Ana Isabel Gervasio, Adoración Díaz, Begoña Cáceres, Lidia Enciso, Rubén Álvarez, Loli Castaño, JMiguelpetit, Patricia Fernández Sánchez, Noite y Micke1980...

Por último, pero no menos importante, gracias a Conchi Peiró y a Leonor Mora.

Un placer compartir esta historia con todos ustedes.

Capítulo 1

La llegada

Me dio lástima mirar y ver cómo se apenaba al quedarse sola en la vida. Se quedó sola en su mundo, llorando de noche y de día. El tiempo todo lo puede y luego se va olvidando, pero nunca podré olvidar el valor de la joven Cassei, una inocente niña llena de vida, de energía y, sobre todo, de una gran inocencia. Con tan solo trece años presumía de unas largas trenzas de raíz rubias y de una dulce carita inmensamente apegada y cariñosa (claro, con quien ella aprecia y conoce), pero se sentía vulnerable e intimidada en un territorio desconocido, con adultos que poco o nunca ha visto. Igual que su madre, una hermosa mujer de treinta y un años con una figura esbelta de altura media. Siempre atenta a su familia y buena esposa, bien cuidada y acicalada. Sus ojos almendrados y aterciopelados de mirada tristonera contradecían su amplia sonrisa de un intenso color rojizo y dientes blancos digna de una dama aristócrata, con un sedoso cabello tintado y recogido en un moño. Descendiente de una familia de buena reputación, ambas recibieron una excelente educación, aunque eso no les sirvió para estar preparadas ante una aventura que cambió sus cómodas vidas para siempre.

Se avecinaban tiempos modernos, un nuevo tratado del Congreso en Washington D. C. aludía que cualquier ciudadano podía adquirir hasta ciento sesenta acres de terreno por tan solo diez dólares por acre de pago en mano. Aquello provocó que mucha población de las ciudades se desplazase a las praderas, creando un movimiento bullicioso de colonización masivo que cambió las altas hierbas por cultivos y granjas llenas de piezas de ganado.

A ello había que añadir el «gran trato» que el Gobierno hizo con las compañías ferroviarias, con el que expropiaba todo terreno que estuviese a ambos lados de las nuevas líneas de ferrocarril para luego cederlo a empresas privadas y obtener un beneficio máximo del 100 %. Estas empresas privadas, incluso, podían revenderlos luego a nuevos colonos.

Así fue como multitud de personajes variopintos e individuos extravagantes iban llegando al pueblo; desde inversores, rancheros, tahúres y mineros hasta los médicos más prestigiosos de las universidades de las grandes ciudades de alrededor. Todos ellos buscaban proliferar en la pequeña (aunque en

auge) Oldwing.

Sin más, Oldwing era un pueblo que destacaba por la homogeneidad que se extendía a sus gentes, generalmente de carácter muy conservador y muy suyos. Se encontraba a las faldas del Monte Evihan, con una gran superficie donde sus habitantes vivían muy desperdigados debido a las zonas montañosas y a los grandes lagos que albergaba. No obstante, el grueso del territorio estaba integrado por pequeñas casas y granjas de naturaleza similar que se intercalaban a lo largo de enormes llanuras. A su vez, un clima muy frío, con mucha nieve en invierno y templado en verano. Aun así, en otoño era todo un espectáculo presenciar *in situ* la caída y el cambio de color de las hojas de los árboles.

Washington D. C.

Enero, 1871

—Por favor, señorita Ming, disculpe que la interrumpa, pero... No se centre tanto en los detalles —dijo con solemnidad el magistrado—. Vaya directamente al grano. Y recuerde que está usted bajo juramento.

Me quedé unos instantes en blanco. Aquel lugar me hacía sentir incomoda. Quizás fuese la atenta mirada del jurado o quizás los nervios de testificar contra alguien que estaba sentado dos sillas a mi derecha. Aunque en aquella sala hacía bastante frío, una leve gota de sudor que no cesaba resbalaba por mi sien, empapando poco a poco hasta llegar al cuello. Mis manos delataban mi inquietud: necesitaba mover los dedos, entrelazarlos y apretarlos para mantener la calma. Las punteras de mis pies tampoco se quedaban quietas y temblaban constantemente apoyadas en la madera del estrado. Según avanzaba la mañana, mi lengua se iba soltando y, gradualmente, podía seguir contando lo sucedido con más naturalidad.

—De acuerdo, magistrado. Como iba diciendo —continué.

El 24 de diciembre de 1865 no fue un día alegre para ninguno de sus antiguos habitantes. Era mediodía, y el sol estaba en lo más alto creando una sombra alargada a lo largo de la calle principal. Era el funeral de Thomas Cassei, antiguo *sheriff* de Oldwing, muy querido por los pocos habitantes originales que aún quedaban en la ciudad, ya que, desde que cerró la mina, la mayoría de los habitantes migró a la ciudad de Pigstone mucho antes de la colonización masiva.

Ese día todo el pueblo estaba en la iglesia. No quedaban asientos libres en los bancos y la gente se apoyaba en las paredes. Esperaban la llegada del párroco para empezar la homilía, bendecir el féretro y realizar la misa. Ya venía con minutos de retraso cuando una voz afónica y áspera (que no era la del pastor) irrumpía a las puertas. El silencio se acentuó y resultaba incómodo mirar hacia

atrás.

—Mucha prudencia con falsos profetas que vienen disfrazados de corderitos y que por dentro son lobos feroces. ¡Jesús es el pastor que cuida de vosotros y os protege de esos lobos! ¡Yo! ¡Yo soy su perro! El que devuelve a las ovejas al redil cuando se desvían del camino —hablaba con voz hosca—. Como algunos de vosotros.

Ocurría una pausa incómoda entre los asistentes a la iglesia. Sus miradas se cruzaban, pero nadie se movió de sus asientos. Las mujeres agachaban la cabeza y miraban de reojo la silueta de aquel hombre, que cada vez se adentraba más en la iglesia; los caballeros, con los sombreros en la mano apoyados en su pecho, miraban hacia atrás de forma inquietante. A cada segundo la silueta se dejaba ver más y más. Se podía observar un gran chaquetón negro y largo con forro de piel y detalles en cuero repujado; viejo, estropeado y lleno de polvo. Al llevar los botones sin abrochar, se podía apreciar un chaleco negro y una camisa gris con cuello de ópera levantado con un cubre cuello negro. Y a juego con la puntera de sus botas, un sombrero Stetson también negro con adornos dorados y de solapa ancha.

Poco a poco, el forastero alcanzó el final de la iglesia y subió el último peldaño que separa a los vivos de los muertos.

—Algunos de ustedes, seguramente, merecerían ir al infierno. De eso no me cabe duda. Incluso podría hablaros del infierno. —Acaecía una pausa discreta—. Podría hablaros del dolor, del sufrimiento. Seguro que todos habéis imaginado alguna vez cómo es aquello, ¡pero es mucho peor! —alzó la voz.

Por fin, la silueta dejó ver su aspecto. Su expresión era dura y sus ojos negros irradiaban una frialdad inusual. Tenía medio rostro cuarteado, media cara quemada, incluso uno de sus ojos era prácticamente opaco. Mostraba un pelo gris aplastado por el sombrero y un gran bigote que se unía con la barba de, al menos, seis días sin afeitarse.

—Sea por casualidad o por haber sido elegido, todo hombre viaja hacia su ruina o hacia su salvación. El azar guía a los sordos y a los ciegos, aunque solo los elegidos escucharan la voz del señor, al igual que hice yo. Jesús se dirigió a mí: «Humilde siervo, echa aquí tus raíces, ya que esto es tierra bendita. Siembra cultivos, cría ovejas y construye para prosperar, ya que el centro de poder está en tus manos». Sin embargo, al presentarme ante vosotros en sagrado testimonio, veo la impureza extenderse como la obra del señor: la del Diablo, cuyas argucias y maquinaciones no esperan fin...

Aquel forastero se mostraba muy seguro de sí mismo, y daba la impresión de estar acostumbrado a ser el centro de atención. El pueblo lo observaba inquietante. Todos los ojos se movieron en su dirección. El silencio angustiaba.

—Debemos mantenernos firmes, eliminar a los conspiradores del Diablo que hay entre nosotros y poner en orden la casa del Señor —continuó hablando el predicador.

Durante varios minutos inquietantes, los hombres y mujeres empezaron a levantarse de sus asientos y, sin mirar atrás, salían de la iglesia.

—Solo os daré un consejo a todos aquellos que se marchan —sus palabras sonaron como un lastimero sermón—: ¡el camino es más fácil cuando vas hacia el infierno!

Al cabo de unos pocos minutos, solo quedaban dentro de la capilla la viuda Lucie y su hija, quien tenía enfundadas las manos en unos guantes de color gris roca, cruzadas la una sobre la otra y el rostro serio (aunque a la vez encantador) y ligeramente ladeado, atrayendo las miradas de todos los hombres próximos a ella que iban saliendo de la capilla. A su lado, su hija Abigail Cassei reflejaba en sus mejillas calidez (aunque poco color) y unos ojos verdes grandes, brillantes por culpa de las lágrimas de toda la noche llorando.

—No os preocupéis, estoy aquí para ayudar. —El predicador se acercó a ellas con una compasiva voz.

Hubo otro espeso silencio.

—Muchas gracias, pastor. —A Lucie le temblaban los labios y las palabras le salieron entrecortadas.

Abigail no paraba de mirar el rostro del forastero de forma discreta. Sus ojos eran puro hielo, su rostro mostraba tal frialdad que intimidaba con solo echarle una ojeada. Su piel era tosca y la parte de la cara que tenía cicatrizada era un vasto barbecho donde no crecía barba.

Tras unos instantes...

—No tengas miedo de mi aspecto, jovencita... —Se percató que Abigail, mirándole con los parpados entornados y con mucho detenimiento, le seguía la mirada.

—¿Quién es usted, señor? —preguntó con la voz quebrada la joven Abigail.

—He realizado un largo viaje para llegar a este pueblo. He venido a sustituir al anterior pastor. —Ambas asentían con la cabeza.

—Mucho gusto, padre. —Lucie acercaba su mano al predicador mientras se ponía de pie. Su mirada hacia él indicaba como si ya se hubiesen conocido de mucho antes. A ella no parecía incomodarle su aspecto, y mucho menos aún su actitud.

—Por favor, llámenme Fred.

—Reverendo Fred, ¿podría decir unas plegarias para poder llamar al sepulturero y enterrar a mi esposo? Me gustaría irme a casa pronto —dijo Lucie

con voz entrecortada. Los ojos se le llenaban de lágrimas cada vez que lo recordaba.

El reverendo dejó caer la mano enfundada de la viuda Lucie y, con ligereza, se acercó al féretro. Con una breve y sutil zancada se colocó frente a las dos parientes.

—Señor mío, acepta nuestras súplicas. En sus manos dejamos esta alma. Dios todopoderoso, tú creaste el cielo, los mares, la tierra y todo lo que vive en ella. Acoge esta alma perdida para que pueda gozar de la dicha eterna.

A mitad de las plegarias, la puerta de la capilla se abrió de un golpe. El sepulturero irrumpió en la iglesia reclamando sus tres dólares por el trabajo a realizar por adelantado.

—¡Vamos aligerando, que aún tengo que recoger otros tres cuerpos en Pigstone! —comentaba jocosamente aquel hombre de pala en mano.

La mala educación de este hizo cabrear tanto a la viuda como al reverendo. El reverendo alzó una de sus cejas y miró de forma desafiante al sepulturero mientras apretaba sus puños, aguantando su cólera. El mismo sepulturero reaccionó al ver su cara.

—¡Maldita sea! ¡Pero qué lentitud, por Dios! ¿Es que nadie va a mover un dedo en este pueblo? ¿Qué os corre por las venas? ¿Zarzaparrilla? —seguía quejándose el sepulturero mientras salía de la iglesia agachando las orejas.

El enterrador se limpió con el antebrazo el sudor de su frente y, al ver tal reacción, abandonó la capilla.

—Señora, no se preocupe, ignore las palabras de ese paleta maleducado. Enterraré yo mismo a su marido —dijo el reverendo de forma caballerosa en dirección a la puerta de salida—. Os ayudaré con todo.

—De nuevo, mil gracias, señor —dijo Lucie.

—Señora —Se echaba una mano a la solapa del sombrero y bajaba la cabeza, desviando su mirada al suelo—, iré a buscar un carro para llevarnos a su marido.



No eran más de las seis de la tarde cuando el reverendo finalizó la sepultura clavando de un golpe seco la pala en el nicho y colocando en ristre la cruz sobre aquel montículo de tierra. La tierra estaba dura y poco húmeda para ser invierno. Aún no habían empezado las fuertes lluvias. El reverendo sin camisa no parecía un simple párroco; su cuerpo trabajado y herido por múltiples cortes y algunos

agujeros de pólvora indicaban que no hacía mucho que Fred era un simple predicador del señor. Era difícil imaginar qué le podría haber ocurrido en su vida anterior a aquel hombre infeliz y qué le traía a este pueblo tan olvidado de la mano de Dios.

—¡Reverendo! —interrumpió Lucie.

—Por favor, insisto, llámenme Fred.

—Fred, es tarde. En breve anochecerá. ¿Por qué no se queda en casa esta noche? Tenemos varias habitaciones libres. Además, hoy es el día del Señor, teníamos pensado preparar un buen guiso para cenar —preguntaba Lucie simpáticamente.

—No, no se moleste, mi señora. Buscaré una habitación en la posada.

—Insisto, por favor. ¡Quédese! —volvió a hacer hincapié la viuda.

—Sí, por favor, quédese —insistía Abigail—. Hace un estofado con patatas buenísimo, para rechupetearse los dedos —volvía a corroborar.

—Es cierto, la salsa es una receta secreta de mi abuela, de generación en generación. No existe salsa igual en todo el condado.

—No le quito mérito, señora, pero no querría molestar. No dejo de ser un forastero que ha aparecido nuevo en el pueblo.

—Sí, señor, pero el único hombre con el arrojo suficiente para ayudarnos con el funeral, algo que agradezco de veras con todo mi corazón. —A Lucie se le amedrentaba el estómago ante tal verdad.

—Está bien, señora, si insiste tanto, habrá que probar esa vianda...

Capítulo 2

Negocios

Oldwing

Diciembre, 1865

El pueblo parecía proliferar, pues cada vez llegaba más gente al pueblo: la taberna estaba a rebosar de jornaleros sedientos, el hotel siempre estaba lleno, los dispensarios con escasez de productos por la gran demanda de los trabajadores y las prostitutas cada día más contentas, con tanto hombre no daban abasto. Como era de esperar por la reapertura de la mina, bandoleros y bandidos tampoco tardarían en llegar al pueblo.

En la hacienda Cassei, aparentemente, todo seguía igual que antes. La muerte de Thomas no había cambiado gran cosa, ya que, principalmente, era Lucie la que se encargaba de dirigir a los trabajadores. Ese mismo mes comenzaba la cosecha de los campos de algodón. Debería haber comenzado en noviembre, pero, por culpa de las lluvias, tuvo que retrasarse. Las plantaciones de la familia eran enormes y abarcaban gran parte del valle, lo que requería una gran cantidad de mano de obra.

Sin embargo, el éxito del cultivo de algodón requiere un largo período de mucho sol, precipitaciones moderadas y sin heladas. Podría considerarse la octava maravilla del mundo ver aquellos campos blancos creados por los brotes de pequeñas cápsulas ondulantes, casi hipnóticas, al movimiento del viento e intercaladas por jornaleros de color que recogen kilos y kilos al son del *blues*.

—Madre, aún tengo que ir a Pigstone a cerrar algunos asuntos de padre —habló Abigail.

—Está bien, hija. Que te acompañe César —dijo Lucie—. Estará en los campos. Búscalos y que vaya contigo.

—No es necesario, madre —dejó escapar un suspiro cansado—. Puedo apañármelas sola —insistía Abigail testarudamente.

—Prefiero que alguien te acompañe. Últimamente no es seguro salir sola, y mucho menos a las afueras.

—Está bien, aunque no volveremos tarde —dijo la joven soltando de nuevo otro suspiro.

—Abrigaros bien, el invierno está al caer —la increpó—. Hace mucho viento por los desfiladeros. Podríais coger un buen catarro. Aguadaros si os alcanza la lluvia —dijo Lucie al aire mientras la joven caminaba en el sentido de los campos de algodón.

Abigail y César partieron hacia Pigstone en dos yeguas de color alazán (mezcla entre matiz dorado y canela) con las crines y la cola con tonos pelirrojos. En realidad, con un tono más tostado al anterior, semejante al color del café, pero con bandas bronceadas hacia ijares y muslos.

César era un jornalero de color de unos cincuenta y nueve años, pelo rizado y blanco por las canas debido a la avanzada edad y una actitud muy amigable y servicial, siempre sin levantar una palabra más alta que otra. Estaba asalariado por cuatro dólares al día junto a otros tantos para mantener en pie la hacienda abanderada por la familia de Lucie...

—Señorita Abigail, ¿qué tarea prefieres que hagamos primero? —preguntó César desinteresadamente mientras iban al paso de camino a Pigstone.

—Creo... Creo que deberíamos dividirnos para aprovechar el día. Yo me encargaré del pago del funeral de padre y otros encargos menores de madre.

—Está bien, yo realizaré la devolución de las piezas de ganado enfermas que compró su padre para el rancho antes de morir —confirmaba César.

—Recuerda que te devuelvan el dinero por las que llegaron muertas —añadía Abigail.

—Sí, no se preocupe señorita, tengo el recibo de venta aquí mismo.

El viaje a Pigstone no fue largo. En menos de dos horas estaban a la entrada de la bulliciosa ciudad. Aunque fue raro no encontrar nadie por las calles ni tierras del lugar. Abigail y César no le dieron importancia y se separaron. César se desvió de la calle principal y dejó continuar a Abigail hasta la plaza del pueblo.

—Quedaremos aproximadamente en dos horas en este mismo lugar, señorita Cassei —confirmó César mientras se distanciaban.

—Muy bien, César. Aquí estaré —dijo firmemente Abigail.

—No se retrase, ya sabe que a su madre no le gusta esperar. Y no quiere que estemos lejos de casa tanto tiempo —hablaba a media voz César.

—No se preocupe, César, seré puntual —dijo ella con un tono coloquial.



En mitad de la plazoleta, al otro lado del teatro y enfrente de la casa de

cambio, junto al aserradero, empezaba una ejecución de rufianes y cuatreros, de modo que la plazuela estaba abarrotada. La gente se arracimaba lo más cerca posible del altillo. El olor a muerte se podía apreciar en el ambiente. Los pobres condenados tenían la soga al cuello, las manos atadas a la espalda y, con las puntas de los pies, tocaban el patíbulo que mantenía en vilo sus vidas. Con desprecio miraban las caras de la muchedumbre, excepto uno de ellos, que empezó a hablar al público:

—¡Damas y caballeros! —El silencio cogió fuerza—. Solo quiero decir que... Estoy aquí por no haber matado a la persona que lo merecía. No es por fanfarronear, pero veo entre el público a gente mucho peor que yo. —Se lamentaba uno de los «desperados» mientras intentaba aflojarse la cuerda del cuello—. ¡Personas más miserables! ¡Ratas! Pero aun así, por favor, eduquen bien a sus hijos. Conmigo ya no hay solución. No dejen que se vayan con malas compañías al igual que hice yo, pues eché mi vida a perder.

Después de acabar su discurso, aquel rufián secó como pudo las lágrimas de sus ojos restregándose con el hombro de su austera camisa. A los pocos instantes, el verdugo le tapó la cabeza con un fardel de tela sin ajustar el cordel. A continuación, otro de ellos empezó a hablar.

—Yo solo estoy aquí por acuchillar en el *saloon* a un mesero por culpa de una botella de brandi —hablaba aún beodo otro de los cuatreros—. Lamento lo que hice, pues no era yo, era el alcohol. —El embriagado cerraba sus ojos con fuerza y, a su vez, las lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

Automáticamente, el verdugo cogió otra talega del suelo preparada a sus pies y, con las mismas, tapó su cabeza casi sin dejarle acabar aquel discurso. Junto a él, colocó al resto de los acusados, menos al último.

Apartando la vista, se podía ver a Abigail mezclada entre la muchedumbre que observaba a los cuatreros moviéndose de un lado a otro, escabulléndose entre la gente.

—Perdone, señora, ¿podría indicarme quién es el *sheriff*? —preguntó Abigail a una de las mujeres que asistía como público en la ejecución.

—Jovencita, el *marshall* es aquel, el del bigote alargado —contestó.

Con la misma discreción, Abigail empezó a moverse juiciosamente entre la aglomeración apartando con sumo cuidado a las personas que se interponían en su camino para no molestar a nadie.

Finalmente y por sorpresa, un chasquido de tablas hizo asombrar al público expectante. El suelo cedió y el cadalso de madera se abrió dejando colgados a los cinco acusados, únicamente sujetos por la soga al cuello. El pequeño tirón del nudo rompió las dos primeras vértebras de los cuatreros, provocando una lesión medular irreversible. Aunque no había asfixia, la soga

impedía la circulación sanguínea. La presión de las venas quedaba interrumpida por la cuerda de retorno. Todos tenían la cabeza tapada excepto el Holandés, en el que se pudo observar cómo sus ojos se hinchaban y se creaba un tono azulado en su rostro.

Desde ese momento, dio comienzo el «baile» _o así lo llamaban en las grandes ciudades_, cuando el ahorcado sufría movimientos convulsivos incontrolables. Los individuos sacudían las piernas insistentemente buscando un balance constante y un apoyo. En algunos varones era usual que la presión de la cuerda produjese una erección y mandase un fuerte estímulo al cerebelo, provocando así una descarga de orina o incluso semen. Finalmente, las arterias se comprimen y en el fallecido se desvanece aquel color azulado y aparece un tono más pálido. El Holandés era bastante más alto que el resto y su columna vertebral se desencajó y se abultó sobre la espalda al rebotar contra el suelo una vez había cedido el patíbulo.

Aquel acto fue impúdico, aunque a su vez atrayente. Abigail, con disimulo, aprovechó el asombro y el aplauso del gentío para interrumpir al *marshall* tocando su hombro.

—Señor, disculpe. Vengo a pedirle ayuda. —Abigail lo miraba con una mirada enternecedora, intentando dar algo de pena.

Los ojos del *marshall* radiaban felicidad, aunque sus arrugas tapaban su entusiasmo, el cual desapareció por completo al escuchar la voz de la joven Cassei.

—¿Quién eres, chica? —preguntó fugazmente el *marshall*.

—Soy hija del *sheriff* Tom Cassei, asesinado hace unos días por un mal nacido francés al que llaman Cható.

—Sí, oí hablar del caso —confirmaba el agente de la ley—. ¿Tú eres su hija? Te creía más mayor. ¿Qué haces sola tan lejos de casa?

—¡Quiero que se haga justicia! —dijo mientras chocaba el puño derecho con su mano abierta—. Necesito su ayuda.

—Eres una cría —dijo firmemente el *marshall*—. Lo siento, chica, no puedo ayudarte. Tengo entendido que el Cható huyó del condado buscando refugio en las grandes montañas humeantes, y allí no tengo autoridad. Es una reserva india. No hay quien se atreva a acercarse por allí.

—Pero sabría de alguien que pueda ayudarme a buscar a ese hombre, ¿verdad? —preguntaba la joven Abigail con más entusiasmo que vergüenza.

—¿Sin dinero de por medio? —Se reía el *marshall*—. No lo creo.

—Tengo dinero —se molestaba Abigail metiéndose rápidamente la mano en los bolsillos de la chaqueta.

—¡Valeee! —El *marshall* apoyó sus manos en la joven—. Cálmate, chica.

Te diré quién puede ayudarte. —El *marshall* echaba la vista al cielo intentando recordar_. Si lo que codicias es cogerle vivo y cobrar una recompensa por él, el mejor alguacil autorizado y con jurisdicción sería Jacobo Beans, mitad piel roja mitad mejicano. Dicen que su padre era indio y es un buen rastreador. Es todo un espectáculo verle trabajar.

Abigail escuchaba al *marshall* mientras, impaciente, vigilaba sus alrededores...

—Si, por el contrario, lo que quieres es verle muerto y bien muerto, quizás te interesaría contar con Sam el Buitre. La verdad es que ya está algo añoso y bastante seboso, aunque siempre ha hecho bien su trabajo. Lástima me da su caballo cuando tiene que galopar. —Se reía con maldad el *marshall*.

A Abigail no le convencía ninguno de los alguaciles y se exasperaba. Se le echaba el tiempo encima...

—Aunque, sin duda, el que mejor te podría ayudar es Duke Lafayette. Se conoce bien aquella zona, e incluso habla una de las lenguas álgicas. Le podrás encontrar beodo cerca de la funeraria. Siempre anda husmeando por la trastienda de ultramarinos por si cae algo de comer. Solía tener la mejor puntería del condado, o eso dicen las leyendas. Podía agujerear una moneda al aire y guardar la pistola antes de que esta caiga al suelo. Pero ya es un viejo cascarrabias. Yo solo te aviso, porque no tiene muy buena educación y no creo que te haga demasiado caso.

—Gracias, *marshall* —dijo agradablemente Abigail.

—Un placer. Y recuerda, no es más que un borracho.

Abigail miró al cielo y por la posición del sol calculó la hora. Era bastante tarde y aún tenía que ir a la funeraria a pagar las deudas de la muerte de su padre antes de que César llegase.

A las puertas de la funeraria, Abigail se echó las manos a los bolsillos metiendo la mano bien al fondo, comprobando una vez más que seguía teniendo todo el dinero que necesitaba para los recados en su poder.

—Hola, buenas tardes. ¿Hay alguien ahí? —Abigail preguntó a un tipo que estaba de espaldas en la funeraria.

—Hola, joven. Cuénteme qué desea —dijo aquel hombre al girarse.

—¿Es usted el regente de la funeraria? —preguntaba la joven Abigail.

—Sí, señorita. Dígame qué desea —contestó.

—Vengo a saldar la cuenta de mi padre, Thomas Cassei —dijo ella firmemente y sin discreción.

—Sí, un momento por favor —dijo mientras buscaba su cuaderno—. Aquí lo tengo. Veamos... Sí, aquí esta —aquel hombre se colocaba los anteojos—. Bien, por el ataúd son ciento veinte dólares; el servicio de transporte son

veintisiete dólares y el trabajo del sepulturero dieciséis dólares. En total son ciento sesenta y tres dólares, más intereses, ciento setenta y un dólares. ¿Cómo saldrá la cuenta, señorita? ¿En pesos o en dólares?

—La cuenta no está bien, caballero, ya que no hubo trabajo del sepulturero —Abigail no se dejaba amedrentar y el hombre empezaba a exacerbarse.

—Eso no puede ser, chica. Yo mismo le envié con el carro —achacaba el funerario.

—Le pagaré cien dólares por la caja y veinte dólares más por el transporte —Abigail desafiaba al dueño del local.

—Que insensatez, niña. ¿Dónde está tu madre? —El funerario parecía incomodarse ante la necesidad de la joven—. ¡No hago tratos con niñas!

—Siento comunicarle, señor, que mi madre no ha venido ni vendrá. Ella no tiene buena mano para los negocios y aún está en *shock* por la muerte de padre.

—¡Estupideces! Quiero hablar con alguien que mida más de metro y medio. —levantó la voz el funerario girando la cara con exasperación.

—Lo siento, caballero. En ese caso, no podremos cerrar la cuenta. — Parecía que la joven sabía moverse.

—Bien, pues en ese caso, el precio por todo son ciento setenta y un dólares. —El caballero repetía el mismo importe una y otra vez.

—Señor, no le pagaré más de ciento veinte dólares por todo. Además, ese ataúd ni siquiera es de buen material —dijo la joven.

—Eres una chica testaruda. Está bien. Ciento veinte dólares por el ataúd y veintisiete dólares por el transporte. —El hombre empezaba a perder la paciencia—. No bajo más.

—Esta es mi última oferta. Le ofrezco cien dólares por el ataúd y veinte por el transporte o el próximo día volveré con una bonita demanda de nuestro letrado por intento de engaño y fraude. —Abigail alzaba la voz sin llegar a gritar, aunque con voz firme.

—Maldita seas, chica. Está bien, está bien. Aceptaré esos ciento veinte dólares —decía a regañadientes—. Más impuestos, claro.

—Sin impuestos y trato hecho.

Cuando Abigail cerró el trato con la funeraria, fue a buscar al tal Duke Lafayette por los rincones de la ciudad hasta que, al final, dio con él. No fue difícil, pues aquel hombre estaba donde el *marshall* dijo que estaría. Aquel lugar parecía un estercolero, lleno de ropa vieja, multitud de botellas de *whisky* vacías y restos de comida por todo el suelo.

—¿Señor Lafayette? —interrumpía Abigail con su dulce impertinencia al

beodo que reposaba entre la tienda de ultramarinos y las letrinas públicas.

El caballero abría un ojo mientras apartaba con un solo dedo el sombrero de su cara. «¿Qué será este mal olor?», pensó ella.

—¿Qué quieres, chica? —contestó mientras se incorporaba en una postura más vertical.

—Señor Lafayette, llevo horas buscándole —dijo la joven famélica.

—Enhorabuena, me has encontrado. ¡Ahora láááárgate! —Lafayette hablaba con desprecio a la joven.

Sin dar mucha importancia, Abigail insistía.

—He venido a buscar sus servicios —dijo ella mirándole directamente a los ojos, aunque él apartaba su mirada.

—Lo siento, pero no puedo ayudarte, chica —decía con voz ronca mientras pegaba un pellizco al tabaco de liar.

—Señor, necesito hablar de negocios con usted. —Ella entrelazaba sus manos y se las acercaba a la cara con aire de desesperación—. Necesito su ayuda.

—No me interesa —decía Lafayette en susurros, como si eso importase algo.

—¡Tengo dinero! —Enseñándole una bolsita llena de monedas.

Lafayette levantó levemente la vista del tabaco de liar y la miró fijamente, frunciendo el ceño. Su aspecto desaliñado no era el de un hombre cuerdo; más ebrio que el corcho de una botella, vestía con ropa interior blanca, mohína, como si de un pijama se tratase, con un color más que amarillento por las manchas. El hedor que desprendía a licor no era mucho mejor que el olor de sus pies. Calzaba unas botas desgastadas por el paso de los años y un sombrero bastante estropeado. Aún llevaba en la solapa la chapa de «alguacil cazarrecompensas» que le otorgaron hace quince años. Por el color de su barba, más pajiza que grisácea en la parte superior del bigote debido al vicio a la cerveza, se apreciaba que la vida no le había tratado muy bien estos últimos años.

—Mi tarifa vale más que lo que tienes ahí, chica —rezongó él.

—Puedo pagar lo que pida. —Le arrojó un pequeño zurrón de monedas al pecho.

A su vez, Abigail recogía del suelo el chaquetón de Lafayette que utilizaba para arrojarse mientras dormía y lo sacudía. Lafayette movía la escarcela llena de monedas de arriba abajo, calculando a ojo y por el peso el valor de la bolsa.

—No tengo tiempo, chica, lo siento. —El beodo le devuelve el dinero lanzándoselo al suelo—. Tengo otros asuntos entre manos —dijo el alguacil mientras se daba la vuelta y hacía aguas menores junto a la letrina, ni siquiera dentro de ella.

—¡Qué asuntos! ¿Estar todo el día ahí tirado malgastando su tiempo? —acusaba ella.

—¡Mis propios asuntos! —Gargajeaba y escupía al suelo a su vez.

—Ya lo dijo el *marshall*, no es más que un viejo tullido y borracho que no puede ni mantenerse a sí mismo. Muestra usted una estampa detestable. ¡Qué vergüenza! —decía Abigail mientras colocaba cuidadosamente el abrigo limpio en el bordillo, donde tenía el alguacil recogidas todas sus cosas. Con disimulo, recogió el dinero del suelo y deshizo el camino por donde vino.

Aquella frase le rompió al alma. Aunque seguía ignorando a la joven, recordó aquellos tiempos donde era alguien, un buen hombre que ayudaba al pueblo. Durante unos instantes no alzó la cabeza. Ni siquiera siguió liándose aquel cigarrillo. De nuevo, con un solo dedo elevó el sombrero y se metió de un golpe brusco el cigarrillo a medio liar en su boca torcida.

—Cuando el odio nos nubla la razón, confundimos venganza con justicia, chica _dijo resignado Lafayette.

Abigail, enajenada, se dio la vuelta y lo miró. Una pequeña muesca en su cara se convirtió en una alargada sonrisa, que rápidamente hizo esfumar para no parecer ansiosa.

—Necesito atrapar a alguien —comentó ella.

—Ya imagino. ¿Quién es ese paleta? —dijo Lafayette mientras volvía a escupir deplorablemente a los pies de la joven.

—Le llaman Cható. —Miraba ella con cara de asco—. Asestó a mi padre un disparo por la espalda mientras impedía un robo en Oldwing.

—¿Y por qué no pides ayuda a las autoridades locales? —preguntaba él.

—Porque escapó el muy cobarde hacia las montañas humeantes —afirmaba la joven.

—Vale, de acuerdo —dijo el pistolero borracho mientras abría sus manos y contaba con los dedos—. Mmm... La mitad del dinero ahora y el resto al finalizar el trabajo. Lo necesitaré para comprar munición, víveres... —dijo intentando engañar a la joven.

—¡No! —alzaba la voz—. Lo quiere para bebida y tabaco.

—¡Señorita Abigail! —sorprendía César en la conversación.

El siempre fiel amo de llaves de la hacienda Cassei interrumpía en los asuntos de la joven.,

—Hola César. —Ambos se miraron incómodamente—. Ya tengo todo el papeleo arreglado. Podemos volver a la hacienda cuanto estés listo.

—Sí, deberíamos volver a la hacienda antes de que caiga la noche. Su madre estará preocupada. Traeré los caballos —comentaba César mientras se daba media vuelta.

—Por favor, señor Lafayette. Considérelo... —decía Abigail en voz leve mientras se montaba en su corcel.

Capítulo 3

Una buena acción

Oldwing

Febrero, 1866

—«¡Escupideras y orinales! ¡Las mejores escupideras en los almacenes Owen & Claw! ¡Todo a mitad de precio por nueva apertura!» —Se apreciaba a lo lejos.

El sol salía pronto en la pequeña pero en constante crecimiento Oldwing. Los edificios bajos dieron paso a tiendas y posadas más altas. Los jardines y calles anchas habían sido sustituidos por callejuelas y puestos de vendedores ambulantes. Las avenidas estaban abarrotadas de trabajadores y comerciantes. El valle se sentía vivo, pues asiduamente se oían cascos de caballo y gritos de gente y los callejones más estrechos olían a cerveza y a brea. Decenas de carretas y peatones se adueñaban de la calzada.

No sería más tarde de las nueve de la mañana. Aparentemente, cuando el reverendo Fred paseaba apaciguadamente con los brazos cruzados a la espalda observando los alrededores y disfrutando de la inimaginable belleza que rebosaba en el pueblo, era otro día tranquilo.

—¡Pum! ¡Pum! —Sendos escopetazos rompían aquella armonía sincronizada, entre martillazos de los obreros y los voceos de los tenderos, sonido que escapaba entre el camino de la casa de Jenkins y la taberna.

Aquellos disparos hicieron llamar la atención del reverendo, quien se salió del camino empedrado en busca del alboroto. No tardó en encontrar el origen.

—Vaya, parece que el Señor nos bendice con un nuevo y perfecto día. — El reverendo llamaba la atención con sus manos en alto.

—Buenos días, reverendo —saludaba el viejo Jenkins desde la distancia.

Aquel hombre debía medir más de metro ochenta y era bastante corpulento, aunque ya de avanzada edad. Podía observarse el deterioro de sus manos debido al trabajo en el campo. Su cara mostraba tal rabia que un mínimo despiste podría hacerle salir de sus cabales, si no lo estaba ya.

—¿Qué está haciendo? Diría que está disparando a sus propias gallinas,

pero... —El reverendo alzaba sus cejas—. ¿Qué le perturba?

—Nooo, —negaba con sarcasmo—. No disparo a mis gallinas. Disparo al hijo de la gran puta escurridizo ladrón de huevos que se esconde ahí dentro con ellas.

—¿Está usted seguro? Quizás sea un animal salvaje —preguntó el reverendo.

—No es la primera vez que lo veo. Sé que está ahí. No puede ser un animal, es un hombre. No puedo perder más huevos. Bastante arruinados estamos ya. ¡Pum! _Otro disparo más. Jenkins no quitaba ojo a la puerta del cobertizo—. ¡Sal de ahí, maldito hijo de puta borracho!

—Y... ¿No va a perder más huevos y gallinas cada vez que dispara? —intentaba convencer al viejo Jenkins.

—Un hombre debe conservar sus principios, ¿sabe? —explicó.

—Quizás ya se haya ido —insinuó el reverendo.

—Nooo, no. Sigue ahí, el muy zorro.

—Por favor, déjeme esto a mí. —El reverendo se acercó al viejo Jenkins y apartó el cañón del mosquete Enfield de aquel cobertizo minúsculo con sumo cuidado.

—No le conviene involucrarse, padre —añadió Jenkins con la boca torcida.

En ese instante, Jenkins sacó una cajetilla de cerillas (cuya estampita trasera tenía un bonito dibujo hecho a mano prácticamente borrado) y prendió uno de los fósforos.

Fred lo miró firmemente y repitió:

—Insisto, déjeme esto a mí.

El reverendo se arremangó de un fuerte tirón los pantalones y, paso a paso, se adentró con delicadeza en el cobertizo de las gallinas del señor Jenkins.

—Maldita sea, Jenkins, esto está asqueroso. Debería limpiar más a menudo este lugar ¿sabe? Verá como sus gallinas no enferman tanto. —La voz se perdía entre los cacareos de aquel chamizo de madera repleto de gallinas.

«Será posible, ¿dónde se habrá metido?», pensó él mientras pisaba aquel pegajoso suelo. Al fondo del cobertizo, tras unas maderas, un joven agazapado se escondía de los disparos del viejo. Solo dejaba ver sus ojos, aunque volvió a esconderse al ver cómo el reverendo se adentraba en el cobertizo.

—So-solo iba a coger un huevo. —Asustado, le daba explicaciones al reverendo mientras alzaba una de sus manos con un huevo en la mano.

Su mirada permanecía gacha, sus manos aún temblaban y a cada disparo de mosquete le titilaban las rodillas. Por su estatura, el joven no tendría más de nueve años. Sus ropas indicaban que llevaba tiempo viviendo en la calle. No llevaba zapatos y tenía el pelo muy sucio. El color hollín de su cara exteriorizaba que realmente se buscaba la vida por sí mismo.

—Sigue agachado muchacho —hablaba en voz baja el reverendo al jovencito. A su vez, agitaba la mano de arriba abajo indicando que se mantuviese en su sitio.

—¿Le he dado? —preguntaba a voces desde fuera el viejo.

—¡No! —contestó Fred también a voces medio agachado. El techo era tan bajo que prácticamente tocaba con la cabeza.

—¿Qué? —contestaba el viejo—. ¡¿Que si le he dado?! —volvía a gritar. Aquel hombre tenía el oído fatal. O quizás fuese el ruido del mosquito.

—¡No! Y no es un hombre... ¡Es un chico! —voceaba Fred.

—Bueno... —dijo dubitativo el viejo—. Si tiene edad para robar, la tiene para afrontar las consecuencias.

Aún con los pantalones arremangados, continuó avanzando por la gallinácea hasta la salida del cobertizo, esquivando los comederos llenos de grano y las maderas caídas de la cochambrosa tenada. Al llegar a la tranquera, asomó los brazos para evitar que el viejo les disparase y avisó de que iban a salir.

—¡No dispare! ¡Vamos a salir! —dijo.

—De acuerdo, no está cargada —contestó el viejo.

—¡Chico! Ya puedes salir.

Una vez fuera del cobertizo, Fred alargó su mano para ayudar a salir al joven de la tenada y, a su vez, apoyó su otra mano en el hombro de Jenkins.

—«Bienaventurados sean los misericordiosos, porque ellos recibirán misericordia». Deje ir al joven. Ni siquiera le ha salido pelusilla en los huevos —comentó.

—¡Maldita sea, padre! —se enfurruñaba el viejo Jenkins—. Sabe que no puedo dejarle ir. ¿De verdad me lo está pidiendo?

—Si lo hace, Dios agradecerá de por vida su buena actitud.

—¿Me está diciendo que lo único que ganaré si no mato a ese maldito ratero será no ir al infierno? —replicó el viejo.

—Correcto, señor Jenkins.

—No me convence. ¿Qué más recibiré?

—Aparte de la salvación imperecedera... —Se reía el reverendo—. Igual puedo conseguirle un trato con algún proveedor de la zona para que pueda sacar adelante su negocio y no se le estropee la mercancía...

—Mmm, su argumento, predicador, sigue sin convencerme. Pero confío en su palabra. Trato hecho —dijo mientras entrelazaban sus manos.

El reverendo acompañó al joven de vuelta a casa. Durante todo el camino hacia las afueras de la ciudad, la situación fue algo incómoda, pero el reverendo acabó sermoneándole para aconsejar al joven que no se metiese en más líos.

—Gracias por acompañarme, padre. Hemos llegado. Yo vivo aquí. Y

gracias por su ayuda.

El joven comenzó a alejarse.

—¿Aquí? Yo no veo ninguna casa donde vivir.

—No he dicho que la hubiera. —Bajaba la cabeza ruborizado el joven.

—No hay de qué avergonzarse. Pásate por la iglesia mañana, damos de comer después de la misa de las doce —comentaba Fred tocando la cabeza del joven.

—Gracias, padre. Pero prefiero vivir en el campo y pasar hambre a que nadie me diga cómo y dónde tengo que vivir... —El joven fruncía el ceño.

—Tranquilo, no somos ese tipo de iglesia —dijo mientras se metía las manos en los bolsillos.

A su vez, empezó a rebuscar en estos y sacó dos huevos en la misma mano, entre los dedos. El joven quedó estupefacto con la mirada fija en los huevos, pendiente de que no cayesen al suelo.

—¿Los ha robado del corral de ese viejo? —El joven seguía enajenado.

—Todos somos parte de Dios. Yo no lo llamaría un hurto. Yo solo he cambiado estos huevos de mano —contestó—. ¡Toma!

—Lo siento, pero no acepto caridad —añadió el joven exasperadamente.

—Ni yo la ofrezco, es solo un trueque por escuchar lo que voy a decirte —así conseguía evadir al joven.

Tras unos instantes de desconcierto, el joven alargó la mano.

—De acuerdo... Suelte el sermón. —El joven dejó escapar un suspiro.

—Bien, escucha bien lo que voy a decirte. La próxima vez no te conformes solo con dos huevos. Usa la inteligencia. Planea una fuga, haz algo de ruido y coge directamente una gallina. Pura supervivencia —sermoneaba el reverendo.

—De acuerdo —dijo mientras se le escapaba una leve mueca que rápidamente se convirtió en una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Ah! Y luego esparce algo de sangre, plumas y barro antes de irte. Así una alimaña cargará con la culpa.

Cuando el joven se estaba despidiendo de Fred, vieron cómo alguien corría hacia ellos incesante por el camino lindante a los cultivos, levantando las manos agitadamente.

—¡Reverendo! ¡Revereeendo! —gritaba desde lejos acercándose.

El joven miró al reverendo y este le devolvió la mirada. Aquel hombre corría como si su vida dependiese de ello. No era un clérigo ni un alguacil. Con las mismas, ambos fueron acercándose lentamente hacia el caballero que correteaba hacia ellos.

—Cuénteme qué le ocurre, buen hombre —contestó el reverendo con

buenos modales.

—Han sido esos malditos indios. Han encontrado la diligencia de una familia de buena reputación. Muertos todos ellos, señor. Algunos decapitados. No cabe duda de que han sido indios.

—Llévame hasta ellos —comentaba el reverendo con voz firme.

—Sí, ya han partido unos pocos hombres hacia allí. Debió ser en la noche —añadió aquel hombre.

—Por favor, señor, déjeme ir con ustedes —insistía el joven mientras agarraba del hábito al reverendo.

—Lo siento, un niño no debería ver estas cosas. Vámonos —añadía el reverendo.

Aquel hombre y el reverendo se dirigieron caminando a paso rápido por el camino del sur. No tardaron en llegar al lugar del suceso, a pocos metros de la salida del pueblo.

Todos allí rodeaban el lugar del crimen. Tanta aglomeración de gente no dejaba ver lo sucedido.

—¿Alguna novedad por aquí? ¿Habéis avisado al *sheriff*? —preguntaba el reverendo mientras se asomaba al gentío.

—No, señor. Ahora usted es la única autoridad que hay en el pueblo. El *sheriff* fue asesinado hace unos días y aún no han traído un suplente.

—Es cierto. Veamos, pues, qué ha ocurrido aquí —dijo el reverendo intentando acercarse a los cuerpos.

—Yo no me arrimaría demasiado, predicador —habló una voz de lejos—. A no ser que tenga un buen estómago que soporte esta maldita atrocidad —continuaba uno de los ilustradores de prensa que estaba trabajando en la escena del crimen.

—¿Y quién se supone que es usted? —preguntó el reverendo.

—J. J. Skins, ilustrador del diario Royal Day. Publicamos todas las noticias al sudeste del valle.

Aquel hombre bien repeinado vacilaba de una bonita chaqueta de traje gris bien encajada por la espalda y confeccionada con la misma tela que el pantalón, acompañado por una camisa blanca con elegantes botones negros y al cuello una corbata del mismo color que el traje.

—Muy bien, señor Skins —Fred asentía con la cabeza—, un placer conocerle. Pero hágame un favor y no mueva los cuerpos hasta que los examine un anatomista.

La diligencia estaba volcada. La tela blanca que tapaba todas las pertenencias de la familia estaba rajada de arriba abajo. Si bien todo estaba revuelto, a primera vista no se habían llevado nada. Al menos nada de valor.

Por un lado, la mujer estaba tirada en el suelo, boca abajo, con las manos torcidas a la espalda. Y prácticamente fuera del camino se encontraba el resto de la familia.

—Por favor, ¿alguien puede darle la vuelta a esta mujer? Necesito redactar todo para el diario.

—Sí, un momento. —Varios hombres giraron a la mujer desvelando su rostro.

Al moverlo, el cuerpo descubría un enorme charco de sangre que se extendía hasta el siguiente cuerpo inerte. Le faltaban varios mechones de pelo y tenía la cara totalmente desfigurada.

—¡Dios! ¿Pero qué demonios?

Los ojos de la mujer no estaban en sus cuencas. Una profunda oscuridad emanaba de los orificios de sus ojos haciendo nauseabunda la instancia y obligándole a apartar la mirada.

—Dios santo, pero ¿quién ha podido hacer algo así —hablaba el reverendo. ¡Por favor os repito! ¡No mováis los cadáveres! —acuñó el reverendo.

El gentío comenzó a dar arcadas y a taparse la boca. Aquel corrillo de personas se desvanecía ante tal hedor insoportable.

—Un momento, señores. Conozco a esta familia —interrumpía uno de los pueblerinos—. Y no estoy del todo seguro, pero... falta uno de sus miembros. Uno de los niños pequeños. Creo que no tendría más de seis años.

—Habrá conseguido huir —comentaba el ilustrador sin soltar la libreta.

—Mmm... No lo creo, era un crío —comentó otro ciudadano—. Además, si os fijáis, este rastro de sangre acaba aquí, como si alguien hubiese arrastrado uno de los cuerpos y luego se lo hubiese cargado al hombro.

—Es cierto. Un leve goteo sigue por el camino, pero acaba más adelante —seguía investigando el ilustrador.

—Está claro que esos malditos indios han secuestrado al chiquillo —insistía uno de los vecinos.

—Predicador, el varón tampoco tiene los ojos en su sitio. Además, presenta múltiples desgarros en el estómago —añadía el ilustrador—. Quizás hayan sido lobos.

—No, no creo. Ni tampoco creo que hayan sido Caras Blancas. No suelen acercarse a nuestros caminos si no es por algún motivo —regañaban entre ellos—. Además, quedan pocos indios fuera de las reservas.

—No tienes ni idea. ¡Ignorante! Eso han sido los cuervos —aportó otro ciudadano.

—Te equivocas, seguro que han sido esos malditos indios. Esa gente son animales... —empezaron a empujarse unos a otros.

—De veras, sois imbéciles. Esto es un claro ejemplo de lo que es capaz de hacer el norte. El ejército de la Unión ha hecho esto. ¡Seguro! —comentaban entre ellos.

Los propios ciudadanos comenzaron a empujarse y a insultarse unos a otros sin conocimiento alguno.

—Señores, basta ya —interrumpió el reverendo—. Hay que hacer algo para que no cunda el pánico en el resto del pueblo. Recogeremos los cuerpos. Despejaremos el camino y esperaremos al médico de Pigstone para poder dar una sepultura como Dios manda a esta noble familia.

—Reverendo —hablaba el ilustrador del Royal Day—. Según parece, este no es un único caso aislado de secuestro de niños. Hace unas semanas también desapareció una chiquilla de la familia de Virgilio, y hace tres semanas, en Pigstone, también ocurrió algo similar. Según mis fuentes, podemos afirmar, por los actos realizados a las víctimas, que se trata de un individuo similar. Si volvemos sobre nuestros pasos, el patrón siempre es el mismo. Quizás estemos ante un caso de homicida en serie. Alguien que no tiene escrúpulos para hacer lo que hace, acechante por la noche y discreto por el día.

—No estaría mal que empezásemos a tomar ciertas precauciones en Oldwing. Están llegando cientos de forasteros debido a la mina, y el pueblo se descontrolará si no empezamos a tomar medidas —aclaraba el reverendo—. Os propongo un lugar donde reflexionar y donde empezar a tomar el mando de la situación. Todos los miércoles y domingos después de la misa ofrezco una zona detrás de la capilla, junto a la fuente. Allí podremos pensar cómo proteger a nuestros feligreses de la mano de la codicia que está azotando a este nuestro valle. Sois bienvenidos cuantos queráis uniros a nuestro círculo.

Capítulo 4

Asalto

Ya habían pasado dos años desde la muerte del *sheriff* y el reverendo parecía ir adquiriendo más confianza con los habitantes del pueblo, reuniendo cada día más y más seguidores a su elenco círculo al que ellos mismos llamaban *El círculo de Caleida*.

Escudándose en su propia religión, el reverendo Fred les hacía reflexionar sobre Dios, infundiendo que este no siempre fue el ser supremo del universo, sino que alcanzó ese estatus a través de una vida justa y un esfuerzo persistente; que tiene un cuerpo de carne y hueso tan tangible como el de un hombre, y cuyo lema es «La fe es de oro, el miedo de plata y la sangre de plomo».

Oldwing

Marzo, 1867

—Pecar es un veneno que nubla nuestro juicio. ¿Y si os dijera que podéis libraros del pecado? ¡Sí! Yo también soy un pecador y quiero ese alivio. Aunque tranquilos, se os ofrecerá la expiación... Pero la envidia está ahí, y por ese motivo vendrán e intentarán quitarnos todo lo que es nuestro, todo aquello que tanto nos ha costado lograr. ¡Intentarán quitarnos nuestra fe, nuestra libertad! Pero no se lo permitiremos... No dejaremos que su inmoralidad, su avaricia y su depravación nos hagan más daño... Conservaremos lo nuestro, cogeremos lo que sea oportuno y haremos lo que sea necesario. Nos acercamos al abismo y habrá que saldar cuentas... —sermoneaba el reverendo a sus adeptos.

Poca gente lo tomaba en serio, y quizás por eso el pueblo no se daba cuenta de cómo aumentaba la violencia. Aquellos miembros empezaron a adquirir propiedades para después donarlas al círculo. Compraron las granjas cercanas, los establecimientos más rentables y, poco a poco, a la autoridad. La gente no quería creer que un nuevo régimen existía, una sociedad totalitaria gobernada por un único hombre al que todos conocían como reverendo *dos caras* y cuyo fundamentalismo religioso tan retorcido hacía asustar al valle.

Es cierto que las noticias sobre aquel círculo religioso viajaron hasta el

mismísimo Washington D. C., pero, aun así, no hubo presencia del ejército de la Unión, ya que el Gobierno de la nación estaba demasiado ocupado lidiando no solo con los confederados, sino también con los ataques a los colonos por parte de las tribus indias del oeste.

Por otro lado, Lucie y Abigail Cassei ignoraban por completo lo que ocurría fuera de su propio hogar. El reverendo se había establecido en la hacienda de los Cassei a cambio de ayudar en la misma. Aquella familia necesitaba un hombre en casa.

Ellas convivían con él como si de un padre se tratase y no les importaban su pasado o sus creencias religiosas, las cuales dejaba al margen en la iglesia. El aprecio por parte de Lucie hacia Fred era cada día más evidente a la par que intenso, incluso empezaron a compartir alcoba.

—¿Madre? —preguntó Abigail.

—Dime, hija —dijo su madre.

—Veo el temor en la cara de la gente cuando caminamos por las calles junto al reverendo Fred. Se respira miedo en el ambiente. Creo que la gente le teme —hablaba bajando la voz—. ¿Y a dónde suele ir el reverendo pasadas las diez de la noche? Además, cuando acabamos de cenar siempre dice que va al corral a echar un último vistazo a los animales antes de acostarse —volvía a bajar la voz aún más—. Pero... todos sabemos aquí que no es así.

—No lo sé hija, a atender sus labores con Dios, supongo. No entiendo a dónde quieres llegar —preguntaba Lucie desde la ignorancia.

—Fred no parece una buena persona —dijo la joven.

—No hay por qué dudar del reverendo, Abigail. Nunca juzgues a un hombre por su aspecto.

—No lo dudo, madre, pero anoche no podía dormir y me levanté para despejar un poco la mente. Le vi merodeando por la linde, cerca del redil de las vacas.

—¡Abigail! No está bien espiar a nuestros invitados —alzó la voz Lucie.

Sin previo aviso, Fred apareció en el lavadero donde estaban hablando las dos, cuchicheando entre dientes mientras frotaban la ropa. Su presencia ponía nerviosa a la joven, quien agachaba la cabeza cada vez que su presencia estaba cerca.

—Lucie, querida, esta noche llegaré tarde a casa. Prometo madrugar y dejar listos a los animales antes de marchar —habló el reverendo sin ni siquiera mirarlas y abandonando el lavadero tan rápido como entró.

—¿Ves, madre? Creo que oculta algo. Ni siquiera ha dicho dónde va —hablaba exasperada la joven.

—Por favor, hija, no digas sandeces —dijo ella con la boca pequeña—.

Además, una mujer nunca se inmiscuye en asuntos de hombres.

—No me fío madre, no me fío... —dijo mientras seguía negando con la cabeza.

Ese mismo día, Fred, tal y como dijo, cogió su chaquetón negro y ajustó la silla de montar de uno de los equinos bermejos de la cuadra. Una vez preparada toda la parafernalia del animal, cabalgó valle abajo dirección Pigstone, la ciudad más cercana a Oldwing, situada a dieciséis millas al suroeste del río y con un terreno y una población que superaba tres veces la de Oldwing. Era una ciudad que había crecido en exceso debido al aumento de colonos. Siempre estaba en construcción, y sus calles con plano ortogonal diferenciaban perfectamente sus tres barrios más característicos. El primero de ellos era el centro de negocios, el cual rodeaba una enorme plaza donde solían realizarse las ejecuciones diarias. Aquella zona veía ahogarse cientos de locales a media altura que albergaban oficinas, bancos, tiendas y hoteles. El segundo de sus barrios era compartido por grandes almacenes, fábricas y viviendas aglomeradas a baja altura, uno de los barrios más antiguos y marginales. Por último, la periferia estaba compuesta únicamente por viviendas que se extendían bordeando el barrio industrial hasta la calzada principal, aún en acrecentamiento.

Sin embargo, el reverendo no iba solo. Iba acompañado de varios miembros pertenecientes a la compañía minera y ferrocarril Core INC. S. L., una compañía que ya había estado arruinada hace años, pero que se recuperó gracias al gran trato que realizó el Gobierno.

Era una mañana de mucho calor para ser época de lluvias y nieve. El sol aunaba a los cinco individuos que algo sospechoso tramaban. Las miradas solo se fijaban en él: un señor de punta en blanco que parecía un marqués se presentaba a las dos de la tarde. Aguardarse en la sombra era en balde. Era el mejor momento para reunirse, ya que la gente no rondaba y en la calle no había nadie.

—Bienvenidos a la reunión de accionistas, señores —comentaba uno de los hombres bien trajeados de la mina.

—Bien, hagamos esto con premura y discreción. Lo que hablemos hoy no puede salir de aquí hasta el día en concreto —sugirió el hombre que estaba muy bien arreglado.

—Entonces, empecemos. Señores, la mina está creciendo —comentó el reverendo—. Ha llegado el momento de aprovecharnos de esta situación si queremos hacer lo que tenemos previsto.

—Cierto, cuanta más gente empiece a llegar a la ciudad más difícil será sacar el material—habló uno de los accionistas prioritarios.

—La compañía del ferrocarril ya se lleva unos *royalties* demasiado

elevados y va en aumento, ya que es la única unión entre condados para mover el material.

—Recordad, es sencillo. Todos los viernes sobre las seis de la tarde cargan el material en los carros, por lo que el sábado saldrá la diligencia de Oldwing para recoger el material y llevarlo a Pigstone. Exactamente esta será la vía principal por donde pasarán. Será importante que todos vuestros hombres protejan la diligencia y la escolten hasta la subida al tren —dijo frívolamente otro de los individuos.

—Correcto, señores. En el momento de llegar al puente donde estamos situados, desviaremos la diligencia hacia el desfiladero y mis hombres aprovecharán para hacer el intercambio de diligencias —reveló el reverendo.

—¿Qué haremos con la escolta? —solicitó el misterioso hombre trajeado—. No dejarán que nos llevemos el cargamento así como así.

—Ustedes no se preocupen por eso. Mis hombres se encargarán de ellos —contestó el reverendo.

—Perfecto, así se hará. Espero que tus hombres no me la jueguen, Alfred.

—Descuida. Si este golpe sale bien, haremos más negocios juntos —aclaró el reverendo.

—Al acabar esconderemos la diligencia al otro lado del lago y esperaremos a que la falsa diligencia llegue al tren. No se darán cuenta de que el material no está en los cajones hasta que lleguen a las fábricas. Ellos únicamente comprueban que los cajones estén llenos, pero no de qué. No verán que son simples rocas hasta que lleguen a la siguiente ciudad.

—Lo dicho, señores, nos vemos el sábado. Seguid con el plan establecido. Discreción y medida.

Mientras tanto, en la hacienda, Lucie no quería creer en que algo escondía el reverendo. Esa misma noche, Fred llegó tarde a casa y se metió en la cama con ella acompañado de un fuerte olor a tabaco y *whisky*. Ella, algo áspera ante las sospechas de su hija, intentó mantener las distancias entre ambos cuerpos acostados. Él ansió acariciar el cuerpo semidesnudo de ella, pero esta lo apartó bruscamente.

—¿Qué ocurre, Lucie? —habló Fred en voz baja.

—Apesta a alcohol —contestó ella.

—No digas tonterías... Yo no huelo a nada —farfulló él.

—No, Fred. —Él intentaba hacerle unas caricias en el muslo. —¡Estate quieto! _repitió.

—¡Maldita sea, mujer! —dijo alzando la voz_. Las mujeres deben satisfacer las necesidades de los hombres en la casa.

—¡No, Alfred! —dijo alzando aún más la voz—. No eres tú mismo.

—Estate quieta, mujer —dijo el reverendo mientras intentaba agarrarla torpemente.

Y de improvisto, ¡zas! El reverendo abofeteó a Lucie desmañadamente. El tiempo se detuvo. A Lucie le cambió la cara instantáneamente. Sus ojos empezaron a brillar de forma tierna, las lágrimas se precipitaron a salir de sus párpados y las primeras gotas comenzaron a caer por sus rojizas mejillas. El lagrimeo abrumaba su canal nasal, provocando pequeños e involuntarios sorbos hacia adentro.

Aquel hombre, el único hombre que tanto la ayudó cuando todo estaba perdido, aquel hombre que aun con la cara desfigurada parecía tener corazón, ya no lo tenía y todo se derrumbaba. El mito de Lucie hacia ese caballero se había roto. El golpe que se llevó su corazón fue mucho más fuerte que el dolor recibido por el manotazo. Segundos después, Lucie tomó de un puñado las sábanas y, tapando sus partes más íntimas, corrió hacia la habitación de la niña.

—¿A dónde vas, mujer? ¡Vuelve aquí! —dijo el reverendo con voz ebria.

Abigail se despertó por el alboroto y por el ruido en la alcoba de al lado.

—¿Qué pasa, madre? —preguntó Abigail asustada y muy activa, sentada en la cama.

—Nada, hija —dijo Lucie tapándose y secándose las lágrimas de la cara con las sabanas—. Una alcoba para dos debe ser amplia para que quepa el odio dentro. No te preocupes, ya no tiene importancia. Sigamos durmiendo.

A la mañana siguiente, Lucie se levantó como si nada hubiera pasado, arregló la casa y salió a echar de comer a los animales. Abigail ya estaba despierta y preparando el almuerzo cuando el reverendo puso un pie en la cocina. Sin decir una sola palabra, ambos cruzaron sus miradas, si bien con distinto propósito. Fred no quería hacer daño a ninguna de ellas y Abigail, con rencor o temor (no sabíamos qué ocurría en su cabeza), intentaba esquivar cualquier relación con él.

—Abigail —el reverendo llamó la atención de Abigail—. Necesitaré que mañana dejes preparadas seis hogazas de pan y algo de carne guisada —dijo Fred con voz seria.

Ella asintió solamente con la cabeza indicando que lo haría para evitar problemas.

A las siete menos un minuto de la mañana del sábado, Fred volvió a coger el mismo caballo bermejo de bonitas trenzas y de color bayo que utilizó la otra vez y cabalgó sin decir nada a nadie, ni dónde iba ni cuándo volvería. Por supuesto, cogió el zurrón que Abigail había dejado preparado con comida el día de antes.

El reverendo y su montura no tardaron en llegar al punto de encuentro.

Alcanzó el desfiladero por la parte trasera de la colina, ahorrando más de media hora de trayecto. Desmontó del equino y se colgó al hombro su carabina Sharp con mira telescópica. Se podía ver cómo en la culata del rifle aún estaba inscrito «Edward Maynard – Patente 1845», bastante desvaído por el uso. Al caballo lo amarró a uno de los árboles raquíticos del cañón, lejos del borde. Él mismo empezó a masticar algo de hierba verde de su alrededor.

Desde el desfiladero, Fred encendió un cigarrillo de liar con una cerilla y arrebatadamente se lo colocó en la boca. Segundos después, ofreció uno a sus secuaces y rebuscó en el zurrón del caballo, donde agarró unos binoculares. Con ellos comenzó a otear el horizonte aprovechando la altura, esperando con ansias la llegada de la diligencia, que vendría cargada de todo el mineral de plata y zinc proveniente de la mina de Oldwing para ser trasladado en el ferrocarril de Pigstone a las fundiciones de New Seattle.

Al fondo de la lente del binocular se podía divisar la nube de polvo que iba formando el trote de los corceles y de la diligencia. Estaban a punto de llegar al enclave de la estrategia de Fred, el puente donde tuvieron la reunión con los accionistas.

Los hombres de Fred, simulando ser obreros, aguardaban al inicio del puente del río Viejo, un río que recibió ese nombre por la cantidad de afluentes que desembocan en él, considerado este el padre de todos ellos. Encima del puente, dos de los hombres del reverendo amartillaban los clavos de los tabloncillos de aquella asombrosa estructura de catorce metros de altura construida únicamente con madera de arce y álamo. Fingían que trabajaban en su reparación, pero estaban preparados para interceptar a la diligencia.

—¡Lo siento, caballeros! El puente no está en condiciones para avanzar por él —indicaba con los brazos en alto uno de los hombres de Fred intentando frenar el carro—. Más peso de lo debido y podría venirse abajo —continuó.

—Disculpe, ¿y habría algún otro camino? —preguntó uno de los oficiales del *sheriff* de Oldwing.

—¿A dónde se dirigen, si no es indiscreción? —continuaban hablando a voces.

—Vamos con prisa. Nos dirigimos a Pigstone —contestó.

—Sí, mire. Si siguen por este camino —señalaba con el dedo índice hacia la derecha—, pasando por el desfiladero y dejando a su izquierda el lago, llegarán a las afueras de Pigstone. Es dar un buen rodeo, pero es lo más sensato si no quieren atravesar el bosque.

—Gracias, caballero. Aunque no creo que pudiésemos pasar entre los árboles con la caravana. Mejor nos desviaremos por el camino de tierra.

—Como quieran, por ahí no hay pérdida —aclaró uno de los trabajadores.

La diligencia iba formada por una caravana tirada por cuatro alazanos, todos ellos de color pardo, algunos punteados, espoleados por un jornalero por dos dólares por viaje ida y vuelta. En el segundo asiento, uno de los oficiales del *sheriff* de Oldwing armado con un Winchester del 66, un arma de repetición capaz de destrozar una extremidad a un hombre, dotada de una gran facilidad de recarga y con una acción de palanca unida al guardamonte (por supuesto bala a bala, aunque con un alcance medio eficaz de doscientos metros). Capaz de disparar hasta trece balas seguidas en menos de quince segundos, apodado Yellow Boy por su mecanismo de latón. Ese maldito rifle que los yanquis cargan el fin de semana y con el que disparan durante el resto de ella.

Dos metros más atrás, siete jinetes repartidos entre los jefes de seguridad de la mina y los hombres del *marshall* de Pigstone, quienes guarnecían en la parte trasera de la caravana.

Los ayudantes del *marshall* manejaban revólveres Wells Fargo del 49 con solo seis balas del calibre 36 en el tambor enfundados en sus cananas, (era necesario llevar dos, ya que al usar pólvora negra, perdigones y algo de algodón, la recarga se convertía en un verdadero fastidio). Por último, los jefes de seguridad de la mina llevaban revólveres LeMat, de acción simple con perdigones del 20, bastantes más pesados que un Colt, aunque con mucha más potencia. Si bien no era aconsejable recargar las nueve recamaras del tambor, sino ocho, dejando libre la primera ya que el propio trote del caballo podría hacer saltar el martillo del arma y destrozarte el pie.

—¡Estamos llegando al desfiladero! —El conductor redujo la velocidad.

¡Bang! ¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!

Los tres hombres de seguridad de la mina dispararon a los cuatro hombres del *marshall*. Con el trote de los caballos, uno de ellos cayó redondo al suelo; otro de ellos, herido y colgando del lado derecho del caballo, intentaba ponerse firme y devolver el fuego junto a los otros dos agentes.

—¡Bang! ¡Bang! ¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!

Devolvían el fuego los otros hombres del *marshall* contra los hombres de seguridad de la mina.

—¡Bang!

—¡Acelere, conductor! —gritaba el oficial del *sheriff* que se sentaba a su lado.

—¡Es una emboscada! —comentaba el conductor.

—¡No! Es una trampa. Alguien ha comprado a los hombres de seguridad de la mina.

El carro empezó a coger velocidad y las ruedas temblaban por el mal estado del camino rozando casi el borde del acantilado. Entre botes y descarríos,

el hombre del *sheriff* intentaba apuntar a los tres pendencieros de seguridad de la mina que intentaban saquearles.

—¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!

Más adelante, a la salida del desfiladero, se podía ver cómo los hombres del reverendo habían cavado una gran zanja en mitad del camino. Desde lejos, Fred y dos de sus hombres esperaban apostados en la altura. Con carabinas Sharp (rifles de cerrojo levadizo, aunque con tan solo ocho balas en su depósito), eran capaces de sobrepasar los novecientos metros de distancia.

—No perdáis de vista el carro —ordenaba el reverendo.

Fred, oteando el terreno desde arriba, cogió la correa con las manos, quitó la tapa de la mira y apoyó el arma contra el hombro, acercándose la lente al ojo. Con la mira recorrió la lejana linde del desfiladero hasta donde sabía que aparecería el carro.

Fred se humedeció un dedo con la saliva de su lengua y calculó la velocidad del viento, un viento que mecía las copas de los pocos árboles y ondulaba la hierba que pisaban sobre el punto más alto de la colina.

—¡PUM!

Tiro certero al pecho del conductor. El reverendo bajó el rifle del hombro y se quedó allí parado, observando como zigzagueaba el carro al no tener conductor mientras se decía a sí mismo: «Ya caerás, ya».

El carro no paraba de avanzar a toda velocidad, sin riendas. El oficial de *sheriff* reaccionó rápidamente empujando al conductor muerto fuera del carro y aferrándose a sus riendas para no caer por el desfiladero. Entre los disparos solo quedaban dos hombres del *marshall* y dos hombres de seguridad.

—¡PUM!

Otro tiro certero, esta vez al oficial del *sheriff*.

El carro se encajó en la zanja y se *desruedó* de uno de los ejes delanteros. La parte delantera se estampó, literalmente, con aquel agujero realizado a pala. Las maderas se doblaron y salieron disparadas hacia el cielo, dejando todos los clavos a la vista. Los caballos quedaron totalmente abatidos y aplastados por el peso del carruaje. Algunos de ellos aún seguían respirando y rebuznando. El material de plata y zinc quedó esparcido por toda la zanja y sus alrededores.

Fred se precipitó a descender el desfiladero por su parte trasera para recuperar su preciado botín. Con la espalda partida, tirado en el suelo debajo de su propio caballo quedaba uno de los ayudantes del *marshall*, arrastrándose para intentar sacar el cuerpo de debajo del animal y suplicando clemencia. Por otro lado, uno de los ayudantes seguía en pie sin ningún rasguño, pero decidió no seguir luchando y aprovechó aquella parafernalia para escapar y avisar a las autoridades. Los otros dos hombres de seguridad fueron tras él, persiguiéndole

hasta darle muerte. «Si matas a una serpiente, corta luego su cabeza. Aun después de muerta puede intentar morderte».

—Buen trabajo. Aunque el plan no haya salido como esperaba — comentaba el reverendo—. Seguimos con la segunda parte del plan; nos llevamos el material y lo esconderemos en el otro lado del lago.

—Sí, jefe.

—Sí —afirman todos.

—Por-por favor... —se escuchaban lloriqueos a lo lejos—. Dejadme ir.

—Vosotros dos —dirigiéndose a los jefes de seguridad de la mina—. Volved al yacimiento y comentar por el pueblo que unos bandidos os han robado la mercancía y que todos los agentes del *sheriff* y el *marshall* han sido abatidos.

—¡Bang!

Remata al oficial del *sheriff* uno de los hombres del reverendo.

—Decid que los bandidos escaparon hacia el sur. Nos veremos en tres días, al norte del lago, a la entrada de la cueva de las luces.

—Así será.

Los hombres del reverendo cargaron los cajones en las alforjas de los caballos (a rebosar ante tal cantidad) y se dirigieron rumbo al norte para acampar en la cueva que indicó el reverendo.

—Os he traído algo de comida para estos días. Yo necesito volver al pueblo a dar la misa del domingo. No puedo levantar sospechas —comentó el reverendo—. Nos veremos el martes, esperad a que yo vuelva y repartiremos el botín.

Antes del anochecer, Fred volvía a la hacienda de los Cassei. Vigilando sus espaldas, comprobaba que nadie le hubiese seguido y mirando a ambos lados ojeaba la lejanía. Con detenimiento, empezó a cavar un pequeño hoyo con sus propias manos al borde de uno de los postes del redil de las vacas. Con sumo cuidado, colocó un zurrón lleno de a saber qué y lo cubrió con un puñado de tierra. Instantes después, se sacudió las manos y entró en la hacienda.

Por otro lado, Lucie y Abigail no quitaban ojo a los extraños comportamientos del reverendo y desconfiaban de sus repentinas y constantes salidas nocturnas.

El pueblo no tardó en enterarse de aquel suceso. Era un secreto a voces que alguien había robado todo el material extraído en las últimas semanas en la mina. El nuevo *sheriff* quiso entrar por la puerta grande y dispuso a sus hombres en múltiples batidas de búsqueda para dar caza a los bandidos, día y noche, por los alrededores y por los caminos adyacentes.

El valle necesitaba protección, ya que las autoridades locales no eran suficientes para abarcar este gran robo. Todos los jornaleros de la mina se

sentían engañados, estafados, usurpados de sus sueldos por la compañía minera, por lo que el *sheriff* decidió que lo mejor sería mandar un recadero armado hasta los dientes por si se encontraban con algún malnacido y avisar al *marshall* de Pigstone para informarle de todo lo sucedido. Todo ese material de cobre, plata y zinc era prácticamente inservible hasta no pasar un proceso de fundición, pero ¿qué sentido tenía robar todo ese cargamento?

Capítulo 5

Ojo por ojo

Llegada la noche, mientras todos dormían en la hacienda Cassei, Abigail, en vigilia, no paraba de dar vueltas en la cama. Mirando al techo, reflexionaba sobre la muerte de su padre y la repentina llegada de Fred. Cansada de estar tumbada, un impulso la obligó a levantarse y enredar entre las pertenencias del reverendo.

Abrió la puerta de su habitación con delicadeza y taciturna se deslizó por las escaleras sin hacer demasiado ruido. Todas las luces estaban apagadas, y la única iluminación provenía de aquella enorme luna rosada entreverada en celajes. Con sumo cuidado, hurgó acordándose de dónde estaba cada cosa. Por supuesto, no encontró nada. Con un leve suspiro, volvió a colocar todo tal como estaba. Pero aquello no la desanimó. Recordó que, en las últimas salidas de Fred, este siempre rondaba el redil de las vacas. Abigail necesitaba encontrar algún indicio que corroborase su sospecha.

No le quedó otra que calzarse y abrigarse con una zamarra de lana para salir a buscar lo que el reverendo había escondido en aquel poste. Seguía siendo invierno, y el frío en Oldwing era destacable por su crueldad. Con la misma sutileza, apretó con fuerza la maneta de la puerta de la calle y la empujó con el muslo de la pierna, pero esta no se abría; había tanta nieve acumulada en la entrada que evitaba entornar ni siquiera lo más mínimo la puerta. Pero aquello no la detuvo. Abigail era astuta y calentó agua en la vieja tetera. Esperó unos minutos a que el agua estuviese algo caliente y comenzó a disolver la nieve de la entrada.

Al salir todo estaba blanco. Un blanco hermoso y puro donde no se podía diferenciar la nieve de los campos de algodón. Poco a poco, Abigail fue avanzando y sus huellas se iban marcando por todo el terreno. La nieve, en algunos puntos, incluso alcanzaba sus rodillas.

Una vez en el redil de las vacas, Abigail miró detenidamente a una de ellas. Resoplaban sin preocupación. Ni siquiera se habían percatado de su presencia cuando, con sus manos desnudas, empezó a apartar la nieve de uno de los postes. Únicamente había seis postes. En el primero no encontró nada, ni tampoco en los dos siguientes. Siguió escarbando hasta tocar tierra.

«Premio», se dijo a sí misma. Eran dos revólveres Navy Black Powder modificadas del 36 y munición. Junto a ellos una buena cantidad de cristales de zinc y plata que, posiblemente, había cogido del asalto a la diligencia.

Con prisas, almacenó torpemente en sus bolsillos una buena parte de aquel material cristalino y un par de balas, se dio media vuelta e intentó volver por las mismas huellas que había dejado minutos atrás. Ya en casa, refugiada del frío y subiendo las escaleras hacia su habitación, escuchó una voz hosca de fondo. Se quedó quieta durante unos instantes, sin moverse ni un solo palmo. Esperó por precaución varios segundos en silencio y cuando dejó de escuchar ruidos, sin dudar, agarró la zamarra de un puñado y corrió fugaz hacia su alcoba.

Con el corazón a mil, se cobijó bajo las mantas buscando algo de calor y almacenó lo encontrado envuelto en sábanas. Lanzó un enorme suspiro que liberó toda la tensión de su cuerpo e intentó volver a conciliar el sueño. La joven sabía que debía esperar al día siguiente para contarlo.



—Madre, ¡mire! —Abigail abría su puño ante la mirada de Lucie.

—¿Qué es eso hija?

—Son guijarros de mena, madre, muy posiblemente de plata. El material robado de la mina. La plata de la que todo el pueblo habla —gritaba a su madre.

—No puede ser, hija. Tranquilízate. ¿De dónde has sacado eso? —Lucie intentaba quitar hierro al asunto.

—Lo escondió el reverendo cerca del redil de las vacas. Y junto a ello había dos revólveres y munición —dijo Abigail mientras abría su otra mano mostrando dos cartuchos hechos artesanalmente de revólver.

—Guarda eso, ¡rápido! Antes de que alguien lo vea —le regañó su madre.

Lucie se quedó perpleja, con la mirada perdida. Los labios se le secaban y sentía la cabeza embotada. No sabía a dónde apartar la mirada. No sabía qué hacer.

—No... ¡No! —Lucie se exasperaba.

—Madre, hay que avisar al *sheriff* —prosiguió Abigail.

—No, déjame esto a mí. Yo hablaré con él —objetaba Lucie.

—No creo que sea buena idea, madre. Este hombre es peligroso —interrumpió Abigail.

—No te preocupes, hija. No pasará nada...



A cada día que pasaba, un nuevo muerto aparecía flotando en el cauce del río. A esto había que sumar las frecuentes salidas del reverendo. Pasaron ocho días y la ley aún no había encontrado a los bandidos que robaron el tan preciado material. Los ayudantes del *sheriff*, junto a los hombres del *marshall*, peinaban el perímetro desde la zona del lago hasta Blackwood, situada a siete millas de Pigstone, bordeando las lindes y barriendo los caminos en busca de alguna pista de su ubicación.

Ese era el momento que Fred estaba esperando: deseaba que toda la ley del valle estuviera lo más alejada y entretenida posible como para hacerse con el control del pueblo. El reverendo y sus hombres repartieron el botín, todo el material de plata y cobre extraído de aquella veta. Ese material será usado para reclutar a cientos de hombres sedientos de *whisky*, codicia y ramerías dispuestos a servir bajo la potestad del puño de hierro del reverendo.

—Guardad todo el zinc posible. _Los cristales de zinc serían usados para otros planes, según Utter.

Después de aquel asalto, Fred seguía ejerciendo de reverendo en Oldwing. La gente del pueblo acudía a sus sermones, no sabemos si por miedo, por costumbre o porque realmente creían las bazofias que escupía aquel predicador falso embustero por su boca. Pero nadie faltaba a la iglesia.

Y fue un día tal como hoy cuando Lucie sacó algo de valor para hablar con el reverendo. Sus manos temblaban, estaba nerviosa. Los párpados mostraban un tic molesto que no le dejaban pensar con claridad. Él estaba en el patio interior limpiando los ramplones de los caballos cuando ella le interrumpió.

—Fred, hace más de dos años que llegaste al pueblo y sigues sin querer contarme nada sobre quién eres o de dónde vienes... —dijo Lucie.

—Acordamos no hablar del pasado —destacó el reverendo mientras colocaba los aperos al animal.

—Lo sé, pero están muriendo hombres en los alrededores, hombres buenos. Si tienes algo que ver... Si eso iguala en algo a lo que hubieses hecho en el pasado... —La mirada de Lucie era frívola.

En ese momento, Fred dejó de lado el herrador y se giró hacia ella. La miraba con el ojo que no tenía tapado.

—¡Ni se le acerca! Te diré que he hecho cosas terribles en el pasado, pero cada día intento compensarlo —dijo con la boca pequeña.

Ella no le quitaba la vista, mirándole fijamente sin parpadear, aunque los gestos de su cara la delataban.

—Fred, dijimos no más muertes. Además, la niña sabe algo... No podemos seguir con esto. —Lucie parecía asustada e inquieta.

—Tranquilízate. Está todo bajo control, no hay ningún agente de la autoridad en millas. Es solo cuestión de tiempo que Utter consiga procesar el zinc.

—No, no. Lo que hemos hecho es imperdonable. Tenemos que entregarnos. No aguanto más esta presión. Si seguimos, lo único que conseguiremos será la sogá. El tema se nos ha ido de las manos —se lamentaba Lucie.

—No podemos rendirnos —insistía el reverendo—. Estamos muy cerca.

—No es cuestión de rendirse, es cuestión de saber cuándo hemos perdido —aportó Lucie.

«No podemos dejar que hable...», luchaba Fred contra sus demonios interiores. Aquellas voces lo atormentaban desde que era niño.

—¡Maldita sea, mujer! —gritaba Fred—. ¡Todo fue idea tuya, no podemos echarnos atrás ahora!

—Estamos llamando demasiado la atención... —repetía ella.

—Lo siento, pero yo ya tengo cerradas las puertas del arrepentimiento.

En ese instante, Lucie intentó echar mano al cinturón de revólveres que el reverendo mantenía escondidos, pero él mismo se lo impidió. ¡Zas! Aquel bofetón en la cara de Lucie resonó en todo el patio.

—¡Reacciona de una vez, cariño! Ya no hay marcha atrás.

Después de aquel golpe, ella lloraba destrozada en los hombros del reverendo. Pero entre sollozos ella mascullaba algo...

—Aún estamos a tiempo —intentaba calmarse a sí misma—. ¡Podríamos huir juntos, empezar una nueva vida! —Lucie cambiaba de idea como una veleta al viento.

—¡No! No. Estamos muy cerca ya. —El reverendo empezaba a irritarse.

En ese instante, Lucie levantó la barbilla de los hombros del reverendo y ambos se miraron fijamente. Sin decir ni una sola palabra.

—Hay que marcharse. Posiblemente, Abigail ya le habrá contado esto a alguien. Encontró parte del material... —insistía Lucie—. Si seguimos más tiempo con vuestras estúpidas pruebas, no conseguiremos ni salir del valle...

Al terminar la frase, este la empujó.

—Calla, maldita fulana. —Escupió al suelo. De nuevo, volvía a exasperarse.

—La gente del pueblo no tardará en saberlo... No pienso cargar con la

culpa. Si seguimos, pondrán una buena recompensa por nuestras cabezas — Lucie desafiaba al reverendo con descaro.

«¡Mátala!». De nuevo, las voces alienadas del reverendo hacían acto de presencia.

—¡No, no, no! —Se echaba las manos a la cabeza el reverendo.

—Es cuestión de tiempo... —Lucie seguía desafiando al reverendo con voz de fondo. El reverendo ya no escuchaba la voz de Lucie, sino la voz de su cabeza.

En un despecho, y seguido por sus voces interiores, Fred enganchó a Lucie del cuello. Como ella se resistía, él la intentaba enganchar de sus rubios y trenzados mechones. Forcejearon varios minutos en los que Lucie se escurría de sus apretones. La intentaba apoyar contra la mesa y todos los cacharros de la mesa caían al suelo. Ella se revolvía por toda la habitación mientras con los pies la golpeaba, intentando tirarla a ese suelo de madera apulgarado por el frío. Finalmente, consiguió sostenerla de espaldas contra la mesa, le sujetó la cara y le apretó las mejillas hundiendo sus dedos en ella. Apenas tenía movimiento para evadirse de él.

—¡Abre la boca, maldita zorra! —gritaba el reverendo mientras sus dedos se clavaban con firmeza.

—¡Mmm! ¡Mmm! —ella intentaba no abrirla.

Cuando consiguió abrir la boca de Lucie, ella aprovechó y le mordió el dedo anular. ¡Casi se lo arranca al muy cabrón! Aún sangrando y con el dedo colgando, la volvió a sujetar y, de un tirón, la lanzó al suelo. De cara contra el suelo y con la rodilla del reverendo apretando su espalda, este trabó con las dos manos su cabeza y apretó su mandíbula para ahuecar la lengua. ¡Era imposible! Esa mujer mantenía los dientes bien apretados, de modo que no tuvo más remedio que taponarle la nariz. Ella aguantó la respiración hasta que no fue posible y tuvo que abrir la boca para poder coger algo de oxígeno, momento que el reverendo aprovechó para sacar una navaja de su cinturón y llevarse un buen pedazo de la lengua de Lucie.

Ella jadeaba y no paraba de gritar de dolor; todo el suelo empezó a empaparse de un color rojo oscuro. Su vista quedaba borrosa, turbia. Ella gateaba por el suelo sin saber qué hacer, agarrándose la lengua con fuerza. Apretaba, pero cada vez sangraba más. Sus manos no contenían el peso de su cuerpo en cuclillas y acabó arrastrándose por toda la habitación hasta la puerta. Sabía que el pánico era un factor en su contra y necesitaba mantener la calma y contener la hemorragia.

El reverendo daba vueltas al igual que un perro desvalido buscando su rodal para dormir. Acabó sentado en el suelo apoyando los codos en sus rodillas

y con la navaja colgando de una de sus manos, reflexionando sobre aquel suceso. Necesitaba volver a centrar su mente, volver al plan y olvidarse de esa mujer. Ella ya no sería un problema.

—¡Maldita ramera! ¡Mira lo que nos has obligado a hacer! —gritaba Fred.

Ella intentaba no desmayarse debido a la fuerte hemorragia que estaba sufriendo. A rastras, conseguía salir de la casa por el patio interior. Al verla tirada en el suelo, una de las doncellas acudió en su auxilio.

—¡Rápido! Gasas y agua —gritó una de las doncellas.

—Tumbadla, traed agua limpia. —El resto de personal de la hacienda intentaba ayudar.

—¡Avisad al médico! —gritaba César—. Se está desangrando, traed el botiquín.

—Tranquila, señora, estoy aquí. Está en buenas manos —le decía una de las doncellas mientras le acariciaba el flequillo.

—¡Más trapos! No se preocupe, señora, ya se ha marchado.

Varios jornaleros acudieron en su ayuda, la recogieron y la trataron. Avisaron al médico del pueblo que, aunque estaba con otros menesteres, no hizo ascos a la hora de ayudar a la viuda Cassei. El tajo de la lengua era profundo, aunque no había llegado a rebanarle ningún pedazo. Quizás, con el tiempo, la lengua podría sanar sola.

Por otro lado, el reverendo, dejando atrás lo sucedido anteriormente, continuaba con el plan establecido. Era el momento de hacerse fuerte en la ciudad. Todos le temían por su rudo y cicatrizado aspecto. Su voz ronca y su intensa mirada, como si la del mismísimo Diablo se tratara, intimidaban a cualquiera que le cruzase unas palabras. Abandonó la hacienda y se dirigió a la casa de apuestas.

—Coged los rifles y los caballos, muchachos. Roy, tú conmigo —se dirigía el reverendo a uno de sus lacayos.

—¿Seguimos con el plan, jefe? —preguntó uno de los hombres del reverendo.

—Sí, id a la veta y coged al rector de la compañía minera, al jefe de seguridad y al resto de sus hombres —ordenaba Fred—. Traedlos a la plaza. Hoy es un bonito día para que te cuelguen...

Roy y el reverendo se dirigían a la armería del *sheriff*. Roy era el segundo de Fred. Aunque no fuese una persona demasiado limpia, se podía confiar en él. Además, tenía buena puntería. Según cuentan las historias, Roy *Fortuna* era llamado así desde su adolescencia por buenos motivos. Era un cuatrero de gatillo fácil, y con tan solo veintitrés años ya contaba con varias órdenes de búsqueda y captura que nadie se atrevía a ejecutar. Se libró de la horca incluso en tres

ocasiones. Se casó joven y, a los pocos días, su esposa desapareció y no se volvió a saber de ella. Al poco tiempo, lo hallaron beodo y recitando poemas en su rancho baldío sin ofrecer respuestas sobre su paradero. Finalmente, por su fuerte carácter, se cargó a dos rangers de dos escopetazos solo porque le intimidaron para dejar de gritar en un *saloon* de juego. Aquello fue grave. No obstante, para escapar de la justicia se alistó en la recién estallada guerra de Secesión y, debido a su absoluta falta de escrúpulos, su buena puntería y su ausencia de miedo, le hicieron ascender rápidamente a rango de oficial. Todo el mundo, incluso sus compañeros, le temían por psicópata.

Dando un portazo, Fred abrió la puerta de la armería del *sheriff* de una patada.

—¿¡Dónde estás, maldito vago!?! —gritaba con voz ronca Fred.

Mientras Roy apuntaba con su Winchester a la puerta, el *sheriff* estaba sentado en su silla junto a la mesa. Este no se movió del sitio y alzó las manos. El reverendo cogió unas esposas que había en la mesa del *sheriff* y se las lanzó.

—¡Póntelas! Andando —ordenaba Roy.

Agarraron al *sheriff* desprevenido de la pechera y lo llevaron hasta los caballos. Mientras tanto, Roy no dejaba de apuntarle. Fred ató una cuerda a los pies del *sheriff*, le echó un lazo al caballo y fue arrastrándole por toda la calle del pueblo hasta la plaza hasta que se detuvo enfrente del *saloon* La Belle Époque. Aquel lugar se caracterizaba por sus bonitas señoritas de compañía, que no cobraban más de tres dólares por servicio realizado y seis si el servicio requería usar la puerta trasera. Con una amplia barra llena de borrachos a todas horas y bastantes mesas para poder hacer trampas a los naipes, no había día que no hubiese algún tiroteo por culpa del *whisky*, las mujeres, el juego o una combinación de todas ellas.

Toda la gente del pueblo salía de sus casas y de sus negocios ante tal alboroto. Entre disparos al aire, rebuznos de caballos, gritos y obscenidades llegaban el reverendo y Roy con el *sheriff* colgando de los pies. Ante la atenta mirada del gentío, ya estaban preparadas las sogas, listas para provocar el genocidio de los únicos hombres que hacían cumplir el orden en el valle.

—Sujetadlos y subidlos —ordenaba Roy.

—Sujetadle bien del cuello —hablaban entre los hombres del reverendo.

—¡Tapadles la cabeza! —dijo el reverendo.

La gente del pueblo no intervenía, y los pocos que lo hacían se llevaban un tiro al pecho desplomándose en el suelo.

—¡No pueden hacer esto! —gritaban algunas mujeres del pueblo.

¡Bang! Uno de los hombres de Roy encajó un disparo a uno de los tipos de al lado de aquella señora. A ninguno de sus muchachos les temblaba el pulso.

La pura agonía les consumía. Todos miraban a los colgados sin mover ni un solo dedo. Los hombres de Roy celebraban con ginebra y carcajadas mientras Fred seguía pensando en lo ocurrido con Lucie. Pero ya no había marcha atrás, debían continuar con los siguientes pasos del plan.

De repente ¡pum! Alguien disparó con una escopeta de doble cañón interrumpiendo aquella juerga. Todos dejaron de reír y de hacer el ridículo y todas las miradas se fijaron en una sola dirección.

No se distinguía muy bien quién era debido a la posición del sol, que les deslumbraba los ojos, pero era alguien montado a caballo, de no más de metro cincuenta y con el pelo suelto, que mecía la breve brisa.

Era la joven Abigail montada en uno de los corceles de la hacienda. Sujetaba una escopeta de dos cañones con las dos manos. Era de su padre y buscaba justicia por lo que le había hecho a su madre. Las mujeres no solían saber hacer cosas de hombres y mucho menos disparar un arma. Sin embargo, Abigail aprendió con su padre desde disparar hasta coser una herida abierta con sus propias manos.

—Por Dios, otra vez esta entrometida chica —dijo el reverendo de forma sarcástica—. ¡Traedla!

—¡Bastardo! ¡Mentiroso! —gritaba Abigail.

—¡Bang! ¡Bang! —Disparaban al caballo de Abigail herrando el tiro los hombres de Roy.

Abigail apretó con sus piernas al caballo, que se alzaba a dos patas, para evitar que este se pusiese nervioso, pero los hombres del reverendo montaron en sus equinos y salieron tras ella. Abigail reaccionó rápidamente y dio tres golpecitos en el lomo del animal para obligarle a salir de aquella encrucijada. Había demasiados hombres del reverendo y ella no podría hacer nada.

El sonido de los corceles cabalgando sonaba como un estruendo. Abigail corría y corría, pues no tenía más dirección que salir del pueblo hacia el bosque nevado y poder perder a sus perseguidores entre la maleza y los árboles. Conocía bien el bosque, ya que solía ir de caza con su padre frecuentemente. Sabía que podría aprovechar la neblina y las sombras para perder a sus perseguidores en él, aunque para ello debía atravesar primero la Lágrima del Diablo.

Aquel desmesurado lugar se componía de un desfiladero a gran altura que atravesaba el bosque de lado a lado descendiendo hasta el río Viejo y donde se creaba un recodo que el agua golpeaba ferozmente al bajar de los rápidos del cauce. Allí, esta era absorbida por las rocas e, instantes después, expulsada fuertemente hacia el caudal del río. Aquel fenómeno era increíblemente impresionante a la par que peligroso.

Abigail avanzaba entre los árboles sin descanso. Atenta de no golpearse

con ninguna rama suelta, revisaba los bolsillos de su cazadora. Apenas dos cartuchos en la escopeta, y uno de ellos ya gastado. La joven debía aprovechar bien su última bala para librarse de ellos. Sus perseguidores cada vez estaban más cerca, fustigaban a sus caballos con malicia dejando marcas de brutalidad en el animal.

—¡Arre! —gritaba ella.

—¡Arre! ¡Arre! ¡Maldito animal! —balbuceaban los bandidos_. ¡Bang!

Sin cesar, Abigail también castigaba a su corcel con las espuelas de sus botas para que corriese más y más mientras esquivaba los disparos de los bandidos. A toda velocidad entraba por el desfiladero. Todo estaba helado, había rocas desprendidas, nieve y escarcha por todos lados. El caballo pegaba algún que otro traspies debido al mal temporal. A esa altitud, el viento era mucho más fuerte que en el valle. Unos ciento seis metros de altura separaban una llamativa fachada de carbonato de calcio y pedernal negro de la amplia arboleda que quedaba bajo sus pies envolviendo los cauces del río Viejo.

—¡Bang! —insistían, disparando sin precisión.

—¡Arre! —Espoleaban a sus monturas en la misma dirección.

Descendiendo ya por el desfiladero, Abigail decidió salirse del camino y aprovechar la dirección del viento, buscando refugio y escondite entre la densidad de grandes abetos, cedros y secuoyas. Este bosque no hace mucho tiempo daba refugio a grandes mamíferos terrestres, como grandes alces, osos negros, algún que otro lince y pumas. También podríamos encontrar animales curiosos como murciélagos ratoneros, urogallos salvajes y lechuzas o búhos. El bosque no era un lugar seguro si no se iba armado.

Pese a ello, sus perseguidores ya estaban encima, casi podían tocarla. Algunos intentaban echarle el lazo y tirarla del caballo (al parecer tampoco les quedaban balas en los tambores y esa era la única forma de atraparla).

—Estate quieta, maldita chica —gruñía uno de ellos.

—No lo pongas más difícil —continuaban acechando a la joven Abigail.

—¡No tienes escapatoria, chica! —insistían.

Los caballos empezaban a estar agotados, lo que se podía observar en las patas traseras de los animales, que no corrían como era debido.

En un momento de despiste, Abigail echaba la cabeza atrás para comprobar cuánto de cerca podían estar para asegurar el último disparo cuando, de improvisto, el caballo tropezó con una de las raíces de una de las coníferas del bosque haciendo caer a Abigail de su montura, rodando cuesta abajo a través de la empinada y rocosa ladera recubierta de nieve.

La joven comenzó a rodar, su cuerpo se desprendió de las riendas del animal y cada uno se deslizó en diferentes direcciones. Las ramas de los árboles

golpeaban con fuerza su cara y su cuerpo. Cada golpe era aún mayor. Ella intentaba taparse la cabeza con sus brazos y a su vez encogía las piernas evitando partirse alguna extremidad.

Sus perseguidores frenaron en seco sus alazanos. Uno de ellos bajó lentamente del caballo apoyando únicamente un pie sobre el suelo firmemente, manteniendo el otro flexionado sobre el estribo. Se asomaba al abismo buscando a la chica que tantos dolores de cabeza les estaba causando, pero no la encontraban. La demasía de nieve de la ladera ocultaba la dirección de la caída de la chica y el espesor del bosque obstaculizaba la visión.

Al final de la ladera, se podía observar el sorprendente fenómeno que llamaban Lágrima del Diablo, que golpeaba con fuerzas las profundas aguas del cauce del río Viejo. Posiblemente la chica acabase en el fondo de él.

—¡Sohhh! Quieto, caballo —ordenaban a sus caballos los cuatreros.

—¡Quieto! —dijo el otro—. ¿Vamos a por ella?

—No. Si no ha muerto en la caída, el río la traerá de vuelta —comentaba uno de ellos.

—Hay una gran caída, sí —corroboraba con la cabeza que sería imposible sobrevivir a aquella altura.

—Será mejor que volvamos al pueblo. Este sitio no me da buena espina —sugería uno de los hombres del reverendo.

—Sí, volvamos —afirmaban ambos.

Mientras tanto, en el pueblo, Fred había resultado herido por la escopeta de la joven en la pierna derecha, aunque no había sido un disparo limpio. El reverendo cojeaba y le costó subirse al caballo, pero eso no le impediría hacerse con el control del pueblo y de la mina. Con todos los hombres de la ley lejos y otros tantos muertos, Fred disponía de una estupenda ventaja para hacerse con el poder de todo el valle.

Capítulo 6

Charlatanes embaucadores

En algún lugar del bosque

Marzo, 1867

Tocotoc, tocotoc, tocotoc, era el sonido al paso de tres cuadrúpedos arrastrando un carruaje que se perdía entre la espesura del bosque. Aquel sonido era hipnótico, podría tirarme horas y horas sin hacer nada, tirada boca arriba, simplemente escuchando el taconeo de los cascos del caballo contra el suelo. Ya llevábamos horas sin parar desde que salimos del último pueblo al otro lado de la frontera y el viaje era más que aburrido.

—¿A dónde iremos esta semana, padre? —pregunté.

—Estamos a tres millas de Blackwood. Me han dicho que hay bastante trabajo allí. Espero que haya que sacar varias muelas —dijo él.

—Perfecto —continué con entusiasmo—. Prepararé algo de comer para engañar al estómago antes de estacionar a las puertas.

—Sí, por favor. ¡Que sea algo calentito! Tengo los pies congelados, esta maldita niebla hará que nosotros también caigamos enfermos —comentó mi padre.

—Necesitaría que parases un momento, me gustaría coger algo de agua para calentar el cazo...

Me encantaba mirar por los pequeños cristales del carruaje cuando mi padre disminuía la velocidad del carro. Me entretenía contando el número de árboles de hoja perenne que dejábamos atrás.

—¡Para! ¡Para el carro, padre! Mira allí —grité.

De repente, mi padre paró el carro en seco. Por la ventana había visto a un caballo agonizando, moribundo. Estaba cerca de la orilla, aún resoplaba y rebuznaba espasmódicamente. Antes de que el carro se detuviese por completo, de un breve salto bajé al suelo y, rápidamente, me acerqué al animal malherido.

El equino tenía el hocico frío, prácticamente helado. La escarcha se había apoderado del pelo superficial de su lomo. Abría y cerraba pausadamente el ojo mientras me miraba, sin asustarse. Sus pupilas mostraban miedo, aunque el dócil animal no parecía poder moverse aunque quisiese.

—Tiene sangre por todos lados, padre. —Lo acaricié con sumo cuidado, sin movimientos bruscos para no asustarlo.

—No sé si podremos ayudarlo, Feng. —Mi padre movía la cabeza de un lado a otro negativamente. Su mirada mostraba plena concentración. Muy despacio, tocaba al cuadrúpedo para no lastimarlo.

—Está muy mal. ¿Crees que habrá sido algún puma? —pregunté desde la ignorancia.

—Mmm... No creo que haya sido un animal, más bien parece que ha caído de la ladera, quizás por culpa del mal temporal —especuló mi padre—. Tiene roto el corvejón de la pata trasera y ambas cuartillas. Además, tiene algo clavado en el espejuelo.

—¿No crees que pueda volver a andar? —volví a preguntar tímidamente.

—Eso son solo daños físicos exteriores, no sabemos cuál es el estado de sus órganos internos —dijo mi padre mientras se agachaba y apoyaba su oído en el tórax del animal. El cuerpo del equino seguía inmóvil, a cada minuto más frío y su respiración se volvía más lenta. Se hizo un espeso silencio hasta que mi padre interrumpió...

—Creo que es mejor sacrificarlo antes de que aparezca alguna alimaña, Feng.

—¡Nooo! Podemos salvarlo —grité.

—Feng, está sufriendo.

Tras una breve pausa, mi padre giró su cabeza y me miró. Yo le devolví la mirada. No tardé ni tres segundos en arrancar a llorar.

—¡Feng! Vuelve al carro...

Mi padre sacó la navaja de hoja plana que solía utilizar cuando íbamos por los pueblos ejerciendo de barbero y la colocó sobre el cuello del animal. Esperó a que me diese media vuelta y acabó con la vida del malherido cuadrúpedo.

Podríamos decir que nos dedicábamos a cualquier oficio que curase o parecía que curaba enfermedades. Dependiendo del lugar ejercíamos de barberos, de boticarios, de médicos, sacamuelas, cura ojos, etc.

Mi padre era un hombre peculiar, y sobre todo muy charlatán. Podía venderte una judía podrida y creerías que es un nuevo tipo de legumbre. Siempre fue un hombre muy suyo, divertido, pero a la vez cascarrabias y tozudo. Sin embargo, siempre lo consideré como un hombre demasiado sabio para la época que vivíamos. Durante años anduvimos recorriendo todo el país, de ciudad en ciudad, aprendiendo de cada lugar al que íbamos, descubriendo nuevos horizontes. Normalmente, nunca solíamos repetir en ningún destino, ya que casi nunca solíamos salir bien parados y las personas del pueblo eran reacias a la tan moderna medicina china.

Ahora solo quedamos dos en nuestra familia, si bien nunca llegué a conocer a mi madre; padre me contaba que cuando ella murió, hicieron un largo viaje desde Hangzhou hasta el continente de las oportunidades junto a mis abuelos y mi tío. Fue mi abuelo quien enseñó todo lo que ahora es mi padre. Gracias a él yo también sé todo lo que sé.

Desde que tengo razón vivimos en un carruaje o, mejor dicho, en una casa sobre ruedas. Esta se componía de cuatro compartimentos bien diferenciados: el primero se usaba como sacamuelas y para anunciar al público los prodigiosos remedios que poseíamos; el segundo era la cocina, donde preparábamos la comida y únicamente de nuestro uso personal; el tercero era un magnífico gabinete con espejos, butacas, canapés y otros muebles de lujo destinado a los pacientes que querían ser operados, y el cuarto compartimento era una alcoba dispuesta con elegantes comodidades. El exterior estaba pintado con los colores nacionales de China y tres magníficos caballos color negro azabache tiraban de nuestra suntuosa vivienda.

—¡Recoge tus cosas! Volvemos al camino —dijo mi padre.

Recogí el cazo y, unos pasos más adelante, me acerqué a la orilla del río, aparté las hojas para recoger algo de agua para cocinar y ahí fue donde la encontré, tirada en el suelo, retorcida y boca abajo, con todo el cuerpo amoratado, llena de heridas y cortes, entiendo que por la caída.

—¡Padre! ¡Padre, rápido! Vi a una mujer en el suelo. Parece que aún respira.

—Es una niña. ¡Rápido! Trae algo de la caravana para arroparla. Con cuidado, y aún no la levantes. Puede tener fracturas en el cuello —insistía mi padre.

La recogimos del suelo. Estaba helada y llena de barro. Tenía toda la cara magullada y seguramente algún que otro hueso roto. Con sutileza la metimos en el mejor compartimento de la caravana y la tapamos con varias mantas.

Una vez que la niña entró en calor, empezamos a tratarla y la lavamos bien. Mi padre revisó su vista, curó los cortes y atendió los moratones de su piel. Ayudado por ungüentos y relajantes, comprobó que su pulso se estabilizaba y la dejamos descansar para que se recuperase. No la molestamos en varias horas. Seguía teniendo pulso, aunque la joven no despertaba. Mi padre dijo que aquello era normal y había que dejarla descansar.

Pasaron varios días y la chica aún no abría los ojos. Nos acompañó hasta el segundo pueblo desde que la encontramos. La fiebre no cesaba y seguía con sudores fríos, aunque se recuperaba poco a poco, o eso decía mi padre. En Redtown fue donde despertó. La chica no sabía ni dónde estaba y se asustó bastante al vernos; dos orientales mirándola fijamente...

—¿Do-dónde estoy? ¿Por qué me duele todo? —dijo la joven acostada, ligeramente inclinada desde uno de los camastros de la caravana.

—Tranquila, chica. Estabas tirada en la ladera del río Viejo —intentaba calmarla mi padre.

—Sí, y tu caballo también estaba tirado. Aunque no pudimos salvarlo —dije yo.

Nuestro acento parecía resultarle gracioso. Su expresión de vapuleo rápidamente se convirtió en una leve sonrisa que acabó sonrojando a la joven. A pesar de que seguía confusa, no parecía entender bien lo que le decíamos.

—Tranquila —dije—, ahora estás en buenas manos.

La chica siguió mirándome con desconcierto, pero esta vez me miraba a los ojos. Tras un breve silencio por su parte, volvió a tumbarse sobre la cama y, aún con los ojos abiertos, preguntó:

—¿A dónde nos dirigimos?

—Estamos a menos de una milla de Redtown —contestó fugazmente mi padre.

—¿Cómo te llamas? —interrumpí.

—Me llamo Abigail, vivo en Oldwing.

—Encantada de conocerte. Yo soy Feng, y él es mi padre Lee Ming. Viajamos por toda la comarca ofreciendo nuestros remedios medicinales —volví a decir yo—. ¿Y qué te ha ocurrido? ¿Por qué estabas malherida en aquel río?

—Prepárate, Feng —interrumpió mi padre—. Estamos llegando. En breve empezaremos el espectáculo. Déjala descansar...



Redtown

Marzo, 1867

Cuando llegábamos a la plaza de cada pueblo, mi padre encendía la máquina de reproducción cuyo plato giratorio funcionaba dando vueltas a una manivela situada en un costado del gramófono y la velocidad dependía de la rapidez con que la que se giraba la manivela. Con esta técnica atraíamos a la muchedumbre.

—¡Acérquense! ¡Acérquense! —gritaba mi padre a voces.

Mientras tanto, yo iba abriendo las bisagras del carruaje para mostrar las fabulosas instalaciones de las que disponíamos para atender a nuestros inquietos pacientes.

—¡Pasen y vean! Los que puedan ver, claro. Ha llegado el sastre remendón de ojos—malhablaba mi padre de forma sarcástica.

Cuando acababa de abrir el carro, rápidamente me introducía entre el tumulto y buscaba algún que otro mendigo con alguna imperfección ocular al que encontrábamos algún remedio fácilmente remediable, siempre acompañados de falsos testigos y cómplices que estaban dispuestos a ayudar por un par de monedas u onzas de oro.

—Señor, le ofrezco dos dólares por subir al carro y decir que se ha curado simplemente con tomar nuestro fabuloso unguento. Y a usted otros dos dólares por corroborar que nos conoce y que somos de fiar.

—Primero el dinero —comentaba uno de los mendigos.

—Una moneda ahora, el resto al acabar —dije.

—Trato hecho.

Mientras tanto, mi padre vociferaba de forma rimbombante, enseñando al pueblo documentos falsificados donde se indicaban supuestas intervenciones quirúrgicas, falsos premios entregados por alcaldes de otros pueblos, incluso creaba sus propios tónicos en el acto, animando a la multitud a adquirir el medicamento.

Realmente nuestra llegada era todo un espectáculo. La gente aguardaba para que mi padre les atendiese, algunos esperaban sentados en las butacas o gabinetes que teníamos preparados para ellos y otros hacían cola de pie frente al carromato, empujándose unos a otros y refunfuñando.

—Caballero, manténgase los dos ojos tapados por lo menos siete días. Vuelva a verme el miércoles —decía él.

Mi padre realizaba un pequeño inciso sobre el ojo ciego o borroso del paciente y tapaba ambos ojos al paciente, con la excusa de no forzar al otro ojo, tiempo más que de sobra que aprovechábamos para recoger el dinero y huir de cada pueblo. Siempre, a la llegada de cada pueblo, mi padre inventaba una ingeniosa frase para atraer a la muchedumbre dispuesta a eliminar sus males y dolores.

Bricktown

Abril, 1867

—¡Buenos días, gente de Bricktown! ¡Ha llegado a vuestra ciudad el profeta de la orina! —vociferaba mi padre a la gente del nuevo pueblo.

Como siempre, rápidamente, después de abrir la caravana salía a buscar falsos testigos y ganchos con los que forzar a los pobres incautos a consumir nuestros fabulosos productos.

—¡Con solo ver una pequeña muestra de vuestra orina, seré capaz de averiguar cuál es vuestro estado de salud! Podréis comprar nuestros fabulosos remedios aquí mismo...

Durante varias semanas, Abigail nos acompañó por el condado regado por el río Viejo. Toda la zona era un buen valle, perfecto para cultivar todo tipo de cereal en primavera y abundante algodón en invierno, junto a la caña de azúcar. Los inviernos eran muy fríos, capaces de hacer enfermar al hombre más rudo, época que aprovechábamos para brindar nuestros servicios a los infelices de los pueblos más cercanos.

—¿Y vosotros vivís así? —preguntaba Abigail.

—Sí, cada dos o tres días cambiamos de lugar —contesté.

—¿Pero no tenéis ningún sitio al que volver, una casa? Vivís embaucando a las personas en cada ciudad. ¿Qué clase de vida es esa?

—Es la vida que nos ha tocado, Abigail —volví a decir.

—Por cierto, ¿cuándo volveréis por Oldwing? —comentaba Abigail mientras manoseaba su colgante. Aquel colgante de plata tenía un gran árbol tallado en su interior. Nunca había visto ninguno igual. Parecía tener un gran significado para ella—. Me gustaría volver al pueblo, aún tengo asuntos que tratar —continuaba Abigail en un susurro a punto de quebrársele la voz.

Abigail nunca había estado lejos de su casa, y ahora se encontraba con dos extraños asiáticos a los que no conocía de nada.

—Estamos a ciento nueve millas de ese pueblo, chica —dijo mi padre mientras tosía de malas maneras—. Lo tendrás difícil para volver tú sola tan lejos.

—Por cierto, bonito colgante —interrumpí—. ¿Quién te lo dio?

—Un día fue de mi abuela y después pasó a mi madre. Ella me lo dio a mí. Es un colgante mágico, ¿sabes? Y con él se puede hablar con la persona que te lo dio. Debes elegir bien a la persona que deseas regalárselo, y algún día encontraré una persona a la cual regalárselo y seguir con la tradición. Siempre nos ha dado suerte... Aunque estos últimos días no es que haya tenido demasiada la verdad.

—No digas tonterías, claro que has tenido suerte. ¡Sigues viva! Y lo mejor de todo es que te hemos encontrado nosotros.

—Feng, ya estamos llegando —comentó mi padre.

—Sí, padre... —contesté—. Oye ¿y por qué no te quedas con nosotros? Haríamos un buen equipo —dijo mientras seguía arreglándole las trenzas a la rubia.

—No podríamos mantenerla, Feng —masculló mi padre—. Lo más sensato sería alquilar un carro en el siguiente pueblo y mandarla a casa —dijo

mientras señalaba con su dedo en dirección a la ciudad más próxima.

Capítulo 7

Chili Pigeon

«Quita las cloacas de las calles y las llenarás de hedor; quita las prostitutas del mundo y lo llenarás de sodomía».

Aquel era el texto escrito en los baldosines del famoso burdel de Chili Pigeon en Hill City, famoso por ser regentado por la sublime *madame* Anne Perl. Según cuentan las historias, a los catorce años Anne escapó del ambiente represivo de su familia con profundas convicciones religiosas y se instaló como dama de compañía en la localidad de Creek, un lugar habitado por un buen número de millonarios relacionados con el mundo de los negocios.

Pronto a nadie debía cuentas. Nadie le había enseñado el oficio, pero a pesar de su juventud se desenvolvía con tal profesionalidad que, en poco tiempo, se convirtió en la meretriz mejor pagada del estado donde se hizo llamar Sra. Perl.

Cada vez eran más los hombres que se instalaban en aquella zona en busca de fortuna y, como bien sabía Perl, donde hay hombres hacen falta mujeres, así que contrató a un buen puñado de exuberantes señoritas que rápidamente se pusieron a trabajar para ella.

Aunque en nuestra época el sexo no estaba bien visto, y por su puesto nadie hablaba de él en público, todo el mundo sabía dónde encontrarlo. Desde jóvenes hasta los más sabios aprovechaban su tiempo libre para visitar aquellos lugares llenos de vicio y depravación que iban desde puestos ambulantes formados por un padre con su mujer y su hija ofreciendo servicios de final feliz hasta espectáculos de teatro subditos de tono. Debido a que autoestimularse sexualmente no estaba considerado como algo saludable _ya que algunos científicos y escritores lo consideraban como algo repugnante_, cualquier persona que lo practicase debería avergonzarse de mirar a la cara a cualquier perro decente. Otros, sin embargo, lo consideraban una enfermedad mental que, además, creían que podían acarrear el origen de múltiples enfermedades como acné, ceguera o la sarna. Incluso se patentaron utensilios «antitocamientos» que las madres compraban para sus propios hijos y evitar que cayeran en el pecado, algo que la Sra. Perl supo aprovechar a la perfección para sacar adelante un negocio rentable.

La fama de su burdel y de sus chicas de compañía traspasó las fronteras de los diferentes estados, y hasta allí peregrinaban centenares de millonarios ávidos

de pasar una noche con una de las chicas de Perl. Era tal el ir y venir de clientela que incluso se prohibió a los niños de la ciudad pasear a media tarde por las proximidades de la Avda. Layers.

Aunque Anne se había convertido en la envidia de la mayoría de las mujeres que residían en Creek y a pesar de los elegantes y carísimos vestidos que llevaba (jamás la vieron vestir dos veces con la misma ropa), meses después todo el distrito financiero y el burdel de Perl salieron ardiendo y la *madame* tuvo que huir fuera del condado. Acabó llegando a Hill City, donde decidió empezar de cero y volver a levantar un nuevo prostíbulo, esta vez en un edificio construido de ladrillos. El nuevo burdel se construyó con todos los ahorros de Perl y fue bautizado como Chili Pigeon. No faltaba ningún detalle de lujo, y el negocio se puso en marcha otra vez.

Se comenta que Perl amasó una impresionante fortuna. Eran tiempos en los que un buen salario rondaba los seis dólares por jornada, y las chicas de Perl cobraban a los clientes hasta cien dólares por unas horas.



Hill City

Abril, 1867

Habíamos llegado a Hill City y, en vez de seguir el procedimiento habitual de nuestro espectáculo, mi padre paró el carromato en mitad de la puerta del burdel y, sin comentar nada, entró en él. Nosotras también nos bajamos del carruaje y empezamos a vislumbrar aquella exuberante ciudad llena de vida y de color.

—Buenos días. ¿Podría indicarme dónde se encuentra la señorita Anne Perl? _preguntó mi padre.

—Sí, señor. La podrá encontrar usted arriba, en la habitación que da al balcón _afirmó con rotundidad una de las meretrices del local.

La *madame* Anne recibió alegremente a mi padre. Con un estilo moderno, presumía de otra forma de llevar el corte de pelo *prepixie* con un color rojizo cobre, jugando a la perfección con los volúmenes. Mientras un lado lo dejaba liso y lo recogía tras la oreja, en el otro lucía un sofisticado flequillo largo ondulado. Por supuesto, alardeaba de su bonito *sheer dress*, un elegante vestido en dos partes, con cuerpo y puño ajustado, falda y mangas anchas, cuya tela semitransparente de color rojo oscuro dejaba ver el apretado corsé _relativamente corto para la época_ bien ceñido en el pecho y la cintura. Por

último, a juego exhibía unas finas medias de hilo negras terminando en unos bonitos zapatos de charol que no cualquiera podría permitirse.

Revoloteando por el local se dejaban ver algunas señoritas de compañía también muy bien arregladas, todas ellas con su corsé bien escueto y su *chemise* interior con colores muy vivos como el amarillo, el rojo sangre o el azul cielo.

Al fondo, cómodos asientos de piel dejaban ver cómo algunas de ellas se sentaban en las rodillas de los clientes, se atrevían a levantarse las enaguas llegando a enseñar los pololos e iban provocando e insinuándose para que los clientes consumieran más alcohol, ya que ellas iban a comisión. A más gasto, más propina.

A simple vista podría parecer un local bastante oscuro (con un dulce olor a tabaco), aunque los colores vivarachos de las señoritas y de las largas y sedosas cortinas que cubrían las ventanas hacían del sitio un exótico lugar al que atreverse a entrar y descubrir aquellos placeres del ser humano en su interior. Justo al otro lado del local, cerca de la barra y antes de llegar a las escaleras de caracol, varias camareras servían cafés, cervezas y licores al resto de personal. Más al fondo podían verse jugadores en las mesas de póker, cuyo dinero ganado volvían a perder en este mismo sitio. Y, por último, en uno de los rincones más apartados y oscuros, por una pequeña onza de oro podíamos encontrar la zona de los mirones, la cual era una pared de papel maché pintado, que estaba repleta de agujeros a varias alturas, hechos a propósito para poder observar a las jóvenes meretrices cambiándose de ropa y retocándose para las siguientes actuaciones; un lugar para aquel que no tenía un presupuesto muy elevado, pero que les permitía seguir disfrutando del local.

Desde fuera no podíamos oír lo que parloteaban mi padre y la señorita Anne. Sin embargo, parecía que estaban negociando. Abigail y yo alternábamos la mirada entre el interior de Chili Pigeon y el exterior, la calle Buster, un gran *boulevard* lleno de locales con escaparates, bancos y tiendas artesanales. La gente de la ciudad vivía muy diferente a como se vivía en los pueblos más humildes del condado.

Cuando acabaron la conversación, la señorita Anne nos invitó a entrar en su recinto. Normalmente en ese tipo de locales no entraban niños ni mujeres, bueno, mujeres que no fuesen meretrices, claro.

—Por favor, señoritas, anímense a pasar y tomen un vaso de limonada. Bienvenidas al mejor local de Hill City —dijo Anne.

Miramos a mi padre y él asintió con la cabeza. Nos acercamos a la barra y empezamos a mantener una fluida conversación, riéndonos de bromas y farándulas de toda la gente que pasaba por allí. Sin darnos cuenta, la mañana pasó rapidísima y mi padre quería empezar con el *show*.

—Vamos, Feng. Tenemos que trabajar —ordenó mi padre.

—¿Por qué no dejáis aquí a Abigail mientras atendéis vuestros asuntos? Aún tenemos mucho de qué hablar —sugería la *madame*.

—Quédate si quieres, Abigail. Nos apañaremos bien. Luego volveremos a por ti —dije yo.

En ese momento, mi padre y yo volvimos al carro y dejamos atrás a Abigail. Sin ningún vacile, los caballos empezaron a trotar por la calle hasta que, sin darnos prácticamente cuenta, ya estábamos a las afueras del pueblo.

—¿¡A dónde vas, padre!? ¡La plaza está ahí! —grité a mi padre.

—Nos marchamos de la ciudad —dijo él muy serio.

—Pero ¿qué pasa con Abigail? —mi padre ignoró mi petición—. ¡Qué pasa con ella! —repetí.

Mi padre no me miraba, únicamente mantenía la cabeza alta sin perder la vista al frente. Insistí en qué pasaba con Abigail y esta vez me miró fijamente sin decir ni una sola palabra mientras el carro avanzaba. Agité la cabeza de un lado a otro y las lágrimas contenidas en mis ojos comenzaron a resbalar por las mejillas. Una angustia enorme se adentró en mi cuerpo. Mientras tanto, un silencio llenaba de rencor el carro. A su vez, mi padre sacó del zurrón un buen fajo de billetes; no más de setecientos dólares por una chica bien joven, limpia y posiblemente aún virgen. Ese era el precio por una mujer en nuestro cruel siglo xix.

Capítulo 8

Palomitas

Abigail no tardó mucho tiempo en acostumbrarse a su nueva y forzada vida en Hill City, sin dinero y con tan solo quince años no podía volver a su pueblo natal, Oldwing. Fue necesario adaptarse a las normas de la Sra. Perl si quería sobrevivir en aquella ciudad llena de lujuria, alcohol y depravación...

—¡Ehhh! ¡De dónde has sacado esa maldita chaqueta azul! —berreaba un borracho frecuente del Chili Pigeon dirigiéndose a un nuevo cliente que había entrado por la puerta.

El caballero intentó evadir la mirada de los cuatro borrachos que reposaban en una de las mesas del local, pero no fue posible. El *saloon* estaba medio vacío, ya que aún era pronto para el toque de queda.

—Es mi chaqueta —contestó él.

—Ya veo que es tu chaqueta, pero ¿de dónde la has sacado? ¿De una letrina? —se mofaba del caballero infame.

—No, nada de eso —estaba vez aumentaba el tono de su voz.

—Entonces, la encontraste en la basura... —insistía desde su asiento.

Aunque la guerra hacía tiempo que había acabado, aún seguía existiendo recelo entre los estados del norte y el sur. Los confederados rechazaban cualquier signo que les recordase a la Unión.

—Veo que por aquí no hay muchos hombres dispuestos a luchar y a morir por la Unión. Para mí la guerra terminó, y no tengo otra chaqueta —dijo el hombre que entró.

—Escúchame con atención. Te diré lo que vas a hacer... Te vas a quitar ahora mismo esa puta chaqueta azul y te vas a cagar en ella —dijo el insolente caballero—. Y si el local lo permite, le vas a prender fuego.

—Tienes razón, hace mucho calor en este sitio. Me quitaré la chaqueta. ¡Señorita! Una cerveza, por favor —indicaba el nuevo cliente—. Y anótelo a mi cuenta.

—¿Pero qué clase de hombre es usted? Un tipo de la Unión que ni siquiera es capaz de pagar sus propios tragos... —se volvía mofar el grosero caballero.

—¡Señorita! Mejor déjelo. Creo que el hedor que desprende este lugar me

está poniendo enfermo —dijo el caballero mientras se levantaba del taburete.

Con mirada desafiante apartó la banqueta y, sin quitar la mirada, desapareció por la puerta del local.

—Eso, ¡huye! ¡Malditos *cowboys* de la Unión! Se creen que pueden venir aquí y beberse nuestro aguardiente y montar a nuestras mujeres.

El grosero caballero hablaba con el resto de los rufianes en su misma mesa.

—¿Sabéis qué, muchachos? Me apetece una buena puta. Veamos qué variedad tiene hoy el Chili. —De nuevo, el irrespetuoso borracho volteaba los ojos de un lado a otro, buscando alguna indecente ramera—. ¡Ehh! *Madame*, ¿cuánto por la rubita jovencita? —preguntó.

—Lo siento, caballero, esa joven aún no está disponible —contestó la *madame*.

—Doy treinta dólares por ella —insistía el caballero borracho.

—¡Le repito! La joven no está dis-po-ni-ble —la *madame* deletreaba cada sílaba alzando la voz.

—¡Sesenta dólares por la negra del rincón y que la rubia mire! —gritaba con desprecio.

La *madame* quería conservar virgen a Abigail, pero, a su vez, necesitaba recuperar el dinero gastado en ella. Para ella, Abigail no era una niña o una amiga, sino una inversión a medio o corto plazo. Su primer pensamiento fue dejarla ir con aquel tipo, pero su instinto decía que no. Sin embargo, Abigail era como su propia hija, casi la más joven del local. Su esbelto cuerpo recubierto de hermosas telas de seda y sus mechones rubios le recordaban a cuando ella era joven, quizás por eso le tenía tanto aprecio.

—¡*Madame*! No le queda dinero —interrumpía una de las meretrices, refiriéndose al borracho.

Abigail siguió su paseo por el local cuando el beodo la detuvo bruscamente del cabello pegándole un fuerte tirón, provocando que la joven alzase brevemente la barbilla, eso sí, sin perder la compostura.

—¡Te lo pagaré mañana! —decía mientras se pasaba la punta de la lengua por el labio superior y luego por dentro, continuando por las encías.

Pero la *madame* no se inmutó ante tal proposición; ni un solo gesto, ni una arruga hizo acto de presencia en su rostro. Aquella chica valía mucho más de lo que aquel infame beodo podía ofrecer. Con las mismas, ante aquel rechazo el caballero se quitó algo de entre los dientes y lo escupió al suelo y, con la otra mano, agarró del cuello a la joven Abigail. Sin pensarlo, la Sra. Perl se acercó al hombre un segundo después y aplastó su cabeza contra la barra del bar.

—¡No vuelvas a tocar a ninguna de mis chicas sin pagar antes, maldito

borracho asqueroso! —amenazó la *madame* al beodo—. Hay hombres que han perdido el brazo por tocar a una de mis chicas sin autorización.

Aquel hombre medía metro ochenta, casi el doble que ella, si bien estaba muy flacucho por causa del alcohol y las drogas. Aunque ella era todo músculo, sabíamos que era capaz de hacer caer al más rudo de los hombres del local. Testaruda como ella sola, hecha a gusto y semejanza a sí misma. El beodo levantó la cabeza y, con la nariz sangrando y los ojos como platos, se quedó mirando fijamente a la camarera.

—¡Entonces quiero mi cerveza! —exigía el caballero con voz embriagada—. ¡No me iré de aquí hasta beberme mi maldita cerveza!

—¿La ha pagado? —preguntó la *madame* a la camarera.

—Sí, señora —dijo apremiante.

La camarera sacó una jarra de cristal y la relleno del barril de cerveza. A continuación, la puso encima de la barra. En ese momento la *madame* cogió la jarra y la rompió contra el borde de la barra, derramando toda la cerveza sobre el suelo y amenazando al caballero con la parte rota de la misma. El cristal roto estaba tan cerca de su cuello que el mínimo movimiento brusco rebanaría su pescuezo.

—Largo de aquí, ¡escoria!

Nadie desafiaba a la Sra. Perl y salía impune del lugar...



Hill City

Julio, 1869

Durante más de dos años, Abigail permaneció virgen en el Chili Pigeon. A cambio de protección y un hogar, una de sus funciones principales fue la de cuidar del hijo de una de las meretrices que tuvo con un malnacido que la dejó encinta y luego se esfumó. Aquel maldito crío no paraba de llorar.

—Cito, ¡no te vas a levantar hasta que hagas de vientre! —le gritaba Abigail.

—¡Es que me duele el culo! Y se me duermen las piernas... —lloriqueaba el niño.

—¡No! Hasta que no hagas caca en la palancana no te vas a mover.

La Sra. Perl siempre decía que a las mujeres que disponen de su cuerpo, los hombres las llaman ramerías; a las que disponen de sus ideales, las llaman alienadas, y a las que disponen de su espíritu, las llaman brujas. Abigail no

disponía de nada, más bien dispusieron de ella a su antojo. Pasó tiempo, pero aprendió a ser como ella. Razonó que aprender el oficio sería mucho mejor que cuidar de aquel mocoso estreñado. Sin embargo, su vida realmente no era tan mala a merced de la *madame*. La señora cuidaba a sus palomitas, como las llamaba ella, como si fuesen sus propias hijas. No dejaba que nadie les tocara un pelo más de lo debido ni que abusaran de ellas sin pagar más de la cuenta.

Fiestas y más fiestas acompañadas de bebidas y comidas lujosas traídas desde diferentes partes del mundo llegaban al Chili Pigeon; bebidas como *champagne* y quesos curados venidos desde la propia Francia deleitaban los paladares de cualquiera que pudiera pagar aquellos manjares. Que los magnates y vaqueros con dinero frecuentasen el Chili Pigeon no significaba que no hubiera alguna que otra trifulca por culpa de algún bandido y su calaña. Esos malnacidos también poseían capital, dinero que solían malgastar en mujeres y bebida.

—¡Señoritas! Por favor, señoritas, acérquense —voceaba una mañana la *madame* desde debajo de las escaleras.

Todas las meretrices empezaron a bajar las escaleras del burdel dejando de lado sus quehaceres y se pusieron en fila, todas ellas mirando frontalmente a la *madame*.

—Muy bien, señoritas, quiero que hoy os pongáis vuestros mejores corsés y vuestros pololos más sexis. Hoy vendrá un hombre que ha pagado muchísimo dinero por tener a todas las mujeres rubias a su disposición. Eso también te incluye a ti, Abigail. Ha reservado una zona privada.

—Sí, señora —afirmaban varias de ellas.

—Quiero que os lavéis y os perfuméis bien antes de que venga el caballero. Quiero que se lleve una buena impresión. Ha pagado lo suficiente como para hacer con vosotras lo que quiera. Aun así, si os hiciese algún daño, decídmelo. Y recordad, el secreto de una mujer está en la entrepierna del hombre.

Aquella conversación mañanera con la *madame* impacientó y alborotó el estado de las meretrices. Todas estaban como locas por conocer a aquel hombre tan rico que podía permitirse pagar a tantas mujeres. El local, una noche más, estaba a rebosar. Luz tenue y un asombroso espectáculo con animales se estrenaba ese mismo día. La gente bebía y comía sin parar. Los clientes disfrutaban de la compañía de las chicas más bellas del local bien ligeritas de ropa para provocar a los visitantes, aunque alguna que otra chica fea también había (aunque sabían compensarlo con una exuberante flexibilidad que los clientes sabían apreciar).

La *madame* esperaba la llegada de aquel caballero que tanto se hacía esperar en el piso de arriba, ansiosa en la esquina roja (o la esquina toca huevos,

como el resto de chicas la llamaban), donde la *madame* se encargaba de comprobar el estado genital de cualquier hombre que pagase por alguna de las chicas. Nadie quiere enfermedades circulando por su propio burdel.

—Los pantalones —dijo ella.

—¿Qué...? —preguntaban los clientes.

—¡Que se baje los pantalones! —repetía Anne.

—¿Pe-pero qué va a hacer? —se quejaba uno de los caballeros que había pagado siete dólares por Santafé.

—Tranquilo, hombre. Relájese y guarde ese ímpetu varonil para las chicas más jóvenes. Yo ya soy un pellejo.

La Sra. Perl cogió una jarra llena de vinagre y sal con la mano derecha mientras sostenía el escroto de aquel hombre con la izquierda. En un descuido, aprovechó y la vertió encima de sus partes.

—¡Ehhh! ¿Qué está haciendo?

—Tranquilo, es solo un limpiador. ¿Le escuece? —preguntó ella.

—No —dijo él con firmeza.

—Bien, pues entonces estás listo para subir con las chicas. ¡A divertirse!



Esa noche la banda de forajidos The Raiders frecuentaban el local. Eran bienvenidos si no montaban jaleo o en ese momento no se escondían de la ley. Aquella banda había dejado de ser una infame manada de lobos asalta trenes para convertirse en simples ovejas embriagadas desde que su líder abandonó la cuadrilla. Ahora, liderados por Bat Earl, quien ostentaba el récord de recompensa más grande jamás ofrecida por la captura de un bandolero (ocho mil dólares), los guiaba vagando como alma en pena por todo el condado.

Bat luchó con el Batallón de Quantrill por la Confederación y terminó siendo comandante. Era inteligente, atractivo y duro como el acero. Nunca se consideró un bandido a sí mismo, sino un fugitivo justiciero. Formó junto a su hermano Frank y otros antiguos conocidos de su tierra una banda letal que igual asaltaba trenes que bancos, logrando botines inmensos y burlando a las autoridades en trepidantes huidas atravesando estados sin dejar de cabalgar.

En el este, sus historias de atracos y hazañas eran tan cotizadas que empezaron a publicar folletines gráficos exagerados con ellas, transformándolo en un mito viviente en todo el país. En invierno se escondía tranquilamente en un pueblecito aislado por las nieves de Newhands con su hermano Frank. En

primavera reunía a su banda, reclutaba nuevos hombres e iniciaba su campaña anual de atracos. Fue considerado un hombre riquísimo, pero, a pesar de ello, a él le enfurecía que le dijese eso y vivía espartanamente.

Al final ocurrió lo inevitable; por pura estadística, durante el asalto a un banco de mineros en Nordlen, la población de origen emigrante sueco les hizo frente a tiros. Tras un frenético enfrentamiento murieron treinta y cinco lugareños y ocho atracadores, su hermano Frank resultó malherido y él acabó preso. Fue ahí donde Bat se ganó el nombre de Bat *Chascahuesos*, ya que escapó de la prisión rompiéndose una mano a pedradas para poder sacarse las esposas y otros tantos huesos de las piernas al saltar el muro que le retenía en la prisión.

Su hermano y el resto de su banda, aunque escaparon de milagro, se fueron sin botín. A partir de ahí, se los buscó sin tregua por todo el oeste ofreciendo fantásticas recompensas. Y hoy aquí les encontramos...



Por fin apareció el misterioso hombre al que todas esperaban. Este se adentró por el local con sutileza haciendo chillar con mesura las bisagras poco engrasadas del burdel y atravesando cuidadosamente el gentío que disfrutaba del espectáculo de aquel tigre blanco. Su vestimenta no era la de un vaquero millonario ni la de un forastero dispuesto a derrochar sus cuartos. Con un sombrero negro y un alzacuellos, no mostraba su rostro.

El misterioso hombre y Bat Earl cruzaron sus miradas. Los ojos de Bat se clavaron fijamente en los del reservado individuo, pero él tampoco apartó su mirada. Ninguno de los dos se intimidaba. Ese momento no lo puedo describir, preferirías no estar nunca en uno así. Las miradas se desviaron y Bat siguió a sus menesteres junto a sus esbirros, emborrachándose y disfrutando del espectáculo. El individuo continuó hasta la barra preguntando por la *madame*.

—Señor —la *madame* saludaba al recién llegado haciendo una leve reverencia, agachándose y agarrándose la falda—. Las chicas le esperan arriba.

Él afirmó con la cabeza y subió aquellas escaleras en forma de caracol. En otra de las esquinas del local, al fondo, otro individuo bastante joven pasaba desapercibido entre la multitud y, sin desvelar su identidad, contemplaba la escena sucedida entre ambos mientras apuraba un trago de brandi.

Las chicas seguían impacientes en las habitaciones de arriba. Revoloteaban de un lado a otro acicalándose y retocándose entre ellas. El buen olor de aquel hombre podía apreciarse en el corredor del piso de arriba. Al poner

un pie en el último escalón, las chicas se pusieron firmes frente a la habitación reservada, una al lado de la otra con la cabeza gacha, como había ordenado la *madame*. En un descuido, Abigail alzó la cabeza, pues necesitaba ver a aquel hombre tan misterioso. Con un triste e incomprensible caminar, Abigail observó algo extraño, aunque familiar. Al subir la vista quedó perpleja. No entendía qué hacía aquel hombre allí. Temblando por el frío repentino que sintió, intuyó el desastre del que se libró hace años. «Cómo me ha encontrado...», pensó. Paralizada, no pudo ni decir ni una palabra. Pero él aún no la había visto. De un traspie se separó de la fila, intentando esconderse. Su torpeza llamó la atención del caballero.

—¡Aquí estás! —dijo él mientras la miraba afablemente.

Los ojos de Abigail se pusieron como platos mientras intentaba echarse hacia atrás, aturdida. Buscaba algo de apoyo en uno de los muebles de la habitación procurando no caer al suelo. El individuo caminó hacia ella pausadamente mientras el resto de las chicas le hacían un corro. Sin más dilación, él la sujetó de un brazo y la arrastró hacia la ventana. El resto de las chicas quedaron atónitas, desconcertadas observando aquella escena.

—Vaya, vaya... Ya eres toda una mujer —vacilaba el reverendo Fred sarcásticamente.

—¿Qué-qué hace usted aquí...? —dijo Abigail con la voz quebrada.

Estupefacta, negaba incesable con la cabeza.

—Vuelve a casa, chica —dijo él cumplidamente—. Tu madre te necesita, no levanta cabeza desde tu marcha.

—¡Mentira! —gritaba ella mirándole a los ojos mientras su voz temblaba.

—Escúchame bien, chica. «Mátala» —Volvían a salir sus demonios interiores—. Yo... Vine a cambiar el mundo, pero el mundo fue el que me cambió a mí. Luego vislumbré la oscuridad que vive dentro de esa luz y aprendí que, dentro de cada ser humano, siempre habrá ambas cosas. Y cada uno debe elegir entre una y otra.

Abigail no apartaba la mirada y sus manos delataban su temor. Tenía tanto odio hacia él que no podía dejar de pensar en todo el daño que le había hecho a ella y a su familia. Moviendo la cabeza enérgicamente de un lado a otro, de nuevo negando que el reverendo la hubiese encontrado.

—¡Escucha! —intentaba calmarla el reverendo agarrándola del brazo—. Ya tengo suficientes problemas, necesito calmar al pueblo. Tu madre esta como loca, despotricando todo tipo de calumnias por todos los rincones, y la gente está empezando a perder el juicio en Oldwing. Podría acabar con su sufrimiento. No obstante, lo que menos necesito ahora es llamar la atención en el pueblo.

—¡NO! —Abigail pegó un tirón y se soltó de su agarre.

Abigail cogió impulso y salió de la habitación. Un grito por cada lágrima y afloró de allí temblando. Casi arranca la puerta de la habitación. Corrió hacia el piso de abajo atravesando la muchedumbre del local.

—Maldita sea, chica. ¡Vuelve aquí! —gritó el reverendo mientras la perseguía cojeando.

Tanto la *madame* como la banda de Earl y aquel individuo joven que pasaba desapercibido en una de las esquinas del local se percataron de aquella coyuntura, y todos se pusieron en alerta. Abigail corrió para esconderse cuando la *madame* la enganchó de la cintura y la arrastró a una zona más tranquila, junto a la barra.

—¿Qué ocurre, Abigail? —preguntó Anne en voz leve—. ¿Qué son esas voces?

Abigail titubeaba nerviosa e intentaba apartar a la Sr. Anne que, aún perpleja, no podía explicar qué estaba ocurriendo. Pero la *madame* rápidamente reaccionó.

—Será mejor que la escondamos —comentó la *madame* a otra de las meretrices—. Coge uno de los caballos del abrevadero y llévatela.

El reverendo bajaba lentamente la escalera. Su pierna le estaba matando, pero no podía dejar escapar a la chica. Desde el tercer escalón, sin más dilación, sacó su Colt y ¡bang! La bala destripó los sesos de la *madame* como si de un melón se tratase. Su cuerpo cayó a plomo. Aquel tiro despertó el interés de todo el local. De repente, el tigre ya no era el espectáculo, pero sí lo era el cuerpo inmóvil de la *madame*. Todos se miraban desconcertados unos a otros. El pánico se apoderó de la multitud, empujándose unos a otros en busca de una salida. Los hombres de Earl empezaron un tiroteo contra otros vaqueros del lugar, aprovechando el desconcierto para poder saquear el sitio. La muerte de la *madame* empezó una verdadera batalla campal de todos contra todos.

El joven oculto entre penumbras se levantó y empezó a disparar al reverendo por la espalda, aunque sin éxito al no tener el objetivo a tiro. Mientras disparaba con el brazo estirado se iba acercando a la joven Abigail y la escondió detrás de la barra para evitar el tiroteo.

—Señorita, no se mueva de ahí. ¡Y mantenga la cabeza baja! —dijo el pistolero.

Abigail, asustada, temblaba en cuclillas con las manos en la cabeza. Había prostitutas y vaqueros muertos por todos sitios, la *madame* esparcida por los suelos, pisoteada por aquella masacre. Las balas silbaban de un lado a otro destrozando aquel precioso mobiliario del Chili Pigeon, aquel sitio que tanto sudor y lágrimas le había costado a Anne Perl.

Mientras el joven pistolero devolvía el fuego al reverendo y al resto de

vaqueros de Earl, una prostituta y Abigail aprovecharon para salir agachadas por la trastienda en busca de los caballos. Los bandidos de Earl se dieron cuenta de quién era aquel joven que devolvía el fuego al reverendo y, a su vez, Bat se percató de quién era aquel reverendo que disparaba a mansalva hacia los muchachos.

—¡Maldita sea, es Morgan! —voceaban los miembros de la banda, dirigiéndose al astuto joven.

—Cierto, ¡es Morgan!

—No le dejen escapar.

—¡Maldito traidor! —gritaban algunos de ellos.

El joven, al oír su nombre, enfundó el revólver y corrió tras las chicas. Los hombres de Earl también dejaron de disparar y salieron corriendo tras los jóvenes.

—¡Frank! —gritó Earl al reverendo.

El reverendo Fred giró la cabeza respondiendo a la llamada del bandido Bat Earl.

—¡Hermano! ¿Eres tú? —insistía Bat Earl.

Aquel comentario desvió la atención del reverendo, haciéndoleerrar los últimos disparos y perdiendo de vista a las chicas, momento que Abigail, la prostituta y aquel astuto joven aprovecharon para llegar al abrevadero de los caballos y salir a toda prisa del burdel montados en dos yeguas de raza Rocky Mountain de cola y melena clara, contrastando el color chocolate del resto del cuerpo.

Capítulo 9

Morgan

Sur de Tennessee

Marzo, 1851

Nueve años tenía cuando empuñé mi primer revólver. Fue el día en que James y yo (aunque todos le llamaban Jim) decidimos escapar del hospicio de monjas Cuatro Ángeles. No es que estuviésemos mal en aquel lugar, pero queríamos vivir aventuras y no estar encerrados en aquel espantoso lugar donde cada día que pasaba enfermaba uno de los niños por culpa de la tuberculosis. Como es sabido, en aquellos lugares nunca se trataba bien a los chicos, pero es verdad que la hermana Luisa, con más de treinta años de hábito, tenía la mano muy larga, aunque nos tenía algo de aprecio.

Realmente no creo que esa fuese la causa principal para abandonar el nido evangélico, ni tampoco las recientes llegadas de niños y más niños de entre uno y tres años al monasterio, algunos de los cuales desaparecían misteriosamente días después, ni mucho menos el frío o el hambre que pasábamos cuando llegaba el invierno. A pesar de ello, aquel sitio era francamente gélido en temporadas invernales. Por las noches era demasiado silencioso, algo un tanto avieso al vivir más de cincuenta niños y niñas, incluyendo a las hermanas. Si prestabas atención se intuía un llanto constante en las catacumbas del monasterio. ¡Ese sitio daba miedo!

A Jim y a mí nos encantaba escaparnos por las noches a investigar aquellos túneles tan oscuros y, sobre todo, salir corriendo cuando oíamos algún que otro ruido extraño fuera de lo normal. Aquel lugar escondía algo. Solíamos encontrar esqueletos de bebés acumulados en rincones inundados de ratas.

Aun así, el hambre, las enfermedades y, sobre todo, la cara de estreñida de la hermana Luisa nos obligó a tejer nuestro propio destino fuera de aquel horrible lugar. Un viernes como cualquier otro, el señor Ronald visitó el orfanato. Acudía semanalmente y era voluntario. Traía víveres y dinero a las hermanas para que el hospicio pudiese seguir abierto, ya que las adopciones no eran muy frecuentes en la zona sur de la región.

Fue ese día cuando *Jim* y yo decidimos escondernos en el carrozato del

señor Ronald. No era una chiquillada más, y detrás de las cajas de hortalizas nos ocultamos hasta el siguiente pueblo. Fue entonces cuando descubrimos la verdadera realidad: la venta de niños robados que azotaban los pueblos del sur era culpa de Cuatro Ángeles, que revendían a los bebés en el norte. Aquel era el verdadero negocio que entrañaba el interior del monasterio, del cual solo unos pocos se lucraban.

Aquel hombre, al parecer, no traficaba solo con bebés, sino también con armas y fármacos, los cuales encontramos por casualidad al tirar varias cajas de los estantes del carro al no tener cuidado. Si seguíamos atando cabos, sabríamos que esos no eran los únicos pecados que cometía la hermana Luisa, ya que, a menudo, se encerraba en su habitáculo junto al señor Ronald y se escuchaban gemidos carnales.

Decidimos olvidar todo nuestro pasado y anduvimos por los pueblos de alrededor malviviendo y robando lo que pudimos en pequeños establecimientos. No llegamos a disparar ni una sola bala hasta que acabamos en Lithósville, lugar donde por fin encontramos un sitio donde asentarnos y trabajar en una lavandería regentada por unos irlandeses, que nos pagaban dos dólares diarios por destrozarnos el lomo moviendo cajones de ropa sucia de una tienda a otra. Nos dejaban dormir en la trastienda, sobre la ropa sucia.

Pero no todo era paz y felicidad. Jim no tardó en meterse en líos por su fuerte temperamento. Disparó a bocajarro al capataz de una de las granjas lecheras de la zona. No lo mató, pero nos obligó a abandonar el pueblo y a estar en busca y captura por las autoridades locales. Recorrimos cientos de millas con apenas un diminuto bagaje para ambos. Al igual que nosotros, nuestros caballos se morían de hambre. Llevábamos demasiado tiempo sin encontrar un sitio donde asentarnos debido a la fuerte presión de los periódicos regionales, pues nos achacaban el aumento de robos en la zona. La gente con la que nos cruzábamos solo buscaba una recompensa por nuestras cabezas, lo que nos convirtió en fugitivos de la justicia con tan solo once y doce años.

Poco después, a Jim lo atrapó la ley intentando robar unas hogazas de pan y un caballo en una tienda de ultramarinos. No pude hacer nada para evitarlo y finalmente se lo llevaron. Ahí fue donde nos separamos. Intenté buscarlo por todo el condado, e inútilmente recorrí las montañas durante más de sesenta días.

Nunca sabré si fue suerte, o mi mayor perdición, cuando, buscando a Jim, encontré por casualidad la pequeña ciénaga del viejo Roberts. Buckshot Roberts se llamaba, un reconocido y experto cazador de búfalos que vivía de vender pieles en el norte, en los pueblos cercanos a las montañas de Bewells. Aquel tipo era un hombre muy fornido, sus ciento cuarenta kilos recubiertos de una abundante capa de vello corporal le hicieron ganarse el apodo de Grizzli. Estar

frente a él realmente infundía miedo. Se dice que el viejo guardaba cientos de miles de dólares enterrados y esparcidos en sus terrenos pantanosos. Pocos se atrevían a recorrer sus dominios, ya que era bastante peligroso ir en caballo por aquel anegado lugar (sin tener en cuenta el olor que desprendían sus aguas estancadas, infestadas de insectos molestos). Tampoco debíamos subestimar las trampas para caimán que el viejo colocaba estratégicamente para evitar que nadie o nada husmease por su territorio. El viejo Roberts era un tipo astuto, supo sobrevivir aislado durante más de cinco décadas y, lamentablemente, en los últimos días del invierno estaba siendo acosado por la banda de Earl, aunque sin éxito. Cansados de ser humillados por el viejo loco, decidieron asaltar su granja de una vez por todas. Justo en ese instante fue cuando aparecí yo.

—¡Buckshot! Es el momento de salvar tu pellejo. —Frank Earl gritaba atrincherado desde un lugar seguro—. ¡Si quieres mantener algo de dignidad, sal!

Nadie contestó a aquella llamada. Los muchachos se miraron entre ellos arrugando los hombros. El silencio era incómodo. Sin embargo, todos sabían que Roberts estaba en aquella cabaña.

—¡Maldita sea, viejo! ¡Sal o me haré una alfombra con tu piel! —volvió a gritar Frank.

El viejo abrió lentamente la puerta, pero no se vio a nadie. Aquellos instantes pasaron como horas cuando, definitivamente, el viejo Roberts decidía salir para rendirse. Sin dudarlo, al poner un solo pie en el porche, Frank le disparó en el estómago. No obstante, el viejo pistolero no se dejó rematar. Se retractó y volvió a entrar en su cabaña, atrincherándose.

Tras esa jugarreta de Frank, se inició un tiroteo épico en el que Roberts mantuvo a raya a todos los rufianes que le disparaban. Hirió a Middleton en el pecho, le arrancó de un disparo el dedo meñique a George Coe y noqueó a Billy de un culatazo cuando este intentó acercarse por la espalda mientras Roberts recargaba. Dick Brewar intentó sorprenderlo entrando en la cabaña por el tejado, pero el viejo lo descubrió y le disparó, alcanzándole en el ojo y matándole en el acto.

Desangrándose y sin munición, con cuidado, el grupo de bandidos de Earl se adentró hasta la cabaña. El viejo estaba tirado en el suelo, debajo de una ventana. Apretaba con fuerza la herida del estómago, pero aquello no dejaba de sangrar. Frank se acercó al viejo y se puso de rodillas, a su altura. Colocó una mano en su hombro y miró al resto de la banda.

—Te advertí, Buckshot —dijo Frank.

—Maldito seas. —El viejo intentaba moverse en vano—. Sé que yo voy a acabar mal, pero procuraré que tú acabes peor.

En ese momento, el viejo sacó de su espalda un revólver y, sin dilación, apretó el gatillo. Frank, con buenos reflejos, desvió la cabeza y evitó aquella bala. El que no lo hizo fue Dickel, que acabó con un agujero de bala en la frente. Aquel momento fue incómodo. Olía a carne chamuscada de la piel del ruin bandido. Tras ello, Frank apoyó las manos en sus propias rodillas y, con un gesto de alevosía, se levantó.

—Nos vemos, viejo —dijo Frank abandonando aquella cabaña—. ¡Vamos, no perdáis más tiempo y empezad a buscar! —ordenó al resto de sus hombres.

Finalmente, el viejo Roberts murió desangrado de la herida en el estómago y los humillados bandidos pudieron descansar, haciéndose con el poder de la ciénaga. Me mantuve escondido todo el tiempo que pude mientras los hombres de Frank buscaban el botín entre las pertenencias del viejo, hasta que el idiota de Lui, uno de los hombres de Frank, me encontró rebuscando en los bolsillos de sus hombres. Con las mismas, me sujetó del brazo y de un tirón me sacó de mi escondrijo. Sin pensarlo... ¡Bang! Disparé en el cuello a ese idiota.

Ante el ruido de aquel descaro, Frank y el resto desviaron su atención hacia mí. No tardaron en acercarse y, sin faltarme en ningún momento el respeto, Frank se dirigió a mí.

—No deberías andar por ahí solo, chico. ¿Quién eres? —preguntó.

Al ver mis ropas viejas, manchadas y deterioradas por el paso de los días vagabundeando sin Jim, supo cuál era mi situación.

—¿No tienes padres, chico?

—No, señor —dije con la cabeza baja, sin llegar a mirarle a los ojos.

—¿De dónde sales? —Frank parecía mostrar interés.

—Vengo de Lithósville —contesté.

—Eso está muy lejos de aquí. A más de cien de millas. ¿Estás solo? —Frank seguía preguntando.

—Sí, señor.

—¿Y tienes algún lugar donde ir?

—Sí, señor —dije mientras intentaba ocultar mi revólver.

—Sé que me mientes, chico. Escúchame, eres valiente y tienes agallas, pero las agallas no sirven de nada en este oficio si no tomas las decisiones acertadas. Hay mucha gente con agallas que jamás volverá a ver la luz del día. Para seguir en pie hace falta disciplina, porque en este mundo siempre te juegas la vida. Y si no tienes disciplina para alejarte de las estupideces y las decisiones erróneas, te puedo asegurar que algún día veras tu cuerpo en una fosa. —Él sabía que yo escondía algo detrás de mi espalda, pero no parecía importarle demasiado

—. Te ofrezco un trato. Devuelve todo lo que has robado a mis hombres y nunca te faltará un cuscurro de pan que echarte a la boca.

No podía mirarle a los ojos, tenía una mirada tan penetrante que hacía muy incómodo mantener más de dos segundos la vista en alza. Su voz era austera y enfundaba respeto. Pero aquella conversación me hizo sentirme de otra forma. No había que mirar el día a día, sino mirar siempre al futuro.

—Gracias, señor, pero no quiero su caridad.

—No es caridad lo que ofrezco, es un puesto de trabajo. Tengo que suplir un puesto vacante... —comentaba Frank, jocosamente.

Alcé la vista y bajé las orejas, mostrándole el revólver que mantenía escondido tras mi espalda, metí las manos en mis bolsillos y los vacié del resto de objetos robados.

—Vamos chico, he dicho todo. ¡No tenemos todo el día!

—Es todo señor —dije prudentemente.

—¡Muchachos! —Frank alzaba la voz—. A partir de hoy tenemos un nuevo miembro en la banda. Ocupará el puesto de Lui. Quiero que le enseñéis a ser uno de los nuestros, acogedle como a uno más. Y por si alguno lo dudaba... También tendrá su parte del botín.

—Pero hermano, qué haces... —Bat Earl se entrometía en la conversación, agarrándole por detrás.

—Dadle algo del comer al chico. ¡Y un caballo! —continuaba Frank dando órdenes.

—Hermano —hablaba en susurros Bat a Frank—. No puedes meter a cualquier vagabundo que encontremos por ahí tirado —insistía Bat.

—Escúchame bien, Bat. El joven tiene talento. Sí, es osado, pero con una buena disciplina puede ser un miembro valioso del equipo. Confía en mí.

Frank me acogió como uno más en la banda, aunque Bat siempre estuvo algo reacio y receloso a pesar de mi tierna edad. Acabó confiando en los instintos de su hermano Frank y me convertí en un bandido más, sin remordimiento alguno.

Seis años. Si, has oído bien. Seis malditos años estuve junto a ellos malversando y saqueando sin desasosiegos por las esquinas del país, aunque, al contrario que Frank y Bat, yo solo mataba en caso extremo o por necesidad, nunca lo hice por placer. Y no fue hasta el día en que Bat fue encarcelado y Frank quedó gravemente herido durante el asalto a un banco de mineros en Nordlen cuando acabé haciéndome cargo de la banda The Raiders.



—¿Son ciertas las historias que cuentan sobre The Raiders? —preguntó Abigail.

—Sí, claro que son ciertas. Vivimos muchas aventuras, lo que siempre habíamos querido Jim y yo. Me pregunto qué habrá sido de él. —Su mente intentaba imaginar.

—¿Qué ocurrió? ¿Por qué abandonaste la banda? —volvió a preguntar Abigail.

—Los chicos se pasaron de la raya...



Grandes Llanuras

Marzo, 1857

El último golpe que dimos juntos fue justo en la reincorporación de Frank a la banda, ya recuperado de sus heridas, aunque aún débil por las fuertes contusiones, las cuales dejaron una gran marca de por vida en su cuerpo.

Ese día, Frank se empeñó en llevar a cabo el asalto al expreso de Booklet. Aquel tren blindado de seis milímetros de espesor en su parte más delgada y hasta nueve milímetros de chapa en la parte trasera y delantera transportaba fondos federales entre condados. Ese sería nuestro último gran golpe, el último antes de retirarnos a vivir como un pachá.

El tren resultó un hueso demasiado duro de roer. Frank usó dinamita contra los vagones y aquello fue una verdadera batalla campal. Aquel tren no se detenía, resistía hasta dos cartuchos de dinamita seguidos; le faltaban más de tres vagones y el tren no descarrilaba. Rápidamente, el lugar se llenó de odio y dolor, donde casi todos nuestros compañeros murieron y donde también cayeron más de cuarenta vigilantes. Frank volvió a salir herido y otra vez abandonamos sin botín.

Escarzado y sin hombres, nos escondimos en la gran ciudad de Keptown.

Keptown no era una ciudad muy lujosa ni muy bulliciosa, aunque era lo suficientemente grande como para refugiarnos una buena temporada. Construcciones de ladrillo y cemento, tiendas en ambos lados de las calles y muchos lugares pintorescos de diferentes entretenimientos llenaban la ciudad de vida. Al poco, empezamos a derrochar y malgastar el dinero de botines anteriores en burdeles y locales de ocio. Allí fue donde conocí Nellie, una hermosa mujer de quien caí rendido a sus pies, una exótica bailarina de color que actuaba todas las noches en el *saloon* de la avenida más famosa de Keptown.

Su piel oscura, pero no demasiado, enamoraba con tan solo mirarla. Alardeaba de un brillante cabello con ondulados rizos que ocultaban sus intensos ojos negros tizón, con unas piernas largas y fuertes que entreveraba ropajes y rejillas con algo de carne muy exuberante que hacían enloquecer a cualquiera que clavase la mirada más de tres segundos seguidos.

Una noche, los muchachos se divertían junto a otra banda de sinvergüenzas mexicanos, compartiendo cervezas, *whisky* y polvo de dover, un nuevo tónico compuesto por opio que se adentraba en las grandes poblaciones traído por los ingleses, los cuales aconsejaban consumirlo diluido en agua a fuego lento, inhalando después el humo resultante con un embudo. Aquello creaba fuertes alucinaciones y efectos secundarios que solo conocen aquellas personas que lo tomaban a diario. A su vez también podía consumirse triturado para después tomarlo como una infusión, muy utilizado para aliviar dolores de muelas, fiebres o incluso para dormir a los niños.

Esa misma noche intentaron mancillar a Nellie. La vejaron, dejándola malherida, llena de golpes, envuelta en moretones y sangre. La pobre estaba azarosa, no podía ni moverse, se asustaba con solo mi presencia al intentar tocarla para ayudarla. Su ropa estaba desgarrada. Tenía magulladuras por toda la cara, el labio partido y los ojos hinchados. Estaba hecha un gurrño detrás de una alpaca de paja, totalmente aterrorizada.

Lo que hicieron aquellos salvajes era despreciable, dañar así a una mujer y mucho menos tratarla como una esclava por ser una mujer de color. Me pareció tan asquerosa aquella actitud que fue la gota que colmó el vaso, ya que aquella forma de vida no era la que yo compartía. Ese día tuve que tomar una dura decisión, si elegir entre mis propios ideales o la lealtad hacia la banda que me crio.

Sin más cavilación, solté todos los caballos del abrevadero para que nadie pudiese seguirme y cogí varios rifles y Colts, además de un buen surtido de cartuchos de dinamita, y fui en busca del campamento nocturno de los mexicanos, que estaba a unas dos millas. En una hondonada a las afueras de la ciudad, una horda de unos treinta mexicanos aguardaba totalmente beodos. Tranquilamente, aprovechando la oscuridad, lancé todos los cartuchos explosivos con letal destreza y, a medida que iban surgiendo los supervivientes de las sombras, los abatía con los rifles. Cuando quedé sin escopetería, eché mano a los revólveres.

Disparé y me defendí hasta hacerse de día. Los testigos desplazados al día siguiente mencionaron hasta cuarenta muertos. Fue portada de los periódicos más destacados durante semanas como la mayor matanza individual conocida al este del río Hudson.

Al final acabé herido por un disparo en la espalda, aunque conseguí ensillar para perderme en la arboleda nevada. Quizás Frank fue el único hombre en mi vida que realmente se preocupó por mí. Me respetaba, no pagaba mal y me trataba como él quería que fuese tratado. Aunque nunca más volví ver a Frank, y mucho menos supe nada de Bat o de sus fechorías, ya que le perdí de vista cuando le encarcelaron. Hasta ayer mismo, que fue pura casualidad que coincidiéramos los tres en el mismo local.

—Y así fue como conocí a Frank, al tipo al que tú te refieres como reverendo Fred. A quien consideré como un padre durante muchos años... — Morgan contaba su historia a las chicas mientras no dejaban de cabalgar, aumentando la distancia entre Bat y sus hombres.

Capítulo 10

Sin tregua

Los últimos rayos del sol cruzaban el solitario cañón, convirtiendo las rocosas paredes en un impresionante tapete de tonos anaranjados y marrones. Los tres jinetes solitarios cabalgaban en caballos negro azabache mientras el sol caía despreocupadamente sobre sus hombros. Habían seguido el cauce seco del río, sabiendo que, posiblemente, darían con algún pueblo pronto. Todavía faltaban varias horas para llegar al pueblo más cercano, y necesitaban parar y comer algo para detener el rugido en sus estómagos. Continuaron andando a paso lento, ya que los caballos prácticamente no podían más.

—Vamos, bonito, un poco más y descansaremos. —Se inclinaba Morgan a susurrar al oído de su caballo.

En algún lugar del cañón en New Horns

Julio, 1869

Abigail espoleó al caballo por el angosto camino. Siguieron al paso hasta la entrada de una pequeña cueva, aunque tampoco podríamos considerarla una cueva como tal, ya que ni siquiera tenía dos metros de profundidad. Morgan desmontó y le quitó a su caballo la silla de montar junto con todos sus otros pertrechos y alforjas. Ató el caballo a un árbol cercano y este, inmediatamente, comenzó a roer la hierba que crecía a su alrededor. Poco después ayudó a bajar a Judith del equino.

Abigail también bajó del caballo y gimió mientras sus acalambrosos músculos protestaban ante las largas horas de inactividad que los habían llevado hasta la región de New Horns. Se sentía agotada. Sus parpados cada vez eran más pesados y su molido cuerpo solo quería descansar, pero sabía que debía mantenerse atenta por si acaso ocurría algún imprevisto. Cogió algo de fuerzas y cargó las pocas pertenencias que tenía para dejarlas en el interior de la oquedad. No les quedaba demasiado en las alforjas, ya que la mayoría de las provisiones se quedaron esparcidas por el suelo en su huida. Una vez acomodados, con un pequeño fuego con el que protegerse del frío, Morgan comenzó a hacer inventario de todo lo que le quedaba, comenzando por sus ropas.

Llevaba puestas sus botas negras adornadas con unas espuelas plateadas cuyo sonido inconfundible era capaz de intimidar al más fiero de los bandidos. Sus piernas estaban cubiertas por unos mugrosos pantalones negros de algodón y una fina camisa negra de manga larga, abrazado por un chaleco de piel que ceñía su torso y un zurrón cruzado en travesera. También llevaba un cinturón que le servía para algo más que sujetar sus pantalones, con un bolsillo secreto donde escondía una pequeña navaja. Si le atasen las manos a la espalda, el bolsillo quedaría en un lugar de fácil acceso. Ese pequeño secreto le había salvado la vida en más de una ocasión. Un sucio pañuelo granate le rodeaba el cuello.

Sus armas eran las posesiones más preciadas que conservaba: dos Colt Navy con un bonito mango nacarado reposaban, siempre inquietas, en sus fundas sujetas por una canana marrón, y un Henry en una funda de cuero de *vaquetilla*, aún apoyada en la silla de montar, al que le quedaban menos de ocho balas. Cada bota contenía un cuchillo Bowie con empuñadura de búfalo y virola de latón. Además, todavía conservaba su lazo, a pesar de que aparentaba ser más corto que cuando era nuevo.

Rebuscando entre sus alforjas nuevamente, no encontró dinero ni carne seca, nada en absoluto que pudiera usar. Tampoco tenía ninguna sartén u olla donde cocinar algo para comer. Quitándole la funda de piel a su cantimplora, puso el recipiente junto al fuego y calentó un poco de agua. Sin ninguna manta con la que cubrirse, apoyó su cabeza sobre la silla de montar y sus parpados empezaron a cerrarse poco a poco.



No descansaron ni dos horas porque se oían gritos por el horizonte, los cuales despertaron a Morgan. El pistolero salió de la cueva y, con el sigilo de un felino, se arrastró hasta el borde del claro de donde provenían los alaridos. Allí vio a los desarrapados hombres de Earl. Con un movimiento de negación de su cabeza, el pistolero despertó al resto y colgó los tres cinturones con las pistolas en las sillas de montar, repartiendo el resto de las cosas en las alforjas.

—¡Levantad! —chillaba bruscamente al mismo tiempo que zarandeaba los cuerpos de las jóvenes con la punta de su bota.

—Mmm... —y aquel bulto durmiente se volvió acurrucar.

—¡Tenéis treinta segundos para ir al arbusto y salimos! —acuñaba Morgan.

Después de asegurar las riendas, puso el pie en el estribo y subió

elegantemente a la silla de montar. Hizo chasquear su lengua y el caballo comenzó a moverse. Con prisas, Abigail ayudó a montarse a Judith en la parte trasera del equino y, de un fuerte impulso, ella se subió delante. Acumulaban bastante ventaja frente a sus perseguidores, pero los caballos aún estaban cansados y la banda de Earl no tardó en seguir las huellas del trío. Nuevamente, los incesantes bandidos les pisaban los talones. Abigail tenía ya los nudillos blancos de agarrarse tan fuerte a las riendas; Morgan, preocupado, no dejaba de mirar atrás, evitando que les alcanzasen con algún disparo.

Cabalgaron durante más de tres horas seguidas. Los caballos estaban totalmente sofocados, el galope se convirtió en trote, y el trote prácticamente se convirtió en paso. Los bandidos estaban a menos de media milla y se les podía oír gritar y disparar al aire. El caballo de Morgan jadeaba y cada vez se quedaba más atrás. Morgan sabía que no aguantaría otra hora más. El corazón del equino latía muy rápido, casi tan rápido como el propio corazón del pistolero, que se estaba preparando para lo peor.

Finalmente, llegó el momento. El cuadrúpedo dejó de correr, no podía con su propio cuerpo, y mucho menos con el del pistolero. Asfixiado y reventado, el caballo, a cada zancada, rebuznaba sangre por la boca. Morgan miró a Abigail y esta miró a Judith; ambas le devolvieron la mirada a él y, sin apenas unos instantes, Morgan sacó uno de sus Navy y... ¡Bang! Él mismo disparó a su propio caballo.

El pobre animal cayó golpeando la cabeza contra el suelo, haciendo caer a Morgan, quien estaba preparado para aguantar la caída y rápidamente coger su Henry. Nada más poner un pie en el suelo empezó a disparar lo más rápido posible a los caballos de sus perseguidores para derribar a cuantos más hombres pudiese, desplazándose hacia la izquierda para cubrirse con el propio cuerpo del equino.

Únicamente de ocho balas disponía en su rifle Morgan. Sabía que no podía permitirse fallar ni un solo disparo, ya que ellos eran más de una docena. Los caballos de los hombres de Earl se acercaban ferozmente en forma de estampida, levantando una ola de tierra y polvo que enturbiaba los precisos disparos de Morgan.

¡Pum! ¡Pum! Iban cayendo uno tras otro. Abigail frenó su caballo en seco y quedó perpleja ante tal exhibición acrobática de Morgan. Judith tampoco dejaba de mirar al pistolero.

—¡Corred, insensatas! —les gritó Morgan echando la mirada atrás.

En menos de tres segundos, Morgan había gastado toda la escopetería del Winchester. No había malgastado ni una sola bala, y tuvo que echar mano de sus fieles Navy, sacrificando así su puntería. Aquellos bastardos ya estaban muy

cerca de Morgan y Abigail sabía que él se había sacrificado por ellas. «Es un suicidio», pensó ella. Pero no podían detenerse. Abigail espoleó de nuevo su caballo y ambas cabalgaron dejando atrás a Morgan, a su suerte.

Morgan seguía defendiéndose, ahora sí, malgastando toda su munición de revólver contra aquellos malnacidos. Ya no tenía escapatoria. Herido por una bala de Colt, Morgan se atrincheró a regañadientes en el cuerpo del animal. Intentaba cubrir la mayor parte posible con su cuerpo mientras esos canallas no cesaban de dispararle. Al llegar a su posición, los secuaces de Earl bajaron de sus monturas. Sin prisa. Sabían que el joven no tenía escapatoria. A un palmo de Morgan, ya sin munición alguna, vacilaban de su ventajosa posición.

—Te dije que algún día te mataría —dijo Bat.

Morgan, agazapado y herido, ni siquiera se levantó, sabía que su sentencia de muerte estaba echada. Se apretaba fuertemente el hombro evitando que saliese más sangre. El dolor del hombro no le dejaba ver los otros dos disparos que tenía en el pecho. Los bandidos ya estaban encima de él. La luna llena los alumbraba, y esa noche teñía los matices de un color amarillo anaranjado casi rojizo, creando un bonito lienzo. Nadie decía una sola palabra, pues las miradas hablaban por sí solas. Sin más dilación, aquellos bastardos empezaron a divertirse con su cuerpo golpeándole, escupiéndole y pateándole hasta el punto de que no podía ni respirar.

Tras aquella vejación, ataron un lazo a una de las yeguas y enroscaron la otra punta al cuello a Morgan. Por otro lado, hicieron otra lazada con otra soga y la enroscaron sobre su pie derecho, por encima de la bota. Esta vez, la otra punta de la cuerda estaba unida a un raquítrico árbol seco que ni siquiera tenía hojas. Un chasquido con la lengua para hacer moverse a los caballos y Morgan quedaría partido en tres pedazos...

Súbitamente y sin motivo alguno, uno de los hombres de Earl cayó a plomo al suelo. Absortos, los hombres de Earl miraron el cuerpo de su compañero. Tenía una flecha clavada en la nuca. En ese momento, Bat y sus muchachos empezaron a oír el silbido de más flechas volando sobre sus cabezas.

—¡Corred! ¡Indioooooos! —gritaron.

Aquellos bastardos estaban desorientados. No veían de donde provenían aquellas flechas ni cuántos indios eran. Lo más sensato parecía salir por patas y dejar a Morgan a su suerte. Debido a tal alboroto, el caballo atado al pistolero comenzó a rebuznar y alzarse a dos patas, tensando sus cuerdas y estirando las articulaciones del pobre Morgan. Sus articulaciones comenzaban a estirarse más de la cuenta y sus ojos se hinchaban mientras el animal seguía tirando.

A la luz de la luna, un viejo arapajó apareció en la cresta de la montaña. Oculto entre la arboleda, únicamente dejaba ver su rostro y sus manos. Tenía la

cara totalmente pintada de blanco nardo. La pintura estaba cuarteada y seca, se notaba que las marcas no eran recientes. Además, tenía dibujadas varias líneas verticales de color negro que iban desde el labio superior hasta la barbilla. En las mejillas parecía que le goteaban dos gotas en forma de lágrimas que, al parecer, estaban tatuadas en su avejentada piel. A su vez estaba acompañado de una gran águila dorada de puntas negras que asomaba entre los árboles, la cual no quitaba la vista del herido Morgan.



No quedaban muchos arapajó en 1869. Desde que el bisonte desapareció por culpa de las batidas furtivas impuestas por el Gobierno de los Estados Unidos, los arapajó vivieron a lo largo del valle del río Rojo en tipis sostenidos por tres o cuatro palos hechos con pieles de bisonte, los cuales escaseaban ya en la zona. Fue una gran tribu que emigraba a menudo persiguiendo manadas de estos impresionantes jorobados, de manera que tenían que diseñar sus propios tipis para que fuesen fácilmente transportables. Se dice que un campamento entero podía empaquetar sus casas junto a sus pertenencias y estar preparados para la partida en tan solo una hora.

A finales de primavera, los arapajó se trasladaban a las Grandes Llanuras en distinguidos grupos para cazar a estos peludos animales y utilizar sus espesas pieles como abrigo para soportar el invierno. En verano, la tribu se dividía en pequeños grupos cobijados a las faldas de las Montañas Rocosas para después trasladarse a las regiones de pasto para cazar a las manadas que bajaban de las montañas, volviendo así a las llanuras a principios de otoño para las ceremonias, conocidas como el Baile del sol y la Sesión invernal.

Frecuentemente, las pieles y los cuernos sobrantes eran vendidos a otras tribus y a los no indios. Estos llegaron a ser grandes comerciantes, hasta que una gran campaña militar lanzada por el Ejército de los Estados Unidos expulsó a las tribus nativas de los comanches, kiowa, cheyennes y arapajó de las planicies del sur para trasladarlos forzosamente a las reservas en el nuevo territorio indio. Con una duración de pocos meses, la guerra tuvo varias columnas de ejércitos cruzando el Panhandle de Texas en un esfuerzo por localizar, hostigar y capturar todo tipo de bandas indias. La mayoría de los enfrentamientos fueron pequeñas escaramuzas en las que ninguno de los bandos sufrió muchas bajas. Sin embargo, la guerra marcó el final de las poblaciones indias en libertad de las Grandes Llanuras del sur.



—Los tuyos no vendrán a buscarte. Dios castigará a los rostros pálidos por las injusticias cometidas contra los seres vivos, los arrojará de la faz de la tierra, los muertos resucitarán y volverá el bisonte. Baila durante cuatro noches seguidas, no debes herir a nadie. Cuando la tierra tiemble no te asustes, no te pasará nada —masticaba en lengua *álgica* aquel arapajó.

El viejo indio cortó las sogas y liberó a la yegua. Esta salió despavorida, él recogió del suelo el cuerpo inerte de Morgan y lo arrastró hasta su caballo montaña arriba; este también estaba pintado de blanco desde la melena hasta los ijares. Parecía un fantasma. Ambos acabaron desapareciendo entre el espesor del follaje junto a su inseparable águila dorada oteando el horizonte.

Capítulo 11

Agujero del diablo

Aprovechando el vasto manto de las estrellas, y aunque la luna esa noche alumbraba como si prácticamente fuese de día, Abigail y Judith conseguían escabullirse de aquella intensa e incesante persecución. El camino transcurrió sin incidentes durante más de tres días hasta que el caballo que cargaba con las jóvenes se arrodilló en el suelo. Los tristes ojos del equino indicaban que hasta ahí podían llegar.

Se encontraban en el corazón de un infinito desierto de piedra caliza donde el calor que emanaba de aquel ígneo lugar hacía la estancia totalmente insoportable. Aquellas rocas eran tan candentes que no había planta que resistiese esas temperaturas. No se veía un mísero animal en días. Las grietas de la resquebrajada superficie ultraplana y tórrida tenían una gran profundidad, las cuales rayaban el estuoso suelo haciendo agobiante la travesía por aquel arduo camino que no llegaba a ningún sitio.

A medida que avanzaba la mañana, Abigail se iba quedando más y más atrás. Sus pies le dolían muchísimo por todo lo que anduvo el día anterior. Su estómago vacío gruñía, y su habitual predisposición y vitalidad se estaban viniendo visiblemente más abajo.

—¡Judith! —Abigail llamó a la fulana que iba por delante de ella, agarrando con mano firme la rienda del caballo que seguía su mismo paso—. ¡Judith, por favor, espera!

—¡Vamos, hay que seguir! —dijo sin girar la cabeza—. Yo tampoco puedo caminar más —dijo fastidiada—. Los pies también me están matando y estoy hambrienta.

En ese momento, Abigail se echó al suelo apoyando su espalda contra el tronco de un triste árbol seco, se quitó las apretadas botas de sus doloridos pies, que ni siquiera eran de su talla, y los ventiló. Se le habían formado numerosas ampollas, y muchas de ellas se habían reventado dejando sus pies prácticamente en carne viva. También se quitó las medias para que sus pies descalzos sintieran algo de frescor.

—Me temo que no podrás volver a llevar esas botas en un tiempo —comentó Judith a la joven Abigail, que calzaba unas botas con trencillas a media

altura hasta la rodilla, con el tacón levemente inclinado realzando gradualmente la figura.

—¡Oh, maldición! Comenzaban a gustarme —dijo ella sarcásticamente.

—Quédate aquí —aportó Judith mientras arrancaba un trozo de tela de su vestido.

Judith cogió sus pies entre sus manos. Con mucho cuidado vendó cada uno de ellos y luego la sujetó haciendo un nudo alrededor de sus tobillos.

—No queda muy sexi, pero al menos te protegerá de la suciedad mientras cicatrizan.

Abigail se levantó y le ofreció sus manos a la joven, quien se aferró fuertemente a ellas. Judith tiró enérgicamente y, cuando la rubia se alzó, la ayudó a mantener el equilibrio.

—Gracias, y siento que tengas que pasar todo esto por mi culpa.

—No te preocupes, Abigail. No hay de qué disculparse. Estábamos juntas en el Chili Pigeon, y sabes que siempre te consideraré como una hermana pequeña.

Judith era una chica muy apacible, siempre sin maldad. Sus delicadas manos eran muy apreciadas por la clientela del Chili Pigeon. Por supuesto, era una joven de veintitrés años muy guapa. Su sedoso pelo castaño con tonos oscuros le daba un aire de distinción y favorecía el color de su piel, acentuando sus lindas facciones. Sus ojos color miel destacaban, ante todo, dulzura y calidez, haciendo que cualquier cliente se sintiese cómodo con su compañía. Pero lo que realmente destacaba de Judith no era su enorme belleza física, si no su sensatez y perseverancia. Ella siempre ha tenido las ideas muy claras y siempre ha sido una mujer muy fiel a quien le rodea.



Continuaron caminando sin esperanza alguna, quejándose del sol, de la arena y del cansancio. El calor hacía mella en ellas. La ropa les estorbaba, pero quitársela podría hacerles quemaduras graves. Ya notaban leves quemaduras en los hombros y en los brazos. «¿Cuánto va a durar este sufrimiento?», pensó Abigail. Aunque no quiso comentárselo a Judith, ya le había dado bastantes problemas.

Alzando la vista al horizonte, tapándose el sol con la mano en forma de visera, a lo lejos consiguieron divisar lo que podía parecer una torre, un conjunto de edificios de antigua construcción. Sus caras cambiaron por completo y su actitud mejoró al instante. Los pies de Abigail ya no le molestaban y sus

pesadeces habían desaparecido. De nuevo, sus fuerzas estaban recargadas.

—Por el amor de Dios. ¿No tienes hambre? —comentó Judith.

—Quizás encontremos algo allí... —dijo la rubia—. Yo necesito agua urgente...

Aquel lugar parecía un sitio abandonado de la mano de Dios o un oasis, según lo mirases. Millas y millas desérticas y de repente un lugar con vida, con vegetación. Solo se escuchaban los trinos de las aves y el susurro de los cedros de aquel espantoso lugar, cuyas ramas estaban secas y partidas, hundido en un hoyo y alejado de cualquier otro sitio de interés.

Aquel extraño lugar parecía ser un antiguo yacimiento de hierro y magnesio ubicado en una cuenca llena de sedimentos procedentes de la erosión de la cordillera Azul o Quirank _como la llamaban los nativos_ cuyo alrededor estaba rodeado por un antiguo salar seco desde hace años que aportaba un suelo de color blanco provocado por los cristales de sal, convirtiéndolo en un fantasmagórico lugar. La vegetación había comenzado a adueñarse del terreno. A mano derecha podían verse unos canales artificiales, creados por el hombre, usados en la mina. Estaban atascados de juncos y lodados de barro. Charcos de agua empozada se convertían en criaderos de enjambres de moscas. Las piedras rotas del edificio se hundían de nuevo en la tierra.

La caseta de entrada a la veta era del tamaño de una torre, tan maltratada como gigantesca, con las piedras llenas de grietas y descoloridas. Parecía un lugar tranquilo, seguramente ese apacible lugar llevaba abandonado bastantes años. Para su sorpresa, Judith creía haber visto una figura moviéndose entre las sombras alrededor de la casa de la mina, con lo que se mantuvieron ojo avizor para no encontrar sorpresas inesperadas.

Aquella situación no les daba buena espina, si bien sabían que, si querían sobrevivir a aquel valle seco, debían intentar encontrar suministros, reponer fuerzas y refugiarse en un lugar, ya que las noches en aquel desierto eran frías, casi gélidas, al contrario que a mediodía, que casi no se podía ni respirar.

—Algo no va bien. —La mano de Abigail bajó por su costado rozando con el pulgar el percusor de su Colt.

—¡No quiero entrar ahí! —dijo Judith.

—Pues tú decides: o encontrar comida o convertirte en comida —contestó Abigail irónicamente.

La tensión entre ambas y aquel sitio se palpaba en el ambiente. Constantemente cruzaban sus miradas. Ninguna de ellas se atrevía a dar el paso.

—Escúchame, quiero que estés muy atenta y que permanezcas detrás de mí. Si empiezo a disparar, quiero que corras tan rápido como puedas. —Sacudió ligeramente el hombro de Judith para darle más énfasis a sus palabras—. ¿Me

has entendido? _Esperó a que la joven asintiera con la cabeza—. Bien, vamos allá.

Las dos jóvenes visualizaron aquel cochambroso lugar, se salieron a un lado del camino y dejaron al animal amarrado a un pequeño arbusto aledaño a un pozo de piedra. Abigail saltó para mitigar los calambres en las pantorrillas mientras Judith daba agua al caballo (agua no muy limpia del canal, pero que parecía potable). Hierbas marrones resistentes y pequeños arbustos surgían entre los adoquines y paredes cubiertas de musgo de lo que un día parecía haber sido un majestuoso lugar. Según se adentraban tropezaban con cientos de ruedas, carromatos destrozados, huesos de animales muertos y herramientas de trabajo antiguas. Con mucho cuidado, se asomaron a la puerta principal de la casa de la mina. Ya era media tarde y el sol estaba bastante bajo; ya no alumbraba correctamente la habitación, pero los pocos rayos de luz que entraban dejaban ver unas escaleras que se perdían en la oscuridad de la sala.

—¿No estarás pensando en bajar? —preguntaba asustada Judith.

—No creo que nos quede otra alternativa —confirmaba con gran descaro Abigail.

Según se adentraban en aquel túnel, sus ojos se acostumbraron a la penumbra. A cada paso, se podía escuchar el crujido de los tablones húmedos del aquel confuso pasadizo. El túnel se dividía en varios caminos, aunque solamente en uno de ellos se podía ver luz al final. Sin pensarlo, decidieron coger ese camino y bajaron bastantes escalones, más de cien, a cada cual más astillado. El pasillo las condujo a una habitación que en su día pudo ser una especie de cocina o comedor.

—¡Qué asquerosidad! —se sinceraba Judith.

—¡Chsss! Calla.

«Ni de coña entro en este asqueroso lugar», se dijo a sí misma Judith. Toda la habitación estaba llena de mugre. La basura se acumulaba en los rincones de la sala. El polvo se acuñaba junto a la sangre seca en los cortes de una de las tablas que hacían de mesa. Diversos utensilios de cocina estaban amontonados sin ningún orden en una de las esquinas, tales como sierras, hachas y cuchillos. Todo estaba manchado de sangre, aunque seca. Parecía que alguien hubiese matado a un cordero ahí mismo no hace mucho tiempo. Multitud de cucarachas y moscas andorreaban a sus anchas por aquel nauseabundo lugar. El hedor que desprendía la sala tenía su origen un piso más abajo, el cual se podía intuir a través de unas rejillas en el suelo.

—¡Por favor! Ayúdenme por favooooor —lloriqueaba alguien desde el sótano con desgana.

—¿Ehh? —Judith reclinaba la cabeza.

—¿Oíste eso? —añadía Abigail.

Ambas se miraban. Sus caras de asombro les hicieron pensar en cualquier cosa excepto en alguien ahí encerrado. Era imposible que nadie viviese allí.

—¡Por-por favor...! —alguien insistía.

—El auxilio viene de abajo —confirmaba Abigail mientras colocaba de nuevo el dedo sobre el percutor de su Colt.

Los lloriqueos cesaron. Un silencio incomodo ocupó todo el espacio. No sabían cómo actuar. «Quizás fuese una emboscada», pensó Abigail.

—Cre-creo que no es buena idea —tartamudeaba Judith.

—Deberíamos echar un vistazo, aunque a mí tampoco me gusta —dijo Abigail firmemente.

Las dos jóvenes empezaron a buscar con sutileza y sin hacer demasiado ruido la entrada hacia el sótano, ya que estaba claro que aquel grito de auxilio salía de las rejillas de ventilación inferior.

—¡Ahí está, Abigail! —dijo Judith firmemente.

—Maldita sea, la puerta está sellada —añadía Abigail.

—Debe haber otra entrada —continuaba Judith.

Mientras Abigail y Judith buscaban cómo acceder a aquella parte, por el patio exterior se oían voces. Por el cristal roto de la ventana solo se podían apreciar dos bultos, dos borrones que caminaban como patos.

—¿Estás preparado, hijo? Hoy es un día muy especial, es el cumpleaños de tu hermano. Para celebrarlo contaremos con un invitado más para la cena de esta noche... Y recuerda, ¡está prohibido hablar y molestar a nuestros huéspedes! Nos llenan los pensamientos de mentiras, por lo que no debemos escucharlos —comentaba con inquina—. Las malas personas como ella intentarán separar a nuestra familia. Por cierto, ¿has cogido el *hachuelo* del carromato? —continuaba con voz muy desagradable.

—No, madre —el individuo contestaba con voz infantil.

—¡Imbécil! —Aquella mancha le daba una colleja al segundo individuo—. ¿Y cómo piensas deshuesar la cena de hoy?

—Ya voy, madre —contestó.

—¡Y busca a tu hermano! Quiero que te ayude a limpiar el almacén cuando acabemos —gritaba mientras se acercaba más y más a la casa de la mina.

—Sí, madre —contestaba de nuevo aquel individuo mientras se alejaba.

Aquel segundo individuo debía medir unos dos metros de altura, unido a un gran volumen muscular similar al de un maldito jabalí de doscientos kilos. A cada paso que daban, retumbaba el suelo. La mujer que andaba con ellos tampoco se quedaba corta, y nadie podría decir que no eran sus hijos. Además, aquel olor que desprendían a perro mojado hacía la estancia en la zona bastante

insoponible. No fue solo el olor lo que alertó a las chicas, también lo hicieron los golpes que empezó a dar otro de los individuos que había llegado antes que ellos. La sombra que habían visto antes de entrar. Golpes como si alguien estuviese cortando un tronco de madera con un hacha, con ensañamiento.

—Tenemos que salir de aquí —pensó Abigail en voz alta—. ¡Chsss! Intenta mantener la calma, tenemos que escondernos —intentaba apaciguar a Judith.

Las chicas avanzaron agachadas, esquivando las ventanas. Sin hacer mucho ruido, encontraron un hueco en el entrepiso del edificio como escondite. Tapadas entre escombros y multitud de basura pasaron desapercibidas en aquel vertedero ante la mirada de aquellas bestias inmundas. Los tres asquerosos individuos entraron en la casa, bajaron hacia lo que anteriormente parecía una cocina y con la llave abrieron aquel sótano donde estaba encerrada la chica que pedía auxilio.

—Trae la mordaza, Joel, cariño —ordenaba la madre a uno de los otros dos especímenes—. No quiero que esa puta me arranque un dedo de la mano a bocados.

Aquella habitación donde estaba encerrada la chica parecía una sala de torturas. Había cadenas, grilletes, botellas y martillos junto a más restos humanos y manchas de sangre por todas las paredes.

—Joel, cariño, se me olvidaba. —La madre les hablaba con una voz muy dulce—. Ve a soltar a los perros. No quiero que nadie andorree por la zona en busca de la chica mientras preparamos la cena.

—Sí, madre —atendía con gran sumisión y cabeza baja.

Sus caras mostraban desolación y angustia sumida en un mar de arrepentimiento atormentando sus almas. Su forma de andar, su forma de hablar era más la de una bestia que la de una persona decente. Parecían disfrutar vejando a aquella joven indefensa.

—¡Y tú! —alzaba la voz aquella mujer—. Agarra a la chica y ponle esto —mientras le daba a su otro hijo la mordaza.

Con gran desdén, la mujer asió a la joven con sus enormes manos quitando las cadenas que tenía alrededor del cuello, piernas y brazos y formando una media luna. La pobre chica no paraba de gritar, los nervios del cuello y de la cara la temblaban y gritaba de tal forma que los suplicios se podían oír desde el mismísimo infierno. Aquellos agudos chillidos irritaban los oídos. Con la ayuda de la madre, intentaron subirla a una mesa de madera terciada hecha artesanalmente que no parecía ser muy estable. Y mientras la madre le sujetaba las manos y la cabeza, el otro hijo buscaba entre aquel montón de herramientas una hoja de sierra. Cuando el hermano mayor iba a dar el primer corte al brazo de la chica, Joel irrumpió en la sala a pisotones.

—¿¡Dónde está Lara!?! —acusaba con voz pedante Joel.

—¿Quién demonios es Lara? —preguntaba la madre desconcertada, con un tono totalmente plano.

—Es mi oveja —contestaba Joel con voz pomposa.

Podría parecer raro que una oveja pudiese vivir en aquel áspero y dejado lugar de la mano de Dios, y mucho menos junto a aquellos individuos que parecían haber salido del mismísimo averno. Aquellas personas estaban dementes, quién en su sano juicio trataría a otro ser humano así.

—He ido a buscarla y no estaba enterrada donde la dejé anoche —se lamentaba Joel.

—Joel, déjate de tonterías y ayúdanos —exigía la madre.

—Je, je, je —una perversa risa entre dientes se le escapó al hermano de Joel.

Joel, muy nervioso al no encontrar aquella oveja muerta y deshilachada de hace años que utilizaba para aliviar sus impulsos carnales asociados con la demencia de las circunstancias, achacó un fuerte golpe a su hermano mayor, desequilibrándole y haciéndole caer al suelo.

—¡Imbécil! —insultaba a su hermano desde el suelo, intentando recuperar la posición.

La madre no pudo mantener la posición, momento que la indefensa joven aprovechó para pegar un tirón y salir corriendo escaleras arriba. La joven corrió con ganas, pues la vida le iba en ello, mientras las dos bestias titánicas seguían enzarzadas en el suelo de aquel sótano.

—¡Sois idiotas los dos! —ladró a sus dos hijos—. ¡Cogedla!

Ambos hermanos seguían peleándose entre ellos, haciendo caso omiso a su madre. Esta intentó separar a las dos bestias, aunque sin ningún éxito. Desistió y salió corriendo tras la chica. En uno de los aspavientos, Joel asestó una cuchillada tras otra en el estómago a su hermano, desangrándose a borbotones. El hermano mayor continuó enzarzado a Joel hasta que perdió sus fuerzas, cayendo sobre los brazos de su hostil hermano.

Sin ser consciente de aquellos actos movidos por el rencor y la ira, Joel reaccionó ante tal circunstancia viendo a su estúpido hermano tirado en el suelo inmóvil, cubierto en una mancha de sangre de un color marrón oscuro. Soltó el cuchillo y lo dejó caer sobre sus pies. En uno de los rincones se puso a dar cabezazos contra la pared, a cada cual más fuerte que el anterior. Instantes después, y con la cabeza sangrando, se agazapó y se agarró sus propias rodillas con los brazos, arrancando a llorar como si de un niño pequeño se tratase.

Mientras tanto, la joven seguía corriendo intentando encontrar una salida por aquel entresijo de túneles que unían la casa de la mina con el propio

yacimiento, a la par que huía de aquella horrible mujer que no dejaba de perseguirla entre sofocos debido a su enorme peso y a los deformes músculos que unían sus cortas extremidades.

Capítulo 12

El valle de la muerte

Al parecer, las chicas habían llegado a lo que un día fue el hogar de los Pomeroy, una familia aparentemente normal que trabajó en la mina hacía ya varias décadas y cuyo cabeza de familia fue Thomas Pomeroy, un sujeto adicto al alcohol que, además de ser físicamente abusivo con sus vástagos, emprendía en sublimes arrebatos un concierto de golpes contra su mujer.

Se dice que Thomas, obnubilado por los vapores del pésimo licor ingerido que él mismo destilaba en su sótano y sacudido por un incontenible frenesí de violencia, arrastraba a sus hijos hacia un cobertizo ubicado en la parte trasera de la casa donde los desnudaba y, después de reventarlos a palazos y sumergirlos en los pantanos de dolor y de humillación, se desvanecía con fingido llanto sobre el suelo, donde quedaba adormecido e indefenso.

Eran cinco hermanos, Joel el más joven y el que más sufrió, pues no escapó de estos aquelarres salvajes. Recibió tundas inconmensurables y acogió en su carne infantil los moretones producidos por los puños, los pies, el cinturón o los maderos con que su padre resolvía sus deficiencias personales y familiares. Ante la impotencia de verse atacado por su progenitor, y tal vez como mecanismo de defensa, ambos hermanos, aunque más Joel por su frágil personalidad, se convirtieron en una especie de criaturas sadomasoquistas. Joel terminó por recibir con malsano deleite los golpes salvajes y las tundas paroxísticas de su padre.

No obstante, las cosas cambiaron con el cierre de la mina. Cuando casi toda la población minera abandonó el valle, poco a poco fueron convirtiéndolo en un páramo desértico alejado de cualquier otro lugar al que solo se podía llegar por equivocación en los enmarañados caminos. Al crecer Joel, su apariencia era verdaderamente sobrecogedora. Con cada año su rostro adquiría un aspecto terrible: deformaciones de la nariz, inflamación constante de párpados... Los pómulos le otorgaban un aspecto casi irreal. Siempre pálido y ensimismado, era prácticamente un espectro. Su cuerpo era demasiado grande para su edad. Su cabeza era un enorme cubo poblado por una fragosidad de cabellos entre castaños y rojizos, como si un incendio se propagara por su cráneo monumental.

Joel concibió que los ataques de su padre eran una realidad inmodificable,

aunque aceptada por todos, así que hacer daño no era una trasgresión, sino una percepción metafísica de una forma de placer individual. Los pequeños animales fueron los receptores de este criterio. Las mascotas y los animales pequeños que encontraba aparecían despedazados en los portales de las casas, en el buzón del correo, colgados ante las ventanas o clavados en las puertas. Aunque ese solo fue el principio.

La madre descubrió con horror en una de sus habituales y abusivas correrías que Joel era una especie de monstruo, un psicópata cuyo ojo derecho sin iris ni pupila la miraba desde un oscuro averno. Ese ojo le asaltaba en las pesadillas de la resaca, ya que era inconcebible seguir cuerdo y sobrio en esa familia. Su mayor entretenimiento era mirar entre las grietas de las paredes o asomarse a hurtadillas a la ventana por las noches y comprobar si algún pequeño animal había caído en alguna de sus depravadas trampas para luego rematarlo y arrancarles la cabeza o, incluso, esparcir sus entrañas por el campo circundante de la casa.

Esta sanguinaria costumbre presagiaba el futuro de los Pomeroy, sobre todo con la muerte de Thomas. Se había señalado el sendero por el que transitaría este demonio infantil con su hoz de sombras y su sonrisa ensangrentada. A pesar de ser un individuo fronterizo, Joel no era fácil de seguir, y más difícil aún era comprobar su participación en los festines de sangre descubiertos en su comunidad.

Los últimos habitantes del lugar recuerdan uno de los sucesos más crueles, en el que tres víctimas fueron descubiertas. Dos de ellas estaban ya en tal estado de descomposición que resultó muy difícil identificarlas con las experticias de la época. Una de ellas presentaba una irregular herida que iba desde el bajo vientre hasta las clavículas. Por ella se salían los intestinos y podía verse claramente el hígado, el estómago y el páncreas, de donde chorreaba una sustancia amarillenta y hedionda. En la segunda víctima se pudo observar que los ojos no estaban, ni tampoco la nariz. En el lugar donde debían estar las orejas tan solo había unos pequeños muñones, unas breves protuberancias, al parecer emergidas de las profanidades de los pabellones auditivos. La tercera había sido estrangulada con una cuerda muy gruesa y pesada. Se mantenía colgada de una rama con una pavorosa exoftalmia en los ojos. A su vez, le habían sido arrancados segmentos completos de cabello y le faltaban varios dedos de las manos.

Pero su madre, a pesar de sus impulsos alcohólicos y delirios que fue adquiriendo al pasar los años en aquel abandonado lugar, aprendió a controlar la mente frágil de sus dos hijos menores, sobre todo la de Joel, la mente de un niño encerrado en una bestia de ciento setenta kilos. Ella manejaba a su gusto las circunstancias y conseguía sobrevivir a aquel entorno hostil que se iba creando al

compás de su familia. Aquel atroz paraje fue conocido y rechazado por todos los habitantes de la zona, quienes optaron por huir del lugar y evitar pasar por allí, ocultando los horrores sucedidos por sus miembros...



La chica siguió corriendo hasta que encontró la salida de la casa, pero no debía parar de correr, ya que la madre de Joel la pisaba los talones. ¡Aquella mala bestia no se detenía! Aun con sofocos y sudores no podía dejar escapar a la joven; era la fiesta de cumpleaños de Joel, un día especial.

Abigail y Judith, aún ocultas, decidieron salir del escondrijo. Asustadas ante tal situación, vieron el momento idóneo para escapar de aquel horrendo lugar. Con cuidado, apartaron los escombros que las parapetaban y salieron corriendo en la misma dirección que la vieja, manteniendo una distancia considerable por mera precaución.

—¡Tenemos que ayudarla! —comentaba Judith.

Muy seguras de poder ayudar a la inofensiva chica que huía despavorida, incitaron a la mujer. Mientras corrían, Abigail echó mano a su Colt para tenerla preparada en el momento justo. Hacía años que Abigail no empuñaba un arma.

—¡Quieta, maldita loca! —amenazó Abigail con su arma. Sus manos temblaban y el cañón no conseguía mantenerse firme.

La vieja, sorprendida, se detuvo y se giró. Con desconcierto las miró. Su cara de odio parecía la del mismísimo Diablo; con los dientes apretados y la saliva cayendo por la comisura de su labio, provocaba una imagen denigrante. Tenía el blanco de los ojos rojo, inyectados en sangre, y mugía de ansia como una vaca.

¡Bang! Abigail rápidamente disparó a la mujer. «Dudar es morir», pensó.

Un efectivo disparo en el cuello de aquella mujer la hizo desplomarse a pulso, alertando a la joven, que se percató y, automáticamente, dejó de correr.

—¿Estás bien? —preguntó Judith a la joven.

Con las manos en las rodillas sofocada de tanto correr, intentó contestar a Judith cuando, de repente, llegaron los sabuesos y, sin más dilación, se abalanzaron contra la pobre chica como si de un hueso se tratase. Dos de ellos empezaron a tirar y a desgarrarle el hombro, y un tercero no dejaba de morderle el cuello. La chica gritaba y era zarandeada. Asustada, intentaba dar manotazos a los voraces canes, que no se detenían ante la indefensa presa. Sus gritos de dolor estaban alertando a las otras dos abominaciones de la familia: a Joel y su

represivo hermano.

¡Bang! ¡Bang! Abigail volvía a disparar su Colt contra aquellos animales. Uno de ellos recibió los dos disparos y quedó herido en el suelo, y los otros dos sabuesos huyeron en el acto.

—¡Rápido! —gritó Judith.

Intentaron ayudar a la joven, aunque ya era tarde. Sus heridas eran demasiado graves como para salvarla. Las heridas del cuello mostraban una imagen insólita: su sangre era prácticamente negra. Todo el suelo estaba empapado en sangre de la joven.

—Vamos, no podemos dejarla así —sugería Judith—. ¡Hay que buscar ayuda!

—Vámonos, Judith, aquí no hay ayuda posible —asustadas y aún en conmoción, no perdieron el tiempo y, rápidamente, fueron al carro de donde habían salido aquellos monstruos para buscar algo que valiese la pena. Necesitaban provisiones si querían llegar a la civilización sanas y salvas.

No tardó mucho en oírse un temblor en sus pies. Alguien corría hacia ellas. Era Joel, y volvía hacia ellas con mucho más odio aún que hacia su hermano. Sus gritos con voz bombacha alertaron a las jóvenes.

—¡Rápido! ¡Sube! —Abigail invitaba a Judith a subir al carro.

—Maldita sea, ¿otra vez este tipo? —dijo Judith sarcásticamente.

—¡Arre! ¡Arre! —Abigail chasqueaba su lengua para incitar a los caballos a correr.

Joel se acercaba con ligereza al carro, que ya estaba en movimiento, y Judith prácticamente se había montado al vuelo. Aquella abominación corría tras la carreta y estaba prácticamente pegado a ella. Finalmente, agarró con firmeza uno de los pies de Judith, que aún colgaban de este, e intentó tirarla del carromato. La joven empezó a dar patadas a la cara de Joel, pero se resistía y con más furia y fuerza consiguió subirse al carromato. Abigail, consciente de la situación, debía actuar y reaccionó. Comprobó que aquel monstruo estaba asfixiando a su amiga con sus propias manos, por lo que asestó hasta tres disparos más. Aun así, este resistía como una mancha de aceite en la ropa. Con la lengua fuera y sin poder respirar, el fin de Judith parecía ser aquel, hasta que un cuarto disparo en el pecho de Joel acabó por completo con su vida. Este cayó rodando del carro.

Un breve suspiro salió de la joven, que rápidamente dejó el revólver y se aferró de nuevo las riendas del caballo. Judith no tardó en acomodarse y tumbarse a lo largo de la carreta gritando:

—¡Hasta nunca, valle de la muerte! —dijo dejando atrás una mirada de desesperanza, escapando de aquel espeluznante lugar.

Capítulo 13

Fobia

Dos días más tarde se encontraban no muy lejos de aquel escalofriante lugar. Los polvorientos surcos del camino causados por las rodadas del carro se perdían en la distancia dividiendo el paisaje en dos. Tan solo matorrales ocasionales o conjuntos de solitarias rocas les daban las indicaciones del progreso en su andadura. El calor excesivo persistía, forzando a ambas mujeres y animales a beber más agua de la que habían previsto. «Suerte que el carromato tenía algo de provisiones», pensó Judith. Abigail puso especial cuidado en minimizar la cantidad de líquido para consumo propio, sabiendo que todavía estaban a bastante distancia del pozo o pueblo más cercano. Judith era consciente de la generosidad de la pistolera al mostrarse reticente a beber agua, así que decidió racionar también su propia parte, acción que no fue pasada por alto por Abigail.

Tras avanzar sin ningún percance, el cielo fue tiñéndose de colores rojizos y anaranjados sobre el horizonte. Abigail dirigió la caravana hacia un pequeño claro rodeado de rocas y matorrales. Fue ahí donde comenzaron a montar su campamento. Si bien ya habían gastado varias libras de avena, la idea de bajar aquel pesado saco cada noche para luego volver a subirlo a la carreta por la mañana no le resultaba nada atractiva a Abigail. Así que, como habían estado haciendo noche tras noche, sacaron unas mantas de dormir y las prepararon a ambos lados del fuego. La pistolera se dedicó a mantener el fuego encendido con una rama mientras Judith escribía en una vieja libreta que encontró en el carromato para entretenerse.

«Por fin empiezo a ser yo. Dejé de mirar mis ojeras y empecé a mirar las estrellas.

Mis ojos estaban llenos de agua evitando ver la cima que quería alcanzar y en la que deseaba descansar.

Al fin puedo contemplar los amaneceres, atardeceres y anocheceresque tocan

la tierra mojada de un jardín de flores.

Ahora veo el cielo de cientos de colores, pues las nubes son pintadas por el sol que detrás se esconde.

Ya soy un río que secó y sacó a la luz lo que guardaba en su interior, y aunque ruinas son, quedan tesoros que no han podido quitar su gran valor».

—Voy a echar un vistazo por los alrededores —dijo Abigail mientras Judith seguía sentada junto al fuego escribiendo—. No iré muy lejos.

Judith asintió y siguió con su poesía.

Abigail se abrió paso entre los pilares de roca tomando nota mentalmente de cada piedra y recoveco para así poder encontrar fácilmente el camino de vuelta al campamento. La luna no estaba todavía lo suficientemente alta en el cielo como para ofrecerle una buena iluminación de la zona. Mientras rozaba las ramas de un pequeño arbusto al tratar de pasar por su lado, escuchó un inconfundible cascabeleo. El miedo se apoderó de ella, acelerando su corazón y paralizando cualquier reacción de salir corriendo. Dio un paso atrás y volvió a escuchar aquel amenazador tintineo, ahora incluso más cerca. En aquella oscuridad le era imposible localizar el lugar exacto donde se encontraba la mortífera serpiente.

Segundos después, Abigail dejó escapar un estridente grito y salió corriendo. Asustada y desorientada, tropezó con el mismo arbusto que había intentado evitar instantes antes, aterrizando muy cerca de donde se encontraba la serpiente de cascabel. Esta se lanzó sobre la rubia con fiereza, hundiendo los arqueados colmillos en su pantorrilla y enrollándose con rapidez, adoptando una postura defensiva. Aún estaba chillando cuando Judith corría hacia ella rifle en mano. Su pelo castaño ondulante se balanceaba de un lado a otro bajo su espalda.

—¡Abigail! —gritaba mientras intentaba llegar hasta ella a través de la oscuridad, saltando por entre los pilares de roca.

—¿Judith? ¡Judith! —gritó Abigail con los ojos como platos intentando localizar más serpientes. Paralizada por el miedo, era incapaz de moverse—. ¡Judith! —gritó una vez más con su voz apenas audible.

Las lágrimas rodaban por la cara de la rubia mientras sentía la quemazón en su pantorrilla. La presencia de Judith le dio el valor suficiente para moverse. Se volvió y agarró fuertemente la pierna de la pistolera. Judith vio dos serpientes más reptando en la oscuridad, si bien estaban lo suficientemente lejos como para suponer una amenaza. Dejó su rifle en el suelo y volvió su atención a la

aterrorizada Abigail.

—¿Te ha mordido? —preguntó Judith.

—Sss-si —balbuceó Abigail mientras se agarraba la pierna.

Judith se quitó el pañuelo del cuello y lo rasgó en dos trozos, usando uno para atarlo por debajo de la rodilla de Abigail y el otro por encima de su tobillo. Judith la cogió en brazos y, como pudo, corrió hacia el campamento improvisado.

—Ti-ti, tienes que sacar el veneno —mientras temblaba en sudores fríos.

Judith, también aterrorizada, sabía que no había tiempo que perder. Así que depositó su cuerpo sobre una manta y sacó un cuchillo de la caravana. Rodó a Abigail hasta colocarla boca abajo y cortó la parte trasera del pantalón dejando al descubierto dos feos agujeros que atravesaban su pálida piel.

—Esto te dolerá —dijo no muy segura de sí Judith entre tanto sollozo.

La zona afectada ya estaba hinchada. Después de comprobar rápidamente que los jirones del pañuelo no le apretaban tanto como para cortarle la circulación, pasó el cuchillo por la piel de Abigail haciendo dos rápidas y precisas incisiones a lo largo de ambas perforaciones. Los lloros y gritos de la joven eran suficientemente altos como para despertar a los muertos, a la vez que intentaba infructuosamente apartar su pierna.

—¡Quieta! Tienes que calmarte. —Miró fríamente a la joven, y los gimoteos fueron convirtiéndose en rápidos sorbos por la nariz.

Sus largos dedos se afanaban en estrujar la pierna para sacar la mayor cantidad posible de sangre mezclada con veneno. Abigail escondía la cara tras sus manos mientras seguía soltando irregulares aspiraciones. Judith estiró todo su cuerpo sobre el suelo para poder acercar la boca con mayor facilidad a aquella pierna sangrante.

—Tengo que extraerte todo el veneno —comentó Judith.

Una sensación de quemazón le recorrió pierna arriba hasta la pantorrilla y el pánico la volvió a invadir. Sentía la presión de la boca de Judith sobre su piel y, después, una fuerte sensación de succión. Acumulaba la mayor cantidad de fluido que podía en su boca para luego girar la cabeza y escupirlo antes de repetir la operación. El repugnante sabor le revolvió el estómago, pero ella no cesó en su empeño. Poco a poco, aquel fluido fue cambiando de una sustancia líquida mezclada con sangre a prácticamente solo sangre. Sabía muy bien que durante los primeros quince minutos era lo que tenía que hacer para limpiar bien la vena.

Judith sorbía lo más fuerte que podía mientras su compañera se empeñaba en dejarla sorda con sus lloros y gritos. Cuando todo lo que podía saborear era sangre, detuvo la succión y buscó por el carruaje. Sacó un pañuelo limpio de la

talega y le vendó fuertemente la pierna. Abigail todavía lloraba, aunque sus histéricos gritos ya habían cesado.

Paso toda la noche pendiente de ella, cambiándole el vendaje frecuentemente. Desgraciadamente, observó que la herida supuraba un líquido amarillento, indicando que el veneno no había sido extraído en su totalidad. Los colmillos le habían penetrado más profundamente de lo que imaginaba. No había nada que Judith pudiese hacer, solamente esperar a que la picadura siguiese su curso.

A mitad de la noche, Abigail despertó. Todo estaba en completo silencio. Quiso llorar, pero sus ojos no se humedecían. Solo sentía escalofríos. Incómoda en su mantita, sacó las suficientes fuerzas como para ponerse en pie y, tras mirar a ambos lados en la espesura de la noche, decidió que había llegado el momento. Ya no era una niña y, por lo tanto, no debía actuar como tal. Empuñó su cuchillo y comenzó a cortar su cabello con rabia. Aquella melena ya no era para nada práctica, proporcionaba calor, estorbaba en los movimientos rápidos y estaba tan áspera y sucia que se avergonzaba de ella. Los mechones rubios no cesaban de caer cerca de la hoguera. A cada mechón que veía caer iba olvidando cada instante del pasado en su antiguo hogar, un sitio que nunca imaginaba abandonar. Sin espejos y sin tocado, intentó regular ella sola el peinado, estilo carré. Las puntas sobrepasaban las orejas y un leve flequillo que no estorbaba a la hora de agacharse. El tiempo y el dolor habían amargado el temperamento de Abigail a lo largo de los años. Ciertamente era también que la habían hecho más decidida y más fuerte que ninguna otra mujer.

Al finalizar, de un puñado cogió aquel montón de pelo y lo dejó sobre el fuego. Sin demorar demasiado tiempo después, rebuscó en las alforjas uno de los Colt y se marchó sin decir nada. Al cabo de un buen rato, dos disparos rompieron el silencio de la noche y, a los dos minutos, Abigail apareció cojeando con la pistola en una mano y una serpiente en la otra. Judith despertó y, con cara de pánico al oír aquel disparo, se quedó mirando la serpiente que llevaba en la mano su compañera.

—La cena —dijo simplemente la rubia.

—Menos mal. —Lanzó un suspiro Judith—. Ya estaba hambrienta y cansada de tanta avena —dijo quitando hierro al asunto.

Con cierto sentido del orgullo, Abigail sacó su cuchillo y comenzó a despellejar y limpiar la serpiente. Metió los trozos de carne en la cazuela y se apoyó a esperar contra una de las ruedas de la carreta para comenzar a limpiar sus pistolas, una rutina que había olvidado con el paso de los años.

La inflamación en la pierna aún no había bajado lo suficiente, es más, había aumentado por la falta de reposo. Y aunque la pistolera parecía disfrutar de

aquel estofado, la joven se sintió incapaz de dar un solo bocado. El recuerdo de aquella dolorosa mordedura era todavía muy reciente.

Fue una larga noche al abrigo de la oscuridad hasta que Abigail y Judith pudieron cerrar los ojos para descansar después de tanto ajetreo. Recapacitando en sus propios pensamientos, Abigail se juró a sí misma que intentaría superar aquel paralizante miedo que le tenía a las serpientes y que casi le cuesta la vida.



La temperatura de Abigail se mantuvo alta durante toda la noche, con sudores fríos, hasta que llegó a un nivel peligroso. Sus labios se movían y todo lo que salía de ellos eran murmullos sin sentido. El color pálido de su muslo se extendió al resto del cuerpo. Judith volvió a sentir preocupación por ella; otra vez las cosas se complicaban, y ella no podía hacer nada para remediarlo.

Pasada la noche, Judith despertó a Abigail. Ella reaccionó y un suspiro de alegría salió de sus mejillas.

—Veo que ya estas mucho mejor —afirmó Judith con orgullo.

—Sí, bueno. Aunque me duele todo el cuerpo —contestó Abigail.

—Nah, eres una chica fuerte. Puedes con esto y con más —dijo mientras la ayudaba a incorporarse en su manta.

—Por cierto, Judith, ¿qué vas a hacer cuando llegemos a algún lugar seguro?

—Pues lo primero primerito... Dame un buen baño en una bañera de agua bien caliente. Espero que en algún lujoso hotel de un adorable pueblecito.

—¡Nooo! —respondió Abigail mientras la empujaba bromeando—. Me refiero a qué pasará con nosotras. No tienes por qué seguir mi camino, pero mi intención es volver a Oldwing.

—¿Tu pueblo natal? —aportó Judith.

—Sí, espero que mi madre esté bien y la hacienda aún siga en pie —añadió la rubia.

—Pues la verdad, con tanto ajetreo no lo había pensado. Nunca imaginé salir del burdel.

—¿No? ¿Nunca has pensado en vivir una vida nueva y dejar todo eso atrás? Se te da bien la cocina. Seguro que antes de entrar en el Chili Pigeon fuiste cocinera...

—No, que va. Siempre he sido una chica de entretenimiento en el burdel. Desde muy joven, la señorita Anne ha cuidado de mí. Y no me arrepiento de

haber vivido allí toda mi vida.

—Sí, la verdad es que la *madame* era una buena mujer.

—Mala suerte que aquel reverendo te encontrase allí, y lástima por la señorita Anne, que dio su vida por nosotras.

—Cierto, no puedo dejar que haya muerto en vano —advirtió Abigail.

—Si buscas venganza sobre el reverendo, cuenta con mi ayuda... —dijo Judith con un tono coloquial.

Abigail rio y le pegó un pequeño empujón con el codo asintiendo que confiaba en ella y alargando una botella con el otro brazo.

—Toma, bebe. Te dará valor. —La joven Judith miraba extrañada a Abigail.

—Está bien. —Judith se encogía de hombros—. Un trago no me hará daño.

Tras la agradable conversación y un poco de *whisky* que quedaba en el carro, las jóvenes se acurrucaron al amparo del frío de la mañana. La temperatura había caído y el viento había arreciado, pero la niebla continuaba arremolinada a su alrededor, como si no se viera afectada por el simple viento o la temperatura.

Aún era muy pronto para partir y se podía apreciar el relente de la mañana. Ellas seguían hablando ovilladas bajo las mantas hechas de piel de vaca, muy juntas la una de la otra, intercambiando calor entre sus cuerpos. Sus mentes y el licor habían olvidado cualquier preocupación que las atormentara, y el ansia de deseo hacia la otra se hacía más intensa. Cada vez charlaban más y más bajo, prácticamente a murmullos, riéndose, acariciándose... disfrutando la una de la otra. Pero ninguna de las dos se atrevía a dar el paso. Lo que hacían no estaba bien, pensó Abigail, pero aquella sensación tan placentera era algo nuevo para ella. Finalmente, sus cuerpos se fundieron en uno. Sin más abrigo que el calor de la piel con piel, el intercambio salival era evidente.

Las manos de Judith se deslizaron con suavidad sobre el muslo de la pistolera. Todo el vello de su cuerpo se encrespó creando una falsa sensación de frío glacial que le hacía encoger los dedos de los pies. Los músculos de su cuello se pusieron tensos, pero automáticamente se relajaron al notar la respiración de Judith sobre él. Sus labios bordeaban el contorno de la joven que únicamente se dejaba llevar. Un pequeño mordisco a la altura del abdomen le hizo sentir un placentero dolor que no le dejaba apartar la mandíbula de Judith. Aquellos pequeños y espaciados mordiscos se convirtieron en rápidos y frecuentes bocados diminutos que absorbían la piel de Abigail. Los dedos de Judith no dejaban de moverse, realizando pequeños surcos sobre la dulce piel de la pistolera, quien absorbía con frescura las caricias, relajándose aún más. Los

labios de Judith se encontraban a la altura de la pelvis, aún no había utilizado más que sus dientes y sus labios. Su lengua parecía inquieta, deseosa de salir para adentrarse en un lugar aún más húmedo que sus propias bocas... Aquel momento tan íntimo ya no se puede describir, pero, una vez más, el roce hizo el cariño y el amor todo lo puede, incluido las penas y la desolación.

Aquel interesante acercamiento entre ambas mujeres duró hasta el mediodía. Ya era tarde y debían partir, por lo que recogieron todas sus pertenencias y cabalgaron hasta llegar de nuevo al cauce de un río. Era cuestión de tiempo; solo tenían que seguir aquel río hasta dar con algún pueblo o ciudad donde poder organizarse, aprovisionarse y emprender un viaje únicamente de ida a la pequeña Oldwing.

Capítulo 14

Infección

La parte trasera de la carreta estaba cubierta de barro. La yegua caminaba salpicando a través de las aguas poco profundas pisoteando los juncos. Avanzando por la orilla, un crujido tan fuerte como el sonido de un rifle al ser disparado en un desfiladero cruzó la carreta y esta se detuvo repentinamente. Abigail alzó la ceja mientras le pasaba las riendas a Judith y saltaba por el lateral del carro.

—¿Qué ocurre? —preguntó Judith mientras la rubia se agachaba junto a las ruedas—. ¿Se ha estropeado la rueda?

—No, no es la rueda —replicó Abigail con desánimo—. Es el eje.

—¿Qué? —Judith bajó inmediatamente y se agachó junto a la pistolera.

Abigail se levantó y miró alrededor, intentando no dejar salir su frustración a modo de una letanía de maldiciones e insultos que garantizarían el cambio de color en las orejas de su joven amiga.

—No creo que este eje dure más de cinco o seis millas —maldecía Abigail golpeando el carro.

—Maldita sea, ¿por qué todo nos pasa a nosotras? —añadía Judith.

—Si queremos seguir manteniendo algo de comida, será mejor que nos bajemos del carro —dijo la rubia.

—Dame unos minutos, aprovecharé para rellenar las cantimploras. — Judith corría hacia la espadaña.

Judith cogió la cantimplora vacía y se fue a la orilla del río. La metió en el agua y contempló cómo iban saliendo burbujas hasta que estuvo llena. Bebió de ella, la volvió a rellenar y eliminó el exceso volcándola de nuevo en el agua. A continuación, la secó con la manga y la volvió a meter en las alforjas.

Tras un breve descanso y como precaución añadida, redistribuyeron la carga de forma que el eje no sufriera tanto. Y aunque el peso parecía ser demasiado para el caballo, todavía no estaba al límite de sus fuerzas. Se movieron despacio siguiendo el sendero, tan despacio que el calor empezaba hacer mella en sus hombros. Los sudores empapaban sus ropas y hacía aún más imposible seguir avanzando.

Abigail mantenía al caballo cerca del eje dañado, y aunque su cara no

transmitía emoción alguna, por dentro estaba furiosa por la imposibilidad de reparar la carreta. Incluso un puñado de clavos y alambre, dos utensilios que ellas no tenían, hubieran servido para sujetarlo un tiempo. Fue una caminata lenta, muy lenta, con Abigail deteniéndola una y otra vez para guiar el carro esquivando los agujeros más profundos del camino. Judith iba despacio, con mucho cuidado de no provocar el desastre final. La combinación del cuidado por parte de ambas mujeres ayudó a que el eje durase más del doble de distancia del que predijeron.

El atardecer envolvía a las dos jóvenes. Si bien no se encontraron con nadie, siguieron avanzando por la orilla del cauce. Abigail suspiraba cuando miraba a Judith recordando lo sucedido hacía unas horas. De pronto, Judith irrumpió los pensamientos de la pistolera.

—Abigail. ¡Allí, son edificios! —gritó ella famélica.

—¡Sí! Parece que estamos de suerte. Parece un sitio bastante grande.

—Está bien, ya no hay necesidad de seguir cargando con este muerto de carro —opinó Judith—. Encontraremos provisiones en ese lugar.

Las dos jóvenes desmontaron, separaron lo valioso de lo inútil y lo almacenaron en las alforjas del caballo improvisadas por ellas mismas. Sacaron de todo. Según Judith, todo podría ser útil. Con un único rifle en mano y desmontadas del cuadrúpedo, ambas avanzaron por el sendero que bajaba a la ciudad, la cual estaba hundida en un páramo envuelto por el cauce del río, haciendo que la única entrada al lugar fuera por donde caminaban ellas.

A las puertas de la ciudad no se veía un alma, y eso que ni tan siquiera había anochecido. Varios *rodamundos* vagaban por la amplitud de la plaza y lo único que se oía era el rugido del viento al mover los carteles metálicos de los establecimientos.

—¿Está nevando? —preguntó Abigail.

Judith extendió su mano con las palmas hacia arriba y miró al cielo. Algo se posaba en sus manos, escurriéndose entre sus dedos. No estaba nevando. Ni siquiera estaba nublado.

—No parece nieve, Abi —dijo Judith—. ¡Es ceniza!

—¿Ceniza? —Abigail puso cara rara.

—Siento decir, Abigail —La morena alzaba sus cejas—, que este sitio no me da buena espina.

La ceniza caía lentamente sobre los hombros de las jóvenes. Todo el ambiente retenía un color con tonalidades ocre debido al polvo.

—¿Qué habrá pasado? No se ve ni siquiera un perro o un caballo atado al abrevadero —comentaba Judith mientras observaba las calles vacías de lado a lado.

Aquel lugar parecía un páramo abandonado. Las calles principales estaban totalmente desiertas. Una buena capa de ceniza cubría el suelo por donde ellas avanzaban. Al adentrarse, el lugar apestaba a humo.

—Deberíamos volver por donde hemos venido... —dijo mientras profundizaban unos pocos pasos más en el pueblo.

Abigail se acercó a uno de los locales de venta de herramientas de trabajo y limpió con el reverso de la mano el polvo de la ventana, se empinó con los dedos de los pies y se asomó a través de los cristales.

—Parece que hace tiempo que nadie pisa esta tienda —hablaba a su compañera Judith forzando su vista—. Creo que este lugar ha vivido días mejores... Te lo puedo asegurar.

—¿Estará abandonada? —quiso saber Judith.

—La taberna también está cerrada. —Abigail intentaba forzar la maneta de la puerta de al lado.

—Maldita sea, con las ganas que tenía de tomar una zarzaparrilla —bromeaba Judith—. ¿Dónde está todo el mundo?

Al parecer aquel lugar estaba cerrado a cal y canto. No se veía a nadie en las calles. Las puertas estaban totalmente cerradas y el polvo se acumulaba en los rincones del marco de las ventanas. Se podía observar que sus habitantes habían abandonado aquel lugar con prisa, ya que aún estaban colocados los puestos de fruta, la cual estaba ya en mal estado, y también había algunas casas a media construcción.

Alzando la vista y de un descuido, Judith vio a una persona asomarse en una de las ventanas del único edificio de la calle que tenía tres plantas. Apartó la mirada brevemente y, sin darse cuenta, volvió a mirar. Ya no había nadie.

—¡Mira allí! He visto a alguien —dijo Judith.

—¡Espera! —Judith salió corriendo hacia la puerta de aquel edificio, cuando... ¡pum! Un certero disparo de rifle alcanzó a la pobre Abigail, que salió tras su amiga.

Judith giró todo su cuerpo y rápidamente se agachó. Automáticamente buscó amparo tras unas cajas pegadas al edificio al que quería llegar.

—¿Abi? ¿Abi? —llamó otra vez, esta vez más fuerte—. ¿Estás bien? —preguntaba ella una y otra vez, pero ya no la veía—. ¿Abi?

—Tranquila, estoy aquí. Quédate donde estás —le gritó de vuelta. En el vacío incómodo que siguió a esa afirmación, Abigail encontró un dolor extraño, cálido, penetrante, ardiendo en su pierna. Era una sensación como la del primer sorbo de ginebra, pero no era nada de eso. Miró abajo, hacia el agujero en su pierna. La bala había penetrado a mitad del muslo y no había señal de salida...

La herida sangraba sin parar embarrando el suelo, desde donde empezó a

arrastrarse para ponerse a cubierto detrás de una esquina. Judith acababa de esconderse cuando escuchó otro disparo cruzar el aire. Mantuvo su cabeza agachada presa del pánico en el hueco del marco de la puerta. Cuidadosamente y con movimientos rápidos, se asomaba y miraba a Abigail a la par que intentaba encontrar el origen del tirador.

—No puedo verle. —Judith volvía a asomarse espasmódicamente con cuidado, parapetada en aquel portal.

¡Pum! Un segundo disparo perforó un trozo de la pared donde estaba Judith a cubierto. Entre ellas seguían hablando, intentando tranquilizarse.

—Creo que está en lo alto de aquella estructura, a la sombra de la colina —comentó Abigail mientras seguía arrastrándose.

—¡Iré a por ti, no te muevas! —insistía Judith.

—No, mejor busca ayuda. Estaré bien aquí, no puede verme —gritó la rubia—. ¡No tardes!

Judith llamó a la puerta. La golpeaba con ímpetu, pues su vida y la de su amiga estaban en juego. Necesitaba que la persona que estaba arriba abriese. No paró de hacer ruido y de golpear la madera hasta que el pestillo de la puerta sonó. La puerta se abrió moderadamente. Con delicadeza, un hombre bastante alto, aunque no muy joven, y con la cara tapada por un trapo, donde solo se le veían los ojos, se asomó. Él la miró y sin hacer ningún gesto abrió el postigo por completo.

—Por favor, necesito su ayuda —gritaba Judith insistentemente sin llegar a tocarle.

El hombre, inmediatamente, se acercó a su cara y, con los dedos pulgar e índice, mostró interés en sus ojos. Con sus manos enfundadas en unos guantes de plástico observó detenidamente sus pupilas. Judith reaccionó apartando fugazmente la mano de su cara.

—¿Qué está haciendo? —preguntaba sorprendida.

—¿Fiebre? ¿Dolor de cabeza? ¿Fatiga intensa?

—¡Noooo! —dijo ella.

—¿Dolor de espalda? ¿Vómitos? —insistía.

—¡Noooo! —repetía ella.

—Está bien. Adelante, después de usted. Te examinaremos más detenidamente dentro. —La intentaba meter hacia adentro con un simple gesto.

—No, espera. Mi compañera está herida por un disparo en la pierna. Alguien nos ha atacado a la entrada de la ciudad.

—Pero... estáis locas. ¿De dónde habéis salido? —Aquel hombre miraba hacia ambos lados.

Las escaleras hacia arriba incitaban a la joven a subir y descansar. «No

puedo abandonarla», pensó Judith.

—Nos hemos perdido y hemos acabado aquí —dijo ella.

—Toda la ciudad está en cuarentena por epidemia de Viruela. Nadie puede entrar o salir. La ciudad está sitiada. Hay hombres apostados en los principales puntos de paso para asegurarse de que nadie extienda la enfermedad a los pueblos de alrededor. Órdenes del alcalde.

—Tiene que ayudarme —insistía Judith—. Tenemos que salir al otro lado del edificio a recogerla.

—No. No puedo arriesgarme —dijo él—. Tenemos mucha gente ahí dentro, y arriba tengo demasiadas personas a mi cargo. Ya no damos abasto, ni siquiera nos quedan medicamentos ni camas libres.

—Por favor, no podemos dejarla —insistía la joven.

—Está bien, espera aquí, avisaré a alguien para que te ayude a recogerla.

A los dos minutos, dos buenos hombres voluntariamente bajaron hasta la puerta de la mano de una cama volcada de lado que utilizarían para cubrir sus espaldas a la hora de recoger a la joven del suelo. Una vez a salvo, trataron la herida de Abigail mientras, acalorada y sofocada, Judith no podía parar de beber agua de la cantimplora rellena en el río a la entrada de la ciudad.

Lo primero que llamó la atención de Judith fue aquella habitación llena de literas. Había una atmosfera extraña. Las paredes y los techos estaban desconchados, todo estaba desordenado y tirado por los suelos. Todos allí llevaban el rostro tapado, entonces pensó que el aire estaba viciado, pero cuando aspiró, olió un agradable olor a lavanda y a ropa de cama limpia. Tras alcanzar el final de la cama, en una esquina, se podía observar una gran mesa de madera con varias sillas tiradas, algunas rotas o sin la parte del respaldo. Junto a ellas una cama enorme con dosel y un mullido sofá, también apartados, bloqueando una de las habitaciones contiguas.

—La bala sigue dentro —dijo aquel médico mientras la acomodaban en una estantería volcada y dada la vuelta—. Será necesario sacarla.

—Por favor, ¡que alguien traiga láudano o linimento! Necesitamos calmarle el dolor —gritaba uno de los médicos.

La bala había atravesado el muslo. Al dejar de apretar la herida, la sangre salía empapando toda la pierna.

—Por favor, que alguien esterilice las pinzas. Y traigan agua caliente —volvió a pedir el médico.

Desesperada, Abigail no pudo contenerse y preguntó temerosa.

—¿Alguien me puede decir qué ocurre en este sitio?

Pero nadie le contestaba. Todos estaban demasiado ocupados en sus tareas. Uno de los médicos se acercó llevando un bisturí y muchos trapos sucios

en el hueco del brazo. La cara del hombre estaba completamente escondida bajo una capucha y envoltorios, pero por la forma de caminar algo encorvada se deducía que el médico era de avanzada edad.

—Yo responderé a tu pregunta —dijo otro médico que se acercó repentinamente a ellas—. Hace unos quince o dieciséis días se dio la repentina aparición de fiebres, vómitos y malestar general. Unos pocos días después, unas manchas rojas y planas aparecieron en la cara y las manos de los pacientes, y más tarde en los antebrazos y en el tronco. En el lapso de uno o dos días, muchas de estas lesiones se tornaron en pequeñas ampollas llenas de un líquido transparente que luego se convirtieron en tremendo pus. Las costras comenzaron a formarse entre ocho y nueve días después, y tarde o temprano se van cayendo y dejando cicatrices picadas y profundas.

—¿Y se sabe el origen? —quiso saber Judith absorta.

—Creemos que el agua estancada del río tiene algo que ver. Alguien ha empezado a verter animales muertos en la acequia que reparte el riego a los campos.

—¡Stup! —Judith interrumpía escupiendo el agua que estaba bebiendo.

—Estamos intentando aguantar en pequeños grupos como podemos. Somos varios médicos repartidos en la ciudad, pero la infección se extiende demasiado rápido, ya sea por la saliva o el contacto directo con las costras. Por eso también debemos deshacernos de las sábanas de cada paciente y sus ropas.

—Además, el alcalde dio orden de quemar todos los cuerpos inertes en aquella pila del fondo. Lleva ardiendo durante días —informaba otro de los médicos de la sala.

Por la ventana, se podía observar aquel vertedero humano, lleno de huesos y carne pegada que sobresalía por los bordes del cemento. Aquella masacre dejaba la población de Leesburg bajo mínimos mientras un hilo humeante de un color hollín cubría de una fina capa de polvo humano los tejados y aceras del lugar como si de nieve se tratase.

—¿Y las vacunas hacen efecto? —volvía a preguntar Judith, bastante preocupada.

—La vacuna hace efecto, pero no tenemos suficientes para tanta gente. Y ya nos estamos quedando sin ella.

—Y lo peor es que nadie puede salir a las calles —añadía otro de los médicos—. No dudarán en pegar un tiro a quien ande por donde no debe.

—Deberíamos aprovechar la noche para salir en busca de ayuda —interrumpía desde la camilla Abigail.

—Es buena idea, pero iré sola —afirmaba Judith mientras miraba a la rubia—. Esa herida no tiene buena pinta, Abigail, y solo me retrasarías.

—No te veo capaz de ir sola a ningún sitio —achacaba Abigail a Judith.

—¡Pero qué dices! He cambiado mucho desde que estaba bajo el ala protectora de la señorita Anne. Ya no soy aquella joven inocente que conociste en el Chili Pigeon.

—Enserio, no lo veo muy buena idea —dijo mientras se intentaba levantar Abigail para volverse a sentar en la camilla.

—No te preocupes —interrumpía Judith—. Volveré con ayuda. Por una vez... confía en mí.

Los hombres se miraban entre ellos. Ninguno interrumpía la conversación entre las jóvenes, pero uno de ellos lo hizo.

—Es demasiado peligroso salir. Nadie se moverá de aquí —ordenó otro de los médicos.

—¿Y por qué no enviamos un telegrama? —preguntaba Abigail mirando a Judith.

El médico encorvado se giró, la miró y, mientras le contestaba, seguía en sus menesteres.

—El único telégrafo está en la oficina de correos, exactamente en la otra punta del foso. Y ni siquiera tenemos llave para entrar y mucho menos el conocimiento suficiente para enviar un mensaje.

—Maldita sea —rezongaba Abigail.

Mirando por la ventana, uno de los médicos más jóvenes propuso una idea.

—Tenemos caballos aquí atrás. Podríamos cargar las alforjas con algo de comida y agua. Lo que no tenemos es munición ni armas —añadió—. Podrías atravesar los maizales a caballo aprovechando el manto estrellado. Estarás en las afueras antes de que se den cuenta.

—No hay problema —dijo Judith—. ¿Y cuál es el pueblo o ciudad más cercana?

—En millas, la ciudad más cercana es Hardem, en menos de tres horas estarás allí —explicó él—. Solo tienes que, en el camino que se bifurcará en dos senderos, elegir el de la derecha. Sabrás que vas en la dirección correcta si atraviesas un puente que evita un arroyo. A tu izquierda deberías ver los silos de grano de cebada. Debes dejarlos atrás y continuar por la ladera. Llegarás a un camino empedrado. Al final de él podrás divisar los edificios de la ciudad. No tiene pérdida. Una vez allí pregunta por Hoffman, Verner Hoffman. Trabaja en una farmacéutica y su grupo suele suministrar medicinas por todo el condado. Él sabrá que hacer.

—Entendido, creo que me quedó bastante claro —dijo Judith—. Y no os preocupéis, enserio, mañana mismo estaré aquí de nuevo con ayuda.

Esa misma noche prepararon todo lo necesario para la marcha de la joven. Se la veía asustada, inquieta. Además, sabía que no tenía mucha munición, lo cual sería un grave problema si se encontraba con alguien indeseado.

—Recuerda, no debes destapar tu rostro. No te quites el trapo empapado en vinagre. Intenta evitar los edificios marcados con unas equis blancas, significa que hay enfermos en ella —comentaba otro de los médicos del lugar—. Y, sobre todo, cuidado con las patrullas, las reconocerás fácilmente. Suelen ir entre cinco o seis personas bien armadas, transportando un carro lleno de cuerpos ya en bastante estado de descomposición. Recorren todas las calles en busca de los enfermos para evitar que se extienda más la epidemia. Los oírás llegar antes que ellos a ti, pues usan un cencerro para llamar a las puertas, aunque no dudarán en dispararte si te ven fuera de casa. Tienen órdenes.

—¡Judith! ¡Espera! —gritaba Abigail mirándola enternecida mientras Judith salía por la puerta para prepararse—. En estos últimos días me has mostrado cómo eres. Y durante este tiempo he cuestionado mis sentimientos hacia ti. Nunca pensé que haría esto, pero toma, cógelo. Es el único recuerdo que tengo de mi madre. Este colgante siempre me ha dado suerte... No puedo permitirme perderte. A ti no.

—No, no puedo aceptarlo. Enserio, tú lo necesitas más que yo para recuperarte de esa herida y no enfermarte —contestó Judith.

—No, de verdad, llévatelo. Prefiero que lo tengas tú. Es mágico. Si en algún momento añoras a la persona que te lo dio, solo tienes que apretarlo muy fuerte contra tu pecho y cerrar los ojos. Si lo haces correctamente podrás escuchar a la otra persona.

—Serás idiota —se pitorreaba Judith—. Cómo va a ser mágico. Está bien, te lo devolveré en cuanto nos veamos.

Abigail arrancó de un leve tirón el colgante que llevaba puesto desde que era una niña. Lo apretó con fuerza con la misma mano y se lo acercó a los labios. No llegó a besarlo cuando Judith se aproximó a ella y le ofreció su mano. Su palma estaba totalmente empapada, se notaban los nervios de la joven ante aquella locura. Una mujer sola, de noche, en una ciudad extraña de la que la viruela se había adueñado.

Capítulo 15

Una vieja amiga

Al caer la noche, Judith ensilló con ayuda una de las cinco yeguas que tenían en aquel hospital improvisado. Eligió la de color más oscuro por precaución. No tardaron más de tres en minutos en acoplar totalmente a la joven al caballo. En un principio cabalgó con miedo, iba despacio, deteniéndose en cada cruce, echando atrás la mirada y comprobando que nadie iba tras ella. No quería llamar la atención. El maizal estaba a menos de cien metros, justo en la calle de enfrente. En ese momento, Judith clavó los talones en el lomo del cuadrúpedo y este apretó el paso, atravesando sin ningún percance la calle hasta esfumarse entre las mazorcas.

Cabalgó sola durante horas en busca de Hoffman. La noche era tan espesa que ella no podía diferenciar un arbusto de un animal salvaje. Apenas había estrellas esa noche por culpa de las nubes y la luna alumbraba poco al estar en cuarto menguante. La preocupación de Judith se reflejaba al cabalgar, la torpeza ante sentirse sola y desamparada por la noche le hacía sentirse abrumada, forzando una situación inquieta.

Siguiendo las indicaciones de aquel médico, el viaje llegó a su fin. Una vez en las puertas de la ciudad, no se encontró una bonita bienvenida, sino una ciudad sumida en el caos. Todo estaba ardiendo, las calles principales estaban cortadas por estanterías lanzadas desde los edificios más próximos, los callejones estaban abarrotados de personas corriendo de un lado a otro, los árboles y los parques estaban envueltos en llamas, las tiendas y los locales vacíos... En uno de los extremos se podía observar una escaramuza entre asiáticos y hombres blancos del lugar; los chinos se rebelaban, hartos frente a los abusos y al tráfico ilegal de mujeres asiáticas, siendo estas maltratadas, chantajeadas, forzadas y drogadas para la prostitución en los burdeles.

Durante años, las mujeres asiáticas se utilizaban como moneda de cambio, mujeres que daban a luz a sus hijos y a las horas debían embarcar para llegar a una tierra que desconocían y, cuando echaban un vistazo a su bebé recién nacido, veían que el viaje había sido lo único que conocerían. Escondidas en bidones, cajones y falsos suelos eran transportadas traspasando fronteras, sin poder comer y sin alimentar a sus criaturas durante días enteros. Eran mujeres que se veían

obligadas a entregar sus cuerpos a cambio de promesas que ni siquiera sabían si verían cumplidas; mujeres que dejaban de comer y beber por dar una buena vida a sus hijos.

Entre aquellas mujeres rebeldes estaba yo. Desde que mi padre murió de tuberculosis, tuve que dejar aquel carro ambulante y unirme a un grupo de comerciantes de Vino Mariani, un tónico de origen francés al cual le atribuían una gran cantidad de propiedades terapéuticas. Este provocaba un efecto analgésico, estimulante y antidepresivo al sistema nervioso central muy valorado por los médicos para tratar dolores de encías o dolencias en general. Aquella bebida, compuesta en casi total plenitud por etanol y extractos de hojas de coca (de la cual sus propios inventores aseguraban que podía «convertir los días malos en buenos y los buenos en mejores»), se convirtió en una bebida muy demanda por todo el territorio.

Aunque fue pleno su éxito durante mucho tiempo, consumido incluso por los más célebres de la época, algunos condados lo consideraban como ilegal por ser tal la adición que creaba, tanto a niños como adultos, que alcanzaban la locura y provocaban suicidios, lo que nos obligó a introducirlo por vías poco éticas, aunque mucho mejor pagadas. No obstante, aquello nos acarreó más problemas que beneficios, añadiendo ceros a los carteles de recompensa impuestos en las calles de algunas de las ciudades más grandes del país. Eso no impidió que siguiéramos fabricando y comercializando nuestro producto, aunque sí lo hizo el Parlamento, que aprobó una resolución a favor de una enmienda a la Constitución de los Estados Unidos que prohibía la venta, importación, exportación, fabricación y transporte de bebidas alcohólicas en todo el territorio de Estados Unidos. Contaban con la ayuda de una nueva figura con fines religiosos desconocida en el Congreso, pero actualmente con mucho poder, que apoyaba aquella ley seca afianzando en la mente de los hombres que del alcohol salía el demonio.

Dice así:

«Esta noche, un minuto después de las doce, nacerá una nueva nación [...]

[...] El demonio de la bebida hace testamento. Los barrios bajos serán pronto cosa del pasado. Las cárceles y correccionales quedarán vacíos; los transformaremos en graneros y fábricas. Todos los hombres volverán a caminar erguidos, sonreirán todas las mujeres y jugarán todos los niños [...]

Se cerrarán para siempre las puertas del infierno [...]

Firmado F. B.».

La ley seca no prohibía ciertamente el consumo de alcohol. De hecho, se

siguió importando vino para uso medicinal y religioso, pero lo hacía muy difícil para las masas, porque prohibía la manufactura, la venta y el transporte de bebidas alcohólicas, ya sea para importarlas o para exportarlas. Aunque la producción comercial de vino estaba prohibida, no fue impedida la venta de jugo de uva, que se vendía en forma de «ladrillos» semisólidos y era utilizada para la producción casera de vino, aunque sus fabricantes indicaban en sus envases que los clientes debían impedir la fermentación del jugo para así no violar la ley.

Con el paso de los años, el consumo de alcohol disminuyó a la mitad y se mantuvo por debajo de los niveles anteriores. Sin embargo, eso tuvo efectos secundarios negativos y fue perdiendo apoyos progresivamente. Se siguió importando y produciendo alcohol de forma clandestina, provocando un auge considerable del crimen organizado. Hubo numerosos casos en los que los ciudadanos compraban licor masivamente para así atender el consumo propio (si bien la ley impedía la oferta de alcohol, la demanda no había desaparecido).

La proliferación de tantos grupos clandestinos de venta de alcohol ilegal hizo que nuestro negocio se viese destinado a la banca rota, por lo que el grupo acabó disolviéndose. Perseguida por la autoridad, no tuve más remedio que refugiarme en cualquier sitio alejado de las masas, donde acabé llegando a Hardem, aparentemente un lugar tranquilo donde buscar un empleo digno y pasar desapercibida.

¡Más quién dijo tranquilo! Empecé a trabajar en uno de los empleos más antiguos de la sociedad, una casa de rameras cuyos límites rozaban lo repugnante y lo febril y donde la actuación estrella no estaba a pie de calle, sino en el subsuelo. Un burdel cuya cara visible era un simple teatro donde encontrar mujeres ligeritas de ropa a las que solo se podía observar. El verdadero y lucrativo negocio estaba en los entresijos del local, debajo de los cimientos del propio burdel, cuyos caminos laberínticos llegaban a diferentes compartimentos o habitaciones donde lo perverso y lo excitante se daban de la mano. Sin apenas ventilación y mucho calor, esas eran las condiciones laborales que estábamos obligadas a sufrir. Debíamos obedecer si queríamos comer algo y conseguir un puñado de monedas ese día. En aquel lugar todo estaba permitido. Cualquier chica engañada para trabajar allí automáticamente se convertía en una esclava sexual de una sociedad donde la mujer no era más que un simple trozo de carne para satisfacer los estímulos varoniles del hombre.

No obstante, tuve suerte, ya que no fue largo mi sufrimiento allí. Un puñado de mujeres renegadas se rebelaron contra el lugar y, apoyadas por sus propios compatriotas chinos, hicieron estallar una sublevación donde volaban lámparas de parafina y se virtió todo el queroseno por los suelos y tejados haciendo arder las calles como si el mismísimo infierno saliese de nuestros pies.

Aquellos asiáticos lideraron una reconquista por los subsuelos del burdel hasta el exterior, quemando a su paso desde el ayuntamiento, que permitía este tipo de malversaciones, hasta el hotel donde se permitía continuar con la sodomía local.



Judith, confundida, no se atrevió a atravesar aquella refriega y decidió dar un rodeo para intentar llegar a la farmacéutica.

—Tranquila, chica, ya casi estamos. —Judith intentaba calmar a su yegua, asustada por el fuego de la ciudad.

Esta vez cabalgaba despacio, mirando al horizonte. Imaginaba dónde podría estar aquella farmacéutica para intentar evitar aquel conflicto que realmente no era de su interés. Desde aquel monte no fue capaz de divisar el lugar, por lo que avanzó unos metros más hasta llegar a una callejuela estrecha mucho más tranquila que las calles principales. No le quedó más remedio que desmontar y adentrarse en aquellos callejones. Ir a caballo podría ser peligroso, ya que el fuego asustaría demasiado al animal y podría tirarla al suelo.

Desmontó y sacó de las alforjas el único revólver del que disponía. No eran muchas balas, pero podrían servir para defenderse si alguien se acercaba a ella. Avanzó unos cuantos metros por el callejón mientras con una mano sostenía el revólver y con la otra las riendas del animal. Al girar una de las esquinas del ayuntamiento, una multitud de gente corría hacia ella despavoridos. Ella se quedó completamente quieta, se mantuvo serena y encogió los hombros hacia adentro para evitar que la gente que chocaba con ella la tirase al suelo. Una de ellas se frenó en seco frente a ella y le advirtió:

—Sera mejor que corras y salgas de aquí.

—Que- que ocu...

—Esos malditos chinos, ¡están locos! —interrumpía la mujer con desaliento, intentando recuperar el hálito—. ¡Date media vuelta! —aquella joven precavía a Judith mientras seguía corriendo en dirección contraria a ella.

Judith, aún con precaución, seguía avanzando hasta que finalmente dio con la entrada de la farmacéutica. Era un elegante edificio de dos plantas con bonitos ribetes verdes en la parte superior. La puerta estaba sellada. Por el otro lado del cristal había tablones de madera bloqueando el paso hacia el interior del edificio. Los gritos y golpes de Judith contra la puerta eran inútiles. Sin saber qué hacer buscó alguna forma de entrar al sitio.

—Disculpe... —preguntaba Judith a diferentes personas sin mucho éxito.

No tardé en cruzarme con Judith y, aunque aún no nos conocíamos, teníamos un conocido en común. Habían pasado casi cinco años desde la última vez que vi a Abigail en aquel Burdel de Hill City, donde mi padre se deshizo de ella por cuatro míseros duros.

—Perdona... ¿Se puede saber qué ocurre aquí? —me preguntó Judith.

Cuando oí su voz, paré de correr y me detuve delante de ella.

—¡La etnia asiática se ha rebelado contra la demasía y el despotismo de la ciudad hacia las mujeres usadas a la alcahuetería y sodomía! —contesté.

—¿Y el resto de los ciudadanos? Necesito encontrar a un hombre —seguía preguntando ella.

—La mayoría se ha encerrado en sus casas. Han encasquillado las puertas de sus casas para evitar refriegas —volví a contestar.

—¿Y por casualidad no conocerá a un tal Verner Hoffman? Es un prestigiado farmacéutico —de nuevo preguntó.

Mientras hablaba con aquella chica, me fijé en su cuello; aquel colgante que portaba la joven me parecía familiar, pero no podía recordar qué era...

—No, lo siento, pero no debería tardar en encontrarlo. Esta ciudad se ha vuelto muy peligrosa. Busque refugio donde pueda.

—Gracias, aunque no puedo parar de buscar a este hombre, es de vital importancia.

Sin acabar de hablar con Judith, otra multitud de personas se acercaba por la calle, huyendo despavoridas. Segundos después estaban ya en el callejón, encima de nosotros. Nos separamos dejando un pasillo entre medias de las dos. A empujones con ambas, los gritos del gentío eran tan altos que no podía escuchar lo que quería decirme Judith. Cuando aquella multitud pasó de largo, Judith ya no estaba frente a mí, no quedaba ni rastro, aunque lo que sí estaba era su revólver Colt en el suelo y su yegua. Me resultó raro, que una chica joven hubiese dejado sus pertrechos olvidados por un descuido. Miré a un lado y a otro. Comprobé que no había nadie esperando. No vi nada ni a nadie por los alrededores. Levanté la vista y con ligera desconfianza me agaché a recogerlo del suelo cuando... ¡Zas! Alguien me golpeó en la nuca por detrás.

Capítulo 16

La casa del Señor

Cuando desperté y recuperé la conciencia, lo único que podía oír era el ruido de los herrajes del caballo. Estaba atada de pies y manos sobre lo que parecía un carro de madera del que se podía oler la peste del apulgarado en los tablones. Prácticamente no podía ver nada, ya que un vendaje andrajoso tapaba mis ojos. Debido a las malas dobleces de la venda, podía describir malamente a otras tres personas más, atadas junto a mí en los otros dos rincones del carromato.

—¿Hola? ¿Hola? ¿Alguien puede oírme? —pregunté en vano.

—¡Mmmm! ¡Mmmm! —alguien deseaba contestar con la boca tapada.

—¿Hola? Sí, sí, intenta quitarte la gasa de la boca —insistí.

Mientras tanto, intenté mover las manos arriba y abajo y froté mis pies con vigorosidad para intentar aflojar las ataduras, pero era inútil, estaba bien atada. La misma cuerda que sujetaba mis pies se entrelazaba a su vez con mis muñecas, haciendo imposible sacar las manos si primero no sacaba los pies. Aunque sacar los pies estando estos atados hacia detrás, hasta el tope de mis rodillas, no ayudaría a desatarme.

Parecía imposible desatarse de las ataduras, por lo que opté por intentar acercarme a los otros dos individuos también maniatados para intentar aflojar sus cuerdas y desatarme a mí después. Como si de una sucia lombriz se tratase, repté como pude, arrastrándome por la madera para tratar de llegar a ellos. Como era previsto, fui incapaz de hacer nada. Cada vez estaba más nerviosa, las manos me sudaban y la cabeza me dolía, lo que aún me ponía más nerviosa. El tiempo se agotaba. Lo único que se me ocurrió fue empezar a gritar como una loca, ya que, según pude observar entre los tablones del carro, estábamos pasando por una calzada de adoquines de algún pueblo, por lo cual supuse que alguien podría oírme si pasaba por allí.

—¡Ayuda! ¡Por favor! ¡Ayuda! —grité con todas mis fuerzas.

—¡Mmmm! ¡Mmmm! —Otro de los individuos también gritaba, aunque con la boca tapada.

De repente, el carro se detuvo. Dio un buen frenazo que hizo que me desplazase hacia adelante haciéndome rodar por los suelos y golpeándome

contra uno de los lados. El sonido de la bisagra de la puerta del carro chillaba y un fuerte golpetazo se oyó al bajar alguien de él. A continuación, las puertas del carromato se abrieron. La luz que entraba me cegó y me hizo fruncir el ceño para evitar tanta claridad, lo cual no me dejó ver correctamente quiénes eran nuestros sayones. Y, sin más dilación y ni una sola palabra, ¡zas! Alguien volvió a golpearme vigorosamente, perdiendo de nuevo el conocimiento.



—En el día de hoy, quiero que cerréis los ojos y veáis solo la oscuridad que os envuelve. Os invito a que os fijéis en cuán enferma se ha vuelto nuestra sociedad, un estigma que se extiende por la avaricia, el alcohol y la sodomía. Necesito que digáis adiós a esas personas que se han alejado de Dios y han ido creando ese odio... _Alguien parecía dar un sermón con franqueza.

—Sí, padre —se dejaba oír un gran murmullo.

—Y ahora os pregunto: ¿no os sentís como animales asustados, como pequeños individuos inocuos incapaces de hacer algo por la salvación?

—Sí, padre. —El bullicio se alzaba por encima de la voz del «padre».

—Por eso, amigos míos, ha llegado el momento, el momento del ajuste de cuentas. Habrá un sacrificio, y será doloroso, pero el sufrimiento es solo una elección que nos ayudará a optar por el mejor camino. El que no sea creyente que se una a nosotros y encontrará la paz. Y un día tal como hoy todos viajaremos hacia nuestro Dios y él nos salvara... La fe es lo único que nos mantiene unidos, así que no debemos perderla.

—Síííí. —El murmullo de gente se hacía notar, y a ello se le sumaban cientos de aplausos mientras gritaban y silbaban al «padre» con gratitud y complacencia.

—El Señor está con nosotros... —terminó el «padre».

Primero abrí un ojo. Sentía la cabeza embotada, me daba vueltas por la contusión en aquel carro. Mientras intentaba desperezarme, aún con la vista nublada, pude escuchar de fondo aquel sermón. Me encontraba encerrada en una habitación húmeda, silenciosa y con muy poca luz, generada por dos farolillos de parafina alumbrando a una de las mesas del fondo. Estaba atada de nuevo, esta vez a una silla de madera con las manos a la espalda y las piernas bien sujetas a la parte baja de la silla. No podía moverme.

Al otro lado de la mesa pude ver a otras tres personas más sentadas y sujetas al igual que yo, con una vieja y polvorienta bolsa de tubérculos en sus

cabezas. Parecía que respiraban, incluso algunos de ellos tenían pequeños espasmos, como si estuviesen convulsionando. Su actitud era extraña. Sin embargo, esta vez no quise alarmarme, sería mucho mejor estar callada y esperar a qué ocurrirá después. Como era lógico, no tardó en suceder algo. Alguien entró en la habitación de un portazo y segundos después desató a Judith de malas formas. Ella estaba sentada en frente de mí, si bien totalmente empapada. Sin embargo, yo estaba seca.

—Mantente ahí quieta, ahora vendrá el «padre» a por ti —dijo aquel sayón.

Cuando destaparon su rostro, a Judith se la veía desorientada. La habían dejado tirada en el suelo, tenía la mirada perdida y el rostro muy pálido. Llevaba una ropa diferente a la cual yo conocí, vestido largo, blanco y tan calado que se podían verse los lunares de su cuerpo.

—¡Chica! ¿Me escuchas? —Intenté despertarla de aquel trance—. ¡Despierta!

Pero Judith no reaccionaba. Estaba apoyada sobre su cintura y el pelo le tapaba toda la cara. Parecía buscar algo por el suelo totalmente aturdida.

—¡Oye, escúchame! —seguí insistiendo, pero era inútil—. ¡Escúchame!

Otro portazo volvió a retumbar la puerta. Era «el padre», quien asió a Judith de los hombros y la empujó hacia arriba con ayuda de su cuerpo. La mantuvo de pie unos instantes y estiró su cara fuertemente con sus dos manos. Con su mano derecha alzó su barbilla y la miró fijamente a los ojos...

—Confesarse es reconocer nuestros pecados. Vuestras almas necesitan ser liberadas de la oscuridad. Liberemos el alma del peso del pecado. No te asustes, chica, no estoy aquí para quitarte la vida... Estoy aquí para devolvértela. Voy a abrir tu mente para llenarla de tus peores miedos y, cuando te ahogues en ellos, tus pecados saldrán al exterior, ¡esfumándose!

Tras el breve sermón, volvió a coger a Judith de la cintura y la sentó en una de las sillas vacías. Intentó acoplarla lo más cómoda posible, ya que una vez la sentaba, esta se desplomaba y se escurría hacia abajo. Judith se encontraba totalmente aturdida, incapaz de mantenerse en pie por sí sola.

—Mis devotos, estamos aquí reunidos para dar testimonio de los que hoy expiarán sus pecados, si bien no creo que a las señoritas las importe que empecemos por Martín...

—¡Mmmm! ¡Mmmm! —El supuesto sujeto llamado Martín empezó a moverse disparatadamente de la silla en la que estaba atado. También estaba totalmente empapado. Sus muñecas estaban magulladas de forzar sus ataduras y sus brazos estaban llenos de cortes afilados que se podían ver a través de su camisa campera sin mangas.

—Tranquilo, Martín, conozco bien tu pecado —dijo mientras le quitaba el saco de la cabeza—. ¡Tu pecado es la ira! Un pecado que debe ser expuesto a todos para poder ser absuelto —comentaba el «padre».

Aquel supuesto hombre de Dios rodeaba a Martín, inquieto, y sacaba filo a una navaja con mango de madera. En sus ojos no vi estima ni tampoco odio... solo miedo.

—No es más culpable el que peca, si no el que esconde sus pecados...

—¡Mmmm! ¡Mmmm! —Martín no paraba de moverse y ponerse aún más nervioso. Sus ojos querían salirse de sus órbitas.

De repente, el padre clavó el cuchillo sobre el antebrazo de Martín. Él empezó a gritar con agonía.

—No te resignes, el sufrimiento es solo un estado de ánimo que nos nubla lo que realmente deseamos.

Tras levantar la hoja de su piel, la sangre comenzó a derramarse por todo su cuerpo, deslizándose sobre la silla.

—¡Noooo! ¡No! —Intentaba resistirse, escupiendo la venda de su boca.

—¡No te muevas! No quiero hacerte un estropicio, ¡pecador! —Marcaba con el filo su carne—. Todo el mundo debe ver tus pecados...

El joven gritaba y no paraba de moverse salvajemente mientras los cortes supuraban. Una vez escrita la palabra *impío* sobre su antebrazo, el reverendo volvió a repasar sobre la misma llaga la misma palabra, una y otra vez, creando un tono de relieve. El joven Martín se revolvía de dolor.

—Bien, mientras Martín reflexiona sobre sus pecados y libera toda la ira, continuaremos con George. ¿George? ¿Estas despierto? ¿George? ¡George! —El reverendo golpeaba fuertemente la mesa con la palma de la mano, despertándole de un susto.

—Mmmm... —reaccionaba George aún con la mordaza puesta mientras sacudía sus brazos enérgicamente atados a la silla.

—Bien, me alegro de que estés despierto —hablaba con sarcasmo el reverendo mientras le quitaba el saco y la mordaza de la boca.

George miraba al reverendo con odio mientras escupía por la boca todo tipo de blasfemias y groserías.

—No están permitidas esas injurias y palabras malsonantes en la casa de Dios —negaba con la cabeza el «padre»—. Todo aquel que revele sus pecados será tratado con benevolencia. Pero aquel que actúe con procrastinad será castigado... —El reverendo lo miraba fijamente a los ojos—. Y ahora dime, hijo, ¿ofrecerás a Dios una parte de tu cuerpo para expiar todos tus pecados?

—¡No te daré una mierda! —gritaba George resignado.

—No toleraré ese vocabulario aquí... George, todos sabemos que tu

pecado fue y es la avaricia, y aun así sigues empeñándote —comentaba el reverendo mientras cogía y comprobaba el estado de un hachuelo de la mesa.

—Maldito loco hijo de puta, enfermo...

En un descuido, el reverendo le rebanó de un solo tajo la mano derecha, la cual estaba atada junto al resto del cuerpo con cuerdas a la silla. George no podía para de gritar; se miraba la mano y, a su vez, miraba al «padre». Los gritos se convirtieron en rápidos resoplos de dolor y de angustia que desembocaron en fuertes espasmos de todo el cuerpo para intentar liberarse de sus ataduras.

—¿Ves, George? Siempre pensando en ti mismo. No tienes remedio —se mofaba con sátira mientras recogía del suelo aquella mano con parte de antebrazo incluido—. El cuerpo humano es tan frágil...

De una leve patada empujó la silla de George al suelo e instantáneamente se giró hacia mí, aún con la parte amputada de George en la mano. No hubo más gritos, aunque continuó resoplando, intentando mantener la calma.

—No te preocupes, aún no ha llegado tu turno —aseguraba el «padre».

Con Martín gritando como un descosido de dolor y los alaridos de George bocarriba en el suelo encima de la silla, aquel momento se asemejaba a una casa de locos en la que uno no quiere entrar. El reverendo volvió a girarse, esta vez hacia Judith. La pobre seguía ahí tirada en la silla, intentando mantenerse despierta, esforzándose por mantener la consciencia, donde claramente sus ojos tenían la supremacía entre aquella lucha por mantenerse despierta o perder el conocimiento.

—Y tú, Judith, ¿vas a renunciar a tus pecados o estás dispuesta a admitir tus transgresiones llevadas por impulsos de lujuria?

El reverendo esperaba una respuesta que Judith no tenía y, finalmente, perdía la conciencia.

—¡Señor! Ya están aquí los nuevos subyugados. —De repente, alguien entraba con ligereza a la sala.

—Bien, preparadlos para mañana, darles su nueva ropa y aislarlos individualmente en salas de la Luna. Que no reciban un solo rayo de luz, debemos purificarlos antes de comenzar con su bautizo.

—Sí, señor —dijo apremiante.

—Por cierto, Roy, avisa a Utter, necesitamos que nos traigan más suero de éter. En algunos sujetos es necesario suministrar el doble de cantidad y no queda demasiado en las alcarrazas.

Aquel gas se quedaba metido en la nariz y, tiempo después de estar expuesto a él, aún sentías que seguías oliéndolo. Aquella sensación era muy incómoda. Cuando abrían la botella de éter, se podía ver como salían despedidos vapores incoloros que te mareaban con solo quitar el tapón.

—No entiendo cómo consiguen aguantar ese maldito olor tan desagradable y picante —comentaba Roy.

Roy, uno de los pocos hombres verdaderamente fieles al reverendo desde su llegada a Oldwing, se desvivía y apoyaba siempre los ideales de su jefe y compañero excuatrero. Su segundo de abordó. Siendo de este su bisagra, sus ojos, oídos, la voz sin sordina y, llegado el caso, el puño de hierro ejecutor de sus atrocidades. Pese a que no era un mero secuaz y nunca se había salido de sus cabales (al contrario que el reverendo, quien se había convertido en un obseso de la trazabilidad de cada dato que le proporcionaban), Roy sabía en todo momento como coordinar, vigilar y poner en orden a los más fuertes de la manada, como él los llamaba, y también sabía hacer sucumbir a los más recelosos. Roy siempre estaba rodeado de un equipo de asesores muy pintoresco y disciplinado. Eso sí, mudos, distantes y solitarios, refractarios a los focos y soberbios en su humildad, siempre atípicos ante la vista de cualquier seguidor o fiel que estuviese cerca. Y aun detrás de todo eso, la última palabra siempre la llevaba él con supervisión del reverendo.

—Lo siento, señor, creo que Doc comentaba ayer que tienen escasez de aceite dulce de vitriolo. No será posible traer más hasta la semana que viene. Los canteros no dan abasto en sacar el sulfato blanco de zinc para que los alquimistas lo sinteticen —se excusaba Roy—. Y también tenemos problemas con los cultivos de efedrina por falta de lluvias.

—No hay de qué preocuparse por las lluvias. Los cultivos renacerán y recogeremos una buena cosecha. Mientras tanto, entiendo que Doc sabrá resolver el problema rápidamente, encontrará un adictivo sucedáneo de efedrina hasta que volvamos a tener sobrante. Sin embargo, para el aceite deberíamos mandar más gente a la veta, a picar material. No te despistes y que no se detenga la producción de la mina.

—Descuide, la manufactura seguirá en marcha. ¿Y... qué hacemos con las mujeres que tenemos en cinta?

—¿Qué les ocurre a las preñadas? —preguntaba el reverendo con mera curiosidad.

—Doc insistió en reducirles o incluso retirarles el consumo de etanol con efedrina, ya que unos miligramos más de lo debido podrían provocar taquicardias, arritmias... y no sé qué ostias más dijo, pero no sonaban muy bien.

—¿Y podrían perder al bebé? —preguntó el reverendo.

—Entiendo que sí, señor —contestó Roy.

—De acuerdo, entonces reducid la dosis, y cuando acabes no te retrases, te necesito esta noche para preparar la rutina de esta semana. Los fieles deben estar totalmente entretenidos para bloquearles cualquier tipo de pensamientos impuros

y cambiar sus enfoques hacia una completa desatención, mostrando así al sujeto un mundo exterior que está contra ellos y que las personas que acusan al Círculo son peligrosas y están corrompidas.

—Sí, señor. Después de la ronda volveré aquí.

—Y Roy... Se me olvidaba. Moviliza a tus muchachos, hace unas horas nos desaparecieron bastantes bultos de comida de las despensas. Vigila quién puede estar robándonos.

—Sí, señor. Por cierto, ¿qué hacemos con el otro tema? Ya sabe... —volvió a preguntar Roy.

—Vamos a intentarlo con explosivos esta vez —contestó el reverendo sagazmente—. Colocad más cargas.

Mis ojos no daban crédito a todas las atrocidades realizadas por aquel hombre al que sus siervos llamaban «padre». Aquellas personas tenían formada una perfecta comunidad autoritaria y piramidal en la que existe un líder y el resto «baila» a su alrededor, teniendo así un perfecto control total sobre sus infelices vidas.

Capítulo 17

La purga

Eran las doce de la mañana. Se esperaba un aciago día cuando levanté los párpados. Estaba aterrorizada, no quería despertarme. Levemente, la luz penetraba en mis pupilas y me obligaba a alzar la vista. Tímidamente y sin hacer mucho ruido, comprobé los alrededores. Ya no estaba en aquella sala húmeda junto a Judith, Martín y George; estaba en otro sitio. Aquel lugar era primoroso, bello y tranquilo, a excepción de algún que otro llanto, mas yo seguía maniatada a la espalda, pero esta vez en mitad de un río que desembocaba en un inmenso lago. No parecía muy profundo, aunque estaba bastante alborotado y las corrientes del agua ahogaban los llantos y las protestas que proferían ante aquella ceremonia forzada.

El día comenzó a nublarse. Los relámpagos centelleaban en lo alto del cielo. Las primeras gotas de lluvia empezaron a caer, empujadas por el viento que precede a la tormenta.

Junto a mí había por lo menos veinte personas más, algunos de ellos asustados y otros tantos claramente temblando, también maniatados. Todos ellos observaban desde una de las orillas al «padre», quien realizaba un acto simbólico que llamaba *purga*, ya que, para ellos, el agua significaba el fin de un modo de vida y el principio de uno nuevo.

Aquel hombre estaba ahí de pie, con cara de apático e indolente. Su rostro podía evocar tanto horror como la propia salvación a cualquiera que le mirase. Estaba situado justo en mitad del río, subido a una roca elevada donde el nivel le llegaba solo hasta la mitad de la rodilla. El agua se aferraba a la tela y había trepado hasta el pecho, marcando los fuertes músculos de su cuerpo. Mientras miraba al cielo con desconcierto y justicia, sujetaba con una mano la Biblia y con la otra la cabeza de uno de sus nuevos siervos dispuestos a recibir el perdón de Dios. A cada palabra que pronunciaba el reverendo, este asentía vagamente:

—Al igual que Dios vio que la maldad de los hombres era mucha en la tierra y que todo designio de los pensamientos del corazón era de continuo mal, las aguas del diluvio pondrán fin a la maldad. El bautismo representa el fin de vivir una vida egocéntrica y pecadora... —sermoneaba el «padre»—. El camino del hombre justo está rodeado por la injusticia de los egoístas y la tiranía del

Diablo. Os aseguro que Dios vendrá a castigar con furia y cólera a aquellos que pretendan destruir a nuestros hermanos.

Al otro lado del río, varios fieles del «padre» sujetaban en un cabestrillo una biblia y un informe con información personal de todas las personas que iban a ser bautizadas ese día, entre las cuales estaba yo y, justo al lado, otro centenar de seguidores dispuestos a presenciar aquel *show*.

—En cumplimiento a lo interesado por su respetable autoridad, tengo el honor de presentar a David Donald Steven. Dicho individuo es de conducta dudosa en todos los órdenes. También se tiene conocimiento de que ha realizado actos de sodomía y tiene tendencia constante a tal aberración. Por otro lado, no se le conocen actividades políticas de ninguna índole —informaba uno de los adeptos del «padre» al resto de la comunidad—. Al haber reconocido y observado detenidamente al presunto peligroso social, procedemos a leer las siguientes circunstancias del sujeto:

Sexo: Varón

Edad: Treinta y dos años

Estado físico: Normal, sin defectos apreciables

Estado psíquico: Deformado, en el sentido de su perversión sexual. Sus facultades intelectivas son normales. Las afectivas están disminuidas por la misma razón.

Aptitud para el trabajo: La tiene, manifestando dedicarse al comercio.

Inclinación al delito: No se aprecia, salvo su desviación erótica.

Otras circunstancias: En la exploración clínica no se aprecian signos de pederasta pasivo. Sin embargo, él mismo manifiesta haber realizado actos «invertidos» y herejía de forma activa.

Más observaciones: Este sujeto ha estado dos veces detenido por faltas a la moralidad, habiendo sido ambas veces sancionado con multas. Su conducta es buena, no teniendo ningún antecedente por delitos comunes. Con referencia a si es invertido o no, como se indica anteriormente, ha sido sorprendido *in fraganti* realizando prácticas contra natura con otro pagano, siendo público y notorio en cuantas personas le conocen y han sido preguntadas acerca de la conducta del interesado sobre si este sujeto es invertido.

—Nuestro Círculo resiste a quienes quieran arrancar de nuestros corazones a Dios y de nuestras tierras su cruz —volvía sermonear el «padre»—. Según esto, debo declarar y declaro en estado peligroso al expedientado. Por la autoridad que Dios nos ha concedido, en consecuencia, se le aplicarán las siguientes medidas de seguridad, que cumplirá por orden sucesiva —continuaba leyendo desde el cabestrillo:

—¡Uno! Internamiento en un establecimiento destinado a los de su clase

por un tiempo indeterminado no superior a tres años. ¡Dos! Prohibición de residir en esta ciudad y obligación de declarar y donar todas sus propiedades a la comunidad. ¡Tres! Sumisión a la vigilancia por parte de los delegados durante un tiempo superior a un año e inferior a cinco. ¡Y cuatro! Prohibido el acercamiento sexual a cualquier otro miembro de la comunidad.

—Sin más que decir, procedemos a limpiar el alma de este impuro —decían mientras el «padre» introducía la cabeza de aquel tal David durante varios minutos en el agua. Su brazo se adentraba en el río muy por encima del codo sin llegar al hombro, empapando así la tela de su camisa, adhiriéndose a su pecho.

El joven se revolvía moviendo la cabeza de un lado a otro e intentando apartar la mano del «padre» para poder sacar la cabeza. A la vez, agitaba los brazos enérgicamente en busca de algún apoyo, pero el «padre» apretaba con fuerza hacia dentro y cada vez más introducía su cuerpo hacia el fondo. El burbujeo era constante, no cesaba y se podía escuchar el gargajeo de David intentando mantener la cordura en aquella situación tan extrema. Unos instantes antes de que el joven perdiese el conocimiento, la brillante luz de un rayo arreció y, tal como apareció, se esfumó, seguida por su correspondiente trueno. En ese momento, el «padre» recogió la cabeza de David y lo sacó del río, limpiando con la mano abierta el agua de su cara. El joven espurreaba el agua de su laringe y escupía el agua sobrante de su boca mientras el padre le daba unos leves golpecitos en la espalda.

—Bienaventurado el hombre que resiste bajo la prueba de Dios. El señor le ha concedido la libertad. No obstante, seguir con vida será su penitencia —sermoneaba el «padre» mientras uno de sus siervos recogía al individuo del agua y otros le acercaban al siguiente sujeto.

El proceso siempre era el mismo: primero sus asesores leían ante un mayor público los antecedentes y fechorías del individuo a someterse a la purga de Dios y, segundos después, el reverendo procedía a sumergirlos uno a uno en aquel río. Pese a ello era algo extraño, ya que, antes de proceder al bautizo, aquellos individuos estaban adormecidos y atontados y solo empezaban a reaccionar una vez estaban en el límite, a punto de morir ahogados en el río por el reverendo. Y no todos sobrevivían. El reverendo aguantaba con presión sus cabezas sumergidas en el río hasta que Dios tenía la potestad de poder levantar la mano, lo que provocaba que no todos saliesen con vida del agua.

—Lo que Dios da, Dios lo quita, y si nos lo arrebatara es porque tiene preparado algo mejor para nosotros, pues nuestro Dios siempre tiene un propósito, no es un Dios caprichoso y cruel. A veces, antes de tiempo, abandonamos nuestra relación con él resentidos por aquello que se ha ido. Pero si esperamos pacientemente y con fe, muy pronto recibiremos algo mucho mejor

de lo que nos fue privado. La única forma de ser merecedores de dicha recompensa es la fidelidad y la aceptación del dolor pasajero.

Los cuerpos inertes de los individuos que no habían superado la purga iban acumulándose en uno de los lazos del río, doblando la espadaña de la orilla, donde las aguas espumadas de los rápidos ya no hacían corriente, momento que otros miembros de la hermandad aprovechaban para recoger los cuerpos flotantes a la deriva de aquel sacrilegio. Una vez recogidos, estos eran nuevamente seleccionados y despojados de sus ropajes y pertenencias que luego ofrecían al resto de fieles del Círculo. Días después, incineraban sus cuerpos para liberarlos finalmente de su pesadumbre.

Mi turno había llegado, la tormenta se acercaba y la lluvia nos golpeaba fuertemente en la cara, creando un aguacero que sobrepasaba los prados y los árboles que teníamos detrás. El agua lo envolvía todo y el viento entrechocaba las ramas de los árboles de nuestra espalda, que silbaban de forma particular. El reverendo me miraba mientras volvía a remangarse la manga de la chaquetilla, que constantemente se le caía, completamente mojada por la lluvia y empapada de meter el brazo en el río.

—¡Traedla! —indicaba a sus adeptos el reverendo señalando con su mano hacia mí sin quitarme la vista de encima.

Aún maniatada, los enfermos seguidores del reverendo se acercaron a mí y me sujetaron de mis ataduras arrastrándome por el suelo, mientras yo no paraba de hacer fuerza con mi cuerpo hacia suelo intentando atrasar lo inevitable.

—¡No! ¡No! Soltadme, malditos... —grité.

—Eres fuerte. ¡Pero es inútil! ¿Por qué luchas contra nosotros? Ya te lo he mostrado. El fin del mundo está al caer, un mundo enfermo y corrupto. Estoy aquí para liberarlo, y te doy la posibilidad de salvarte, de olvidar tus inquietudes y ¡ser libre!

—¡Estás completamente loco! ¿Quiénes sois? ¿Qué hacéis en este lugar? —pregunté sin miedo.

—Entiendo que tengas dudas, que tengas preguntas y desconfíes del resto. Yo también tuve las mismas preocupaciones que tú y pensé ¿en quién puedo confiar? ¿Hay alguien ahí afuera de quien pueda fiarme? —el reverendo autorreflexionaba—. Y la respuesta era ¡no!

—¿Por qué haces esto a todas estas personas? ¿Qué te hemos hecho? —pregunté al reverendo mientras me resistía de sus esbirros.

—Sigues sin entenderlo. Sigues sin saber tu propósito, ¿verdad? Debes seguir la senda que él nos presta y deberás elegir. El demonio habita en múltiples formas...

—¡Estás matando a cientos de personas! ¿No te das cuenta de que esto no es la gracia de Dios? —insistí.

—Claro que lo es. Gracias a él podemos desechar todos nuestros temores. Al fin y al cabo, todo se reduce al miedo que uno siente cuando está solo. Por eso, aquí, todos y todas somos uno. No existe el pasado. No tenemos género y no tenemos nombre.

Me quedaba atónita a cada palabra que hilaba aquel reverendo. Su facilidad de palabra conseguía persuadir al menos creyente.

—Al igual que Noé construyó un arca, estamos construyendo entre todos nosotros un lugar donde sobrevivir después del colapso y... —farfullaba él— ¡los débiles no tienen lugar dentro de él!

—Esto es demente. Por favor, ¡escuchadme todos! —Intenté llamar la atención de todos los asistentes—. ¡Nada de lo que dice este hombre va a ocurrir ni ocurrirá nunca! Por favor, escuchadme, ¡están muriendo personas inocentes sin ningún sentido! ¿Es que no os dais cuenta?

Nadie escuchaba mis plegarias. Era como si todo el mundo estuviese hipnotizado por los actos de aquel hombre y nadie reaccionaba, como si de borregos obedeciendo a lobos se tratasen. Mi suerte estaba echada; nadie iba a venir a salvarme.

—Ya te lo dije. ¡Ellos son débiles! Los débiles son impuros e indignos. Sus almas viven en la inmundicia. La vida de unos pocos importa más que la de la mayoría.

—Quién eres tú para decidir quién vive y quién muere —desafié al «padre».

—Los endebles también tienen su propio cometido... —dijo él—. Pronto sabrás cuál es.

—¡Soltadme, malditos! —dije mientras intentaba liberarme de las cuerdas.

—Aquellos que osen separarnos de nuestro objetivo se ahogarán en el diluvio; aquellos que deseen destrozarlo con sus propias manos, se verán con ellas amputadas, y aquellos que destruyan nuestros arduos esfuerzos serán castigados.

Capítulo 18

Día a día

Oldwing

Octubre, 1869

No recuerdo bien lo que ocurrió exactamente el día de la purga, aunque reconozco que dormí durante horas y lloré como si algo se hubiese roto dentro de mí. Sentía la cabeza embotada, brumosa, estaba realmente agotada. Notaba todo el cuerpo entumecido. Cuando me cansé de llorar, ya estaba muy adentrada la noche. Me quedé allí, inmóvil, tumbada boca arriba contemplando las estrellas sin poder dormir.

Mi mente no paraba de dar vueltas, de pensar en todo aquello. Me pasé el resto de la noche abriendo las puertas de mi mente, pero todo era muy amargo.

Cuando salieron los primeros rayos de luz, el bullicio aumentó. La gente empezaba a despertarse a mi alrededor. Miré a los lados y, para mi sorpresa, lo primero que vi fue una montaña enorme de ropa usada y cabello humano. Se me hizo un nudo en el estómago. Había enormes montones de zapatos, camisas, pantalones y, sobre todo, sombreros, todo amontonado de malas maneras. A unos pocos metros a mi izquierda se podía ver la alambrada. Al parecer no paraban de llegar nuevos adeptos a la casa del Señor. No nos saludaron ni sonrieron. Parecían oprimidos, desconcertados y cohibidos. Sus labios estaban sellados y sus ojos se clavaban en el de adelante. A mi derecha había una antigua cuadra convertida en un enorme barracón.

Ese mismo día nos separaron y me volvieron a dejar encerrada, esta vez en una celda. En un largo periodo de tiempo no vi a nadie y nadie vino a verme. Me encontraba totalmente aislada del resto. Se oía un murmullo constante, pero no se veía a nadie. Estaba acomodada en una celda de madera y clavos en la que habían tapiado la única puerta, cerrada casi herméticamente por todos los lados a excepción de dos agujeros, uno circular y prácticamente diminuto en la parte superior por donde entraba algo de luz y otro cuadrado y más grande en la parte inferior que servía como entrada de alimentos y salida de excrementos. Aquel espantoso lugar era un foco de infección contiguo a los barracones principales del complejo.

Me sentía muy angustiada, no tenía comida ni agua. Únicamente bebía el agua de lluvia que entraba por el pequeño agujero circular del techo cuando llovía. Y aunque era invierno, el sol del mediodía apretaba. El tiempo se convirtió en algo continuo e inacabable que se veía interrumpido nada más que por los ruidos de mi estómago. La noción del tiempo quedaba distorsionada. No sabía cuándo empezaba un día y cuándo acababa otro. Un solo día podía parecer un año.

No podría asegurar cuánto tiempo estuve sin comer, y mucho menos cuánto tiempo permanecí confinada en aquel zulo. Pero sí recuerdo cuando uno de los miembros de la hermandad, a media tarde, irrumpió con un enorme mazo y derrumbó la puerta de un golpe. Aunque en un principio no parecía gustarle lo que estaba haciendo, sus ojos lo delataban. En su mirada se podía contemplar tanta tragedia que resultaba pavoroso. Intenté mantener la distancia entre sus manos y mi cuerpo, pero decidí que sería mejor acatar sus órdenes.

No tardaron en trasladarme a una enorme explanada verde. El pasto había crecido mucho por tal cantidad de lluvia caída esa misma semana. Minutos más tarde, una ingente cantidad de personas procedentes de los barracones contiguos a mi zulo siguieron mi misma ruta. Cuando cerraron de nuevo la verja, todos y cada uno de ellos se abalanzó contra el suelo. En tres minutos devoraron toda la hierba.

Quedé realmente turbada, sus delgados cuerpos marcaban el relieve de todos los huesos de su cuerpo. «Cuánto tiempo lleva sin comer esta gente», pensé. No podía creer lo que veía, lo que les habían hecho a todas estas buenas personas.

Poco después de aquel asombroso acto, ya bien entrada la noche, apagaron todas las luces quedando únicamente dos farolillos, uno a cada lado de la verja, y la penumbra de la luna. Los primeros copos de nieve empezaron a caer, reflejándose en la poca luz de la parafina. Sin más, alguien empezó a gritar, dando órdenes. Pero no pude entender quién ni qué vociferaba. La multitud comenzó a moverse hacia delante. Nos estaban separando en dos filas distintas, varones de más de dieciséis años a la derecha, mujeres y niños a la izquierda. Fila por fila, empezando por la de los hombres y acabando en la de las mujeres, íbamos pasando ante los «médicos». En cuestión de segundos, estos evaluaban la edad, el estado de salud y la fortaleza de cada uno de nosotros. En la hilera de los hombres aislaban a los más ancianos y a los jóvenes más débiles considerándolos no aptos para el trabajo.

Nos hicieron avanzar por una estrecha alambrada que interconectaba diferentes barracones que ellos mismos construían. A nuestro paso en fila india, íbamos encontrando montañas de cuerpos desnudos, aplastándose unos encima

de otros. Su piel rojiza y a veces verdosa en ciertas partes, evidenciaba el avanzado estado de putrefacción. Sus cuerpos estaban sucios, manchados de barro y excrementos. La nieve que caía comenzaba a amontonarse en sus fríos cuerpos. Recuerdo ver un número considerable de cuerpos que aún tenían los ojos abiertos. La mayoría de los cadáveres estaban amontonados alrededor de la verja. En cambio, no había muchos cuerpos cerca de los barracones.

Entre los barracones había una enorme zanja que hacía las veces de letrina. No había alcantarillado ni ningún sistema de drenaje, y mucho menos agua limpia o potable. Aquellas aguas fecales envolvían como una nube el ambiente provocando un olor nunca imaginable. «Jamás había oído algo así», pensé. Un hedor insoportable creado por un río de heces que podía alcanzar la altura de las rodillas. Aquel lugar hacía aflorar enfermedades como la disentería. La inmundicia en aquellos barracones superaba cualquier cosa que hubiésemos visto antes. Mujeres y niños convivían entre la mugre y la suciedad acumulada sin pizca de decencia y mucho menos de limpieza. Algunas de esas personas estaban demacradas en extremo, enfermas y tan resignadas que habían visto su identidad totalmente destruida.

Por fin llegamos a la capilla. Lo que antes fue un patio interior con huertos y flores ahora se había convertido en un yermo desolado que acumulaba pertenencias viejas de todos los presentes allí.

—¡Fuera la ropa! —gritaron.

Todas las mujeres allí presentes estaban atemorizadas, temblando. Se podía escuchar el castaño de sus dientes.

—¡Que os desnudéis, coño! —volvieron a gritar.

Éramos tantas mujeres que no podía ver quién daba aquellas voces. Parecía malhumorado. No entendíamos por qué querían quitarnos la ropa. Hacía bastante frío esa noche y la nevada arreciaba. Las más jóvenes comenzaron a quitarse lentamente la ropa. Muy lentamente, parecían no tener intención de desnudarse completamente.

—¡He dicho todo! —volvían a gritar.

En ese momento, varios hombres armados se pasearon entre nosotras. Sus gélidas miradas intimidaban. A su paso todas agachaban la cabeza

—¡Separad la ropa interior! —decían.

Uno de los hombres armados se situó enfrente de mí. Me miraba y yo le miraba. Hacía gestos con las manos. Pero yo seguí sin moverme.

—Malditos orientales, no se enteran de nada —dijo a su compañero.

En ese instante, se acercó a mí y me rompió la camisa de un fuerte tirón. Rápidamente aparté sus sucias manos de mi cuerpo y asentí con la mirada. Clavé los ojos en la chica de delante y comencé a desabrocharme los botones. «Si no

miro a nadie, nadie me verá», pensé. Dudé antes de quitarme el *brasier*. Mis senos eran ya dos frutas maduras, tensos y sensibles por el frío. «No puedo dejar que nadie me vea», volví a pensar, por lo que decidí dejármelo puesto.

¡Pum! En ese momento sonó un disparo, un sonido ensordecedor cerca de mi oído.

Algunas mujeres rompieron a gritar, otras sollozaban.

—Ya me lo quito —dije con la voz quebrada.

Todos los allí presentes acabamos con un desnudo integral. Sin pizca de dignidad, arrodillados en el fango. Nos habían arrebatado nuestra identidad. Estuvimos quietos más de una hora, al aire libre. Nadie hablaba, nadie gritaba, nadie se movía. La tierra empezaba a helarse por la nieve. Tenía los dedos de los pies completamente congelados. El frío comenzaba a calarme los huesos. No tardé en tiritar, al igual que el resto de las mujeres.

La espera fue dura. Mi desesperación llegaba hasta límites insospechados, hasta que más de treinta barberos aparecieron en el lugar. Traían tijeras y cuchillas de afeitar. Comenzaron una a una. Los mechones de las jóvenes iban desapareciendo entre la nieve y el barro de aquel espantoso lugar. Por supuesto, también llegó mi turno. No moví ni un solo musculo, dejé que hicieran lo que desearan conmigo. Ya no teníamos nada nuestro. Nos habían arrebatado nuestra ropa, nuestras pertenencias y hasta nuestro pelo. Achacaban que aquello era para evitar las plagas de pulgas y chinches.

Al finalizar aquella espulga, una docena de niños correteó entre nosotras. Llevaban en sus brazos ropa, prendas viejas y usadas. El color de las mudas tenía un color avaro, marrón desgastado por el uso. Todos los hábitos eran muy parecidos. Nos obligaron a ponérmolos. Su tacto era huraño, incómodo para la piel. Tras ello, volvieron a empujarnos hacia los barracones. Andábamos como reses, uno detrás de otro, guiados hasta un redil.

Esa misma noche compartí cama con otras dos mujeres, una de color y otra occidental. Nos tiramos toda la noche hablando en voz baja de nuestros problemas. Afortunadamente, nuestro barracón era exclusivamente de mujeres y no hubo de qué preocuparse por los hombres.

Los días en el barracón también pasaron muy lentos. Nos alimentaban con pequeñas raciones y nos obligaban a realizar trabajos forzosos. Asiduamente nos exigían acudir a las diversas actividades que el «padre» organizaba. No había tiempo para nada que no fuese la hermandad. Los rezos siempre estaban presentes y permanentemente había alguien armado vigilando. El lugar ponía constantemente a prueba el carácter de los allí presentes. Algunos se dejaban caer en una ciénaga moral, mientras que otros intentaban labrarse una personalidad. Todos nos habíamos convertido en nuestra esencia más pura; nos

concebían un dogma que para nada seguía mis ideales.

Durante todo ese tiempo, perdí de vista a Judith. Desde el día de la purga no volví a verla. Aquel lugar era un caos total. Hacían con nosotros lo que querían. Estábamos ante la potestad de la hermandad.

Capítulo 19

Nido de águilas

Como es natural, todos los cazadores necesitan estar muy versados en una serie de procedimientos, y los indios arapajós no constituían la excepción. Lo más importante para ellos era seleccionar las trampas o las armas adecuadas, pero además había que conocer las pautas de comportamiento de la presa, el uso de señuelos, reclamos, ropa, refugios y escondites. Un buen cazador debía conocer también las ceremonias, los rituales de caza, sus cantos y sus fetiches.

Era muy común que los muchachos aprendieran a cazar y a poner trampas recibiendo las enseñanzas de sus padres, de parientes o mayores (su papel de cazadores estaba marcado desde una temprana edad). Aprendían también qué tipos de flecha volaban mejor, qué plumas eran preferibles para fabricar flechas y cómo evitar perderlas entre la hierba.

La mayoría de las aves prestaban su plumaje a la confección de ropas, adornos de guerra y rituales. Pese a que a algunas de ellas se las buscaba de un modo especial, por encima de todas estaba el águila, considerada universalmente una criatura majestuosa. Su naturaleza solitaria y su habilidad para volar tan alto por encima del hombre, limitado a la tierra, le dotaron de un halo misterioso y místico que no ha sobrepasado ningún otro animal. Pero la más apreciada era la llamada *puntas negras*, un águila dorada joven de no más de cuatro o cinco años.



En algún lugar de las llanuras

Octubre, 1869

Sobre las seis de la tarde, el sol ya estaba cayendo, escondiéndose por el horizonte. Los tímidos y anaranjados rayos de luz dibujaban una bonita estampa tiñendo de rojo aquel cielo azul y plasmando una sensación de sosiego.

Un espléndido rapaz de cola blanca sobrevolaba la llanura oteando la planicie repleta de artemisas y gramíneas que daba cobijo a pequeños

mamíferos, como conejos y liebres, y a los no tan pequeños bisontes y búfalos. Un único arapajó esperaba pacientemente escondido en un agujero realizado por sus propias manos horas antes y tapado por una tapa recubierta de hierba y arbustos camuflando así la emboscada del sabio indio, quien sujeta con fuerza una soga de esparto y cáñamo rodeando a un pequeño roedor, moribundo, a modo de cebo, pero aún vivo, lo suficiente como para llamar la atención de la gran águila de cola blanca, esperando el momento de tirar de la cuerda para atrapar las garras de aquella imperiosa ave.

Una vez atraída su atención, el águila empezó a volar en círculos sobre el cielo de su presa, asegurándose de que la caída en picado hacia el suelo fuera lo más rápida posible, abriendo sus alas en el momento justo para estabilizar el cuerpo y sacando hacia delante sus afiladas garras (con las que puede hacer una presión quince veces superior a la mano humana) con las que destroza el minúsculo cuerpo del roedor para luego despedazarlo con su enorme pico.

Aquel arapajó supo exactamente en qué momento tirar de la soga. La cuerda se tensó y las garras del águila quedaron invalidadas, unidas. Incapaz de mantener la estabilidad, el sabio indio apretó fuertemente la espalda del águila contra el suelo, arrastrándola a su agujero para evitar que el rapaz escapase. Tenía que ser rápido; el arapajó debía atar fuertemente las garras del animal y, a su vez, sujetar sus alas para poder introducirla en la jaula de cáñamo. Para un indio, un águila es un símbolo de fuerza, pureza y recuperación. Y era justo lo que Morgan necesitaba.

Morgan estaba débil, llevaba días sin comer y con enormes contusiones por todo el cuerpo. No salió bien parado de la escaramuza con los bandidos de Earl. Con la mente en blanco y sumido en un viaje astral, apenas abría los ojos, le costaba respirar y los sudores fríos no le dejaban conciliar correctamente el sueño. Para aliviar las fiebres, el sabio utilizó extracto de peyote, un pequeño cactus casi esférico deprimido en el ápice, con el cuerpo dividido de cinco a trece gajos en forma de botón y de color verde grisáceo a azulado. Esta parte, también llamada corona, es la que se corta para que la raíz, gruesa y en forma de cono, mantenga la capacidad de generar nuevos hijuelos por encima del corte sin que se pudra.

Desde la antigüedad, el peyote era utilizado y reverenciado por las tribus nativas como parte de la espiritualidad tradicional, cuyos primeros efectos empiezan a sentirse treinta minutos después de su ingesta. Se podía sentir una extraña sensación de intoxicación al tomarlo, ya que altera brevemente la percepción. Los efectos físicos eran algo más fuertes e incluían un aumento considerable de la presión respiratoria y fuerte tensión de los músculos, especialmente los tendones de la cara y el cuello. Además, podía provocar

posibles náuseas. Durante las siguientes horas, estos efectos se iban profundizando y haciendo más visuales: los colores podían volverse más intensos, halos y auras aparecían sobre las cosas, los objetos podían parecer mayores, menores, más cercanos o más distantes de lo que en realidad están... En el ritual arapajó de peyote, en la primera parte de la ceremonia, los participantes se deben entregar a las sensaciones y dejar que el peyote les enseñe. Después, la mente se centra en la contemplación pensativa y en la comprensión con la inteligencia consciente de lo que ha enseñado el peyote a la mente subconsciente.

Pasadas varias horas más, la intensidad de la experiencia se relajaba gradualmente y el flujo de pensamiento era menos rápido y difuso. La experiencia completa podía durar de seis a doce horas, dependiendo del individuo y de la cantidad de planta consumida. Después no había bajón. Es probable que uno se sintiese relajado y en paz con el mundo y, aunque por lo general no había deseo de comer durante la experiencia, era probable que después se tuviese bastante apetito.

—Vi cómo tus dos compañeras escapaban de vuestros perseguidores. Yo también tuve una familia como la tuya. Siempre unidos. —El viejo indio hablaba directamente a Morgan mientras este estaba sumido en un profundo sueño—. Pero la enfermedad se los llevó, no mucho antes de que el hombre blanco exterminase a los bisontes de las grandes planicies. Antes de darme cuenta, ya había perdido a los míos. Pero todas nuestras vivencias juntos dejaron una profunda grieta en mi corazón.

Al indio se le caían las lágrimas y apretaba fuerte la mano de Morgan. Aquel hombre malherido había aparecido en sus visiones. Su lengua álgica era un chapurreo constante e inentendible.

—Volqué toda mi alma y todo mi cuerpo en salvarlas. Hubo días donde tuve que luchar por mantenerme con vida. Temía morir y perder sus recuerdos. Pero tuve que abandonar aquel lugar. No me di cuenta de lo que perdí hasta que me sentí solo. La soledad y el sol me hicieron enloquecer —continuaba contando el viejo arapajó—. A cada día que pasaba, mi delirio aumentaba. El pasado me atrapaba. No podía seguir viviendo en sus corazones. Profundicé más allá de los límites de mi mente. Llegué incluso más allá. Tuve que volver por mis propios pasos y recorrer mi propia senda. La muerte sería el único lugar donde podría encontrarme de nuevo con mi familia. Entonces te encontré...

Las lágrimas del viejo borraban la pintura de su cara, emborronando su pintura negra.

—Mi dolor era egoísta. Siempre hay alguien que llora la pérdida de un ser querido. En ese momento, volví a ver más allá de mi mente. Aprendí que

ayudarte era solo una pequeña pieza de un enorme puzle del que tú y yo formamos parte. Y que, sin tu pieza, mi pieza nunca completaría el puzle —continuaba—. Sé que no me entiendes o quizás no me escuches, pero debes prepararte para el viaje que te espera. Debes seguir con vida. Nunca se está suficientemente muerto, sino tanto como la última persona que te recuerda. Ahora, amigo mío, descansa. Tienes algo importante que hacer en el mundo...

Pasaron semanas y aquellos rituales consiguieron ayudar al joven Morgan relajando sus músculos y haciéndole reflexionar sobre su mundo interior, un mundo que estaba destrozado y no conseguía volver a poner en funcionamiento.

No obstante, un día tal como hoy, durante un largo rato, solo se oía el goteo del agua de lluvia descendiendo por los bordes del tipi. Aquel sonido era relajante cuanto más. Segundos después, un sonido lejano de botas se iba acercando. Reconoció aquellas zancadas. Pisadas rápidas y ligeras. Apremiante, Morgan abrió los ojos. Se levantó con esmero. No vio nada. No la vio a ella. Esperaba encontrar a Abigail.

Tumbado en el suelo, empapado de sudor en mantas de piel de bisonte y vaca, intentó ponerse en pie. Él sabía que algún indígena le había recogido, ya que tenía breves recuerdos de la ceremonia del peyote realizada días antes. Aún se encontraba débil y, sin fuerzas, salió al exterior de la tienda. Al parecer había dejado de llover. Las nubes se alejaban y hacía un espléndido día. Morgan no podía orientarse muy bien, ya que por un lado estaba rodeado de pleno bosque y matorral y por el otro lado tenía un cortado de roca caliza con una buena caída por delante. Alzó la vista al cielo y contempló lo azul que estaba el día, con pocas nubes. Parecía el paraíso, un lugar donde no hay lugar para la malicia. En lo alto de su cabeza, dos águilas merodeaban en círculos en busca de alimento.

Mientras observaba el paisaje, una mano por detrás tocó su hombro. Morgan pegó un breve salto de desconcierto y, echando la cabeza hacia atrás, observó al sabio indio.

—Gracias por tu ayuda. Te agradezco el haber cuidado de mí todo este tiempo —el sabio afirmaba con un simple movimiento de cabeza.

Morgan se pasó la tarde sentado en el suelo con su Winchester en el regazo mientras veía volar a las rapaces. Las contempló hasta que se puso el sol y el aire del anochecer se enfrió tanto que estas se retiraron, y luego se quedó mirando el reflejo de las estrellas en el agua de los charcos. Ya había salido la luna cuando el sabio arapajó se acercó a él.

—¡Fiuuuuuuu! —El indio se puso dos dedos en la boca y dio un fuerte silbido llamando la atención de su águila, que se posó rápidamente y con firmeza sobre su antebrazo.

Con un leve gesto ofreció a Morgan el animal. Morgan no entendía qué

quería aquel indio, que insistía haciendo otro leve movimiento con el brazo hacia él. Morgan acercó su brazo al del indio y el águila cambió de mano. El arapajó volvía a hacer gestos con el brazo hacia arriba, indicando a Morgan que la lanzase al cielo, y esta salió despedido de su brazo.

Una breve sonrisa salió de la boca del indígena, quien se dio media vuelta y empezó a avivar el fuego que había cerca del tipi. No tardó ni tres minutos en hacerlo, cuando de un salto se puso en pie y se acercó a uno de sus equinos, amarró una de las riendas y se la ofreció a Morgan. El caballo, al parecer, tenía todas sus pertenencias ya cargadas en las alforjas. Incluso de comida y de agua estaba abastecido el caballo.

Cuando Morgan afianzó las riendas, la imperiosa ave volvió a posarse sobre su antebrazo. Morgan alzó la mirada hacia el indio y este volvió a afirmar con la cabeza. Era la señal de que Morgan estaba preparado para volver a partir y seguir con su destino.

Capítulo 20

Cruce de caminos

Washington D. C.

Enero, 1871

—Gracias a todos los miembros del jurado por estar hoy aquí, otra vez. Sé que casi todos ustedes tienen cultivos y animales que atender, así que no les retendré más tiempo del estrictamente necesario —comentaba el magistrado de pie desde su asiento.

Todos los asistentes de la sala se acomodaban para escuchar atentamente aquella historia tan ilusoria y difícil de creer que tantas personas se llevó por delante y muy pocas personas habían podido contar. Era mi segundo día en aquella sala y el gentío y el jurado no me quitaban la vista de encima. Mi testimonio les asombraba.

—Señorita Ming, por favor, vuelva a ponernos en situación. ¿Cómo describiría en una sola frase al caballero Baker? —solicitó el magistrado.

Antes de sentarme miré al fondo de la sala y no vi a nadie conocido, nadie que pudiese corroborar aquella semblanza. De nuevo, a mi derecha tenía al señor Baker, que no abrió la boca durante todo el juicio. Mis palabras no parecían tener importancia para él. Aunque al principio me sentí algo cohibida por aquella situación tan incómoda (mis manos estaban totalmente inquietas), tras frotarme los ojos una última vez recuperé la sensatez y empecé a relajarme.

—Como un déspota, un loco, un fanático de las leyes de Dios. No obstante, para beneficio propio, por supuesto, y como un hombre repulsivo y trastornado capaz de llevar al límite la depravación absoluta a la que un hombre puede llegar.

Mis palabras fueron duras, pero, de nuevo, Baker no movió ni un solo músculo. Su mirada estaba clavada en el estrado, pero no me miraba a mí, sino al horizonte. Su aspecto estaba muy desaliñado, muchísimo más que el primer día de juicio. Llevaba una camisa blanca rayada, encima de ella un chaleco desabrochado que le cubría todo el torso y unos pantalones marrones andrajosos sujetos por unos tirantes descoloridos que ni siquiera eran de su talla. La barba y el bigote habían crecido sin ningún control, mostrando un aspecto desvaído, a un

adán.

—Una vez dicho esto, todos estamos en antecedentes del señor Baker. Por favor, señorita, puede comenzar. —El magistrado golpeó con el mazo en la mesa, indicando el comienzo.

Volví a fijarme en su mirada. Su ojo prácticamente opaco infundía tanto miedo como terror había provocado en el valle. De repente, me sorprendió ver cómo su único ojo sano se viró hacia mí, y se me cerró el estómago. En ese momento quise seguir hablando, pero algo me retenía. Mis labios estaban sellados. Su mirada gélida me inmovilizaba. Hasta que no dejó de mirarme no pude continuar hablando.

—Uno podría creer que la llegada a Oldwing del reverendo Fred, como todos le conocían en aquel alienado lugar, fue mera casualidad, pero la verdad, muy señor mío, es que Frank, como realmente se le conoce a este villano, seguía unas directrices muy estrictas que no dependían para nada de él.

—¡Furcia mentirosa! —gritaba alguien desde el fondo de la sala.

—¡Pum, pum! —El magistrado golpeó con el mazo—. ¡Silencio en la sala! Por favor, señorita Ming, no se incomode. Continúe...

—Como iba diciendo... —continuó.

Educado, de buenos modales y gran carácter. Audaz, aventurero, adicto a la adrenalina, su temperamento le impedía formar una familia o mantener un trabajo decente. Amante de las armas y pendenciero. Junto a su banda y su hermano cometió cientos de atracos con víctimas, donde mataba a diestro y siniestro por cualquier situación ridícula. Hasta que acabó mal herido en su último golpe al expreso de Booklet, donde zanjó sus asuntos con la banda refugiándose en Keptown.

Sin embargo, Frank, tipo inteligente, comprendió que los fuera de la ley fallecían jóvenes y, aunque él no conocía el miedo, siempre echaba la vista al futuro. Por eso, al cambiar de residencia a Font Springs, el paraíso de los forajidos, una ciudad sin más ley que la del más fuerte, con una justicia inexistente y un vergel de antros y anarquía, observó que la Junta Ciudadana ofrecía en vano una fortuna a quien aceptase el nombramiento de *sheriff*, pero nadie estaba tan loco... Nadie excepto Frank.

Frank reclamó el puesto. Enseguida le dieron la placa y fueron a encargarse su ataúd. Pero él era astuto y tenía planes. Le gustaba Springs y pensaba convertirla en su paraíso particular. Confiscó una sala de juegos alegando que el dueño era un ladrón, como todos allí, y lo abatió a tiros a plena luz del día. Con los ingresos de su nombramiento y de la sala de juegos reclutó a un particular grupo de ayudantes, todos forajidos cansados de vagabundear por las llanuras y bastante diestros con la pistola. Les dio un hogar y un buen sueldo por su

fidelidad. Limpió la ciudad en un pestañeo. Se hizo dueño de la próspera población. Con el paso del tiempo acumuló negocios y la gente de bien le adoraba porque había instaurado la paz y la ley en la zona, si bien nunca llueve a gusto de todos.

—¡Injurias, ese hombre es un asesino! —volvían a gritar desde el fondo, aunque su voz era tenue.

—Por favor señores... ¡Cállense! Un comentario más y les acusaré de desacato _apaciguaba la sala el juez—. Señorita, continúe.

Y Springs crecía y crecía boyante bajo su orden. De vez en cuando, aparecía un nuevo cretino a desafiar en duelo a Frank proclamando a los cuatro vientos ser el más rápido. Aunque Frank siempre fue un hombre muy seguro de sí mismo, no obstante, no alardeaba en vano de sus habilidades. Dicen que podía fumarse un cigarrillo, tomarse unos tragos, contar hasta diez y desenfundar antes de que cualquiera sacase su revólver. Muerte tras muerte, duelo tras duelo, Frank añadía una muesca más a su Colt. Él era la justicia y nadie le pedía cuentas. Llegó incluso a ser un hombre muy famoso por la zona.

Como ya todos saben, la avaricia rompe el saco, y Frank siempre quiso más y más. Una vez más, Springs llamaba demasiado la atención y todas las miradas se centraban en el *sheriff*. Un mes después, la partida de póker que jugaba con solo cuatro jugadores tendría un obvio desenlace. Un hombre llamado John McGuy desenfundó su pistola calibre 45, se acercó sigilosamente por la espalda y, sin mediar palabra, le disparó fríamente en la nuca. Frank, con todo el dinero, el incremento de su reputación y el respeto de todo el pueblo, ni siquiera se percató de su presencia. La bala le atravesó el oído, marcándole la cara y abrasando su mejilla por culpa de la pólvora. Mientras el cuerpo de Frank se desplomaba, toda la vida pasó por delante de sus ojos. Su mirada quedó perpetrada, casi catatónica hacia sus ensangrentadas cartas. John era el hermano de un tipo al que Frank había matado en un duelo justo. La mano que Frank llevaba en sus agarrotados dedos eran dos reyes, dos ochos y un diez, y muchos consideran esa combinación como «la mano del hombre muerto».,

—Disculpe, magistrado. Me gustaría formular una pregunta a la joven si es posible —alguien intervino desde un lateral de la sala.

—Adelante —dijo el magistrado.

—Señorita Feng. ¿Y cómo sabe usted, o, mejor dicho, cómo conoce tan bien la vida del señor Frank Baker? —quiso saber aquel extraño.

Algo en mi interior se detuvo. No estaba preparada para una pregunta así. Me quedé perpleja. Eché una mirada rápida al magistrado y este me devolvió la mirada. Aguanté unos segundos de rigor en silencio hasta que contesté.

—Nuestros caminos se cruzaron varias veces a lo largo de todo el oeste.

Incluso podríamos afirmar que Frank es un tipo con bastante suerte y fama reconocida. Todo el mundo al otro lado del río Hudson le conocía.

—Y... ¿podría nombrar un solo sitio donde Frank y usted cruzaran más de una palabra seguida? —preguntó esta vez el letrado.

—Claro, coincidimos con él en el propio Font Spring, mucho antes de conocer a la señorita Abigail y al señor Lafayette —dije con franqueza.

—¿Coincidimos? ¿A quién más se refiere con esa expresión? —insistió el letrado.

—Me refería a mi padre. Conocimos al señor Frank en Spring cuando mi padre y yo viajábamos por todo el condado con nuestra caravana —contesté.

—¿Y allí ya era un hombre despreciable? —solicitó el magistrado.

—Bueno... Sé que muchos tildaron a Frank de tirano, pero no considero que fuese un hombre tan vil. Solo un damnificado que hizo lo que tuvo que hacer para sobrevivir. Un hombre capaz de salir airoso de cualquier circunstancia. Cuando nosotros llegamos a la ciudad era un hombre bastante querido por la ciudadanía, aunque siempre tuvo dos caras. Quizás el hecho de su doble personalidad le hiciese ser como le conocemos ahora. Nadie sabe si su segunda personalidad fue la que se apoderó de su cuerpo y mente.

—¿Y en esa época ya apelaba a la magnanimidad del Señor?

—No, lo dudo mucho. Creo que toda aquella parafernalia empezó en Oldwing, señor —contesté.

De nuevo, la aptitud del magistrado me hizo incomodar. El tic de mi párpado cada vez era más reiterado. Las manos seguían sudándome. Las miradas seguían clavándose en mí. Todas menos la de Frank. Parecía absorto, obcecado en los pies del estrado. En sus ojos se veía una mirada perdida, desolación.

—¿Podría explicarnos cómo empezó todo? —preguntó el letrado.

—Mmm... No sabría por dónde empezar —contesté.

—Quizás le refresque la memoria la siguiente cuestión. Como es obvio, Frank Baker no murió en Springs. Pero ¿por qué fue a Oldwing? —formuló el letrado.

Frank, un hombre al que todos habían dado por muerto. Incluso llegaron a meterlo en su ataúd, un ataúd que ya estaba fabricado desde su llegada a Font Springs. El ataúd estuvo expuesto durante varios días en la mismísima plaza del pueblo, visible a cualquiera que quisiese dar su pésame. Ese gran hombre para algunos y ese pendenciero para otros. Había quien escupía a los pies del propio Frank.

Para sorpresa de muchos y desgracia de otros, sin previo aviso, el cuerpo de Frank desapareció y empezaron las leyendas sobre el hombre muerto: un hombre que se había levantado de su propia tumba para saldar su última cuenta

de venganza. Diversos carteles esparcidos por todas las fachadas plasmaban la leyenda de este hombre. Al poco tiempo, John McGuy apareció muerto, colgado en lo más alto de una pica, atravesado desde el tronco hasta su garganta. Junto a él, toda su familia apareció colgada de una soga boca abajo en el porche de la granja familiar. Una maldita atrocidad.

—Señorita —interrumpía el magistrado—, céntrese, ya conocemos esa parte de la historia de Frank. Es muy conocida, incluso hay quienes dicen que no es cierta.

—Hágame caso, señor juez, todo lo que oigan hoy salir de mi boca será completamente cierto —me atreví a decir—. Como iba diciendo, Frank se había convertido en un alma en pena vagabundeando por los pueblos lindantes. Sin un lugar al que ir, encontró su paz y refugio en Dios. Lo que sí es cierto es que alguien citó a Frank en el invierno de 1865 en aquel cruce entre Oldwing y Pigstone. Insisto, no fue mera casualidad que el antiguo reverendo de Oldwing falleciese ese mismo día y Frank ocupase su puesto con el seudónimo de reverendo Fred, como tampoco creo que la muerte del agente de la ley Tom Cassei haya sido una muerte justa.

—Señorita, no estamos aquí para hacer conjeturas ni suposiciones. Céntrese en contarlo tal como ocurrió, únicamente desde su punto de vista.

—Por favor, señorita —interrumpía el letrado—. Disculpe, magistrado, mi intromisión.

—Adelante —dio la palabra el magistrado.

—¿Habría alguien en la sala a quien usted pudiese señalar, que pueda subir aquí y corroborar lo que usted está diciendo? —quiso saber el letrado.

De nuevo me levanté sobre el asiento. Ahora había más gente que antes en la sala, pero ninguna cara familiar, nadie a quien yo reconociese, por desgracia. Me tomé la libertad de mirar entre cinco y diez segundos más esperando a que alguien se ofreciese, pero nadie lo hizo.

—No, señor —dije con recelo.

—No hay más preguntas, señoría —dijo el letrado.

—Muy bien, señorita Ming —ordenó el magistrado—. Puede continuar.

—Lo cierto es que Frank adoptó la nueva vacante en Oldwing asumiendo el papel del reverendo de la localidad. Como ya digo y repito, nada fue casualidad y todo estaba preparado. Desde la muerte del *sheriff* hasta el atraco al tren de transporte de material de la mina, si bien el descubrimiento de zinc en la veta cambió todos los planes, tanto de Utter como de Caleida.

—Y cuéntenos, señorita, ¿cómo elegían a sus víctimas? ¿Quién era apto para entrar en su Círculo? —quiso saber el magistrado.

—El Círculo Divino buscaba gente con unas características en particular

que fuesen útiles para su propósito. Buscaban individuos jóvenes e inteligentes que pudiesen llevar a cabo tareas no muy sencillas, o tal vez familias enteras capaces de vigilar ciertas zonas. En ocasiones, gente mayor o anciana con dinero servían para abastecer ciertos puntos estratégicos. No existe un tipo de personalidad ideal para ser captado por el Círculo, aunque sí se conocen variables que te hacen más vulnerable. Ser dependiente, poco asertivo, no tolerar la incertidumbre o la ambigüedad, ser idealista o buscar significado espiritual, baja habilidad para juzgar o ser crítico con la información. La cuestión es que todos podemos sentirnos o ser así en algún momento de nuestras vidas, y ellos sabían aprovechar los momentos de debilidad y utilizar esa flaqueza momentánea para acceder a ti. Buscaban multitudes que se sintiesen atraídas por la autoridad, con altos deseos de pertenencia, o bien que se sintieran solos o que tuvieran dificultades para relacionarse; gente religiosa o a la que le atrae lo sobrenatural. Cuanto más joven es la persona, más fácil es reclutarla. También cuando la persona está en una situación personal complicada o de riesgo es más susceptible.

—¿Cómo reclutaban a la gente? —volvió a preguntar el magistrado.

—Como ya sabéis, Fred empezó dando sermones en la iglesia. Al principio, poca gente acudía a ellos. Mientras el reverendo fue adquiriendo más personalidad en el pueblo, más individuos se unían a su doctrina. El 60 % de los miembros eran reclutados a través de amigos o familiares. El primer contacto era una forma de obtener información sobre ti para luego mimetizar tus gustos e intereses, haciendo así parecer que tenéis cosas en común. Así te acabas identificando con la persona que quiere reclutarte. Luego, con esa información, te ofrecían una oferta que no podías rechazar. Era algo que necesitabas o que estabas buscando. Las mentiras son la base de todo el proceso. Estos divinos conocen muy bien las técnicas de reciprocidad, consistencia y compromiso. La oportunidad que nos ofrece es única, empujando a que nos comprometamos. Los divinos no utilizaban ni el acoso ni intentaban convencerte con argumentos. Al contrario, eran buenos y suaves conversadores, encantadores y aduladores, tentadores y cercanos. Creaban una unión y un compromiso mucho mayor que el que crea cualquier otra relación normal. Creaban una impresión fuera de su mundo erróneo y hostil, acentuando un contraste de peligrosidad hacia el exterior. Demostraban un máximo afecto y atención hacia tus potenciales, seduciéndote, convenciéndote de un mundo mejor con ellos. La estrategia era eliminar tu capacidad de razonar y adormecer tu mente para que al final estés dispuesto a ejecutar órdenes y sacrificarte por la hermandad. Junto a esas técnicas nos aplicaban un fármaco que ellos mismos elaboraban llamado éter. Te alienan y te despersonalizan, te atontan. El fin siempre justificaba los medios.

—¿Intentaron alguna técnica de adormecimiento contra usted? —prolongó el letrado.

—Sí, claro que sí —dije fugazmente—. Primero te convencen de que emocional e intelectualmente estás limitado y, por lo tanto, no debes confiar en tu capacidad de razonar y tomar decisiones. Te obligan a ir a todas sus actividades. Se debe pedir permiso para hacer ciertas cosas, incluso para leer ciertos libros o ir a ciertos lugares. Si hay malestar o preocupación se suelen proporcionar rezos, cantos, frases o palabras a repetir para conseguir la «tranquilidad», para reforzar los ideales del grupo. La hermandad siempre revisa lo que la persona hace y dice. Te hacían creer que abandonar el Círculo es exponerse a la infelicidad. Destrozan tus funciones lógicas y emocionales provocando una inmersa regresión en la mente. A continuación, limitan tu tiempo, el cual se dedica en exclusiva a la comunidad. Te obligan a abandonar tus metas y objetivos personales no relacionados. Intentan eliminar grupos de referencia anteriores como el sentimiento a tus padres y amigos. En general, la convivencia implica tantas reuniones y actividades que el sujeto no tiene tiempo ni energía para nada más. Y, por último, te convencían indicando tenazmente que hay que sacrificarse por el Círculo. Me obligaron a ayunar, a bañarme con agua fría, a dormir en sitios incómodos, a madrugar... —se me saltaban las lágrimas mientras recordaba aquel suceso—. Aquella sensación de fatiga, combinada con la falta de sueño y una dieta baja en proteínas y nutrientes, obligaban a tu cuerpo a estar constantemente cansado, incapaz de resistir los dictados ideológicos, evitando así que los seguidores tuvieran discusiones y fueran menos propensos a crear problemas.

—¿Podría decirnos cómo se sentía usted con esta situación? —quiso saber el magistrado.

—Al principio sentí mucho miedo, hundida en una constante culpa e intimidación. Una vez te obligan a ser de los suyos, anulan tu carácter con falsos razonamientos. Si algo va mal, lo más lógico es que fuese culpa tuya. Siempre era equivocación mía, siempre te obligaban a esforzarte más por el grupo, a consumir más éter. Cuando una persona nueva entraba al grupo, las amas y los líderes atacaban psicológicamente al nuevo durante horas hasta que se derrumbaba. Esto hacía que aumentase el miedo a desobedecer o a estar en desacuerdo con el resto. Por otro lado, los propios seguidores eran los encargados de obtener información confidencial de sus propios miembros compartiéndola con los líderes, siempre vigilando a los miembros más débiles, acusándolos si fuese necesario de alguna injuria y penalizándolos si esta era cierta.

—Perdón, señorita —interrumpió el magistrado—. Hace unos instantes ha

nombrado la palabra *ama*. ¿A qué se refiere con esa terminología? —quiso saber.

—Ama era el nombre que se les daba a algunas integrantes del grupo que ascendían en la pirámide. Eran las encargadas de buscar nuevos miembros o esclavas sexuales para generar la famosa «semilla» de la que ellos siempre hablaban. Cualquier miembro podía ascender a líder o a ama si cumplía ciertas reglas o condiciones. Las esclavas sexuales únicamente eran abusadas por los líderes o las amas. Ese era uno de los muchos privilegios de los que disfrutaban los integrantes más escalonados en la pirámide. El resto de los miembros no tenían posibilidad de practicar ningún acto sexual con ningún otro miembro de la hermandad. Demostraban un enfermizo abuso de poder denigrando y manipulando a las mujeres, a las cuales consideraban esclavas o impuras.

—Bien, no es necesario que continúe... —intervino el magistrado—. Creo que ha quedado bastante claro cómo actuaba la comunidad. Señores, tomaremos un breve descanso. Pueden abandonar la sala si lo desean —dijo el magistrado golpeando con el mazo en la mesa una sola vez.

Capítulo 21

La manada

Leesburg

Noviembre, 1869

Abigail estuvo esperando durante semanas la llegada de Judith junto a Hoffman, de Hardem a Leesburg, si bien aquello nunca ocurrió.

Al final, la epidemia de viruela acabó disolviéndose por sí sola, eliminaron el toque de queda y encontraron al culpable de tal negligencia, sentenciándole a una muerte de lo más cruenta posible. Primero le ataron de pies y manos en mitad de la plaza, a la vista de todo el mundo. Después le llevaron al bosque, le desnudaron y vertieron sobre él carne podrida, atrayendo así a todo tipo de animales salvajes. Durante un largo período de tiempo estuvo tendido a la intemperie, mientras los insectos le arrancaban la piel a tiras. Aquel espectáculo duró horas. Para finalizar, sobre su pecho colocaron un cubo metálico utilizado para recoger el agua del pozo e introdujeron una rata en su interior. Cuando los alguaciles empezaron a calentar el cubo metálico, la rata, al sentir el calor, no hizo otra cosa que escarbar en el propio cuerpo del condenado, haciéndole gritar y sufrir un dolor tan intenso que nadie podría soportar.

Abigail dejó atrás aquel hilo humeante de color hollín que desprendía Leesburg y se dirigió a Hardem, el último pueblo donde había estado Judith. Como era de esperar, la joven no encontró ninguna pista, ningún indicio de la repentina desaparición de Judith. De nuevo, la pistolera se encontraba sola, otra vez fuera de su hogar, sin pertenencias, sin armas y sin protección, sin un lugar al que poder ir y descansar. Su cuerpo le pedía olvidarse de todo, perderse en las montañas y empezar una nueva vida más pausada y calmada, sin peligros ahora que nadie la perseguía ni sabían dónde estaba. Pese a ello, su corazón no le pedía lo mismo; ella no paraba de pensar en su madre, a quien tuvo que abandonar por culpa del reverendo. Sabía que no sería fácil llegar sola a Oldwing, pero merecería la pena intentarlo.

Por ello, retomó su caballo y volvió al inicio del camino. El viaje fue arduo e inacabable. Lluvias, vientos y mucho sol bajo sus hombros la obligaron a salirse del camino y buscar refugio más de veinte veces. Sin embargo, ahí

estaba. Bajando aquella cresta, por fin pudo divisar Oldwing.

El pueblo ya no era el que era hace cuatro años. La gran arboleda que separaba los caminos lindantes ya no existía: todo estaba talado y destrozado. El lago que daba color a la ribera y bañaba los cultivos de algodón y maíz estaba prácticamente seco; en su lugar habían construido una ingente presa que retenía el cauce del río, limitando a un pequeño riachuelo el río Viejo. Alzando la vista, un enorme complejo de nueva construcción albergaba una infinidad de barracones hechos por planchas de madera. Varios patios y edificios creaban un intrincado laberinto. Todo estaba herméticamente vallado por varias hileras de alambrada, cerrando el paso principal a través de la cordillera occidental. Era como si no quisieran que algo saliese de allí. No se veía a nadie excepto a los trabajadores, que no paraban de extraer material en la veta. Al otro lado de la mina, un gigantesco fortín subterráneo se expandía por el subsuelo de Oldwing. Y al fondo, lo más impresionante de todo, un colosal navío construido en madera de acacia que encapuchaba con su sombra los edificios más altos de la ciudad.

La cara de Abigail se llenó de estupor y desasosiego. Un gran arrobamiento le subió por el cuerpo, creándole una sensación de amenaza, inquietud e intranquilidad al ver aquel espantoso lugar que horrorizaba sus ojos. «Maldita sea —pensó—. ¿Qué ha ocurrido en este lugar?».

No sabía por dónde empezar. Aquel lugar estaba tan cambiado que no reconocía nada de lo que veía. Si quería encontrar a su madre debía atravesar aquella zona tan lúgubre sola y sin armas. No obstante, recordó que el reverendo solía esconder cerca del redil de las vacas dos revólveres y algo de munición. Por supuesto, la hacienda de los Cassei estaba totalmente cambiada, y aquel chiquero de vacas había desaparecido por completo. Pero gracias a que la granja estaba situada a las afueras, Abigail pudo llegar sin complicaciones hasta su antiguo hogar.

Los majestuosos campos de algodón repletos de recolectores de color se habían convertido en enormes planicies en barbecho, donde solo crecían malas hierbas. Los jardines y flores ya no existían; en su lugar, había plantas marchitas y cascajos sueltos. Le costó reaccionar. Se quedó perpleja a las puertas de la hacienda. Aún no estaba preparada para entrar y ver todo lo que había dejado atrás. Se mantuvo inmóvil observando su alrededor durante más de diez minutos. Cuando comprobó que estaba lista, se armó de valor y se adentró en ella. Todo estaba saqueado. Había latas de conserva abiertas y tiradas por el suelo. No quedaba nada en pie, todo estaba destruido o era inservible. Los cristales estaban rotos y la escalera del *hall* estaba hecha un asco.

Con cuidado de no meter un pie en los peldaños rotos, subió las escaleras hasta su antigua habitación. Ya no había ninguna cama donde echarse. Los

armarios no tenían puerta y tampoco había ropa en ellos. Abigail se adentró en un mar de nostalgia del que no podía salir. No dedicó mucho más tiempo del que tenía previsto revisando la casa. Debía encontrar dónde estaba todo el mundo y sacar de allí a su madre.

Atravesó los antiguos campos de maíz de los que ya no quedaba nada y llegó al antiguo redil de las vacas. No todos los postes seguían allí, pero rebuscando y escarbando dio con ellos. Ahí estaban aquellos Colt Navy, viejos, sucios, llenos de tierra, si bien aún podrían ser de utilidad.

Abigail esperó la penumbra de la noche para adentrarse en los cultivos de espelta y centeno. Sabía que el basto espesor cubriría sus huellas, evitando así a los divinos que vigilaban la zona. Al parecer, todo el mundo se había vuelto loco en ese maldito lugar, pues cantos y plegarias se dejaban oír en lo profundo del fortín, a la par que gritos y susurros que escapaban por los huecos de las paredes de los barracones.

Por fin, después de una larga caminata a hurtadillas, ahí estaba, ante la puerta de aquel fortín subterráneo. Esta era de cemento, una mezcla de caliza y arcilla calcinada a altas temperaturas. En principio, un lugar infranqueable cerrado por una puerta basculante de metal de no menos de doscientos quilos de peso. Aquella puerta era manejada por cuatro operarios que aprovechaban la fuerza de varias poleas para aligerar el peso de esta al levantarla. Solo había que esperar al momento en que alguien entrase para colarse dentro. Aunque Abigail sabía que aquello era un suicidio, su corazón la guiaba, y una corazonada le indicaba que su madre estaría allí dentro.

La espera se hizo larga; nadie entraba o salía del lugar. Multitud de individuos con el mismo ropaje vetusto andorreaban por la zona, mas ninguno accedía a aquella parte de la fortaleza. Hasta que, de repente, la puerta se abrió. Era Roy, y salía solo. Avanzaba por el camino de adoquines dejando a un lado a Abigail, cuando, sin previo aviso, desvió su mirada hacia el trigal. El vello de Abigail se puso tenso. Creía que la habían detectado. El pulso de su corazón se le aceleró e iba treinta veces más rápido de lo habitual. Sus ojos se abrieron como platos y sus puños se apretaron cuando, sin darse cuenta, alguien la sujetó por detrás y una talega envolvió su cabeza. No podía respirar. La joven jadeaba intentando arramplar con algo de oxígeno del fardel. Inmediatamente, alguien agarró sus piernas y las ató con fuerza. Finalmente, la angustia y la falta de oxígeno le hicieron perder el conocimiento.



Pasaron horas hasta que Abigail despertó. Se encontró sola, encerrada en una jaula al igual que un animal salvaje. Se encontraba totalmente desnuda, y a su vez estaba atada por unos grilletes al cuello. A su lado un simple cuenco lleno de agua tibia. A sus pies, unos extraños bultos alargados de gran tamaño tapados por talegas y sujetos por cuerdas.

—Abigail, no deberías haber venido... —El reverendo sorprendió a la joven con su implícita mirada—. Pero me alegro de que lo hayas hecho.

Ella lo miró con arrebató y alevosía sin mover más que su cuello hacia atrás.

—Hemos dejado que los débiles manden sobre los fuertes y luego nos sorprende ir a la deriva. Hubo una época donde lo olvidamos, y por eso lo estamos pagando. Pero la naturaleza es sabia —comentó el reverendo.

—¡Estás completamente loco! —lo desafiaba Abigail con unos ojos grandes, verdes, desprovistos de todo temor.

—¿¡Loco yo!? No tienes ni la más remota idea de lo que ocurre aquí —contestaba el reverendo.

—¡Suéltame, maldito enfermo! —gritaba la pistolera.

—Lo siento, sabes que no puedo dejarte ir. Ya causaste demasiadas molestias en su día. No sería lógico dejarte suelta por ahí —insistía el reverendo.

—¿¡Dónde está mi madre!? —preguntó Abigail exasperada.

—¿Tu madre? Tu madre tenía razón. Predijo que vendrías, y aquí estás —dijo él.

—¡Maldito seas! ¿Por qué no me matas? Te quitarías un problema de encima —seguía gritando la pistolera con saña.

—Veo que sigues sin entenderlo... La vida de unos pocos importa más que la de la mayoría. Dejaré que reflexiones sobre por qué estás aquí. —El reverendo salía de aquella carpa frotándose las manos en sus pantalones—. Ah... Y raciona bien el agua, ese cuenco es para toda la semana.

—¡Bastardo! —Abigail lanzó el recipiente con fiereza contra los barrotes hacia el reverendo, vertiendo toda el agua sobre el suelo.

Tal como apareció, el reverendo se esfumó. Lo único que quedó fue una colilla de un cigarrillo a punto de apagarse que lanzó el reverendo con sus dedos al darse media vuelta.

La noche llegó, y con ella el frío y el relente. Sin ropa ni abrigo entre aquellos barrotes, el viento azotaba la carpa, silbando muy muy fuerte, tanto que hacía imposible dormir o descansar. Sin más que el calor de su propio cuerpo, la joven no tenía más alternativa que hacerse un ovillo. Por si fuera poco, cuando Abigail conseguía poner su mente en blanco, un nuevo sonido apareció en la jaula. Esta vez el ruido no procedía del exterior, si no de dentro de aquellos

bultos.

Abigail, extrañada, se puso en cuclillas encima de aquellos fardos con cara de espanto, sin saber de dónde salía aquel chocante ruido. Se encontraba patidifusa, dado que algo se movía por sus pies.

—¡Ehh! ¡Chica! —Alguien en la oscuridad le dirigió la palabra.

—¿Quién habla? —preguntó huidiza Abigail mirando hacia los lados.

—Al otro lado de la reja —volvió a decir.

Abigail se acercó a las rejas y apoyó su frente en ellas. Buscaba a quien le hablaba. Intentó forzar la vista, pero no vio a nadie.

—Estoy en una jaula igual que tú. No, no, no te asustes...

—¿Quién eres? —preguntó la pistolera.

—El ruido que oyes no son los muertos intentando salir... ji, ji, ji —Reía insanamente aquel extraño hombre—, sino las ratas intentando entrar —comentaba de nuevo aquel individuo con un punto de locura.

Aquel personaje estaba escuálido. Se le marcaban todos los huesos del cuerpo, incluso huesos que ni siquiera sabía que existían. Totalmente blanco de piel, parecía que no le daba el sol en mucho tiempo. Tenía la cara demacrada y llena de suciedad, y los codos y las rodillas totalmente negros. Alrededor de él también había unos fardos extraños. Cuando aquel individuo se apoyó en los barrotes, Abigail pudo observar el estado putrúlogo de sus uñas, totalmente comidas, en carne viva. Posiblemente, lo único que habría comido en días habrían sido sus propios dedos. Alrededor de la jaula había agujeros, posiblemente había intentado hacer un hueco para escapar por debajo.

—¿Quién eres? —volvió a preguntar Abigail, esta vez aumentando el tono de voz.

—E-eso no-no importa —tartamudeaba él—. Será mejor que salgas de aquí rápido.

—Pero... ¿qué ocurre en este lugar? —quiso saber Abigail.

Pero esta vez no recibió respuesta. Aquel extraño sujeto se desvaneció entre la espesura de la noche, y los únicos ruidos que se oyeron eran de nuevo los roedores rascando los fardeles.

Con un nuevo día, la luz del sol atrajo a cientos de seguidores a aquella explanada. Parecían mirar hacia el cielo; no obstante, lo que observaban era a dos personas atadas a un poste al sol. Otros tantos rezaban en voz baja. Justo frente a ellos, en otra jaula, encerraron a cuatro niños de cinco a seis años. Parecían ser sus hijos, ya que no paraban de llorar mirando hacia los postes. Aparte de aquel acto, nada más relevante ocurrió ese día.

Otros tres días más pasaron, eternos, sin agua, sin comida. Hasta el cuarto día nadie apareció por allí, excepto un verdugo encapuchado que se acercó a

aquella familia atada a los postes. Con una hoja de sierra y con bastante soltura les rebanó los dedos de los pies uno a uno, y cuando ya no quedaban más los acumuló en un cuenco metálico. Los gritos se podían oír en todo el valle. Segundos después, los asó al fuego, y el ambiente se llenó de un dulce aroma a carne asada. Nunca podré olvidar ese olor...

Los más pequeños se relamían los labios, tragando en vano una saliva que no tenían. Hambrientos y deseosos, no negaron aquel alimento que les ofrecieron. Carne de sus propios padres, quién si no un loco haría algo así...

«Sacrificar al rebaño para salvar a la manada», repetían una y otra vez por todos los rincones del lugar. Aquella frase era rutinaria, se metía en nuestras cabezas. Una de esas personas a las que Abigail vio y reconoció fue Judith. Ella caminaba en grupo, despacio, como si tuviera un lastre en los pies. Guiados como una res, seguían a quien parecía ser uno de los líderes de la hermandad. Él les indicaba dónde podían ir, qué comer, cuándo dormir, y ellos simplemente obedecían sus órdenes. Se podía observar que el ambiente estaba crispado, muy tenso. El miedo eclipsaba sus mentes...

—Buenos días, Abigail. ¿Qué tal ha dormido la señorita en la suite de lujo? —El reverendo le hizo una visita.

—¡Mátame de una vez, maldito desgraciado! —graznó Abigail.

—Espero que la comida y el agua hayan sido de su agrado. Te traigo un nuevo compañero. Os dejo solos para que tengáis algo de intimidad —se mofaba de ella.

Dos miembros encapuchados del Círculo abrieron la celda de Abigail y empujaron a patadas a un individuo completamente imberbe y más blanco que la leche. Estaba escuálido, lleno de moratones y de suciedad.

—Seguro que hacéis buenas migas juntos. Pero ten cuidado, Abigail —comentó el reverendo mientras se alejaba del lugar—. Es su décimo día sin comer...

Aquella situación tan incómoda era lo que el reverendo llamaba *estudio del estímulo condicionado*. Todos sabemos que un hombre puede sobrevivir sin comer, pero no sin dormir o beber líquido. Con ello, lo que conseguían era escrutar hasta qué punto de inflexión el cuerpo humano era capaz de aguantar o adaptarse a las circunstancias más extremas, rozando el límite. «Si privas a un hombre de sus necesidades básicas, al treceavo día recurrirá a sus instintos más primarios».

Al pasar tres días sin comer, el cuerpo se va adaptando. Aunque empiezas a tener mucha hambre, el estómago se va estrechando por la ausencia de alimento, provocando que al cuarto día te encuentres perdido y desorientado. Al sexto día empiezas a desvariar (no lo sabes hasta que lo vives). Al séptimo día

sin agua, el esfínter deja de funcionar y, además, te cuesta tragar. En el octavo día, las piernas te flojean, la vista se te nubla y el cerebro va devorando los músculos del resto del cuerpo para poder sobrevivir. Por eso te quedas en los huesos. Al noveno día, la piel pierde su brillo natural, el pelo se te empieza a caer, el sistema inmunitario se debilita y los huesos comienzan a perder densidad. Al décimo día ya no ves como un compañero a la persona que tienes al lado, sino como una presa, una única oportunidad de sobrevivir. Y no es que ella quisiese, sino que tenía que hacerlo. Aquella era su prueba, su sacrificio. En ese momento había que hacerlo, comer o ser comido, matar o acabar muerto, ser el más fuerte o ser uno más del rebaño.

Para Abigail aquel era su séptimo día. La cabeza ya no razonaba por sí sola. Caviló durante horas. Ella no quería hacer algo así, pero sentía que la propia naturaleza la obligaba a hacerlo. Incesantemente, negaba con la cabeza. Cogió un puñado de barro del suelo y lo apretó con fuerza con las manos escurriéndose este entre sus dedos. Nuevamente, repetía el proceso. No estaba cómoda; tenía mucha hambre a la par que sed. Sentía dolores en el estómago y el cuerpo totalmente entumecido. Lo mejor era dormir.

Su compañero de celda no se movió de su sitio, ni siquiera unos milímetros. Tampoco dijo ni una sola palabra. Apenas dejaba los ojos abiertos más de treinta segundos, aunque su mera presencia intimidaba a la joven Abigail.

Las horas y los días pasaron como si fueran años. Abigail se resistió. Aguantó hasta el duodécimo día sin comer, hasta que su propia mente la obligó. La joven agarró con ambas manos aquel cuenco de metal _sin agua desde hace días, usado únicamente para recolectar el relente del frío en la noche_ y lo inclinó apurando los últimos resquicios de agua. Ni siquiera llegó a mojarse los labios. Con un movimiento de desesperación, lanzó el recipiente contra el suelo. Este se hizo añicos. La mirada de la joven quedó clavada en uno de aquellos trozos. Su mente no pensaba en otra cosa. Debía hacerlo, y debía hacerlo ya.

Con las mismas, debilitada, alargó la mano y arrastró uno de los trozos hasta su sitio. Aún con el fragmento del cuenco en la mano, miró fijamente a su compañero de celda. Para nada lo veía como una persona. Sin apartar la mirada de él, comenzó a restregar el añico por el suelo frotando con fuerza, sacando más filo. Los movimientos de su mano cada vez eran más rápidos y constantes.

No se lo pensó. Su autoestima estaba por los suelos, su denigrante vida había tocado fondo. Se acabaron las buenas formas. Todo estaba perdido si no ingería ya algo de comida. Tenía que aprovechar sus últimas fuerzas en conseguir algo de alimento.

De repente, sin apartar la mirada del sujeto y sin comprobar cómo de

afilada estaba su herramienta, Abigail se abalanzó sobre él como si de un lobo se tratase y de un solo tajo le rebanó el pescuezo. Ni siquiera se inmutó. El individuo tampoco hizo ningún ruido o intento de defenderse. Aquel hombre estaba más muerto que vivo. Tras ello, la joven acabó destripando con sus propias manos aquel cúmulo de órganos, sangre y nervios. Si bien aquel ser daba grima, había que tener un buen estómago para aguantar tanto hedor una vez el cuerpo estaba completamente abierto.

Y así, la gula frenó la inanición; sus manos estaban manchadas de vísceras. «¿Qué he hecho? —pensó—. Esta no soy yo». Abigail llenó su buche hasta acabar hartada de tanto comer. Estaba tan cansada que no podía ni ponerse en pie. Todo su cuerpo estaba en proceso de digerir todo el alimento ingerido. Su cuerpo era tan pesado que podría hundirse en el mismo fango en el que estaba sumida. A continuación, unas arcadas le hicieron regurgitar aquella ingesta. Su cuerpo rechazó el alimento debido a las ansias.

Toda la cara de Abigail acabó manchada de sangre, desde la boca y la barbilla, empapando su pecho, hasta las suelas de los pies. Agazapada en el suelo en posición fetal, se encontró rodeada de entrañas y menudillos que aún emitían un cierto calor corporal y un hedor insoportable.

—¡Clap, clap, clap! —alguien aplaudía—. Veo que al final has tenido agallas. Te felicito, creí que no serías capaz de hacerlo. —El reverendo soltaba los grilletes del cuello de Abigail.

Ella aún seguía tumbada en el suelo, inmóvil. Parecía dormida.

—Dios nos observa y nos juzgará por lo que hagamos hoy. Cada elección descubre nuestros pecados, pero, para vencer al Diablo, primero hay que convertirse en él...

Capítulo 22

La colonia

En algún lugar del valle

Febrero, 1870

—¡Señores! Por favor, presten atención —llamaba la atención Leegrand, uno de los líderes de la colonia—. Bien, como todos sabéis, el invierno llega con fuerza. Dentro de una semana la nieve cubrirá todo el valle. Ya cubre parte de él, y pronto nadie podrá entrar ni salir de la comarca. Todos los caminos y vías principales quedarán inutilizados. Si no tenemos cuidado, quedaremos expuestos a merced de los divinos.

—¡Debemos permanecer juntos! ¡Resistiremos! —gritaba alguien levantando el ánimo.

La gente tenía la cabeza gacha. Ni siquiera levantaban la vista. Hasta el último de ellos parecía sumido en la amargura de sus pensamientos. El ánimo de la población subterránea estaba muy decaído. Desde hacía meses no veían la luz del sol. La alta presencia de los divinos por los alrededores amenazaba con adueñarse de todo el valle. La gente del refugio había olvidado lo que era divertirse en las calles, salir a una taberna a fumar y a beber. Ya no creían en la libertad. Sus vidas se limitaban a buscar suministros por la oscuridad, alejándose lo mínimo posible del refugio en busca de alimentos y medicamentos para afrontar el día a día, días que se alargaban impensablemente, días que te hacían pensar más de la cuenta.

—¡Vamos, señores! Ya hemos pasado otro invierno así, lo único que hay que hacer es racionar bien los alimentos —continuaba el líder del refugio—. Será necesario que todos los hombres arrimen el hombro. Mujeres y niños descansarán y seguirán con sus vidas normales en el refugio. Solo podrán salir por la noche y acompañados por adultos armados. ¡No podemos correr más riesgos!

La rutina y la clausura en aquel húmedo lugar hacían que la moral y el coraje hubiesen caído en un pozo sin fondo. Hundidos en la miseria, se encontraban impotentes de no poder mover un dedo para evitar la muerte de sus familias, la expropiación de sus terrenos y el robo de su libertad.

—El día de hoy lo dedicaremos a hacer recuento de suministros. — Leegrand tosía de forma violenta, tapándose la boca con la mano—. ¿Aún nos quedan huevos o carne fresca?

—No, señor —contestaba Elwel bajando la cabeza, fiel compañero de Leegrand—. Apenas tenemos cien gallinas. A huevo por persona y día, no es suficiente alimento para un adulto. A parte, nos quedan unas cuarenta latas de sopa de tomate, unas doscientas conservas de judías y guisantes, varios frascos de vidrio con legumbres en agua y reservas de zanahorias, nabos, patatas y otras raíces forradas por paja en el pozo. La única carne que nos queda está ahumada y cortada en trozos para conservarla, pero no hay demasiada.

—¿Qué le ocurre a este sitio? ¿Es que a nadie le gustan los malditos guisantes? _intentaba bromear Leegrand para eliminar la tensión del ambiente—. Y pescado, ¿tenemos algo de pescado conservado en salazón?

—Nada, señor. Desde que construyeron esa maldita presa no corre la suficiente agua por nuestra zona del río para albergar peces. Llevamos meses sin comer pescado. ¡Ah! Y también tenemos los últimos sacos de grano y espelta que la patrulla de reconocimiento robó de las despensas del reverendo. La última vez que intentamos saquearles algo habían puesto mucha más protección en las puertas. No es buena idea volver en un tiempo, por precaución —dijo Elwel.

—Sí, de ninguna manera deben saber que aún hay personas libres batiendo a su alrededor. Y mucho menos escondidas en el subsuelo. Podrían venir directamente a por nosotros. Esa gente es muy peligrosa. —Volvía a toser Leegrand—. Ya sabéis lo que son capaces de hacer. Este sitio se convertiría en una ratonera.

—Vamos, ¡ánimo! Somos el último resquicio del valle —insistía Elwel animando a la comunidad subterránea—. Si queremos recuperar nuestras vidas y a nuestras familias, debemos actuar. Nadie va a venir a salvarnos. Hagamos caso a Leegrand, confiemos en él.

—¿Vida? ¿Qué vida? Yo ya no vivo, solo sobrevivimos desde hace año y medio por culpa de los divinos —achacaba uno de los miembros de la colonia.

Leegrand era un veterano de guerra de unos sesenta y tres años que no tenía un pelo de tonto. Bueno, más bien, no tenía un pelo; la calvicie se había apoderado de su cabellera hace años. Lo compensaba con una tupida barba de casi un palmo de espesor. Era un superviviente de la guerra de secesión, un hombre rudo, fornido, de los que ya no quedan. Los jóvenes de hoy en día no son más que *espulga perros* incapaces de traer un plato de comida a su hogar sin ayuda de sus padres, pero Leegrand era un depredador de la época. Podrías enfrentarte a él con un cuchillo, pero él te mataría a ti primero con una simple cuchara.

Él siempre estaba animado, nunca perdió las ganas de vivir. Siempre animaba al resto de hombres a seguir en pie, guardando las formas, preparándose para el día final, el día en el que todos debían enfrentarse a sus miedos, hacer frente al Círculo y recuperar lo que un día fue suyo. Tanto esfuerzo, tanto sudor caído y tantos rasguños no podían ser en vano por su tierra.

Sin embargo, Elwel no era un hombre de acción, sino más bien huidizo, quizá más que ninguno de los demás hombres sentados en aquella larga mesa. Siempre fue un hombre tranquilo, dueño de la taberna local donde saciaba la sed de los visitantes y trabajadores del pueblo. Un tipo amable, desconfiado, eso sí, con pinta de ser asustadizo, aunque no lo aparentase, pero siempre con la verdad por delante. Bastante estimado por la comunidad y un modelo ejemplar seguido por muchos otros.

—¡Señor! —Alguien interrumpía el coloquio de Elwel—. Se acerca la noche. El sol está cayendo, la batida de reconocimiento saldrá en breve a recolectar comida y medicinas. ¿No dijo usted que quería acompañarlos esta vez?

—Sí, gracias por avisarnos. Elwel, prepara tus botas y las armas. Saldremos en cinco minutos —comentó Leegrand.

A Elwel nunca le pareció buena idea salir y menos de noche, ya que no se sentía hábil con el rifle, pero no podía dejar que la comunidad creyese que era un *flojeras*. Elwel asió sus botas y se vistió con su chaquetón de piel, se apretó la bandolera con sus dos Colt y sacó un pitillo. Instantes después, raspó una cerilla contra el muro del refugio, prendiendo el cigarro.

—Cuando quieras, Lee —dijo Elwel mientras tocaba el hombro a uno de sus muchachos.

—Un momento, señor Elwel. —Volvía toser Leegrand—. No consigo ponerme esta maldita bota.

Leegrand sintió los dedos más torpes que de costumbre; le costaba ponerse los pertrechos. Y aún tenía que dar gracias por poder utilizar las manos. Se veía incómodo, pues sabía que algo le estaba ocurriendo.



El grupo de reconocimiento abrió cuidadosamente la escotilla del refugio y, siguiendo el procedimiento y con delicadeza, asomaron la cabeza. Solo se les veían los ojos. Miraron a un lado y a otro comprobando que el lugar estuviese despejado y fuera de peligro antes de salir. Minutos después, abrieron la abertura

de par en par y empezaron a salir seis hombres. No había mucho viento esa noche, aunque las nubes se habían desplazado durante la tarde y ahora ocultaban el cielo de horizonte a horizonte. Todo estaba muy oscuro.

—Vamos, muchachos, lanzadme los zurriones —ordenó Leegrand.

Unos a otros se ayudaban para salir del refugio, cargados con sus armas y varias talegas llenas de cuerdas y utensilios para abrir cualquier tipo de puerta. Avanzando por la oscuridad, caminaron casi dos millas. Se dirigían a las afueras de Oldwing, en busca de latas o cualquier otra cosa que encontrasen.

—¡Señores! ¡Allí! —señalaba con su dedo uno de los miembros del equipo.

A lo lejos en el horizonte se veía una enorme llamarada que alumbraba en su basta plenitud los cultivos de espelta, posesión del reverendo y sus fieles.

—¿Qué demonios está pasando? —preguntó Elwel.

—Podríamos ir y echar un vistazo —comentaba Leegrand dubitativo al resto del equipo—. Vayamos con cautela.

Avanzaron aprovechando la oscuridad y subieron hasta la cresta de la pequeña colina, cortada por un ridículo riachuelo que separaba ambas zonas del valle. Aquel espectáculo lleno de luz y color no era más que una cruz de más de dos metros de altura ardiendo y, atada en ella, una mujer que se derretía en las fauces de las llamas. Esta ya no sufría, ya que había fallecido minutos antes de llegar el grupo.

—Y el cielo se volvió negro, y la luna, sangre, y con ella el destino de las brujas herejes no creyentes de nuestro señor... —se podía escuchar de fondo.

—¡Semejante barbarie! Dios, perdónanos por no poder hacer nada en contra de esta atrocidad —se santificaba con los dedos de arriba abajo e izquierda a derecha uno de los hombres.

—¡Chsss! Silencio —chistó Leegrand.

—Maldita sea, nunca había visto algo así —comentaba Elwel mirando asombrado al resto de los muchachos—. Estamos de acuerdo en que será mejor no volver a acercarse a ellos.

Los divinos se alejaban poco a poco, en fila uno detrás de otro, recogiendo en dirección a los barracones de la fortaleza, cuando, de repente, gritos y aullidos empezaron a romper el silencio de la noche. Los divinos comenzaron a huir corriendo en diferentes direcciones y, a su vez, varios disparos de rifle coronaron aquella traca, dejando de nuevo un enorme y vacío silencio en la espesura de la noche.

Con mucho cuidado y a hurtadillas, se acercaron por la cara oeste del lugar. La cruz aún seguía encendida.

—¡Señor! Aquí hay una joven —la encontró uno de los muchachos.

—Traedla, rápido —ordenaba Leegrand.

—Esta fría, pero sigue viva —dijo él.

Rápidamente, cancelaron la partida y cogieron en brazos a la joven. La chica estaba desnuda, completamente helada, acurrucada en el suelo. Parecía inconsciente y el pelo tapaba su cara. No parecía responder a ningún nombre.

—No podemos confiar en ella —arrojaba Elwel.

—¿No? ¿Y por qué no? —preguntaba Leegrand.

—He visto lo que le hacen a la gente allí. Les lavan el cerebro y se convierten en uno más de sus hordas —contestaba Elwel—. No sabemos si será uno de ellos.

—Y qué pretendes que hagamos, ¿que la dejemos morir? —sugirió Leegrand.

—N-no... —tartamudeaba Elwel—. No me fío.

—Tapadla con lo que podáis, la llevaremos con la colonia. Revisad por todos los lados por si queda alguien más —ordenó Leegrand.

Tardaron más de hora y media en volver al camino del refugio. La luna cada vez estaba más oculta entre las nubes y quedaba muy poca luz. Ya volvían con retraso cuando sentían que algo les acechaba. Un olor putrefacto les tocaba la punta de la nariz, un hedor insoportable que les seguía desde que recogieron a la joven. Algo o alguien les perseguían entre la penumbra.

—¡Un momento! ¿Habéis oído eso? —Se giraba rápidamente Elwel y, desorientado, miraba hacia atrás.

—¡Vamos, no os paréis! No es el momento —ordenaba con firmeza Leegrand.

Volvieron a darse la vuelta para seguir su camino cuando algo del tamaño de un perro de metro y medio atravesó de lado a lado el sendero por delante de sus narices.

—¡Maldita sea! Ahora sí que lo he visto, señor. —Todos prestaban atención a sus alrededores. El miedo se apoderaba de sus mentes.

—¡No os separéis! —gritaron.

Elwel, rápidamente y con torpeza, intentaba encender su lámpara de parafina, asustado por los crujidos a su alrededor. Espalda con espalda junto a Elwel, de un manotazo Leegrand hizo caer todo el aceite al suelo, prendiendo de fuego el herbazal sobre sus pies. Este empezó a arder con soltura, y el resplandor del fuego puso al descubierto el brillo de cientos de puntitos brillantes en la oscuridad alrededor de ellos, observándoles, acechantes.

—¡Corred! —se apresuró a ordenar Leegrand.

De un respingo, Leegrand, con ayuda de uno de los muchachos, agarró a la joven y empezó a arrastrarla de los hombros por todo el sendero. El resto de

los hombres corrieron hasta echar los intestinos. Con ímpetu, no cesaban de mover las piernas. La fatiga les hacía mella y la falta de proteínas durante semanas les estaba pasando factura. Pero ¡algo les perseguía!

Ya estaban a menos de doscientos metros del refugio cuando Leegrand gritaba para que abrieran por dentro la escotilla.

—¡Abrid! ¡Abrid! ¡Rápido! —Leegrand jadeaba, y aquellas molestas toses le obligaron a apoyarse unos breves segundos sobre sus rodillas para recuperar el aliento.

Leegrand se miraba la mano con la que se había tapado la boca al toser. Observaba resquicios de sangre, pero no le dio importancia; en ese momento era necesario seguir corriendo para salvar el pellejo. La escotilla no se abría, aquellas cosas estaban casi encima de ellos y no podían frenar cuando, sin previo aviso, alguien disparó con un Henry.

¡Bang! —Aquel sonido era inconfundible. ¡Bang! _Varios proyectiles salieron consecutivos hacia su dirección, aunque ellos no eran la diana.

—¡Al suelo, tiraos al suelo! —gritó alguien.

Al parecer, les estaban ayudando. Les estaban dando tiempo, el tiempo suficiente para entrar en la escotilla. Leegrand casi se empotra al chocar con ella. Comenzó a golpear con el puño con ambas manos. Pasaron siete largos segundos hasta que la escotilla se abrió y todos, incluido el tirador, de un salto se aguardaron dentro.

—Ha faltado poco —comentó el tirador guardando el Winchester a su espalda.

—Sí, por los pelos —contestaron los hombres.

Mientras hablaban, el resto de los hombres presumían de haber salido airoso ahí afuera. Resoplaban y se daban palmadas en la espalda entre sí, señalaban hacia la trampilla y reían hasta que las lágrimas se les helaron en las mejillas y en la barba. Se agarraban el uno al otro buscando apoyo y riendo más fuerte aún. Ninguno podía parar de reír. Cada vez que uno de ellos iba disminuyendo las risas, el otro empezaba y todos quedaban atrapados de nuevo en una hilaridad loca y sin sentido. Se agarraban los costados de dolor por las risas contra sus amoratadas costillas. Al final, las carcajadas se convirtieron en risitas y las risitas en jadeos abochornados, los jadeos en unas pocas risas finales y, al final, estas acabaron buscando aire.

—Pero ¿qué era eso que nos perseguía? —preguntaba Elwel mientras se apretaba el costado de tanto reír.

—No tengo ni la más remota idea, pero no era amigable —contestó el tirador.

—Un momento, caballero —interrumpía Elwel—. ¿Y qué hacía usted por

estos parajes tan insólitos? —mientras acomodaban a la chica, arropándola con una manta—. Hace meses que nadie se atreve a venir por aquí.

—¿No? Pues es una lástima, es un paisaje realmente bonito —hablaba con sarcasmo el tirador—. Vengo buscando a alguien.

—¿Y por qué considera que ese alguien está por aquí? —preguntaba Elwel.

—Porque en su niñez vivían aquí. Busco a dos chicas jóvenes. Mediana altura, una morena y otra muy rubia. Ambas muy guapas. Si las hubierais visto, no creo que os hubierais olvidado de ellas.

—A estas alturas, aquí no las encontrarás. Si dices que vinieron por aquí, ya estarán a merced de los divinos.

Leegrand estaba tirado en el suelo del refugio e interrumpía la conversación haciendo unos extraños ruidos. Parecía como si se estuviese ahogando. Su cuello se hinchaba, estaba apoyado sobre sus manos y, de rodillas en el suelo, intentaba carraspear inútilmente.

—¡Señor! ¿Qué le ocurre? ¡Rápido, avisad al médico! —gritó Elwel.

Capítulo 23

La retaguardia

Uno de los médicos de la colonia tardó menos de treinta segundos en acudir a la llamada de auxilio. Leegrand seguía en el suelo, escupiendo sangre por la boca. Rápidamente, lo sujetaron entre dos personas del refugio y lo acomodaron en una de las mesas improvisadas.

—Por favor, necesito más luz —comentaba el médico.

Continuamente, Leegrand no paraba de dar espasmos. Su cuerpo se movía con unos estímulos y contracciones rápidas e intensas. Los músculos de su cuello se contraían y sus ojos y su boca se abrían y cerraban como la mandíbula de un animal. Los dedos de la mano se estiraban tanto que parecían querer salir disparados de su mano.

—Por favor, sujétenlo, necesito examinarlo —comentaba el médico.

—¿Qué le ocurre, Doc? —preguntaba Elwel, preocupado. Todas las miradas se centraban en Leegrand, dejando a un lado a la pobre chica inconsciente.

—Mmm... No podría decir... Pero está muy pálido —contestaba el médico mientras le abría los párpados.

—Doc, le sangra la nariz —intentaba ayudar Elwel.

—Sí, ya lo veo, tiene hemorragia por todas las membranas mucosas, los ojos hundidos y las encías completamente negras. _Estas, esponjosas, sangraban con solo mirarlas, incluso ya le faltaba algún que otro diente—. Por favor, rasguen su pantalón, necesito observar el resto del cuerpo —ordenó el médico.

Los ayudantes comenzaron a destrozar los ropajes de Leegrand desvelando el estropicio del resto de su cuerpo.

—A parte de las hemorragias internas y los ojos protuberantes, ¿le habéis notado falta de apetito? —preguntaba el médico al resto de hombres.

—Doc, todos llevamos días sin comer como es debido —contestaba Elwel—. No sabría decirte ciertamente.

—Como imaginaba, este hombre presenta la enfermedad de Möller. —Leegrand presentaba abundantes marcas púrpuras oscuras por todo el muslo y el resto de las piernas—. Además, puedo ver una severa deficiencia de vitamina D, la cual le ha conducido a la osteomalacia. Veo que tiene los huesos muy débiles

y las heridas no parecen curarse con normalidad, sino con lentitud. Si bien es extraño... —Doc fruncía el entrecejo.

—Quizás esta marca de dientes tenga algo que ver —comentaba el pistolero desconocido.

—No estoy seguro... —dubitativo Doc—. Quizás ese mordisco tenga algo que ver o quizás tantos días sin salir, la falta de luz solar, la falta de fruta... No estoy muy seguro, aunque lo que sí veo es que el señor Leegrand no pasará de esta noche. Me temo que él solo es el primero de los muchos que iremos detrás.

Una vez más, la esperanza del refugio volvió a tocar fondo. La única persona que tenía esperanza en recuperar el valle se estaba muriendo. El último resquicio se hacía aún más pequeño.

—¡Doc! —gritó uno de los chicos—. La chica está despertando. —De nuevo, las miradas se centraban en la joven, dejando esta vez de lado a Leegrand.

—¡Rápido! Pónganla en la otra mesa —sugería el médico.

—Un momento —comentó el desconocido—. Esta es una de las chicas que ando buscando. ¿Qué le ha ocurrido?

—Aún no lo sabemos —contestaba Elwel_. Por cierto, maleducados, aún no nos hemos presentado. Él es Doc —señalaba al hombre que atendía a Leegrand—, es el médico del refugio. No es de la primera de la que nos salva, ¿sabes? El señor Leegrand es el líder del refugio, es el que está sobre la mesa. Y yo soy Elwel, antiguo tabernero de Oldwing. Vivimos aquí encerrados desde hace año y medio.

—Ya veo, pero ¿de quién os escondéis? —preguntó el desconocido.

—De los malditos divinos. —La cara de Elwel era un poema. Le indicó con pelos y señales hasta el más mínimo detalle de aquella secta—. Son un grupo religioso que se está apoderando de todo el valle. Están convirtiendo a su dogma a todo el mundo que se les opone. Ha creado un ejército. Ahora mismo son imparables —seguía explicando Elwel—. Te sacan de la calle, de los hoteles, de la iglesia... Es una situación... —Elwel se derrumbaba, no podía continuar hablando.

La joven seguía recostada en otra de las mesas. Con un movimiento rápido, restregó sus parpados con el puño. Aún no había abierto los ojos.

—¿Hola? —La joven se desperezaba, se intentaba levantar de la mesa. Parecía reaccionar, aunque se la veía desorientada, aturdida. Apoyaba sus manos en la mesa para intentar incorporarse, aunque algo perdida entre la luz de parafina que alumbraba sus pupilas. —¿Quié-Dón...? ¡Morgan! —gritó la joven casi sin voz al reconocer a Morgan.

—¿Se puede saber qué te ha pasado, Abigail? —quiso saber Morgan—.

Estás hecha un asco.

Abigail, con un sobreesfuerzo, se levantó y abrazó al pistolero.

—Co-comida... —Abigail salivaba la garganta hacia adentro señalando frágilmente con el índice a su cuello. Estaba prácticamente en los huesos y se le notaban muchísimo las facciones de la cara.

—¡Rápido! Traigan conservas. ¡Y agua! —ordenaron.

Trajeron varias latas de alubias y una cantimplora llena de agua. El agua era un bien escaso desde hace meses. No dio tiempo prácticamente a abrir el bote cuando Abigail ya lo estaba agarrando con fiereza. Metía la mano en la lata hasta el codo y de un puñado sacaba las legumbres. El propio jugo se escurría entre sus dedos. Directo a la boca. Ni siquiera había dado tiempo a calentarlas y echarlas en un plato. La rubia arrebañaba el aluminio, parecía guiarse aún por sus instintos más primitivos. No le importaba mancharse la cara con las judías. De nuevo, las ansias de comer podrían hacerla enfermar. Llevaba semanas sin comer. Su cuerpo ya no estaba preparado para asimilar nutrientes.

—Tranquila, chica —comentaba Doc—. Te puedes cortar con la lata. Saborea y mastica bien el alimento. Nadie va a quitarte tu plato.



Esperaron varias horas hasta poder hablar con la joven. Después de aquel atracón, Abigail se recostó sobre el mismo sitio donde la habían dejado hasta que volvió en sí. La joven casi no podía hablar, tenía tan seca la garganta que le costaba soltar una sola palabra.

—Cuéntanos, Abigail. ¿Qué te ha ocurrido? —preguntaba Doc.

—Fu-Fui en busca de mi madre —carraspeaba la garganta para intentar continuar hablando—. La tiene el reverendo junto al resto de la población.

—¿Fuiste sola? —interrumpía Doc.

—Claro —volvía a carraspear Abigail—. Me separé de Morgan y de Judith hace meses. Te dábamos por muerto, Morgan. —Él la miraba a los ojos con ternura.

—Es una historia muy larga. No te preocupes, te lo contaré todo —contestaba Morgan.

—Pero me alegro de verte con vida. —Se sonrojaba Abigail—. Me guíe por mi intuición hasta dar con las puertas del Círculo. Allí fue donde volví a encontrar a Judith. La habían convertido en una de ellos. Minutos más tarde, alguien me trabó por detrás y me golpeó. Cuando desperté, estaba encerrada en

una jaula. Una vez allí, te segregan por sexo y grupo. Grupo de los débiles y grupo de los fuertes. A los débiles los utilizan para menguar la mentalidad de los más rebeldes. Luego... el muy... los sacrifica. A los fuertes los utiliza para aumentar el tamaño de la manada. Incluso los encierran en jaulas como animales. Todo parecía estar muy controlado, todos seguían constantemente las mismas pautas, nadie se salía de las guías impuestas por el reverendo.

—¡Señores! Disculpad que interrumpa, pero el caballero Leegrand acaba de fallecer... —alertaba Doc al resto del refugio—. Elwel, quedamos a sus órdenes.

Fue un duro golpe para todo el refugio. La muerte de Leegrand podría suponer la muerte de toda la colonia. Todos querían acercarse a ver su inerte cuerpo; no creían que de verdad algo así hubiese ocurrido.

—¡No, no puede ser! Leegrand no puede haber muerto. —Elwel corría rápidamente hacia el cadáver de su amigo—. Yo no valgo como líder... ¡Yo no puedo hacerme cargo del refugio! —se excusaba Elwel, echándose las manos a la cara—. Hay que nombrar a otro líder.

—Vamos, Elwel, todos aquí te aprecian. Te tienen estima. Eres el más indicado. Además, conocías a la perfección los planes de Leegrand —insistía Doc.

—¡No! No, imposible —continuaba Elwel con mucho pudor—. Me niego a llevaros a una muerte segura. El plan de Leegrand no puede funcionar sin él. Era un experto tirador.

—Escúchame, Elwel. Todos venimos de diferentes aldeas, pueblos o regiones, y a todos nos une una misma cosa. Hay que apoyarnos entre nosotros si queremos salir de esta.

—No... No —continuaba negando Elwel.

—Elwel —hablaba Morgan—, no podéis seguir aquí encerrados. Acabaréis muriendo de hambre o de la misma enfermedad que Leegrand.

—No, lo más sensato es dejar el refugio y marcharse lejos de ellos. Empezar una nueva vida lejos —insistía Elwel, cada vez más nervioso.

—Eso es imposible, Elwel. Acabarán encontrándoos. ¿Y de qué viviréis? No tenéis un techo, ni dinero, ni comida... Tampoco podríais escapar, el invierno acabaría con vosotros. Ha llegado el momento de luchar, de recuperar vuestra dignidad. Yo os ayudaré en todo lo que pueda.

—Elwel, un tumor no desaparece; crece y se propaga. Hay que extirparlo —sermoneaba Doc con templanza.



Aquella discusión se alargó durante horas y, por fin, Elwel entró en razón. Lo más sensato era seguir y continuar con el plan de Leegrand. Dos días después, Elwel y *Doc* organizaron una última reunión.

—¡Señores! Es el momento. Ha llegado el invierno. Los caminos están empozados de nieve. Si queremos acabar con esa maldita secta, no nos queda otra que actuar. La misión es sencilla. Entrar, matar al perro y se acabó la rabia. Sin un líder, el grupo se disolverá. Retomaremos el control del valle y reorganizaremos a la gente —informaba *Doc*.

—Mandaremos tres grupos: un grupo de señuelo, que atraerá toda la atención de los divinos; un segundo grupo, que aprovechará dicha distracción y acabará con el reverendo, y un tercer grupo, que bloqueará las puertas de los barracones evitando que el resto de los seguidores salgan a defender el nido. Solo habrá una oportunidad —continuaba *Elwel*.

—Bien, la información recuperada durante estos últimos meses por el equipo de reconocimiento es la siguiente. Todo se centra sobre el recinto del «semillero de fieles». —*Doc* comenzaba el *briefing* informativo—. *Oldwing* dispone de veinte hectáreas. Un tercio de ese terreno es la zona de seguridad del reverendo, herméticamente cerrada, alambrada y amurallada por todos sus costados. El complejo se compone de nueve edificios donde trabajan unas mil personas a tareas forzadas. Incorpora, además del edificio de semillas, el palacete del reverendo, la torre y la capilla, que están muy vigiladas. Al aire libre disponen del altar donde realizan todas las ceremonias sagradas, junto a los sacrificios y ejecuciones. No será fácil orientarse en ese laberinto. Debemos evitar esa zona dentro de lo que nos sea posible. Y al fondo, un enorme fortín bien sellado (que no sabemos qué alberga) tras una gran puerta blindada. —*Doc* hacía una pausa—. Según la escala piramidal, como líder espiritual tenemos al reverendo *Fred*. Por debajo de él tenemos a *Roy*, la materia gris de *Fred*. Se rodea de unos cuarenta y siete asesores y analistas distribuidos en los dos pisos del ala norte del edificio de las semillas. El sótano concentra al equipo de alquimistas de *Utter* y, además, comunica el edificio de semillas con el ala privada del reverendo. De un ala a otra no habrá ni dos minutos. El área blindada de los líderes y las amas solo está conectada con los barracones a través de tres puntos estratégicos: el gabinete, las cocinas y la sala de propaganda. A espaldas de este edificio se encuentran las zonas de entretenimiento global y las zonas de culto. Junto a ellas, bordeando las pistas, encontramos los campos de cultivo utilizados para la fabricación de éter. El número de efectivos de los que dispone es secreto; creemos que entre trescientas y cuatrocientas personas están armadas protegiendo a diario el círculo más próximo al reverendo en tres turnos.

—¿Y cuál es el plan exactamente? —preguntaban algunos miembros del

refugio.

—Elwel, Morgan y yo seremos el grupo de infiltración —continuaba explicando Doc—.

—Yo también voy —intervino Abigail.

—No, nada de eso —dijo Morgan—. Sigues muy débil, solo nos retrasarás.

Abigail lanzó un suspiro y no siguió discutiendo.

—El grupo de reconocimiento será el grupo de señuelo —continuó Elwel—. Nos dividiremos en la casa del lago. El grupo de reconocimiento se adentrará por el lago atrayendo la atención de los guardias del reverendo, momento que aprovecharemos para colocar dinamita en la iglesia y en la puerta del fortín. Antes de la explosión será necesario que el equipo de bloqueo haya inutilizado todos los accesos a los barracones, dejando a todos los seguidores dentro de ellos. Eso también nos incluirá a nosotros, ya que aprovecharemos el sótano del edificio de semillas, atravesando las cocinas, para llegar al ala privada del reverendo. Una vez dentro, no quedará otra que encontrar al reverendo y acabar con él. Nos atrincheraremos en su palacete el tiempo necesario hasta que el equipo de bloqueo y el de reconocimiento se apoderen del resto del recinto. ¿Alguien tiene alguna sugerencia?

—¿Qué hacemos con Roy? —preguntó Morgan—. Entiendo que Roy no se separará del reverendo en ningún momento.

—Roy suele estar siempre cerca de la mina, controlando que nadie descontinue su trabajo. No creo que sea un problema —contestaba Elwel—. Antes de que vuelva de la veta habremos salido de allí.

—Sin embargo, por precaución no estaría de más vigilarlo de cerca —comentó Abigail indiscretamente.

Las miradas del grupo se desviaron en dirección a la joven. Nadie abrió la boca tras su comentario. Ella bajó la mirada y agachó las orejas.

—El resto de personal se encargará de incinerar los campos de cultivo. Por otro lado, es necesario mantener a salvo los víveres de los almacenes. No hay que derrochar _añadía Doc tras la intromisión de Abigail_. ¿Alguna pregunta más?

—¿De qué armas disponemos?

Alguien del grupo hacía una pregunta directa a Doc.

—Para ambos grupos tenemos armas suficientes —contestaba Elwel a aquella pregunta—. Aunque para el tercer grupo, el de bloqueo, la única solución es hacerse con el control del almacén del reverendo. Es sabido que alojan en los subsuelos munición y armas suficientes como para abastecer a un ejército. No tendréis problema para haceros con su control una vez bloqueéis los

barracones.

—Bien, pues si no hay más dudas, saldremos en el siguiente atardecer antes de la caída del sol, junto a los últimos rayos de luz. Aprovechen para descansar, aliméntense bien el día de hoy, limpien sus armas y recen lo que sepan —subía la moral Doc al resto del grupo.

Antes de que el grupo se disolviese, Morgan agarró del hombro a Abigail y la separó del resto, se acercó lo máximo posible a su oído y le sugirió algo en voz baja:

—¿Estás segura de querer hacer esto? Parece muy peligroso y aún no estás en condiciones.

—Sí, quiero hacerlo —contestó la joven.

—¿Y seguro que podemos fiarnos de ellos...? —preguntó Morgan.

—Morgan, una vez mi padre me dijo, «Un hombre solo puede fiarse de sí mismo, ¡y de su revólver!». Pero ¿sabes qué? ¡Yo soy una mujer!

Capítulo 24

Redención

Finalmente, siguiendo órdenes, los equipos se preparaban para una muerte segura. Sin más, Abigail se negó a quedarse en el refugio, por lo que acompañó al grupo en su expedición. No pudieron negarse y, a regañadientes, la joven pudo unirse a ellos.

Desaparecieron los últimos rayos de luz y la tormenta aminoró. Acabó por amainar del todo, pero de vez en cuando se dejaba escuchar algún lejano trueno. La nieve estaba apilada a una altura de más de medio metro hacia el oeste. Esa noche hacía muchísimo frío y la vista alcanzaba a ver más nubes oscuras que se movían desde el norte. Elwel vio que el sol se ponía hacia el oeste, y supo que pasarían al menos diez horas hasta que volviera a alzarse de nuevo por el este.

Juntos, los equipos se lanzaron a la enorme llanura helada. La nieve cubría los caminos. Se notaba la gran presencia del invierno, que envolvía con un feroz viento los contornos del equipo. Nadie hablaba o reía esa noche. Elwel reflexionaba sobre los meses y años pasados, maravillándose ante el inevitable milagro de su propia trascendencia.

Morgan, a su lado, no sentía arrepentimiento alguno por ningún acto de su anterior vida, mucho antes de conocer a Abigail. Pensaba sobre lo puñetero que era el destino, que había querido que otra vez sus vidas volvieran a cruzarse. Más atrás, Abigail y Doc comentaban sus andanzas de cómo habían llegado a esta situación, de la cual, una vez dentro de la hermandad, era imposible salir. Echando la vista atrás, siguiendo el camino por la nieve, el resto del equipo avanzaba dos metros más alejados, colocándose bien los morrales y los fardes. A su vez, se cubrían bien el cuello para no coger frío ante la densa caminata que les esperaba.

Llevaban más de cuarenta y cinco minutos caminando cuando, de pronto, el grupo notó movimiento hacia el oeste. Elwel volvió la cabeza hacia la derecha para mirar hacia un eterno fondo gris con alguna dificultad debido al frío. Percibió una extraña presencia. Sentía cómo algo se movía hacia él. Quizá fuese su oído, quizás la desesperación o quizás el miedo que llenaba sus mentes, si bien aquel crujido de hielo roto era inconfundible.

De repente, algo rugió tras ellos. El sonido era cien veces más intenso y

más bestial que cualquier sonido animal que hubiese oído jamás. Aunque quedaron en alerta por aquel gruñido, no le dieron mayor importancia y continuaron avanzando, atravesando el camino helado.

Tenían que mirar con mucho cuidado por dónde pisaban. El suelo no era uniforme y la nieve ocultaba dificultades. Pero aquel no era el mayor de sus problemas; algo les estaba rodeando fuera de la vista, entre la niebla y la oscuridad. A su vez, varios hombres oyeron fuertes pisadas en la grava y la nieve.

De pronto, algo grande que jadeaba y resoplaba caminaba hacia ellos a dos y a cuatro patas. No podían verlo bien; únicamente veían bultos. Posiblemente, más de uno. El sonido de unas garras enormes era audible por encima del estruendo lejano de los pesados truenos.

Elwel giraba la cabeza de un lado a otro. Oía las exhalaciones con cada pisada. Estaba asustado, pero ¿cuándo no? Sus testículos se encogieron como si quisieran introducirse dentro de su cuerpo. Quiso gritar. Tragaba saliva. De nuevo, notaba la presencia de algo. Algo enorme estaba a unos tres metros y medio de distancia, justo detrás de los insignificantes círculos de resplandor de las lámparas de aceite. Pero Elwel no podía hacer nada salvo permanecer allí y apretar sus heladas manos en forma de puño hasta clavarse sus propias uñas. Tenía la boca llena de saliva ante el casi olvidado olor de la carne asada y el estómago le rugía, a pesar del miedo.

Una vez más, aquel olor extraño y escalofriante de decadencia y descomposición se apreciaba en el ambiente. Ya lo había percibido muchas otras veces. Le resultaba familiar y le hacía sentir inquieto.

Durante una eternidad, diez o veinte segundos, no se oyó ningún sonido. El viento hacía oscilar la lámpara en círculos. Elwel y el equipo mantenía los cuchillos bien altos, esforzándose obviamente por ver más allá en la oscuridad, pero fue la luz de un rayo la que hizo brillar una piel disecada que se estiraba tensamente sobre sus huesos. Se quedaron boquiabiertos. Con sus huesos marcándose en su piel, su tez gris ceniza de la muerte y sus ojos situados en el fondo de sus órbitas, aquello parecía un esqueleto desenterrado hace poco de su tumba. Los labios que tenía estaban desgarrados y ensangrentados. Era enjuto hasta la emaciación.

Aquella cosa avanzaba muy rápido, a veces cayendo a cuatro patas y saltando hacia delante, y más a menudo alzándose sobre dos patas y dando zancadas como un hombre, si bien no se movía en absoluto como una persona. Elwel observaba impaciente, ciñendo el entrecejo. Con sutileza, sacó su pistola de la funda del ceñidor, sujeta por la típica hebilla sureña dorada de los confederados. Con más discreción aún, se quitó el guante y amartilló el arma

mientras los pasos y los resoplidos se detenían directamente ante ellos, pero aún fuera de su vista.

Aquellas extrañas bestias inquietaban a todo el equipo. De repente, volvieron a desaparecer al acercarse de nuevo al inicio de una arboleda de coníferas, aunque podían oírlos. Se movían alrededor de la luz de parafina, echando el hálito de vez en cuando. Sin embargo, seguían sin poder verlos.

La nieve crujió cuando la criatura se movió derecho hacia ellos. Con su movimiento golpeó varias ramas y la nieve cayó de ellas. Lentamente, una cabeza se materializó entre la oscuridad, metro y medio por encima del suelo. Un húmedo pellejo gris se mezclaba con la penumbra. Sus ojos negros e inhumanos los examinaban desde dos metros de distancia.

Velozmente, una de aquellas cosas se acercó a Elwel, lo suficiente como para tocarlo, y se frenó en seco delante de sus narices. La criatura observaba y olisqueaba a Elwel. Nadie se atrevía a mover ni un dedo; intentaban contener la respiración, mantenerse en silencio. Nadie parpadeaba. Elwel notaba que el aliento de aquella cosa le golpeaba en el pecho. Elwel no movió la cabeza ni siquiera un centímetro, de modo que no tenía elección y debía mirar frente a frente a la criatura. Su aliento calenturiento en aquel helado sitio lo envolvía. Elwel, amilanado, dio un paso atrás y la criatura resopló, bufó, meneó la enorme cabeza como si algo la hubiese molestado y cayó a cuatro patas. Abruptamente, casi como por casualidad, la cosa desvió su atención y se abalanzó sobre Doc.

Un golpe y un desgarró resonó en su misma dirección. Su farolillo salió desprendido y se clavó en la nieve. Su cuerpo se quedó en la oscuridad más absoluta.

—Noo... —fue la última palabra que pronunció Doc, aunque en realidad no era una palabra, sino una larga, aterrizada y muda exhalación. Un suspiro.

Notaba que su último aliento fluía fuera de él, salía de su pecho y luego le subía por la garganta a través de su boca abierta y forzada, pasando y susurrando entre los dientes astillados de la bestia; pero, al instante, se dio cuenta de que no era el aliento lo que abandonaba su cuerpo, sino la sangre que emanaba de su estómago.

La bestia lo volvió a zarandear de un lado a otro. Le arrancaba trozos de ropa y de carne en cada zarpazo. Una vez en el suelo, lo olisqueó y lo volvió a zarandear. De nuevo lo golpeaba. A su vez, intentó arrastrar el cuerpo hacia la oscuridad aún más profunda, un lugar mucho más tenebroso, donde los ojos no son capaces de ver absolutamente nada, exceptuando las extrañas figuras que el ojo humano forma en tu mente. Morgan, rápidamente, disparó y consiguió alcanzar a la criatura, o eso creyó.

El cuerpo de Doc quedó tumbado muy erguido y rígido, con las piernas

extendidas y las botas firmemente apoyadas en un montículo de nieve. Las manos enguantadas heladas y ensangrentadas apretaban su estómago. El dolor era incesante e intolerable. Una luz vacilante procedente de varias lámparas pequeñas de aceite alumbraba la parte superior del cuerpo de Doc. Cuando miró hacia abajo, vio su propio pecho, sus brazos y su vientre desgarrados y sangrantes. Se sentía demasiado débil como para resistirse o darse la vuelta; lo único que podía hacer Doc era quejarse. Segundos después, sus ojos acabaron sellándose para siempre en un profundo y merecido vacío.

—¡Maldita sea! ¡Corred! —gritó con desesperación Elwel.

Más estrépitos y alaridos procedían del resto del grupo. Como pollos sin cabeza, el grupo empezó a disolverse. Cada uno corría en diferentes direcciones. Aquella o aquellas bestias los acechaban en la oscuridad, aprovechando la ventaja nocturna.

—¡No hay ningún sitio a donde huir!

Abigail y Elwel se apresuraban hacia una vieja casa que veían al fondo del acre camino. Fuera de los oscilantes círculos de luz de parafina, ambos salieron del estrecho sendero rodeado por árboles.

Al correr, Elwel se golpeó en la cabeza con una gruesa rama de una de las coníferas. Cayó de espaldas en cuarenta centímetros de nieve y agua fundida fangosa por las pisadas. No podía centrar la vista, y las lámparas por encima de él eran solo unos borrones de color amarillento. Luchaba por permanecer consciente, y todo en aquel momento apestaba a muerte y a sangre. Parecía que el tiempo transcurriese muy despacio, ya que aquellas criaturas iban cazando a los miembros del equipo poco a poco, uno a uno.

Morgan disparaba sin precisión, sin apuntar, directamente a cualquier cosa que se agitase en la oscuridad. Su cabeza se volvía loca, de un lado a otro, en todas direcciones. Sus ojos se movían en movimientos semicirculares intentando localizar a un objetivo claro.

Abigail consiguió ayudar al descentrado Elwel, que aún yacía en la nieve. Con ayuda y a rastras, corrió a cuatro patas entre la nieve y el barro, se puso en pie, se cayó de nuevo, anduvo a gatas y luego corrió detrás de la joven como pudo. Llegaron a la puerta de aquella casa, mas la puerta estaba totalmente sellada. Parecía apuntalada por maderas. Al parecer, alguien se protegió de aquellas bestias hace algún tiempo ahí. Sin embargo, en su interior se podía ver un brillo color ámbar procedente de una lámpara de aceite.

—¿Hola? ¡Abran, por favor! —Abigail gritaba y golpeaba la puerta con todas sus ganas. Elwel, como un borrico, intentaba tirar la puerta abajo a patadas, a empujones, pero la madera no cedía ni un centímetro. Estaba bien clavada.

Los gritos del resto del grupo eran ensordecedores.

—¡Chsss! Rápido, por aquí —alguien mascullo por la ventana del lateral.

Abigail volvió la cabeza y alargó la mano para tocar a Elwel. Con una sola mirada se entendieron y rápidamente reaccionó pegando una fuerte voz a Morgan, moviendo su mano de adelante a atrás.

—Rápido, Morgan, ¡por aquí! —Morgan se giró, se colocó el Wíchester en una sola mano y se apresuró a donde estaban ellos.

—Rápido, Morgan —repitió Elwel instantes después.

Morgan corrió hacia delante y recogió al hombre desmayado de brazos de otro compañero. La parte derecha del rostro del hombre casi había desaparecido: su cara estaba totalmente desgarrada. Tenía marcas paralelas por el lado derecho del cuerpo y los surcos de las garras habían penetrado hondamente a través de las cuatro capas de tela. La sangre empapaba su chaleco.

—¡Necesito ayuda! —jadeó Morgan.

Pero ambos esperaban cerca de la puerta, junto al extraño. Aun a pocos metros de distancia, la oscuridad abarcaba gran parte de distancia entre ellos. Los ojos de desesperación eran evidentes en el rostro de Elwel. Nunca había tenido tanto miedo.

—¡Es inútil utilizar balas contra ellos! —dijo el extraño desde la ventana—. Las balas las absorbe su fuerte piel y en menos de un minuto otra vez te pisan los talones.

Con las mismas, el extraño lanzó una botella llena de alcohol la cual, prendida, reventó contra la nieve, lo que les dio una leve ventaja frente a aquellas criaturas.

—¡Dejen paso! —gritaban mientras transportaban al herido.

Los cinco miembros que quedaban y el extraño entraron en el sótano de aquella casa.

—Es baldío luchar contra ellos. He probado con veneno y nada. La única solución es prenderles fuego. Acaban convirtiéndose en una maraña de huesos.

Durante más de una hora, estuvieron muy ocupados atendiendo las heridas de aquel magullado hombre. Lo desnudaron por completo, empezando por la parte superior del cuerpo. Las heridas abiertas humearon en el aire congelado al destaparlas. Limpiaron bien los cortes y comprobaron su profundidad. Elwel sujetaba tembloroso una lámpara; era el extraño el que parecía tener soltura en conocimientos de medicina.

—Sujete esa lámpara más cerca —ordenó el desconocido—. Deje de temblar.

Luego cortó los jirones de carne sobrantes y suturó donde pudo. Limpió y cerró los músculos desgarrados, cosió la carne superficial y volvió a cerrar la

piel, en lo posible. La sangre seguía saliendo de la herida del hombro y del cuello, pero a un ritmo mucho más reducido. Aquellos cortes provocados por las garras no parecían amenazar la vida de aquel tipo.

—¿Vivirá? —preguntó vivazmente Abigail.

—Solo Dios sabe —contestó el desconocido con las manos ensangrentadas—. Hay que llevarlo a un lugar más cálido.

—Gracias por echarnos una mano. ¿Aquí estamos seguros? —quiso saber Abigail, aún en alerta.

—¿Seguros? No hay lugar seguro ni donde esconderse, pero por ahora no hay de qué preocuparse —contestaba el desconocido—. La luz les asusta. No se acercan a áreas bien iluminadas y mucho menos si hay fuego alrededor. Son bestias que cazan de noche, nunca salen de día —añadía.

—¡Maldita sea! ¿Qué son esas cosas? —preguntaba Elwel limpiándose la boca de barro y sangre. Sangre que no era suya.

—No sabría contestar a esa pregunta, caballero. Lo que sí sé es que no son humanos ni tampoco animales. Los primeros salieron hace unos años de la mina de Zinc.

Elwel escuchaba atentamente al desconocido. No le quitaba la mirada de encima, aunque ya estaba más tranquilo.

—¿Qué hace usted aquí aún? Todos desaparecieron cuando los divinos se adueñaron del valle —preguntaba Elwel.

—¡Uh! —El desconocido reía hacia adentro—. Yo ya estoy viejo para ir a ningún lado. Además, esa maldita escoria no podrá conmigo. Lo han intentado varias veces, pero he conseguido rechazarlos —presumía—. ¿Y vosotros? ¿A dónde os dirigís?

De nuevo, la puerta de la casa era golpeada. Alguien desde el exterior quería entrar. Se volvían a escuchar gritos y voces de auxilio.

—Debe ser el resto del equipo —se alegraba Abigail.

—Rápido, hay que abrirles —se apresuraba a decir Elwel.

Con las mismas, el desconocido agarró su Wíchester y se lo colocó a la espalda.

—Esperad aquí —comentó.

No tardó en volver acompañado de cuatro miembros más del equipo. Ninguno estaba herido. Mostraban algún que otro moratón por la caída en la nieve, pero poco más. Sin más, se incorporaron a la conversación.

—Vamos a dar caza al reverendo —se envalentonaba Abigail—. Nuestra intención es liberar Oldwing.

—¿Vosotros solos? —quiso saber el extraño—. ¡Estáis locos! No conseguireis llegar mucho más lejos del lago siendo de noche. Hay demasiadas

criaturas de esas por ahí sueltas.

—¿Tiene usted alguna idea mejor? —desafiaba Abigail al desconocido.

—¿Ideas? Ideas tengo muchas, lo que me falta es motivación. Además, hace días que me quedé sin tabaco y sin *whisky*. Mis horas aquí están contadas, chica. Así que no puedo ayudarlos.

—Un momento... —interrumpía la joven—. ¿Señor Lafayette? ¿Es usted? —preguntaba Abigail muy sorprendida.

—El mismo que viste y calza. Pero ¿quién eres tú, chica? —devolvía la pregunta el desconocido.

—En serio, ¿no me recuerda? Soy la hija de Tom Cassei. Fue a pedirle ayuda por una recompensa hace años. Hace siete inviernos en Pigstone, para capturar al malnacido que asesinó a mi padre.

—Lo siento, joven, pero no lo recuerdo. Tampoco te recuerdo a ti. Los opiáceos han hecho mella en mi memoria. ¡Bueno! Es hora de marcharse. ¡Largo! ¡Fuera de aquí! —Lafayette intentaba echarles descaradamente y con desprecio—. Atraeréis a esas putas bestias salidas del mismo infierno.

—Ehhh, yo le conozco... —Elwel echaba la mirada atrás—. Usted es Duke Lafayette. Fue un famoso caza recompensas... Pero ¿qué le ha ocurrido? Le creía más... más de otra forma, vamos. Está usted muy desmejorado —desdeñaba Elwel—. Se contaban fabulosas historias sobre usted. Recuerdo la vez que atrapó usted solo a los hermanos Fülöp en Alabama completamente vivos. Aquellos húngaros seguramente pesaban más de trescientos quilos entre ambos hermanos. Eran unas malditas bestias.

—¡Vaya! —Se sorprendía Abigail. Aunque de un sobresalto agitaba su cabeza de inútiles historias—. ¡Vamos! Es hora de irse, está claro que este hombre ya no es el que era y dejó de serlo hace mucho tiempo. ¡Se ha vuelto un cobarde! —achacaba adustamente Abigail.



Washington D. C.

Enero, 1871

—¡Ey! ¡Ey! Ey! Un momento, eso no ocurrió así —hurañamente se propugnaba a sí mismo Lafayette en el juicio—. La señorita Ming ni siquiera estaba allí ese día para contar cómo fue realmente.

—Discrepo, señor magistrado —alegaba Feng.

—Se rechaza. ¡Continúe, señor Lafayette! —interrumpía el magistrado—.

Cuéntenos su versión...

—Como muy bien iba contando la señorita Ming, el grupo de expedición de la colonia acudió en mi ayuda, como también es cierto que más de una docena de esas criaturas perseguía a los jóvenes y a su equipo. También estaba Elwel con ellos. Acabaron refugiándose en mi puesto fronterizo de caza y les ofrecí bebida, alimento y descanso antes de que volvieran a partir. Iban en busca del reverendo Fred, como todos le conocían, si bien en una vida anterior yo le conocí como Frank Baker. Sin embargo, no hace muchos años, por 1859, recogí de Pigstone una orden de busca y captura por este hombre. Aún creo que la tengo guardada, debe de estar en algún bolsillo o recoveco de mi chaqueta. —Tras una espesa espera...

—¿Está usted seguro de que no cogió aquella orden simplemente para adornar el salón de su casa, señor Lafayette? —Todos se mofaban de aquella gracia del letrado.

—Puede... Pero aquí la tengo.

RECOMPENSA

\$\$\$ 800 000 \$\$\$

SE BUSCA VIVO O MUERTO

ARMADO Y PELIGROSO

Visto por última vez en las cercanías

de Font Spring

FRANK BAKER

(Francis Baker Cole)

Contactar inmediatamente

OFICINA U. S MARSHALL MÁS CERCANA

Todas las solicitudes de cobro se deben presentar
en mano en Pigstone, donde se abonarán íntegramente.

—Por la recompensa viajé con mi compañero y amigo Lederman. Ambos habíamos asistido unas treinta recompensas juntos. Un día cualquiera llegamos hasta Font Spring, un sitio al que nadie quería ir.

—Perdone que le interrumpa —intervenía con énfasis el letrado—. ¿Como que un día cualquiera? ¿No recuerda exactamente un día tan importante?

Lafayette no supo cómo actuar en ese momento. De nuevo, los chorretones de sudor comenzaron a caerle por la patilla, deslizándose hasta llegar a su tupida barba.

—Eh, ejem —carraspeó la garganta Lafayette—. ¿Cómo quiere usted que recuerde cada día que he vivido? ¡He vivido más de medio siglo ya!

—Yo si fuera usted recordaría cada día en el que he matado a alguien —comentó el letrado.

—Eso es imposible. He disparado a más de cien personas. No podría acordarme de todas ellas —contestó.

—Muy bien, no tengo más preguntas, señoría. Lafayette, puede continuar. —El letrado apuntó algo en su bitácora.

—Como iba diciendo antes de que me interrumpiesen —continuó Lafayette—, Font Spring, el paraíso de los bandidos. Un lugar donde la sangre corre por su propio puño debido a su crecimiento en exceso. Se convirtió en uno de los puntos de comercio intermedio más transitado, pues trasladaban piezas de reses de los barones del ganado desde las grandes planicies hacia las ciudades del este. Era difícil creer que aquel lugar era como decían que era. No obstante, todo era cierto. Debido a la alta demanda de vaqueros, la escasez de mujeres se hacía notar, por lo que los únicos oficios disponibles para una mujer eran la prostitución o camareras en hoteles y salones. Sin embargo, el señor Baker se había hecho un hueco en aquella ciudad haciéndose con el control total de prácticamente todo allí, lo que hizo enojar a diversas personas que tenían su propio monopolio. Al parecer, varias personas habían acusado al señor Baker de

asesinato, robo, expropiación y demás injurias que se achacan a este hombre. Decidimos buscar en los pocos lugares en los que un hombre de su estirpe puede derrochar la mayoría de su tiempo. En efecto, en el burdel The Sweet fue el primer sitio donde comenzamos a buscar.



Font Spring

Abril, 1859

—¡Bang! —El señor Lederman pegaba un tiro al aire dentro del local.

—¡Bien! Ahora que ya todos tienen mi atención... ¡No venimos a derramar sangre! ¡Buscamos a un hombre! ¡Un caballero llamado Frank Baker! —gritaba estuosamente Lederman.

—¿Por qué se le busca? —respondía alguien desde arriba de las escaleras.

El local estaba a rebosar y todos los ojos se clavaron en la dirección de los atrevidos cazarrecompensas. Incluso la música dejó de sonar en pocos instantes, la cual volvió enseguida y, de nuevo, todo el *saloon* continuó con sus menesteres.

—Ese que cojea debe de ser Frank —Lederman me habló al oído.

—Somos parientes, pero no soy él. Yo que usted tendría cuidado por quién andan preguntando —contestó el tullido.

—No, no es él. De eso estoy seguro. Aunque es demasiado terco para ser un impedido —se mofaba el señor Lederman.

—Si tuviese tiempo, les daría una lección de buenos modales, pero la casa me confiscó los revólveres antes de entrar. Además, tengo asuntos pendientes aquí arriba, más interesantes de los que ocuparme que los de ahí abajo —contestaba aquel individuo.

—Pues es una lástima. Dada su actitud me gustaría saber cómo los utiliza... _desafiaba Lederman.

—¿Quién me busca? —Aparecía el caballero Frank Baker desde otra de las habitaciones del local.

Tanto Lederman como yo nos quitamos el sombrero de nuestras molleras e hicimos un acto de reverencia hacia Baker, saludando, anunciando que éramos alguaciles, mostrando algo de educación.

—¡Baker! Soy Duke Lafayette. Hemos venido a hablar con usted, no a iniciar un tiroteo en mitad de un burdel del tres al cuarto. Así que... ¿Por qué no le invito a un trago? —Toda la tensión del local se esfumó cuando nos sentamos

en la barra—. De hombre a hombre, de igual a igual.

—Compararse conmigo, señor Duke, le ridiculiza. Pero me apetece un *whisky* _pedía Baker al tabernero.

Apaciguadamente, Baker bajaba escalón a escalón apoyando su mano en la barandilla, sin desviar ni un segundo su mirada hacia nosotros.

—Seguro que en el infierno el *whisky* se mantiene frío —murmullé en voz baja y a regañadientes, mirando a mi compañero Lederman.

—¿Dice algo, señor Duke? —preguntaba Frank educadamente.

—¡Sí! ¡Que sea doble! —dije apremiante.

El camarero sacó de debajo de la barra tres vasos achatados y los empezó a frotar con un trapo húmedo. Una vez limpios, los colocó fuertemente en la mesa y destaponó el corcho de una botella de Bourbon.

—Y dígame, ¿ha hecho este viaje tan largo solo para hablar conmigo? —nos solicitó Frank.

—No. Sabe muy bien por qué estamos aquí. Traemos una cédula de busca y captura por orden de un juez —comenté sacando la citación del bolsillo.

Baker desvió su mirada hacia uno de sus hombres en la escalera.

—Claro, no es el primero que llega a este pueblo en mi busca. Y dígame, ¿a qué se debe esta vez esa orden? —Baker parecía mofarse de nosotros.

—Usted cree que es el propietario de todas estas tierras al otro lado de la vega, si bien sabe que a ojos de la ley no lo son —acusé al señor Baker.

—Uh, claro que sí. Tengo las escrituras guardadas. El viejo Barrys me cedió sus terrenos en el 53, firmado entre testigos, claro.

—¿Usted cree que la autoridad se chupa el dedo, señor Baker? La palabra *re-ga-lar* —enfaticé el tono en aquella palabra— no es sinónimo de acosar, intimidar o robar, caballeros. En la siguiente orden, el juez le obliga a abonar el importe de los últimos cuatro años hasta el día de hoy con unos intereses ínfimos del treinta y cinco por ciento hasta un sesenta y seis por ciento, adicionando un cinco por ciento por cada mes retrasado de impago —leí punto por punto cada renglón de aquel mandato.

—Sabe que no pagaré una sola moneda. —Baker se apoyaba en la silla cómodamente hacia atrás, demostrando que tenía el control—. Quién me asegura que esa orden es genuina o incluso si aún tiene vigor. —Ambos clavamos la mirada uno en el otro; Lederman me miraba en un silencio incómodo—. Y por eso no verá usted ni un dólar, señor Duke. De lo contrario, nuestra agradable comunidad creería que ha intentado embaucarme. Y lo peor de todo, quién dice que esto no podría convertirse en costumbre.

—Bien, vemos que conoce sus derechos, señor Baker —dije mientras nos levantábamos de las banquetas y escurríamos las últimas gotas del vaso.

—Aunque una cosa sí haré, acompañaros a la salida. —Baker cogía el sombrero con una mano y hacía una reverencia chismosa hacia la salida—. Un placer charlar con ustedes.

—Tendrá suerte, señor Baker... —aportó Lederman con un tono coloquial, echando la cabeza hacia atrás— si no viene alguien más a por su recompensa. Es muy jugosa. Seguramente no lo tenga tan fácil como con nosotros.

Lederman, obviamente, lo había dicho como una broma destinada a aliviar la tensión del local, pero fue recompensado con miradas torvas y furibundas. Los hombres sonrieron y bromearon tapándose la boca con la mano.

Cuando pusimos un pie sobre el último peldaño del Sweet, el cuerpo de Lederman cayó redondo a la calzada. Bocabajo y tragando polvo. En la parte de atrás de su cabellera se podía ver claramente un tiro limpio que atravesaba sus entrañas. Los hombres se miraron unos a otros a través del humo de tabaco del local. Segundos después, un segundo tiro me alcanzó en la espalda, dejándome absolutamente vendido, de rodillas, frente a una muchedumbre que aguardaba en la calle.

—Seguro que sí, señores... —Baker alzaba el labio, ostentando una leve sonrisa—, pero la suerte no existe. Nosotros creamos nuestro propio destino. Ahora márchese, busque al juez —advirtió Baker— y dígame que si quiere mi cabeza, que venga él mismo a buscarla.



Washington D. C.

Enero, 1871

—Esa fue la última vez que vi a Frank antes de apoderarse de Oldwing, al igual que hizo en su momento con Font Spring. En ese momento, no relacioné que aquel tal reverendo Fred era realmente Frank Baker, ya que en ninguna ocasión llegué a encontrarme cara a cara con él. Sin embargo, sé que estuvo atormentando y atrayendo a una ingente cantidad de seguidores al valle.

—Y díganos, señor Lafayette, ¿qué le hizo cambiar de idea para ayudar a los jóvenes en su lucha contra los divinos? —volvió a preguntar el magistrado.

Capítulo 25

La cumbre

A las faldas del monte Evihan

Febrero, 1870

Las crestas hacia el sudeste de Oldwing eran las más bajas a la vista durante las dos primeras millas, aproximadamente, si bien, a última hora de la tarde del primer día, se elevaron las auténticas cimas y empezaron a bloquearles el camino. Eran mucho más altas que aquellas que separaban el valle del lago y que durante todo el invierno habían estado aguantando el peso del hielo y la nieve.

Esta vez el grupo se componía solo por doce hombres, únicamente doce de veintiséis valientes que salieron en su día de la colonia. Entre ellos se incluyen Morgan, Elwel y Abigail. Durante el leve e inicial ascenso, rodearon sin mera complicación las tres primeras crestas. Abigail los dirigió hacia el sudoeste para encontrar algunos lugares más bajos, huecos entre las rocas por donde pudiesen pasar con menos dificultad. Eso fue añadiendo distancia y horas a su viaje, pero al menos era una solución más fácil que abordar en esa maldita montaña. Sin embargo, en la cuarta cresta no se pudo dar un rodeo, y aquella era la primera y más importante cresta de otras muchas que se extendían en su arduo camino hacia el sudeste. Por lo que podían ver, debían de tener por lo menos setecientos metros de altura.

Habían estado dando tumbos durante horas sin saber realmente si aquel era el camino correcto.

—¿Estás segura de que este es el camino fácil? —preguntó Elwel a Abigail totalmente fatigado—. ¿Qué dice el mapa?

El mapa al que se refería Elwel no era más que un trozo de papel arrancado de un antiguo periódico local de hace tres años. Las letras estaban prácticamente borradas y Lafayette lo había usado para revelarles un camino oculto entre la montaña.

—Según las indicaciones del señor Lafayette, este es el camino correcto. Hay que subir, subir y subir. Y seguir subiendo —contestaba Abigail a su pregunta soportando el fuerte viento en su rostro—. Es el camino que debemos

seguir si queremos evitar cruzarnos con esas criaturas.

—¡Espero que no tardemos demasiado en llegar a la cima, señorita! — gritaba—. Tengo los pies absolutamente congelados —seguía hablando Elwel.

—Sí, yo también. —Abigail echaba la mirada atrás observando la cara de sufrimiento del resto del equipo.

Sus rostros de cansancio y desesperación, unido a la fuerte ventisca y el mal temporal, hacían que aquella travesía estuviese siendo un verdadero congojo.

—A estos hombres no les quedan ya muchas esperanzas. Intentemos darnos prisa —comentó Elwel.

Cada pausa de más de unos pocos minutos significaba que los hombres iban perdiendo más y más fuerzas. Aquel equipaje que cargaban a sus espaldas les serviría de utilidad una vez consiguieran llegar a la cumbre para crear una pequeña base estratégica antes de asaltar la fortaleza del reverendo, pero eran inútiles y contraproducentes en la subida.

Ya casi sin fuerzas, decidieron aligerar la carga acabando con unos zurrone y cajas de suministros aún más pesadas que el señor Lafayette les había proporcionado. El viento volvía a arreciar y cada vez el frío se introducía más profundamente en sus huesos. Vacilaron durante más de treinta minutos, pero para Elwel todo servía. No quería deshacerse de nada. Sin embargo, Morgan quería dejar atrás prácticamente todo, excepto la ropa de invierno. ¡Y no es que no llevaran ropa puesta! Abigail llevaba cuatro capas de ropa interior y una zamarra de fuerte piel de vaca, unas botas altas con lana en su interior y las manos enfundadas con dos guantes gruesos. El resto también vestía ropa similar. Pero allí arriba, tanta ropa nunca era suficiente. En un principio decidieron no abandonar nada en aquella estrecha parada, pero al avanzar doscientos metros se dieron cuenta de que la cresta era muy empinada y escarpada, quizás la más alta de las que habían subido.

Esta vez, Abigail no lo pensó más y, echando un suspiro de angustia, soltó los zurrone de su espalda y los apoyó en un risco. El resto de los hombres reaccionaron de la misma manera. Elwel iba el primero, apartando la nieve de la ruta. Cuando se sintió solo, echó la vista atrás y vio a todos descansar unos pasos tras él.

—¿Qué se supone que estáis haciendo? —quiso saber Elwel desde la lejanía.

Pero nadie contestó, todos se le quedaron mirando.

—¡Vamos! —insistió.

De nuevo nadie reaccionó. Con las mismas, Elwel se giró por completo y empezó a desandar el camino hasta ellos. Abigail estaba agachada en cuclillas

rebuscando en su zurrón. Elwel se colocó a su altura y la miró. Una simple mirada sirvió para ver que debían abandonar cosas inútiles si no querían morir allí congelados.

Tras dejar atrás gran cantidad de peso inútil, solo se quedaron con munición, víveres para dos días como mucho y pertrechos para acampar en la cima. Siguieron avanzando sin más complicaciones que el propio temporal, pero a cada subida el terreno se convertía en un laberinto insensato de nieve áspera, rocas escarpadas y gigantescos bloques de piedra caliza. Un laberinto que debía ser atravesado antes de empezar a trepar de verdad. El hecho de trepar en sí no era lineal, sino un recorrido tortuoso lleno de avances y retrocesos, una búsqueda constante de apoyo para los pies en un hielo traicionero o de lugares donde agarrarse en un bloque que podía disgregarse en cualquier momento. Quizás la nieve era el elemento menos peligroso del lugar, ya que dibujaba el contorno de elementos a esquivar.

Avanzaron en zigzag, en ridículas diagonales, mientras trepaban, pasándose las pesadas cargas unos a otros, apartando la nieve y el material que podría desprenderse para crear escalones y huecos y, en general, intentando no caerse o que se les cayese algo encima. No había descanso para el grupo, ni siquiera en la cima de aquellas crestas, ya que relajarse durante un minuto implicaba que cuatro capas interiores y exteriores de ropa empapadas de sudor empezarían a congelarse.

—¡Cuidado! —gritó uno de los muchachos.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Elwel.

—Debemos andar con precaución a partir de aquí. Miren esto —indicaba con el dedo a un fino y transparente hilo que cruzaba de lado a lado en el intuido sendero.

—¿Una trampa? —añadía Abigail, que se unía por detrás.

—No estoy seguro, pero une algo desde ambos extremos. Debéis estar atentos, no sabemos si encontraremos más —contestó.

No dieron demasiada importancia a aquel hilo, que en un principio podría ser una trampa para animales de caza menor. Cuidadosamente, saltaron aquella celada y continuaron baldados su curso. El viento volvía a hacer de las suyas y silbaba con fuerza. A su vez, traía el frío, y la ventisca envolvía sus cuerpos sumidos en un *tirititeo* constante. Sus dientes no paraban de castañear, produciendo un sonido que aislaba sus mentes del inmenso silencio del que era dueña la montaña.

—¡Cuidado! —volvió a gritar uno de los muchachos.

—¿Qué ocurre esta vez? —solicitó Elwel.

—Parece otra trampa, aunque para un animal mucho más grande esta vez —

añadió.

—¿Animales? —habló Morgan—. No hemos visto ni una simple alimaña desde que subimos la ladera.

—Quizás alguien quiera protegerse de los osos... —sugería Abigail.

—No, no lo creo. Las trampas están situadas a lo largo del camino, pero no en nuestra dirección, sino en la de salida. Estas trampas no están aquí para impedir la entrada, sino para evitar la salida.

De nuevo, con más sutileza aún, esquivaron todas las trampas que encontraron en la última subida a la cima. No quisieron descubrir qué ocurriría si las activaban. Ya iban con retraso y estaba anocheciendo.

Por fin alcanzaron la cúspide. Desde aquel lugar se podía otear todo el horizonte, si la neblina no lo impedía. Las vistas eran hermosas a la vez que peligrosas. Desde la aguja de la montaña podían apreciar la enorme arboleda que separaba Oldwing de Pigstone. La vista era tan impresionante que todos se acercaron al borde para observar la caída. Sus caras de asombro indicaban que nunca habían visto algo tan admirable.

Pero no había tiempo que perder, debían buscar un lugar lo más refugiado posible del viento, desempaquetar las cosas, encender las lámparas, hacer fuego y colocar las tiendas antes de que anocheciese completamente. Se habían traído multitud de mantas y talegos de dormir. De comida, únicamente habían dejado en las zamarras algo de sopa y cerdo enlatado que, por lo menos, tenía unos seis años de envasado.

La temperatura del ambiente cuando llegaron a la cumbre era, por lo menos, de catorce bajo cero. La luz resultaba enternecedora; menguaba poco a poco a cada segundo que miraba hacia abajo, pero el cielo estaba tan iluminado como si fueran las ocho de una noche de verano.

A la luz de la Osa Menor formaron el campamento. Decidieron alternarse: mientras unos hombres montaban las tiendas otros debían moverse sin cesar, agitar los brazos y las piernas y dar patadas con los pies para evitar que las extremidades se congelasen. Colocaron un fuego en el centro y varias mantas colgadas de risco a risco cortando el viento. A su vez, asentaron varias frazadas alrededor de la hoguera y situaron horizontalmente sus talegos para proceder a dormir. No era necesario que nadie hiciese guardia. «¿Quién iba a subir allí arriba?», pensó la joven Abigail.

No tardaron en tumbarse y acurrucarse bajo el precioso manto estrellado que dejaba ver la niebla. Esta estaba baja, y aunque no se podía ver a tres palmos de tu propia nariz, el cielo estaba totalmente despejado de nubes.

Una vez todo el equipo se introdujo en sus talegos, Abigail se acostó totalmente vestida y se arrojó con otra manta más la cabeza. Podía observar el

fuego, que aún estaba encendido, a través de la tela. Aquella luz le aportaba cierta tranquilidad, le hacía sentir segura.

Durante la medianoche, la luz se convirtió en cierto crepúsculo, de modo que se veían todas estrellas y la luz nunca desaparecía. Ni tampoco el frío. Sin moverse ni ejercitarse ya, el cuerpo estaba indefenso contra el frío, que penetraba a través de la abertura del talego, demasiado grande, y que se introducía desde la nieve a través del forro de piel de oveja que tenían debajo, traspasando las gruesas mantas del grupo.

Los dolores debidos a los esfuerzos realizados durante el día empezaban a emerger. A su vez, agujetas y malestares les impedían coger el sueño. Abigail no era una joven que se quejase mucho; sin embargo, otros hombres más rudos que ella se lamentaban desde sus petates. Los gimoteos de sus compañeros evitaban que la joven alcanzase el sueño, y el frío no ayudaba, por lo que decidió rebuscar en su zamarra en busca de láudano que pudiese aliviar sus dolores.

Temblando más que nunca, con la nariz y las mejillas ahora entumecidas también, al igual que los dedos de pies y manos, Abigail se enroscó más metida aún en su talego y rezó para que llegase el sueño, mas no llegó. Poco más de dos horas después, una voz ajena al grupo pegó una tremenda voz.

—¡Ehh! ¿Quién anda ahí? —Aquella voz retumbó en toda la montaña—. No estoy loco. No es real —decía una y otra vez en voz baja.

Todos escucharon aquel grito, pero nadie sacó la cabeza de sus talegos.

—¿¡Quiénes sois!? —gritó de nuevo—. No estoy loco, no es real. Es solo una ilusión —repetía una vez más—. ¡Desapareced! —volvió a pregonar—. Céntrate, por el amor de Dios, no es real.

Esta vez, tres de los hombres de Elwel se pusieron de pie en sus petates con unos cuchillos enormes, con los cuales seguramente habían dormido con las manos enguantadas. Elwel también había salido de la tienda. Iba completamente vestido a excepción de las botas, y agarraba con fuerza una pistola sin amartillar en la mano. Abigail abrió los ojos pese a que no salió de la talega, pues pensó que aquella revuelta no sería nada.

Detrás de una pequeña tempestad asomaba una silueta alargada y bastante voluminosa. Parecía tener mucho mucho pelo y una cabeza enorme. Caminaba erguido, por lo que no podía ser una de aquellas bestias. Además, había hablado con voz humana...

Tras unos breves instantes, el individuo desapareció por completo. La neblina ocultó su figura haciendo extrañar al equipo, que miraba impactante, y esta, al igual que lo hizo desaparecer, lo hizo aparecer.

—¿Quién es usted? —gritó Elwel preguntando con tono desafiante. Aquella figura se detuvo al oír la voz de Elwel. La situación era lo más parecida

a un duelo. Ambos se miraban fijamente uno a otro esperando un leve movimiento sospechoso para disparar. El tiempo quedó congelado durante unos instantes, al igual que los pies de Elwel, quien no llevaba el calzado puesto.

Nadie contestó a la pregunta de Elwel. El grupo se miraba uno a otro sin soltar sus armas. Con ellas, el individuo volvió a avanzar lentamente por el espesor de la nieve. No dio ni quince pasos cuando volvió a detenerse.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó de nuevo el desconocido—. No estoy loco, no es real —repetía incesantemente a sí mismo en voz baja.

—No queremos problemas, solo estamos acampando para pasar la noche y refugiarnos de la tormenta —Elwel parecía querer entablar una conversación.

—¿Cuántos son? —solicitó el desconocido.

Elwel, con mucho cuidado de no tropezarse con las dobleces del talego, sacó los pies y comenzó a caminar hacia el foráneo. Era extraño aquel comportamiento en Elwel, ya que nunca destacó por su valor, pero por fin se había dado cuenta de que debía tomar las riendas del grupo si querían sobrevivir.

—¡Espera! —Morgan le sujetó del brazo—. ¿Enserio te vas a acercar? —su cara estaba helada, completamente blanca, aún con el pelo aplastado de dormir de lado en el petate.

Elwel le miró, Abigail también le miraba. Nadie decía nada. Esperaban una acción.

—Es solo un hombre —contestaba Elwel muy seguro de sí mismo—. ¡Somos una docena! —contestaba segundos después.

—¿Van armados?! Si no, deberían hacerlo. ¡Este lugar es peligroso! —aquel extraño intentaba avisarles de algo—. ¡Si realmente no buscan problemas, darían media vuelta y volverían por donde llegaron!

Aunque su voz no lo pareciese, aquel hombre parecía tan asustado como ellos mismos, y tan sorprendido de ver a alguien que un niño el día de Navidad al abrir los regalos nuevos.

—¡Lo siento, caballero, pero no podemos volver, tenemos un objetivo que cumplir! ¡No retrocederemos ni un solo paso! —Elwel volvía a desafiar al desconocido, apoyado ya en su mayoría por el resto de hombres.

Ambos cada vez estaban más cerca el uno del otro. Aquella silueta dibujada en la bruma de la montaña dejaba ver los extraños ropajes del individuo en cuestión. Ofrecía un aspecto peculiar, apagado y silencioso. Calzaba unas botas muy altas, con cordones gruesos que se enrollaban desde la solapa hasta la propia suela. Se veían bien apretados. En las punteras, unos fuertes hierros hacían de piolets, útiles para la escalada. Echando la mirada más arriba, el sujeto se abrigaba con bastantes capas de ropa interior, haciendo que su volumen se multiplicase por dos, abultando un hombre mucho más corpulento de lejos. Por

encima de los andrajos de ropa que llevaba, presumía de una chamarra de piel de lobo gris (con cabeza incluida) a la que le faltaban los ojos, pero no los dientes, a excepción de los colmillos. Las manos también las llevaba cubiertas y enfundadas por unos guanteletes hechos por él mismo, parecía ser, con cuero y partes de trapos y harapos.

—Es curioso, ya que por aquí solo hay un camino, y es directamente al interior de una de las galerías principales de la mina —comentaba aquel hombre—. Y vosotros no tenéis pinta de mineros.

—Nos dirigimos a la parte suroeste de Oldwing. Nos indicaron seguir esta ruta para llegar de una forma segura, evitando así las extrañas criaturas que últimamente frecuentan la zona. —Elwel empezaba a tiritar, cogiendo frío por los pies descalzos en la nieve.

—¿Los *wendigos*? —aquel hombre parecía entender muy bien qué eran aquellas criaturas tan viscosas.

—¿*Wendigos*? —interrumpía Morgan—. Conozco esa historia, si bien nunca creí que fuesen reales.

La expresión facial del foráneo cambió por completo. Parecían estar en el mismo bando.

—Venid conmigo, os enseñaré algo —dijo el extraño con premura.

El grupo volvió a mirarse. Dudaban si acompañarle, pero ¿qué otra opción tenían? Un simple gesto de Elwel sirvió para poner en marcha a los muchachos.

—Además, hace años que no recibo visitas. Es un lugar muy apartado... —comentó.

Rápidamente recogieron los talegos de dormir del suelo, desataron todos los vientos de todas las tiendas de campaña y enrollaron las mantas. El viento aún soplaba con fuerza y el frío no cesaba. Por lo menos quedaban unas tres horas para amanecer, mas no se veía ni rastro de *wendigos* por encima de la montaña. Podría ser que no les gustasen las alturas.

Abrumada por la dimensión de la situación, Abigail se sentía indispuesta. A cada paso que avanzaban, algo nuevo y más complicado se les venía encima. Hastiada, se sintió tentada de quedarse en el sitio y dejar que la nieve cubriese completamente su cuerpo para descansar de una vez por todas, ya que no merecía la pena seguir avanzando. Sin embargo, sin saber bien por qué, recordó aquella frase que tanto repetía el reverendo en sus misas: «Vivir es sufrir, pero sobrevivir es buscarle el sentido al sufrimiento». Con esas palabras recobró la cabeza y reflexionó brevemente sobre su verdadero objetivo: encontrar a su madre y sacarla de ahí. Reunió las pocas fuerzas que le quedaban, se reincorporó, se sacudió la nieve que se había acumulado en su ropa y acompañó al resto.

Según iban dejando rodadas en la nieve en fila india, se iban encontrando un terreno más rocoso y con menos nieve donde se dejaba ver la vegetación, llegando así a una entrada y salida natural de aire. Aquella grieta de no más de tres metros de ancho albergaba en su interior una enorme cámara sujeta por pilares que daban paso a una galería mucho más amplia, utilizados en su día como abertura de escombro. Casi sin ventilación y sin luz, aquel lugar parecía estrecharse y dividirse en múltiples caminos laberínticos de roca, ahora sí, húmeda. Era raro ver aquel cambio brusco de tipología de sustrato en tan solo unos metros de profundidad.

Aquel hombre los dirigió por uno de los senderos. No era el más ancho ni el que menos charcos tenía por culpa de las filtraciones de la roca, pero sí que era un pasillo único. Las paredes tenían unos extraños símbolos marcados de un color ambar en la roca. Parecía ornamentado por personas humanas. Aquellos símbolos eran runas, símbolos realizados por los antiguos.

Los chicos no le dieron una gran importancia, aunque sí se fijaron en cómo aquel hombre sabía moverse en la oscuridad; no utilizaba ninguna antorcha ni parafina, solo sus manos. Aprovechando la más mínima rendija de luz que se perdía del exterior, consiguió en apenas unos segundos dejarlos muy atrás.

Al final del *pasillesco* atajo entre pilares y puntales renacía una enorme caverna de más de treinta metros de altura. Ahí sí había luz, creada por velas de aceite elaboradas por él mismo con algún animal de la zona. Alumbrando apenas aquel extraño lugar, se podía apreciar basura y residuos acumulados en los salientes de la pared, en los huecos y en las esquinas, lo que evidenciaba que el foráneo llevaba bastantes años sobreviviendo en aquel lugar.

Al fondo de la caverna se podía observar un cortado al que daba pánico asomarse; tenía bastante caída y el eco se apoderaba de toda la oscuridad, acompañado de extraños aullidos y demás ruidos no reconocibles.

—¡Mirad este lugar! —sugería el desconocido—. ¿No os parece espléndido?

—¡No hace nada de frío en este sitio! —interrumpía Abigail.

—Frío no, pero hace muchísima corriente. ¿Y ese maldito hedor? —comentaba Morgan—. ¡Apesta!

Capítulo 26

El Arca de la Alianza

En la cima del monte Evihan

Febrero, 1870

—Mirad, hace aproximadamente veintiséis años —contaba el foráneo—, cuando se llevó a cabo la segunda reapertura de la mina, la compañía minera asociada a la del ferrocarril CORE INC. S. L., excavó más y más profundo. —El desconocido se acomodaba en el suelo, entrelazando sus piernas—. Encontraron un lugar que nunca debían haber encontrado. ¡Encontramos! Mejor dicho... Me incluyo entre ellos, ya que éramos unos ciento quince mineros y jornaleros en la veta. Nuestra avaricia se topó con un lugar único que albergaba un enorme poder que no cualquiera podría apreciar.

»Aquel lugar protegía algo que en su día tuvo muchos nombres. Algo que no siempre estuvo en este mismo sitio, algo que ha ido cambiando de mundos, países y religiones. Algunos los llaman la Roca Ígnea, otros el Arca de la Alianza y muchos tantos el Trono de Dios o, incluso, Pandora —continuaba el desconocido—. Se dice que aquel artefacto tiene grabado en su interior todos los lugares por los que pasará el arca. Además, ilustra todos los cataclismos y desastres ocurridos hasta la fecha y también los que están por ocurrir. El arca siempre aparece en los lugares donde está a punto de suceder algo atroz y despiadado que hacía reflexionar y replantearse al hombre la fe y la moralidad sobre Dios. Todo lugar donde aparece el Arca, acaba sumido en ríos de sangre...

»Aquel cofre en sí mismo medía dos codos de largo, un codo de ancho y otro de alto. Estaba hecho de madera de acacia, revestido de oro puro tanto por dentro como por fuera. Era coronado por un artístico borde de oro en forma de guirnalda. La segunda parte del arca, su cubierta, estaba hecha de oro macizo (no meramente de madera revestida) y tenía la misma longitud y anchura que el cofre. Sobre esta cubierta había montados dos querubines de oro de labor a martillo, uno a cada extremo de la cubierta, con sus rostros vueltos el uno hacia el otro, las cabezas inclinadas y las alas extendidas hacia arriba. A cada lado longitudinal, engarzaba dos enormes barras también de oro macizo a modo de mango para poder transportar el arca de un lado a otro. Por último, cubriendo en

su totalidad el arca, un enorme velo transparente lo recubría, impidiendo siempre el contacto directo con el cofre.

»En su interior había algo que nunca deberíamos haber visto: las dos tablas del testimonio o los diez mandamientos, como nosotros las conocemos. Junto a ellas ,la jarra de oro que contenía el Maná y la vara de Aarón, la cual no era más que un garrote seco de almendro que en su parte superior alojaba lo que catalogan por piedra ígnea. Dicen que da todo su poder a quien la posee.

»Siguiendo el hilo cronológico de las inscripciones interiores del Arca, la reliquia fue mandada construir por Moisés y fue usada en la conquista de Canaán. Con ella, Josué consiguió abrirse paso en las aguas del Jordán. Durante una cruenta guerra contra los filisteos, fue llevada al campamento israelita con el objeto de levantar la moral de los guerreros. Sin embargo, después de una trágica derrota del pueblo hebreo, los filisteos la tomaron como un valiosísimo trofeo, dando lugar a un verdadero luto en todo el país de Israel.

»Años más tarde, fue llevada al templo de la gigantesca estatua del dios Dagón en Asdod. Este quedó postrado delante del arca, solo, pero apareció decapitado y sin las manos, a lo que siguió una ola de estragos, desastres y plagas azotando todo el país. Los filisteos, horrorizados por aquellos sucesos, dejaron que el arca fuese a la deriva y siguiese su propio rumbo en un carro tirado por dos bueyes sin ningún destino.

»Sin embargo, el arca fue nuevamente encontrada y colocada esta vez en un lugar seguro y secreto después de la invasión. Aunque, según otras leyendas, se dice que no fue así y que el arca es la caja de Pandora, la cual portaba en su interior una vasija en la que los dioses habían encerrado todos los males y que, por mera curiosidad, una mujer abrió la caja y su fatal contenido se diseminó por nuestro mundo. Así es como surgieron las enfermedades y demás calamidades que aquejan al género humano. Pandora, asustada, cerró rápidamente la caja, pero en su interior solo quedaba la esperanza. Según el mito, a nosotros los humanos solo nos queda la esperanza de superar con esfuerzo todos los males que nos apesadumbran, hacerlos volver a la caja y encerrarlos para siempre.

»Ese fue el último resguardo conocido del Arca, cuyo lugar secreto pareció ser nuestra mina en Oldwing. Algunos de nosotros se volvieron completamente ajenos a sí mismos al ver aquel artefacto. La locura invadía las mentes de los hombres, la radiación que emanaba de aquella roca era algo único e inexplicable que hacia reaccionar a los obreros de formas extrañas.

»La caja corrompió nuestros instintos. El artefacto te invitaba a su jugoso deseo. En consenso, se decidió que lo mejor sería mantener aquel lugar sellado y el Arca en secreto, en completo anonimato. No obstante, no era tan fácil desprenderse del arca; su poder te atraía, inundaba tus pensamientos y creaba

alicientes de poder en el corazón de la gente.

»Pasamos días, semanas e incluso meses sin salir de la mina. Nadie quiso separarse de ella. Nadie se fiaba de nadie. Una extraña maldad penetraba en nosotros. La desconfianza saturaba la desesperación. En poco tiempo, la mina quedó sin recursos y sin ayuda del exterior, ya que en el pueblo solo quedaban mujeres y niños.

»El hambre y la sed empezaron a hacer mella en el grupo. Numerosos obreros se dispersaban por la mina sin alejarse demasiado de la vista del resto. Durante los primeros meses, los mineros echaron a suerte quién sería el siguiente en sacrificar partes de su propio cuerpo para alimentar al resto. Un brazo, incluso una pierna servía para alimentar a la prole. La depravación absoluta, unida al hambre y la agonía, mostraba la cara oculta del prójimo, capaz de sobrepasar nuestros propios límites. La mina acabó hundiéndose con el tiempo, las entradas a aquella galería quedaron lacradas y junto a ella, nosotros. Hubo quien consiguió escarbar hacia las bóvedas superiores, entre ellos yo. Acabé perdido entre los túneles de vaciado, sin luz ni comida ni agua, buscando una salida desesperadamente. Aquel lugar se convirtió en un jodido infierno.

»Creo que pasé semanas, o incluso meses, desorientado entre la oscuridad. No puedo saber cuánto tiempo. Perdido, acabé volviendo a la galería de la mina, pero aquellas personas ya no eran quienes eran al principio. Sobrevivían comiendo sus propios excrementos y lamían la roca para extraer las pequeñas filtraciones que supuraban los muros. Sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad, sus sentidos se habían afinado hasta el límite humano y sus necesidades básicas se habían apoderado de la situación. ¡Se habían comido hasta su propia ropa!

»Con el tiempo, abandonaron su forma humana. Ya ni siquiera caminaban a dos patas, sino a cuatro. Trepaban por las paredes con unas enormes uñas que incluso arañaban el mismísimo cuarzo. Su sed de sangre los había convertido en unas bestias feroces sin piedad, atacaban a cualquier cosa que se movía, incluido a ellos mismos. Se convirtieron en los guardianes de Pandora, si bien, y por necesidad, no tardaron en abandonar aquel lugar sagrado en busca de nuevas presas.

»Hace aproximadamente ocho años se volvió a reabrir la mina, aunque esta vez la situación fue diferente. Volvieron a encontrar Pandora, y alguien supo controlar ese poder. Trasladaron el arca fuera de la mina, seguí sus pasos, evitando a los *wendigos*, quienes se percataron de la falta de poder de la piedra ígnea. Lo último que pude saber del artefacto fue que lo sellaron en un fortín subterráneo al sur de aquí, donde nadie tiene acceso.

»Sin embargo, el artefacto en sí no tiene ningún poder por sí mismo, si

bien es cierto que solo su presencia aporta preeminencia y superioridad al que lo posee. No obstante, la roca ígnea desprende un haz que puede persuadir e inclinar la razón a cualquiera que sea expuesto a ella. Aún no se conoce ningún material que tenga esas capacidades tan místicas. Quizás por eso los antiguos la encerraron en aquel arca dorada, para evitar que cualquiera pudiese hacer más daño a sus semejantes.

»Llevo viviendo más de un cuarto de siglo en esta cueva, y he visto reproducirse y crecer a esas criaturas. He visto la maldad que emana a quien se acerca al artefacto. En principio, soy responsable de aquella situación, por lo que decidí convertirme en el verdadero guardián de Pandora. Mi misión ahora es encontrarla y esconderla en algún remoto lugar al que nadie consiga llegar nunca.

—Sabemos quién está usando el poder de Pandora a su favor —comentó Abigail.

—Se hace llamar el reverendo. Nosotros también queremos disolver esa maldita secta —dijo Elwel.

—Y yo necesito recuperar a mi madre, lleva retenida por los divinos desde el inicio —comentaba Abigail.

—Sí. Veo que somos muchos y que cada uno tiene sus propios objetivos e intereses, aunque a todos nos une algo. Por eso debemos unificar nuestras fuerzas para conseguirlo.

—Cuenta conmigo —aseguraba Morgan.

—Y conmigo —comenzaron a decir todos a la vez.

—Pero ¿cómo entraremos? Somos pocos y todo está amurallado —dijo con sensatez Elwel.

—Los muros solo son la mitad de vuestros problemas. No será fácil entrar, pero tenemos dos opciones. La primera: bajar la cresta y caer justo encima del palacete, junto a los barracones. Estaremos muy expuestos a cualquiera que nos vea. No la recomiendo —el desconocido planeaba una estrategia de entrada_, ya que estaremos demasiado expuestos a esos malditos. La segunda, no mucho mejor que la primera, también delega un gran riesgo, ya que atravesaremos la mina desde la bóveda de los cristales hasta los túneles de vaciado. Todo lo que han construido se encuentra por encima de la veta. Ese será un buen lugar donde salir a la superficie. Me conozco a la perfección todo el yacimiento. Si destruimos los pilares y apuntalamientos que sujetan los túneles de vaciado, haremos que la presión del agua ceda las bóvedas, creando un enorme agujero por el que salir a la superficie, exactamente en el suelo del fortín.

—Pero eso... ¿llamará demasiado la atención? —preguntaba con un tono inseguro Morgan.

—Eso está claro, pero el agua de los túneles cubrirá nuestras huellas. Ahí tendremos tiempo de distracción, tiempo más que suficiente que espero que sepamos aprovechar. En el fortín encontraremos la poca resistencia que haya dentro —contestaba muy confiado de sí mismo aquel desconocido.

—Sí, el plan es bueno para recuperar el arca, pero... ¿y liberar al pueblo? Necesito encontrar a mi madre. —Los verdes ojos de Abigail comenzaban a brillar de ternura.

—No te preocupes, chica. Sin la roca ígnea no tienen poder. Una vez les arrebatemos la vara, os será fácil recuperar el control del pueblo y devolverle su antiguo esplendor.

—¡Vamos! —Elwel intentaba subir el ánimo al grupo—. ¡No hay tiempo que perder!

Todos se miraron unos a otros. Aquel foráneo parecía saber lo que hacía. En un principio, Abigail creyó que se trataba de un loco y que aquello podría ser una matanza, pero ¿qué otras alternativas tenían?



La decisión fue clara. Todos se pusieron de acuerdo y no vacilaron durante demasiado tiempo hasta la puesta en común. El plan era sencillo: aprovechar los túneles interiores para acabar llegando al fortín. Lo que ocurriese allí dentro sería un misterio, ya que nadie había entrado nunca ahí.

Salir esa misma noche era demasiado precipitado. Aprovecharon su estancia en el interior de la gruta para acomodarse, descansar y preparar todo el armamento. Llevaban dinamita conservada en telas húmedas, las cuales debían ir empapando cada cierto tiempo. Por otro lado, aún tenían algo de comida enlatada y cuatro petacas llenas de agua y algo de Bourbon.

Al día siguiente iniciaron el viaje. No sabían qué hora era, ya que en aquella caverna no había luz natural. Siguieron los pasos del foráneo durante horas. Ya en el exterior, la travesía se convirtió en un suplicio. Pese a que sus estómagos habían recibido algo antes en el campamento, no era ni mucho menos suficiente. El camino era largo, escarpado y complicado. La debilidad que el grupo sentía en sus piernas iba en aumento. Aunque había dejado de nevar, el viento arreciaba. Abigail apenas tenía sensibilidad en los dedos de los pies, que le dolían como si se los hubieran amputado, y sus manos enrojecidas y agrietadas suplicaban algo de calor. Sobre todo, estaba cansada, necesitaba tumbarse y acurrucarse en un cálido lugar, pero no quedaba tiempo para eso. De

nuevo, el camino se ahondaba hasta el interior de otra gruta.

—¡Vamos, Abigail, no te quedes atrás! —ayudaba Morgan a la joven Abigail.

—¡Vamos, la entrada está cerca! —perfilaba el desconocido con el dedo a una oscura grieta que aparecía en el suelo.

Una vez más, aquel lugar daba miedo. La oscuridad emanaba de aquella grieta aumentando su pavor. Un profundo pozo se alargaba durante más de tres millas a pie en un terreno no llano repleto de pendientes y altibajos donde la mínima roca desprendía el sustrato más superficial, provocando que el camino fuese lo más incómodo posible para el grupo. Y por si eso fuese poco, aquel tremendo y asqueroso hedor los acompañaba a lo largo del oscuro camino.

Pese a que el grupo no se separaba, sabían que si se mantenían juntos en la oscuridad llegarían a salvo al final del túnel, luz que ya se empezaba a filtrarse levemente entre las superficiales capas del sustrato.

—¡Vamos, no os detengáis! —seguía animando el desconocido.

Por fin, el grupo y el desconocido habían llegado al punto indicado, el sitio perfecto donde entrar a la casa del Señor, el único lugar al que uno no quiere entrar, sino salir. Aquella bóveda era frágil. Si conseguían romper los puntales del túnel, el techo cedería, creando una abertura natural por la que adentrarse al fortín.

El equipo comenzó a golpear con fuerza los pilares. A Elwel le sudaban las manos y tuvo que quitarse los guantes. Morgan y Abigail, más ingeniosamente, ataron una cuerda a uno de los puntales y entre varios de los hombres tiraron con fuerza como si de mulos se tratasen. Dieron varios impulsos hasta que la piedra empezó a resquebrajarse. El tiempo corría en su contra, y al desconocido le pareció raro no encontrarse con ningún *wendigo* durante toda la estancia en el túnel. Sabía que algo no iba del todo bien.

La bóveda no tardó en ceder. Todo el techo empezó a hundirse. El escombros y el polvo envolvían todo el lugar y ellos se tapaban la boca con sus propias ropas para evitar tragar todo el tizo del derrumbe. El ruido fue tremendo, tanto que hizo temblar los cimientos de alrededor. Era el momento: debían adentrarse y salir lo antes posible, antes de que el reverendo movilizase a todos sus seguidores.

Capítulo 27

Odio

Las puertas del fortín no tardaron en abrirse desde dentro. El sonido de las poleas metálicas rechinaba en todo el reductor. Abigail y el grupo corrieron y corrieron por los ostentosos pasillos de cemento sobrecargados de elementos religiosos no solo de aquella doctrina, sino de doctrinas extranjeras, incluidas el hinduismo, el budismo, el islam... Al parecer, todas aquellas doctrinas tenían algún elemento en común.

Aquel lugar era enorme tanto en altura como en profundidad y, como si de un laberinto se tratase, dividía diferentes pasillos en intersecciones idénticas. Era difícil orientarse en aquel sitio si no se conocía bien la estructura. Estaba lleno de recovecos y cajas apiladas a ambos lados de las paredes, escasa luz y hacía un frío tremendo. La corriente en el conducto empujaba incansable las figuras del grupo, cuyo silencio inquietante únicamente dejaba paso a los quejidos de Abigail.

Sin embargo, el desconocido se adentraba y saltaba entre las cajas del lugar. Al principio, el grupo creía que aquel hombre avanzaba sin conocimiento alguno y que corría por correr, ¡pero no! Él sabía moverse como si ya hubiese estado allí. Era como si la magia de aquel artefacto le atrajese.

—¡Maldita sea! ¿Por dónde estamos yendo? —preguntó Elwel confuso al resto, sin dejar de correr.

—¡Vamo! Es por aquí, ¡lo intuyo! —contestó con firmeza el desconocido.

—No puedo seguir corriendo, los pies me están matando —volvía a quejarse Abigail, creando cierta distancia entre el grupo.

—¡Vamos, vamos! ¡Estamos cerca! —siguió animando el desconocido sin parar de correr.

El lugar parecía no tener fin, pero, sofocados, llegaron al final de aquel laberinto. Una enorme puerta en forma de arco de media punta dejaba ver una sala enorme, cuadrada, con decores en las paredes y un pozo en el centro formando un hexágono. En su interior se encontraba el arca, sumergida en agua. Un agua tan clara y transparente que incitaba a beber de ella.

—¡Pero qué cojones! —se sorprendió Elwel al ver aquel lugar.

—Vamos, no hay mucho tiempo. Hay que sacar el arca de ahí —comentó

el desconocido.

—¿Cómo piensas hacerlo? —preguntó Abigail—. Eso debe pesar un quintal.

—Hay que sacarla del agua. No podemos abrir el arca ahí, el agua estropeará su contenido —contestó el desconocido.

Apoyado en el borde del pozo, el desconocido se adentró de un salto a su interior. La altura no era demasiado alta y el agua amortiguó la caída. Esta le tapaba por completo, aunque por pocos centímetros. Una vez dentro, con fuerza y con las manos desnudas, amarró varias cuerdas en ambas asas del arca. El color dorado de la misma reflejaba tanto la luz que deslumbraba a quien la mirase de frente. Fuera del pozo, el desconocido contaba con la fuerza de ocho hombres y dieciséis manos para tirar de ella hacia arriba.

—¡Tirad! —gritó el desconocido con fuerza desde el agua mientras empujaba y controlaba que la pesada caja no cayese hacia los lados.

Los muchachos se limitaron a tirar lo más fuerte posible de las cuerdas y daban pequeños pasos hacia atrás. Aquel armatoste pesaba más de lo que podía parecer en un principio. Mantuvieron el arca en vilo durante varios minutos.

—¡Vaya! ¡Vaya! —intervino una voz conocida—. De nuevo la entrometida y joven Cassei.

Aquella voz le resultó familiar. Abigail ladeó la cabeza hacia el pasillo por el que habían entrado y ahí estaba él. Al ver al reverendo, la joven quedó ligeramente atónita, e impactada soltó la cuerda. La fila de hombres que tiraba de la cuerda se tambaleó al dejar de recibir tensión suficiente. El arca cedió unas pulgadas hacia el pozo. La cara de Abigail quedó pálida, las facciones de su rostro no mostraban ninguna expresión más que la del horror. En sus ojos se podía observar la desesperación y la angustia.

—¡Tirad! ¡No soltéis! —ordenaba Elwel al resto.

—Veo que no lo has pensado bien, Abigail.... —El reverendo se acercaba cada vez más al grupo en pequeños y lentos pasos—. No te das cuenta. Cada vez que intentas ayudar a alguien, este sale mal parado. ¡Si realmente quisieras salvar a toda esta gente, simplemente te largarías! —aumentaba el tono de voz, sugiriendo amenaza.

—¡Frank! —gritaba Morgan, sin soltar la cuerda—. Déjala. No la mires a ella, mírame a mí.

—¿Morgan? —El reverendo desviaba su atención hacia el joven—. Volvemos a encontrarnos... Veo que últimamente solo te rodeas de inútiles.

En ese momento, Morgan soltó la cuerda. El grupo se volvió a tambalear, esta vez de tal forma que la gravedad empujó el artefacto hacia el fondo del pozo de nuevo. Las cuerdas rozaban el borde de la oquedad, deshilachándose. Los

sudores hacían escurrir las manos del grupo. En el foso, el desconocido aguantaba el peso a más no poder.

—¡Vamos, tirad! —exasperaba Elwel.

Los suplicios de Elwel desmoralizaban a los hombres. Además, empezaron los primeros pinchazos y dolores por los esfuerzos.

—¡Marchaos! Abandonad este lugar. No podréis evitar lo inevitable. El fin está cerca y debemos actuar cuanto antes —gritó el reverendo.

—Santo Dios, esto es una maldita locura. No existe ningún final ni ningún apocalipsis. Estáis matando a toda esta gente sin ningún motivo. ¿Cuánto más podrá durar esto? Si no somos nosotros, vendrán otros —Elwel se incorporaba a la conversación.

El arca estaba a punto de caer, su peso rozaba mucho los amarres.

—¿Dios? ¿Qué Dios? Es evidente que nadie sabe dónde está vuestro Dios. Ahora mirad a vuestro alrededor: no hay ningún altísimo por aquí para velar por ustedes o por vuestras familias. Hace mucho tiempo que este lugar se convirtió en tierra de locos, liderados por el caos y el odio. Y cuanto antes acepten que su defunción está cerca, ¡más tiempo lograrán vivir!

Abigail seguía absorta, inmóvil. Se encontraba en el suelo, a los pies de Morgan. Aunque poco a poco se recuperaba, por su cabeza no paraban de pasar los cientos de momentos vividos por culpa de aquel hombre. Toda su vida hecha añicos, destrozada. No obstante, sabía que tenía que ser fuerte y aguantar el último tirón. Estaba a pocos pasos de encontrar a su madre y salir de allí.

Morgan y Elwel desafiaban con la mirada al reverendo y a su escolta. Ellos eran doce personas, también armadas como él. Portaban revólveres Colt del calibre 45 con solo seis balas en el tambor, con las que no dejaban de apuntarse unos a otros.

—¡Tirad! ¡Tirad! —De fondo se podía escuchar cómo seguían insistiendo para sacar el arca.

—Aunque no me resulta para nada extraño que hayas vuelto —añadió el reverendo mientras observaba con detenimiento al grupo que extraía el arca del foso—. Ella lo predijo. Y una vez más lo has vuelto hacer.

—¡Bang! —Un primer disparo atravesó la pechera del reverendo.

Abigail, aún tirada en el suelo, en un descuido desenfundó el segundo revólver de la canana de Morgan y, sin pensarlo ni un segundo, disparó al reverendo.

Este abrió los ojos de par en par y, un segundo después frunció el ceño sin parpadear. Sintió un leve pinchazo cerca del corazón a la par que tanteaba el agujero con su otra mano. Podía verse cómo la bala había creado un orificio circular desde donde podía verse el otro lado.

Aquel disparo provocó un caos de fuego cruzado entre ambos bandos. Elwel y Morgan comenzaron a disparar al reverendo y a sus hombres cubriéndose al otro lado del arco. Los muchachos, ya sin fuerzas y agotados, soltaron las cuerdas y dejaron caer el artefacto. No le dio tiempo a reaccionar y el arca aplastó al desconocido. Todo el peso de las antiguas leyes escritas sobre piedra cayó sobre aquel hombre.

Una vez más, el infierno se desató. Las balas silbaban a nuestros compañeros; sangre, casquillos y gritos quedaron olvidados bajo aquel fortín. El tiroteo no duró más de diez minutos. Todos los hombres del reverendo quedaron abatidos y desmembrados. La suerte y la puntería estaban del lado del grupo de Elwel, aunque Elwel apenas había gastado las balas de su tambor. Tras los últimos gritos y amenazas, ya solo quedaban en pie el reverendo, Elwel herido, aunque consciente, Abigail en el suelo inmóvil y Morgan, que seguía desafiando al reverendo.

Prácticamente sin balas, Morgan y el reverendo por fin se encontraron cara a cara, a menos de cinco metros uno de otro. Frank estaba herido de dos balazos en el pecho, y Morgan también estaba herido, aunque no muy grave. Mientras avanzaban el uno hacia el otro no se quitaban la mirada de encima, ni siquiera parpadeaban. Con jactancia alternaban sus últimos disparos al pecho del otro. ¡Bang! Ambos aguantaban cada impacto a la par que se iban acercando hacia el centro de la sala. Los tambores de sus revólveres estaban casi vacíos. De rodillas, esta vez a menos de dos metros entre sus rostros seguían insistiendo, disparándose hasta oír el clic del martillo de un arma descargada.

No quedaban más balas, a ninguno de los dos. Con más de cuatro agujeros de bala cada uno, seguían mirándose fijamente entre ellos, ambos agonizando. Morgan intentaba volver a ponerse en pie, pero fue inútil, pues la sangre salía a borbotones de su estómago.

—Quizás hoy sea un bonito día para morir... —guaseaba el reverendo una última vez.

—Fuiste un padre para mí, Frank. —A Morgan se le saltaban las lágrimas. La angustia le entrañaba.

—Yo no pedí nada de esto, Morgan, fui elegido. Pudimos volver a ser lo que fuimos. Inocentes y puros...

—No, lo que hicisteis fue imperdonable. —Morgan intentaba mantenerse con vida mientras luchaba por respirar, ahogándose en sus propios fluidos.

—Recuerda siempre que la fe es lo que nos mantiene unidos y no debemos perderla. —dijo el reverendo.

—Pe-pero... ¿Por qué? ¿Por qué lo hicisteis? —A Morgan le costaba tragar, la sangre emanaba de su garganta y manchaba su pecho.

—Escúchame bien, chico. —El reverendo, titilando, agarró con firmeza la mano de Morgan—. Solo Dios arrebató o devuelve la vida, nosotros no intervenimos, así que, si quieres que alguien sea feliz, dale solo una cara de la verdad, o mejor aún, ninguna de ellas para no preocuparlo.

—¡Maldito! —Morgan pegaba el último grito de rabia golpeando al reverendo ya sin fuerzas con el puño hacia abajo—. ¡Prefieres que el mundo arda y todo el mundo muera antes que tragarte tu propio orgullo!

—No, chico. —El reverendo también empezaba a escupir sangre por la boca—. Recuerda lo que una y otra vez te dije: prefiero caminar mil años con alguien en la oscuridad que un único día a solas en la luz.

—¡Jefe! —Alguien irrumpía hoscamente en aquel lugar, pegando voces—. ¡Jefe!

Era Roy, con tanto alboroto se habían adentrado en el fortín en busca del reverendo. Al ver a su amigo y compañero de fechorías en el suelo, lo único que pudo hacer fue correr hacia él en su auxilio, pero el reverendo le detuvo.

—¡No, Roy! —Roy se frenó en seco—. ¡Rápido, avisa a Caleida! Debes seguir con el plan. No olvides nuestro papel. No dejes que salgan y se extiendan.

Rápidamente Roy acató las últimas órdenes del reverendo y dio media vuelta. No se detuvo ni un instante. En aquel lugar en principio tan sagrado, se había derramado demasiada sangre esa noche. Las únicas personas con vida parecían ser Elwel, aunque con una herida en el hombro que parecía aguantar, Abigail, sin heridas más que las magulladuras de sus propios pies de tanto caminar, y un par de hombres del reverendo tirados en el suelo, malheridos. El reverendo y Morgan aún no habían cerrado los ojos e intentaban aferrarse a la vida.

Aquella orden les hizo sospechar y dudar de que estuviera ocurriendo en aquel lugar. Al parecer, el reverendo no era más que una marioneta de una tal sospechosa figura llamada Caleida, la cual parecía estar en presente de la vara y la piedra ígnea. En un principio no había más lugares donde encontrar a Caleida que en aquella inmensa nave de madera muy parecida a la mismísima Arca de Noé.



Washington D. C.

Enero, 1871.

—Un momento, señorita Ming. ¿Está diciendo que en aquel pueblo

olvidado de la mano de Dios fabricaron un inmenso navío capaz de albergar a miles de seguidores para afrontar un cataclismo? —interrumpía el magistrado.

—Eso es, señor. Un enorme barco capaz de llevar a todo el mundo fuera de las murallas del pecado. O eso decía ella.

—Pero eso es una locura. El océano o mar más cercano están a cientos de millas. ¿Cómo pensaban moverlo? —seguía insistiendo el magistrado.

—El arca se movió, se lo puedo asegurar, si bien no como ella quería.

—¿Podría indicarnos cómo era aquella nave, señorita?

—Sí. Aquel navío tenía una sección transversal de unos cincuenta codos de ancho y unos treinta codos de alto. Su longitud superaba los trescientos codos. Estaba hecho de madera de pino y de ciprés, cuyo bosque de coníferas dejaron asolado. Los tablones superpuestos eran remachados y a su vez cosidos con cuerdas para evitar la separación de las tablas, todo ello cubierto con una sustancia parecida a la brea tanto por dentro como por fuera, a diferencia de un enorme tragaluz que proporcionaba toda la luz necesaria al navío. En su interior, tres enormes rampas separaban los diferentes pisos aprovechando el irregular espacio entre proa y popa, debido a las fuertes vigas que sujetaban el casco y que soportarían las fuertes tensiones de flexión del navío. Aunque aquel barco era enorme, parecía ser tan ligero como para poder ser transportado a una costa cercana por la propia tripulación. Sin embargo, el casco parecía ser tan robusto como para embestir a otros barcos. Aquel tabernáculo cuadrado era como un santuario móvil cuando todo el mundo llegase a su fin. Aquel barco era tan grande y extravagante que solo un loco podría haber diseñado algo así.

—Y con respecto a los seguidores, ¿quién era digno de cruzar las murallas del pecado en aquel navío? —solicitó el letrado.

—Estaba claro que aquel barco era grande, pero no lo suficiente como para recoger a todos los seguidores que había logrado conseguir el reverendo, por lo que Caleida hizo una selecta limpieza de estos —continuaba explicando Feng.

—¿Limpieza? —volvía a preguntar el magistrado.

—Sí. Caleida actuó con el mismo patrón: no paraba de proporcionar más y más éter a sus seguidores, declarada como la última actividad. Solo los elegidos serían dignos y podrían acceder a ella.



Febrero, 1870

—Ella tenía razón. —El reverendo seguía hablando, esta vez con la mirada pérdida—. La humanidad está una vez más en crisis. No importa todo lo que avancemos. Siempre encontraremos un modo de destruirlo. Los mayas, Babilonia, los otomanos... incluso Roma. Los imperios surgen, los imperios caen. Estamos muy cerca del límite. El fin está cerca, y todo lo que crea el hombre se marchita...

Abigail seguía en el suelo, apoyada con las dos manos. Empapaba el suelo con sus lágrimas por la muerte de todo lo que le rodeaba, incluido Morgan, alguien al que había cogido mucho afecto estos últimos años.

—Vamos, Abigail, tienes que marcharte. Tienes que detener a Roy —dijo Elwel fríamente—. No es momento de llorar a nuestros muertos ni culpar a nadie. —Pero Abigail, apenada, no le quitaba ojo a Morgan mientras escuchaba las palabras del reverendo con desinterés—. No hagas que la muerte de Leegrand, Doc o Morgan hayan sido en vano.

Morgan permanecía inmóvil tirado en el suelo.

—¿Qué ha ocurrido? —El reverendo alzaba una vez más la voz con la mirada al techo. —Hemos seguido tus pasos, ¡pero tú! —señalando a Abigail—, una vez más lo has estropeado —dijo, aunque siguió sereno ante los hechos.

El devoto cristianismo le mantuvo a flote a pesar de la presión de la responsabilidad y la frustración, que conspiraban para hundirle. Todo lo que había ocurrido respondía _él lo sabía, lo creía fervientemente_ a la voluntad de Dios. Lo que parecía inevitable a los demás no tenía por qué serlo en un universo administrado por un Dios vigilante y misericordioso. Tan profunda y sincera como la fe en Dios del reverendo era la fe en Caleida. Más profunda, si cabe, y a veces incluso más aterradora. Ella era una mujer indomable. Indómita era la palabra que mejor le cuadraba. Su voluntad no conocía fronteras, y en casi todas las instancias Caleida era capaz de doblegar los caminos errabundos y arbitrarios del mundo a la férrea presión de su voluntad.

En ese momento de incertidumbre, la mirada angelical de Abigail cambió por completo. Sintió que debía recuperar todo el vigor perdido estos años atrás por culpa del reverendo y enfrentarse a sus miedos una vez por todas. Abigail se puso en pie. Apartó el húmedo pelo que tenía pegado a la cara por culpa del sudor y recogió su corta melena. Sus ojos esta vez no mostraban miedo alguno, sino todo lo contrario. Emanaban furia. El fuego en sus ojos desprendía tanto odio que la tensión en su cuerpo se hacía evidente. Conmovida, se acercó a ellos y, dos pasos antes de llegar, recogió del suelo una bandolera, se apretó las correas de esta y enfundó dos revólveres en sus muslos.

Esta vez, sin apartar la mirada del reverendo, se acercó a él y colocó sus

ojos frente a los suyos. Pegados, cabeza con cabeza. Ella no apartaba la mirada ni un segundo mientras iba acercando su mano lentamente hacia uno de los revólveres.

—¿Y ahora? —alzaba la voz Abigail. Sus manos marcaban su determinación—. ¿Crees que tengo miedo ahora? —insistía Abigail.

—No, no lo creo. ¡Lo pienso! Creo que has tenido miedo toda tu vida —contestaba el reverendo desafiante.

—¡Esto por Morgan! —gritó Abigail, sorprendiendo con la punta del revólver en la frente del reverendo.

Clic. El tambor del revólver no alojaba ninguna bala en ese compartimento. Llena de rabia, comenzó a apretar otras tantas veces el gatillo. Clic, clic, clic, sonaba el martilleo del arma.

—Por Doc, por Leegrand... —Hundida en su propia cólera, Abigail arrancó a llorar de rabia.

—Acumuláis más rencor que yo mismo. Aunque no me odiáis a mí, odiáis a vuestra impotencia —dijo infame el reverendo.

Sus ojos fugazmente redujeron su iris y la tensión de su cuello desapareció. Una leve sonrisa del reverendo acabó convirtiéndose en una enorme carcajada, de la cual no podía para de reír. A pesar de su mal estado, con más de cuatro agujeros en su pecho, aún sacaba fuerzas para seguir desafiando a la joven Abigail.

—Y tú... —continuó hablando el reverendo—. ¿Crees que tengo miedo a la muerte, jovencita? Ya he estado muerto otras veces. Pero la guadaña no nos reclamó. ¿Y sabes por qué? Porque aún tengo algo que hacer en este mundo y, mientras tanto, ella vela por nosotros.

—Vamos, chica, olvídalo. Tienes que irte. —Elwel agarraba el brazo de Abigail—. Encuentra y detén a Roy. Yo me encargo de Frank —Abigail, con los ojos rojos y muy escurridizos, alzaba medianamente la vista hacia Elwel.

Después de un minuto de desahogo, Abigail se limpió los ojos llenos de lágrimas de odio y, con mucha paciencia, recargó bala a bala sendos revólveres. Miró por última vez la cara quemada del reverendo y asintió con la barbilla a Elwel. Antes de seguir, volvió a mirar a Morgan con expía y, al instante, salió corriendo en busca de Roy.

—¡Nos veremos en el infierno! —gritó el reverendo apocado mientras Abigail se alejaba.

Capítulo 28

Confesión

Washington D. C.

Enero, 1871

—Miramos directamente a los ojos de la muerte, ¡y la retamos! —dijo Frank—, pero ella parpadeó primero. La crueldad, el dolor y la pérdida pueden hacer que el hombre haga cosas inimaginables. Pero a Frank pocos le amaban y muchos le temían. Incomprendido por todos... por todos menos por mí —el reverendo hablaba de sí mismo en tercera persona; sin embargo, no era él, sino su otra cara, su otra personalidad, algo que siempre le ha atormentado durante toda su vida—. Frank no era un monstruo, ni mucho menos. La vida no nos fue nada fácil. La pobreza estaba muy presente y las enfermedades correteaban por las calles. Ir a un hospital quizás era incluso peor que quedarse en casa recuperándose: ratas en los pasillos, pacientes tirados por los suelos entre sus propias heces...

La necesidad y la pobreza solo eran una excusa más para azotar y castigar a tus hijos. La crueldad de las familias nunca quedaba impune ante la misericordia de Dios.

—Cuando éramos pequeños, nuestra familia se rompió. Él era amable, cariñoso, alegre... No era perfecto, pero ¿quién lo es? Nuestros padres fueron los primeros en enseñarnos el poder de Dios. Nos vejaron, nos azotaron y nos denigraron, y no me avergüenzo de ello. Mas una noche cualquiera, algo debíamos haber hecho mal, o quizás no y solo era saña, pero nos llevaron a la cocina, nos tiraron al suelo y ahí experimentamos el verdadero dolor. ¡Dolor, dolor y más dolor! Y cuando pensamos que ya no podíamos aguantar más dolor, lo hicimos. Ya no teníamos miedo, no sentíamos más dolor. Y fue entonces cuando algo se liberó dentro de nosotros. Nos sentíamos limpios, purificados. Alzamos la cabeza y empezamos a reír...



—Nos hemos pasado la vida buscando cómo enmendar nuestros pecados. No obstante, con Caleida aprendimos lo egoísta que habíamos sido. Siempre recibíamos, nunca dábamos. El mejor regalo no es el que recibes, si no el que tú ofreces. Y para ofrecer hay que tener valor. Y para poder asumir tus pecados es necesario portar su carga y completar sus sacrificios. Y cuando los has superado todos, cuando realmente empiezas a purificarte, los extirpas como un tumor para mostrárselos a todo el mundo. ¡Eso sí es valor! Nosotros solo les dimos valor para que afrontaran sus debilidades y sus pecados. Les obligamos a nadar por un mar de pecados del que luego saldrían libres. ¡Solo entonces podrían empezar a expiarse!

—Por favor, señor Baker, deje ya de una vez toda esta parafernalia. Sabe que se pudrirá en una prisión federal si no confiesa realmente todo. Y cuando digo todo me refiero a que nos gustaría que indicase todo tipo de detalles. Hágase un favor a sí mismo a la par que a nosotros...

Frank se mantuvo callado. Estaba sentado mirando con su único ojo a todo el jurado. Su mirada era fría y no hacía una sola mueca. El silencio se apoderaba de la sala.

—Calláis y es precisamente esa reticencia lo que os inculpa, caballero —acusaba el letrado.

—¡Todo lo que hicimos quedó justificado! —Frank se levantó de un salto del estrado, alzando la voz—. Pero la guerra nunca acabó, quedó esparcida en mil peligrosos añicos. La nación quedó debilitada, ebria y enfermiza por la corrupción del hombre, dividido a su vez por el odio entre las razas. Por consiguiente, el caos reinó en el mundo.

—Letrado, este señor no tiene fundamento, hace tiempo que perdió la cordura. No está en sus cabales. ¡Por el amor de Dios! Ha perdido la puta chaveta —señalaba la acusación pública, impugnando al señor Baker.

—Se rechaza. —El magistrado golpeaba la mesa—. Por favor, continúe, señor Baker.

—Por favor, señores, no me malinterpretéis. Cuando Dios tiene que tomar una decisión crucial, nunca elige entre una solución buena y otra mala, sino entre una mala y otra peor —sermoneaba Frank Baker—. Caleida no era a la única a la que Dios puso a prueba, y en ese momento tuvimos que elegir. ¡El dolor! ¡El sacrificio! Todo es parte de una prueba que hay que afrontar para demostrar que podemos servir a Dios. ¡Pida lo que pida!

—Baker, ahora hablemos de ella, de Caleida.

—¿Ella? Ella era fría, calculadora, siempre un paso por delante. Supo crear una doctrina que fijaba las pautas y actitudes del grupo mediante la anulación de la voluntad, creando plena sumisión del individuo. Portaba carisma

(aptitud que, según ella, había recibido de Dios) y unas reglas que debían ser escrupulosamente cumplidas por sus miembros bajo pena de reprobación, exigiendo entrega, fidelidad y obediencia.

—¿Cómo diablos fue posible tal comportamiento? —añadía el magistrado.

—El elemento clave de todo esto fue la mina de zinc. Aquellos cristales y la genialidad de Utter fueron suficientes para crear un tónico al que él mismo bautizó como éter, el cual se utilizó para crear un ambiente represivo de temor y sumisión. Además, ella se nutría de un método de control mental al que ella llamaba *vigilancia del comportamiento* para evitar, bajo presión psicológica, que algunos de sus jóvenes acólitos abandonaran la casa de Dios, a la que ellos mismos también se referían como *la muralla del pecado*.

—¿Qué fue lo que rompió la ambición de Caleida? —preguntaba el letrado.

—Ella misma. Está claro que los rencores y las disputas ayudaron para hundir la fe, si bien su poder era tan exagerado que nadie podía enfrentarse a ella. Y cuando digo nadie, es nadie. —El reverendo escondía las orejas, bajando la mirada.

—¿Usted lo intentó alguna vez? —seguía insistiendo el magistrado.

—¡Por Dios! Intenté detenerla al inicio de todo. Mucho antes de encontrar la roca ígnea.

—Señor Baker, según tengo entendido, ustedes ya se conocían antes de su llegada a Oldwing.

—Sí, así es. Fue en Font Springs. Cuando era *sheriff* en aquella localidad, alguien envió un telegrama al Departamento de Justicia. Iba dirigido a nosotros. —El reverendo comenzó a hablar de nuevo en tercera persona, dejaba la mirada perdida mirando al techo—. Aquel telegrama empleaba unas directrices muy estrictas. Confidencialidad, fidelidad y seriedad. Firmado por C. C. Hicimos caso omiso de aquel mensaje. Dejamos pasar el tiempo hasta que volvimos a recibir otro telegrama, igualmente firmado por C. C. El remitente volvía a ser de Oldwing. Los mensajes siempre eran cortos y concisos, pero esta vez el mensaje presentaba una rica recompensa de 4000 \$. A lo largo de dos meses recibimos unos nueve mensajes, uno por semana. De nuevo, en ninguno de ellos se indicaba el trabajo a realizar.

—¿Y qué fue lo que realmente le animó a hacerlo? Porque, cuando vivía en Font Springs, tengo entendido que tenía el dinero por castigo —añadía el letrado.

—Fue la curiosidad. La insistencia de aquella mujer nos tenía verdaderamente intrigados —contestaba muy serio Frank.

—¿Y por qué a usted, señor Baker? —quiso saber el magistrado.

—Es sabido en todo el valle que no fui un buen hombre, que acabé con la vida de muchas personas solo por estar en el lugar y en el momento equivocado. Y es cierto que mi nombre se convirtió en leyenda, un demonio perseguido por su propia cola. Imagino que todo aquello influyó a la hora de tomar una decisión sobre a quién encargar un trabajo que necesitaba realizarse sin fallos. Pero, aparte de todo eso, no sé por qué.

—Y, sin más información, ¿acudió a ella? —incitaba el letrado a Baker.

—En un principio creí que era una emboscada. Allí todos querían matarse unos a otros. En Font Springs la multitud estaba siempre a la gresca y nosotros hacíamos cumplir la ley, por lo que, una vez más, omitimos aquellos extraños mensajes. Aquel no era nuestro problema. Esta vez no fue la curiosidad lo que mató al gato. Sí lo hizo John McGuy, un paleta que me acusó de matar a sangre fría al inútil de su hermano, a quien dejé herido de muerte por un duelo verdaderamente justo. Aquel cobarde se acercó por mi espalda y disparó a menos de veinte centímetros de mi cara. —Frank alargaba una amplia sonrisa que rápidamente cesó—. Aquel tipo era tan inútil como el degenerado de su hermano, aunque él corrió mejor suerte que yo esta vez. Cuando mates a una serpiente, córtale la cabeza y entiérrala; puede volver a morderte.

—Vale, señor Baker, conocemos esa parte de la historia. Céntrese en la parte de Caleida. ¿Por qué acudió a ella? —preguntó el magistrado.

—Como dije antes, al principio fue ella la que necesitaba nuestros servicios, aunque aún no sabíamos por qué ni para qué, pero las tornas cambiaron. Tuvimos que huir de Font Springs cuando nos dieron por muertos. Por lo que, una vez más, estábamos sin dinero, sin armas y sin esperanza. Nos agarramos a lo único que nos dio amparo... Una vez más, a Dios. Fuimos pueblo por pueblo predicando la fe, esquivando los caminos y atravesando los bosques para evitar ser vistos a lomos del caballo, por lo que no fue casualidad mi llegada a Oldwing. Preguntamos en la oficina de correos por aquella mujer, si bien con esas iniciales nadie tenía constancia, pero ella nos encontró a nosotros —el reverendo continuaba hablando de sí mismo como si ellos fuesen uno.

—Y fue entonces cuando lo hizo usted —preguntó el letrado.

—¿Hacer qué? —El reverendo se hacía el insensato.

—¡Matar, señor Baker, matar! ¿Acabó usted con la vida de Thomas Cassei? El *sheriff* de Oldwing, esposo de Lucie y padre de Abigail Cassei —acusaba el letrado.

—Todo fue organizado por ella —dijo brevemente Frank.

—¿Por ella? ¿Se refiere a Caleida? ¿Y por Caleida se refiere a Lucie Cassei?

—Eso es. La muerte de su esposo solo fue el principio —contestó Frank.

—¿El principio de qué, señor Baker? —quiso saber el letrado.

—¡El principio del fin! El trabajo era sencillo: organizar un escándalo público a las afueras de Oldwing para que el *sheriff* acudiera a resolver el conflicto. Un trabajo sencillo y limpio. Para eliminar sospechas, días antes acabamos con la inútil vida del antiguo reverendo del pueblo. Al no tener familia ni descendencia, nadie echaría en falta a aquel pobre siervo de Dios. Mandamos a ese hombre con su Dios, a merced de la corriente del río.

—¿Por qué deberíamos creerle, señor Baker? ¿Por qué una mujer como Lucie querría acabar con la vida de su esposo? —seguía insistiendo el letrado.

—Sus razones tenía, magistrado. Como todo hombre, siempre se tienen secretos —contestó Frank.

—¿Y el doctor Utter? Comentó algo sobre él. ¿Qué pinta en todo esto? —preguntaba intrigado el magistrado.

—¿Utter? Maldito genio, necio hijo de puta —a Frank se le alargaba la sonrisa—. Después de realizar el trabajo de la señorita Lucie Cassei, no teníamos adónde ir. Por un momento pensamos en volver a Font Spring, si bien la mina de Oldwing empezó a proliferar y decidimos contactar con los inversores del ferrocarril. A pesar de ello, el dinero ya no nos llenaba. La depresión y la melancolía llenaban nuestro cuerpo de odio y rencor. Nos mantuvimos semanas encerrados sin desaliento. Fue cuando nos cruzamos con Utter, y aquel maldito sacamuelas nos engatusó. Nos hizo creer que teníamos el mal de Saturno. Aseguró que la bilis negra de mi bazo acabaría con nosotros tarde o temprano. Sin embargo, existía una solución. Un remedio nunca probado y que podía curarnos, pero para ello necesitaba sujetos de prueba.

—Señor Baker, continúe —ordenaba el magistrado—. No se detenga.

—Él prefería sujetos infantiles, niños entre seis y trece años. Al principio, únicamente buscaba enfermos. Su mentalidad, la pureza de su sangre, la delicadeza de su piel. Seguía extraños procedimientos médicos, apuntando en todo momento sus resultados. En la iglesia era fácil encontrar niños pobres en busca de amparo. Recuerdo algún que otro tratamiento, como el uso de mercurio como antiséptico para la cura de úlceras y sífilis, pero el verdadero efecto era una muerte lenta del sujeto. O, por ejemplo, el uso de humo de tabaco como enema, juraba que podría curar desde resfriados y dolores de cabeza hasta hernias, pero nada de eso funcionaba para curar nuestro mal. ¡Maldito enfermo!

—Extraños métodos. Curioso, el doctor Utter. ¿Conocemos su procedencia? —quiso saber el magistrado.

—Él mismo presumía de ser irlandés —contestó Frank con franqueza.

—¿Y usted estaba de acuerdo con aquella conducta? ¿Matar a cientos de

niños para salvar la vida de un solo hombre, un hombre ya muerto? —desafiaba el letrado.

—Él insistía, nunca vacilaba, nos hablaba con grandes gestos, apostillaba con decisión... A mi parecer, nunca dudaba, lo que me hacía creer que sabía lo que hacía. Confiábamos en él —continuaba el reverendo.

—¿Y dónde salieron esas creencias? ¿Fue antes o después de encontrar la piedra ígnea? —preguntaba el letrado.

—Fue antes. Las pruebas comenzaron mucho antes de que Caleida perdiese el control de sí misma por culpa del artefacto, aunque Utter supo aprovechar bien el uso del zinc combinado con la irradiación que emanaba aquella piedra —contestaba el reverendo.

—¿Utter manipuló el artefacto? —insistía el letrado.

Todo el jurado escuchaba sin descanso el juicio. Ni siquiera parpadeaban, y no se oía ni un solo ruido que no fuese la voz de Baker.

—No, nunca llego tocarla con las manos descubiertas, y siempre anduvo con mucha precaución. La introdujo directamente en distintos líquidos que luego aplicaba a los sujetos en sí. Él creía que aquella piedra no era mágica, sino que tenía propiedades radiactivas, al igual que el uranio, y él mismo la bautizó como plutonio, la herramienta capaz de eliminar el mal de Saturno que nosotros poseíamos —continuaba el reverendo.

—Por el amor de Dios, magistrado. Eso es ridículo. Esa piedra siempre ha tenido propiedades mágicas. Gracias a ella, Moisés abrió los mares —se empezaban a escuchar murmullos entre el público.

—Silencio, por favor. —El magistrado golpeó fuerte la mesa con el mazo—. Continúe, señor Baker.

—El doctor Utter aseguraba que el cuerpo debía mantener un balance de cuatro fluidos: la flema, la bilis negra, la bilis amarilla y la sangre. Era lógico creer que el sangrado era el método principal para preservar el equilibrio, de ahí el uso de sanguijuelas y lancetas directamente en las venas del sujeto. No obstante, aquellos métodos no eran suficientes y creyó que el uso de agua radiactiva sería eficaz contra el mal de Saturno. Esta misma agua contaminada también se aplicó a los seguidores, mejorando el éter, creado para mostrar sumisos a los sujetos.

—¿Y la muerte de Utter? —solicitó el letrado.

—Fue ella. El uso de la piedra era compartido entre Utter y Caleida. A ella, aquella radiación directa de la piedra le hacía sentir bien. Ya no sentía dolores ni delirios. Necesitaba estar continuamente cerca del artefacto. Pero al igual que ella, Utter también estaba obsesionado con su poder. Rencor y rencillas hicieron romper el fino hilo que los unía, lo que hizo quebrar la fe de los

adeptos.

Capítulo 29

Juicio final

La casa del Señor

Febrero, 1870

Un gran estruendo hizo retumbar en todas las secciones transversales del terreno, como si de una explosión se tratase. Aquel sonido molió los oídos de la joven Cassei. Abigail, asustada, rápidamente se tiró al suelo y colocó los brazos sobre su cabeza, tapándose la cara con sus antebrazos. Aún dentro del fortín, las paredes empezaron a resquebrajarse, y las grietas del techo avanzaban más rápido que ella misma. Ya comenzaba a notar el peso de la fatiga en su cuerpo, mas sabía que no podía pararse. Las paredes del fortín acabaron por derrumbarse y los escombros caían sobre la joven golpeándole con fuerza cuando, finalmente, encontró la forma de salir de aquel agujero de cemento.

Para su sorpresa, al salir vislumbró el caos: la capilla se caía a pedazos, los barracones empezaban a hundirse, una enorme multitud de seguidores se dispersaba en diferentes direcciones al igual que una manada de bueyes, que corrían despavoridos pisándose unos a otros. Sálvese quien pueda. Una segunda explosión volvió a escucharse. El suelo volvió a retumbar. Pero esta vez se observaba cómo la cima de la montaña comenzaba a derrumbarse creando un fuerte alud. La nieve se desprendía de la cumbre creando una avalancha y anegando las granjas que estaban a sus faldas. A su vez, el tambaleo del suelo hizo perder el equilibrio de la joven. Asustada ante la circunstancia al no saber qué demonios ocurría, miró con ligereza sus alrededores buscando a Roy.

Sin duda y a ciencia cierta, encontraría a Roy en aquel enorme navío que se alzaba en soledad junto a las cárcavas creadas por el agua. Una vez más, Abigail recogió todo el valor que pudo de un suspiro y corrió ágilmente esquivando los escombros. Esta vez ningún impedimento podría detenerla. Urgía detener a Roy y salvar a su madre, por quien había estado luchando todo este tiempo. Pero ella aún no sabía que ella era la culpable de todo esto.

Parecía imposible acceder a aquel extravagante lugar. Su tamaño abrumaba desde la bajura del terreno, aunque, observando bien, existían dos formas de acceder. No lo pensó mucho más y decidió coger la primera opción

que vislumbró: un enorme andamio construido por maderas y cuerdas que no parecía muy estable a la hora de subir, si bien proporcionaba la forma más rápida de acceder al navío.

Abigail comenzó a escalar. Una a una, agarraba con fuerza cada puntal, alzando su cuerpo una vez más. Otro enorme estruendo hizo retumbar de nuevo el terrero y los tablones se movieron de un lado a otro, creando una situación inestable a más de siete metros de altura. Una vez más, el miedo se apoderaba de ella y las canillas le temblaban. El sudor de sus palmas la obligó a quitar las manos del apoyo, teniendo que secar constantemente la transpiración en sus pantalones. Esta congoja, unida a la altura, hacía de su estómago un torbellino.

A cada escalón que subía comenzaba a escucharse la voz de una mujer. Un tono no muy grave, aunque sí bastante solemne y decoroso. El tiempo corría en su contra, debía detenerla antes de que hiciese el esperado suicidio colectivo en lo alto de aquel navío, que pondría un final y un nuevo comienzo a los seguidores.

—Es la voluntad de Dios. Haz suya tu voluntad y encontrarás la paz. —La voz de Caleida comenzaba a escucharse en lo alto del arca.

En el enorme barco, todos los adeptos utilizaban la misma vestimenta. Pero esta vez no portaban un color rancio y viejo, sino unos ropajes blancos con más talante, más puros y dignos para la resurrección. Túnicas anchas con decoros dorados en las mangas y el cuello con una enorme capucha cónica. Arrodillados, todos miraban en una misma dirección, excepto unos pocos elegidos que portaban una túnica de color rojo sangre (a los que ella misma solía llamar los guardianes del averno o querubines), que eran los encargados de que ningún alma se desviase del buen camino hacia la resurrección.

—¡Fieles míos! Hoy ha llegado el día, el día que todos hemos estado esperando. El día en el que todos vuestros pecados quedarán expiados para siempre. El día en el que dejamos de ser extraños para ser uno más del rebaño. ¡Atrás quedaron esos días de inmoralidad, vicio y degeneración de donde el Diablo saca a sus predilectos!

—Maldita sea, qué demonios... —Abigail se hablaba a sí misma, quedaba boquiabierta ante tal situación. Aunque a estas alturas ya nada conseguía sorprenderla, una vez más quedaba asombrada.

El suelo estaba recubierto de muérdago, símbolos extraños y diferentes plantas adornando, creando «círculos protectores de oscuridad» y rodeando unas lámparas de parafina de color celeste.

—Solo unos pocos estamos dispuestos a hacer los sacrificios necesarios para salvar nuestro mundo. Sin embargo, algunos de vosotros fuisteis escogidos por vuestra inteligencia, por vuestra fuerza y algunos, incluso, por vuestras

debilidades. Desde que nacisteis en este mundo, se os ha ofrecido ayuda y se os ha nutrido, y ahora es vuestro mundo quien os necesita. Durante todo este tiempo, habéis aprendido a sacrificaros por una causa mayor que vosotros mismos, a superar cualquier limitación, tanto mental como física, e incluso habéis aprendido a olvidar la motivación sentimental con la que os criasteis. Este, nuestro mundo, es un gran puzle lleno de necesidades. Solo hay que ver la carencia y buscar la pieza que falta. Vosotros sois esas piezas y hoy completaremos el puzle.

A cada sermón de Caleida, sus acérrimos murmuraban a una misma vez, creando un aura irritante. Ella estaba de espaldas a Abigail y, al parecer, todos estaban embobados mirando a los ojos a su mentalista.

—No juzguéis y no seréis juzgados. Perdonad y seréis perdonados. La caída se cierne sobre nosotros, pero no hay nada que temer... —continuaba Caleida.

—¡Detente! —Abigail se armó de valor para dar una fuerte voz, atrayendo la atención de todos, incluida Caleida, quien se giró rápidamente hacia ella.

—¿Quién anda ahí? —Caleida intentaba enfocar la vista hacia la joven.

—¿Madre? —Abigail, una vez más, quedo perpleja. No podemos imaginar cómo era su expresión al ver quién era aquella mujer.

De repente, otra explosión más hacía temblar el terreno. Esta vez sonaba aún más cerca. Aquel estallido hizo desnivelar a todos encima del arca, quienes apoyaron sus manos contra la madera.

—¡No tendrías que estar aquí! —Caleida cambiaba su voz mientras hablaba a la joven—. Intenté mantenerte alejada. Será tu tozudez o tu osadía... nada que ver con tu padre.

Pero Abigail supo reaccionar una vez más. No podía dejarse llevar por las palabras de una usurpadora. Aquella mujer ya no era su madre. Dejó de serlo cuando el reverendo llegó a Oldwing hace cinco años. Todo aquel tiempo había sido en vano, ya no existía nadie a quien salvar de las manos del reverendo. La oscuridad y la autocracia se habían apoderado de sus instintos más primitivos. La situación se había descontrolado por momentos y el caos volvía a reinar en el valle.

—¡Madre! ¡Por favor! Esto no tiene ya ningún sentido. No existe ningún Dios. No tienes por qué seguir con esto —Abigail intentaba convencer a su madre, al parecer sin ningún éxito, aferrándose a sus palabras.

—Dios no es más que la fe que tienes por el miedo que sientes —sermoneaba Caleida.

—¿Dios? ¿Llamas Dios a alguien que se excusa en su presencia? ¿De verdad crees que expulsó a Satanás del Edén? ¿Aún quieres que yo crea en él o

en ti, o en alguien que se comporta como un déspota, borracho y ebrio de poder? ¡No lo creo! —Abigail continuaba con sus argumentos intentando reprochar sus propias desidias con Dios.

—¡No! El señor es bondadoso...

—¡Discrepo! No me arrepiento de haber cumplido solo tres de los diez mandamientos. No busco perdón. Y que me escuche el de arriba si de verdad existe.

—Dios nos quiere a todos por igual... —seguía insistiendo Caleida—. Cuando una puerta se abre desde el otro lado, es difícil controlar qué es lo que entrará. Está claro que no debimos encontrar el arca y mucho menos abrir Pandora, pero cuando dudas al elegir un lado la única salida es su piedad. Implorar perdón al único resucitado.

—No puedes hacer desfilar a toda la humanidad al mismo son como si fueran un rebaño de terneros —rezongó Abigail.

—No existe persona que esté libre de pecado, y yo la primera. Claro que deseo bienes ajenos. —Caleida se llevaba la mano al pecho—. Yo también siento envidia, pero envidio al ignorante que aún confía en el de arriba. Creen que existen los milagros, pero solo existe la fuerza de voluntad.

—¡No! Solo contáis mentiras para atraer adeptos a la casa del Señor —gritaba Abigail—. ¡Madre! Aún estamos a tiempo de volver a ser una familia...

—Tu propuesta me alaga, pero las puertas del cielo se han cerrado para mí, y la única forma de volver a abrirlas es volviendo a renacer.

—¡Por favor, detente! —gritaba con euforia Abigail.

—Ya es demasiado tarde, hija. La codicia ha contaminado las almas de los hombres y ha levantado muros de avaricia y rencor. La ira nos ha llevado a la miseria y a la matanza. El mundo ha avanzado demasiado deprisa, y la tecnología que proporciona abundancia nos ha dejado en la indigencia. Nuestra ciencia nos ha hecho más cínicos y nuestra inteligencia nos ha dejado vacíos. Hemos empezado a pensar, pero hemos dejado de sentir. Somos esclavos del destino.

En ese momento, Caleida giró la cabeza. Dejó de prestar atención a su hija Abigail. Esta siguió a sus menesteres, ignorando por completo la voz de la joven. De repente, Abigail se percató de quién era una de los querubines guardalmas a los que Caleida siempre se refería. ¡Era Judith! Se apreciaba que estaba adormilada, sin su razón de ser. Agarraba un revólver en su mano sin ningún empuje, y prácticamente no se sostenía en pie. Entre aquellas explosiones y la falta de firmeza en sus piernas, las canillas la temblaban. Sus ojos estaban casi cerrados, apenas parecía atender a razón. De frente a ella, también os podéis imaginar quién estaba. Una servidora. Judith sería mi ejecutora.

—¡Vamos Judith! Hay que marcharse —Abigail intentaba atraer nuestra atención junto a la de Judith, pero no alzaba demasiado la voz—. ¡Vamos, despierta! —Ella la miraba, pero no hacía ningún gesto. No movía los labios y ni siquiera parpadeaba. Únicamente la observaba con la mirada desprendida.

—¡Os allané el camino a todos los que, como yo, érais diferentes! Y hoy y ahora es vuestro momento. No hay mayor vergüenza que perecer sin un propósito... —aquella fue la última frase que escuché de Caleida.

Tras ese mínimo instante, otro gran estruendo hizo temblar nuestros pies, y esta vez el arca comenzó a balancearse de un lado a otro. Parecía escucharse cómo el agua entraba entre las rendijas de los tablones, agua que se acercaba a nosotros de una forma muy violenta. Las maderas crujían y las cuerdas, junto a los anclajes, empezaban a romperse.

—¡Por fin el mundo será justo, bañado por las aguas torrenciales de Dios!

Y automáticamente, todos los querubines de Caleida comenzaron a disparar a quemarropa al resto de seguidores, arrodillados mientras observaban tontamente a su liberadora sin ni siquiera mover un dedo.

—¿Ves, Abigail? Yo tampoco quiero irme... —La voz de Judith era débil, aunque firme. Consumida por el éter, nadie de los presentes atendía a razón. Judith alzó su brazo y me apuntó con el revólver.

El barco se movía salvajemente aguantando aquel fuerte golpe de agua, lo que hizo que volcara. El peso del navío aplastaría cualquier cosa que estuviese sobre su base. A su vez, el agua entraba y seguía avanzando por las rendijas de la madera.

—¿Por qué...? —preguntó Abigail en un arrebato a su madre antes de perder el conocimiento por culpa del traumatismo al capotar el navío por el golpe del agua.

La fuerza y presión del agua encentó a mover el barco arrastrando a su paso cualquier parte del valle que seguía su curso. Las presas construidas habían estallado, y no por casualidad. El último trabajo de Roy fue dinamitar todas las presas, cañales e incluso la propia mina. La montaña que arropaba a la pequeña población de Oldwing durante el invierno y proporcionaba sombra durante los meses más calurosos cayó por su propio peso. Esas detonaciones provocaron así el gran diluvio universal que Caleida esperaba.

Uno a uno, los seguidores iban sucumbiendo y el caos volvía a reinar. Algunos intentaban huir; otros tantos caían desplomados al suelo por el disparo de sus ejecutores. Los adeptos iban perdiendo la vida junto a sus ejecutores, quienes, a su vez, se inmolaban tras acabar con la vida de los adeptos. Los cuerpos inertes empezaron a flotar por la cubierta, entre ellos yo. Judith disparó abruptamente.

Capítulo 30

La verdad

Ya nacieron llorando, en el seno de una familia congregacionista, donde agitadores alimentaban el mercado de codicia donde la avaricia del hombre era la nueva epidemia.



Washington D. C.

Enero, 1871

Oldwing, aparentemente, fue un lugar tranquilo sin demasiadas reseñas a las que achacar una historia conmovida por el odio hacia otros o, por qué no, hacia uno mismo. Fue uno de los estados que rechazó la aprobación de la enmienda respecto a la esclavitud. Aquel lugar quedó marcado por los fantasmas de sus antaños caídos, que sudaron sangre y sudor para mantener las fértiles tierras del valle.

A finales de 1864, vivir en el valle era una auténtica delicia. Un lugar donde nunca faltaba de nada. Aparentemente aislado de las ciudades más bulliciosas, Oldwing sabía mostrar siempre la buena mejilla. Pero ya sabéis, no siempre es oro todo lo que reluce, y tal resplandor atrajo la mirada de cientos de forasteros.

Sin embargo, Lucie nunca fue una persona violenta ni posesiva. Sobrevivían por la antigua hacienda de negreros de su padre y del poco sueldo que pudiese percibir el *sheriff*. Siempre creyente, eso sí, debido a la excelente educación recibida por parte de su familia. Ambos sabían leer y escribir, y ella tenía algo que no puede faltar en una hermosa mujer... ¡Carácter!

—Sí, señores, aquella mujer tenía carácter. Y qué carácter —comentaba Lafayette. Realmente siempre he considerado a las hembras de la familia Cassei como género de calidad.

—Por favor, Lafayette, ese vocabulario es detestable. Compórtese. No se tolerará esa actitud bajo juramento. No formule palabras malsonantes y continúe

el testimonio —el magistrado levantaba la voz.

—Lamentablemente, magistrado, las mujeres de aquella familia nunca fueron lo que se dice especialmente unas mojigatas. Ellas mismas sabían que podían tener a cualquier hombre que desearan y, efectivamente, este no iba a ser un caso aislado. Lucie Cassei era más puta que el dinero. Más puta que algunas de las meretrices aquí presentes. El dinero mueve el mundo, señores; sin dinero no seríamos más que meras ratas procreando sin parar en un mundo donde la avaricia nos corroería por dentro deseando el bien ajeno. Aunque como madre buen ejemplo, como esposa la más puta.

Y la señorita Cassei supo aprovechar bien aquella situación.

— ¿A dónde quiere ir a parar, señor Lafayette? —preguntó el letrado.

—Me refiero a que todo el mundo conocía la circunstancia de la familia Cassei... Todos en Oldwing sabían lo mujeriego que era el *sheriff*. Y claro, a una mujer tan perfecta como ella no se le puede decir que no. Ella no estaba acostumbrada a ser el segundo plato de nadie. Era sabido que al *sheriff* le gustaban todas las mujeres, incluidas las propias esclavas de las que disponía en la hacienda. Fue cuestión de tiempo escuchar rumores sobre celos y rencores hacia su marido.



Oldwing

Septiembre, 1854

—¡Maldita ramera! —El chasquido del látigo al contacto con la piel desgarraba la carne de la pobre doncella, y sus ojos expresaban un sufrimiento sin límites.

Aquella doncella estaba atada y bien apretada de muñecas con una soga bastante gruesa (una cuerda de amarrar los animales al establo), colgada del marco de la puerta en una de las habitaciones principales de la hacienda prácticamente sin apoyo.

—Señora, por favor... ¡Pare! —la joven gemía de dolor.

—¡Ya os avisé! ¡Tenéis prohibido acercaros a él! —arrojó Lucie.

—Por favor, señora... Yo no quería. Él nos obligaba —lloraba la joven atada.

—¡Maldita zorra! Ya he visto que sabes utilizar la lengua para algo más que para hablar —Lucie amenazaba a una de sus criadas—. ¡Pero conmigo tú palabrería no te servirá!

Las llagas realizadas en su espalda por la quemadura del látigo mostraban una profundidad para nada despreciable, acompañados de un fuerte olor a ropa quemada y un color oscuro que dejaba mancha en los ropajes de la joven doncella. Su ropa prácticamente quedó hecha harapos.

—¡Señoraaaaa! —aquella mujer de color sucumbía ante los latigazos impartidos por uno de los capataces de algodón.

Su piel morena se convertía en carne viva que borboteaba plasma caliente aumentando la hemorragia. Aquella fusta de cuatro pies de largo estaba totalmente empapada de sangre, comenzando por la driza hasta el mango, desde donde goteaba un ligero hilo que estaba formando un achaparrado charco a los pies del capataz.

Cada golpe chasqueaba aún más que el anterior. El resto de las doncellas cerraban los ojos fugazmente a cada latigazo. Sus piernas temblaban al inquietante tictac característico del reloj de pared de la hacienda. Sus expresiones de dolencia las obligaba a apartar la mirada simplemente al intuir que el capataz alzaba el brazo.

—¡No pares! —ordenaba Lucie bajo la fría e irritante mirada del resto de doncellas.

Los brazos de la joven escarnecida habían dejado de hacer fuerza contra las cuerdas. Su cuello se había relajado y tenía los dedos encogidos. El sudor se deslizaba por su pelo y tenía la cara amoratada e hinchada. Las plantas de los pies ya ni siquiera tocaban el suelo; lo hacían sus empeines, que acariciaban levemente el suelo. Sutilmente, otro hilo de sangre viajaba por sus muslos, goteando por sus dedos hasta formar un pequeño barrizal de sangre y polvo pisoteado por ella misma, escurriéndose enérgicamente puerilmente a cada azote.

—Señora... ha perdido el conocimiento. —Aquel hombre intentaba salvar a la joven de una muerte segura.

—¡No pares! No hasta que se puedan ver los huesos de la espalda. Así aprenderá a no retozar con mi esposo.

—Señora, la vamos a matar... —hablaba el capataz apenado mientras enrollaba con sutileza la fusta.

El cuerpo lacerado de la doncella estaba totalmente abatido. Mostraba la cabeza baja, apoyando su barbilla en el pecho. Los nervios de su pierna temblaban esporádicamente y sin ningún patrón, y los moratones de aquella salvajada empezaban a mostrarse en la fina piel de la joven. Su rizado y esponjoso cabello había dejado de brillar y mostrar aquel esplendor característico de una joven de veintinueve años, convirtiéndose en un estropajo marrón sudado y estropeado por culpa de aquella agravación.

—Cuando acabes recoge su ropa y dásela a las doncellas. No quiero que

quede nada de ella. A partir de hoy realizará sus servicios completamente desnuda. ¡Que sirva de ejemplo! Quiero que el resto vea sus heridas y aprendan la lección. Queda retirada de cualquier permiso y, además, dormirá fuera, junto a los animales. A poder ser con los cerdos. ¡Lo que es ella! —dijo Lucie con un tono solemne, retocándose con los dedos el flequillo.

—Sí, señora —afirmaba el capataz con la cabeza, sin llegar a mirarle a la cara.

Ante la atenta mirada del resto de personal por tal bochornosa y deplorable actuación de la dama de la casa hacia su propio personal, el capataz acogía en sus manos a la pobre doncella malherida. Su ropa estaba hecha jirones por completo, la sangre salpicada del látigo había alcanzado las paredes del salón y la herida estaba tan abierta que se podían ver los cojinetes de la espalda. Aquel atroz castigo era uno de los más leves que podían recibirse.

—¡Vamos! Hay que moverse. El ama quiere que dejéis todo bien limpio. La próxima vez no será tan benevolente con el resto. Si no queréis que os eche a los perros, ya podéis empezar a mover el culo. Es más barato comprar esclavos nuevos que salvar a los malheridos.

Todas empezaron a cuchichear entre ellas, pero el capataz las hizo callar con una simple mirada. Tanto en los campos de algodón como en la propia hacienda, su mirada era imponente y bastaba para hacer que a las doncellas les temblaran las rodillas y los niños salieran chillando a la carrera en busca de sus madres, y, por supuesto, allí bastó para acallar el murmullo de estas. Como si de una cadena al cuello se tratase, con la cabeza baja comenzaron a revolotear en busca de utensilios de limpieza.



Washington D. C.

Enero, 1871

—Señor Lafayette, ¿nos está diciendo que la señorita Lucie, antes de conocer al reverendo, era ya una mujer cruel y despreciable con sus trabajadores? —preguntaba el magistrado.

—¿Cruel? No. Yo lo llamaría truculenta y desalmada. Aquella mujer siempre se ha movido por impulsos, aunque no creo que disfrutase vejando a sus esclavos. Solo que la carga y el lastre de la culpa hacia quien ella juró amar fue lo que provocó el desgaste de su alma, hasta que quebró —dijo Lafayette con un tono coloquial—. Siempre nos hace daño el que nos quiere y no el que quiere

hacernos daño.

—¿Cree que el odio y el amor hacia su esposo pudo hacerle llegar hasta tal punto de crear toda esta suntuosidad? —quiso saber el letrado.

—Ya le digo, no conocía muy bien a la señorita Lucie, y pocas veces llegué a cruzarme con ella, pero los murmullos y chismorreos es una cosa que nunca falta en las pequeñas localidades. Según se oía, el *sheriff* podía estar fuera de casa durante días. Se dice que era tan borracho como el corcho de una botella, y que volvía tan ebrio que cualquier agujero servía para desfogar sus colmados deseos que manifestaba tener...

—¡Protesto! —interrumpía enérgicamente el letrado.

—Se acepta, no se permitirán más especulaciones señor Lafayette —añadía el magistrado—. Continúe.

—Pero la verdadera razón de que Lucie asesinase a su esposo no fue otra que descubrir que Thomas Cassei realmente era un agente de Pinkerton al servicio de la inteligencia de la Unión, infiltrado como un sureño confederado más en la pequeña población de Oldwing —dijo Lafayette con solemnidad—. Un punto clave en la reconstrucción del sur.

El jurado se echó las manos a la cara. De nuevo, el norte interfería en los acontecimientos sufridos por los confederados en el sur.

—¡Protesto, señor! —insistía el letrado.

—¡Se rechaza! —contestaba el magistrado.

—El Gobierno publicó la décimo tercera enmienda con la que se abolió el maltrato y la deshumanidad hacia los esclavos. Si bien no todo el mundo estuvo de acuerdo con ese tratado, estos siguieron estando bajo el control del sur; el norte insistía en acabar con los Confederados —añadía el Lafayette—. Pero ya saben, una mala decisión puede arreglar el presente, pero puede destruir el futuro...

—Díganos, señor Lafayette, ¿quién nos asegura a nosotros que lo que usted cuenta sea lo verdaderamente fiable como para creer todo lo que dice? —preguntaba el letrado.

Duke Lafayette comenzó a sentirse incómodo ante tanta pregunta. Las respuestas no parecían satisfacer las inquietudes del jurado, quienes cruzaban sus miradas unos con otros contrastando la información.

—Es cierto que circulan rumores sobre mi pasado —dijo el viejo.

—¡Un tipo duro, diría yo! —añadía el letrado.

—Un hombre que no mira atrás, pero que no olvida —masculló Lafayette mientras miraba de un lado a otro con la mirada.

—Sí, ya conocemos sus antiguas rencillas con Frank Baker antes de su llegada a Oldwing —comentaba el magistrado.

—La violencia llama a más violencia, eminencia —añadía Lafayette.

Duke se abalanzaba sobre su asiento y acomodaba el resto del cuerpo, se arremangaba y daba un trago a un vaso de agua que ya no estaba para nada fresca debido al tiempo que llevaban en la sala.

—Llorar nuestra infelicidad aumenta nuestra debilidad, y la mente de Lucie era frágil, unida al sistema, el cual crea desconfianza. Se vio vulnerable frente a aquella situación. Acabar con la esclavitud en el sur podría suponer el fin para la hacienda Cassei. Sin aquella mano de obra, las producciones de algodón y del resto de cultivos acabarían desapareciendo, y con ello su vida.

—¡Protesto! —volvía a insistir el letrado—. Me gustaría llamar al estrado al último testigo.

Capítulo 31

Osado paso

La casa del Señor

Febrero, 1870

—¡Sufrimos la nostalgia de la vida, vivimos el castigo del destino. No sé cómo sucedió, pero el señor por siempre a la muerte las mandó, obligándolas a dejar por siempre este camino... —refiriéndose a la familia Cassei.

El agua ya llegaba a los tobillos. Morgan hacía tiempo que había cerrado los ojos y seguía inmóvil en el suelo. Elwel se acercó y le zarandeó con la punta de la bota avivadamente.

—¡Morgan! ¡Morgan! —Pero este no se movió. Con desaliento, se echó el rifle a la espalda y comenzó a tirar del brazo de Frank.

—Vamos, Baker, es momento de marcharse. En unos minutos todo quedará anegado por el caudal del río. ¡No dejaré que se pudra en este lugar! —dijo Elwel al reverendo mientras intentaba arrastrarle—. Prefiero ver cómo le cuelgan...

—Llevo años sobreviviendo, luchando, y ahora que he vencido no encuentro nada. Yo jamás tendría que haber nacido. Mi vida es un castigo sin designación. Seguir viviendo no tiene ningún sentido.

—¡Maldita sea, cierre la puta boca y muévase! —ordenó desdichado Elwel.

Pero Frank ya no mostraba interés. Constantemente apartaba su mirada de Elwel, pero este no cesaba sus intentos por levantarlo, aunque fuese inútil.

—¡No! —graznó Frank—. ¡Márchese!

Pero Elwel insistía. Esta vez lo aferró del chaleco y comenzó a arrastrarlo por los pasillos del fortín subterráneo. Tiraba con fuerza, más de la que podía derrochar. El agua ya estaba a la altura de las rodillas cuando un nuevo estruendo hizo crujir las paredes del fortín. Acto seguido, más agua comenzó a apoderarse de los ostentosos pasillos. Elwel se apresuraba y, en ese instante, Frank reaccionó y empezó a moverse por sí mismo, aunque de malas maneras.

Avanzaron como pudieron, esquivando cajas y suministros almacenados en aquel lugar. Casi tenían el agua al cuello cuando consiguieron alcanzar el

final del fortín. Sus caras cambiaron al completo al ver aquella situación.

El valle ya no era como lo conocían. Todo estaba completamente anegado, los adeptos de Caleida corrían de un sitio a otro, despavoridos en busca de algún lugar seguro, pero el agua no era su mayor problema: sí lo eran los *wendigos*.

Al parecer, el dinamitazo de la mina y las presas por parte de Roy no había sido suficiente para dejar sitiados a aquellas bestias. Estas avanzaban como una horda asestando a diestro y siniestro diversos zarpazos a todo lo que encontraban en su camino, arrancando y desmembrando las extremidades de aquel que se cruzase con ellos.



Washington D. C.

Enero, 1871

—Por favor —anunció el magistrado—, dejen paso al caballero César Northon.

—Por favor, César, tome asiento —dijo el letrado—. Cuente a todos quién es usted.

—Hola a todos. Me presento para los que no me conozcan. Me llamo César Northon, amo de llaves de la hacienda Holland desde hace cuarenta y siete años. Con tan solo doce años fui trasladado como sirviente desde Inglaterra hasta Oldwing. He crecido y vivido junto a esta ecléctica familia desde prácticamente los inicios de la granja. Trabajé día y noche recogiendo kilos y kilos de algodón y maíz. He visto nacer y crecer a las señoritas Lucie y Abigail bajo la sombra de sus acacias. He visto fallecer al viejo Ben Holland, padre y abuelo de estas dos, por culpa de la enfermedad... Tras su muerte, la hacienda fue regentada por la menor de sus hijas y su recién esposo Thomas Cassei, nombre que se otorgó a la hacienda Holland después del enlace con Lucie. Aunque tras la muerte de su padre la hacienda siguió su curso, la señora se volvió cada vez más descastada y perdió el contacto por completo de sus hermanas mayores, quienes vivían al otro lado de la frontera con sus tías. Estas se habían desligado completamente con la familia al morir su madre, Caleida, quien falleció en el parto de la señora. Sus tres hermanas le achacaron la culpa de la muerte de su madre reprochándole que ella no debería haber nacido nunca. De ahí la razón de que la hacienda Holland acabase siendo herencia unitaria a favor de Lucie Cassei. He vivido en Oldwing prácticamente durante toda mi vida. No recuerdo y no reconozco otro hogar que no sea la hacienda.

—¿Qué tal era su relación con la señorita Lucie? —preguntó el letrado.

—La señora siempre fue una mujer seria, muy austera, ya que las circunstancias y los increpes ocurridos de sus hermanas hacia ella la hicieron ser una mujer autosuficiente y desconfiada. La señora jamás, y cuando digo jamás es nunca, me trató con desprecio. Es cierto que los capataces tenían siempre mano dura con los esclavos, pero al morir Ben me convertí prácticamente en un padre para ella y me sentí uno más en la familia Cassei.

—Y qué nos puede decir sobre Thomas, el *sheriff* de Oldwing —quiso saber el letrado.

—En cambio, Tom siempre fue un hombre reservado, modesto, discreto y bastante precavido. Quizás era un tipo demasiado comedido para vivir en un pueblo. Aunque no podría decir mucho de su pasado, sé que perteneció al ejército de la Unión durante años, pero dimitió y desertó del norte buscando amparo en el sur.

—¿Entonces usted no sabía nada sobre la agencia Pinkerton ni tenía constancia de que Thomas fuese un agente infiltrado? —insistía el letrado.

—No, señor —contestó fugazmente César.

—¿Y qué nos puede decir sobre la actitud de Lucie hacia su esposo? ¿Por qué su muerte, y por qué adoptar el rol de su madre Caleida incluso sin llegar a haberla conocido nunca? —preguntó el magistrado.

—Por ventura, quizás esa sea una pregunta demasiado difícil de contestar por un simple sirviente, pero intentaré resolver vuestras dudas lo mejor que pueda... Desde antes de que naciese Abigail, la señora tuvo un miedo constante hasta el nacimiento de su hija. Las palabras de sus hermanas la sumieron en una constante regresión que la hacía desconfiar de todo. Por otro lado, la hacienda era la única propiedad que los Cassei tenían a su nombre, y no estaba dispuesta a perderlo todo por culpa de un mandato explícito declarado por la Unión. El descubrir que su esposo Tom Cassei había estado siendo un espía del Gobierno durante años hizo que su mente enloqueciese aún más. Sí es cierto que noté distintos cambios de humor en ella durante años, pero realmente no le di importancia.

—Gracias, César, por su aclaración —concluyó el letrado.



La casa del Señor

Febrero, 1870

Las aguas torrenciales producidas por la destrucción de la montaña provocaron un enorme alud cuya nieve hizo virar el arca. La onda expansiva del choque contra el suelo, unida al agua, removió el desolado terreno cubriéndolo todo de fango a una altura de más de un metro.

Todos salieron despedidos por la borda, y los cuerpos de Caleida y Abigail fueron trasladados corriente abajo, siendo golpeados con dureza contra la arboleda.

El sol había caído hace unos minutos y aún había algo de claridad en el valle a excepción del bosque de coníferas, donde apenas unos pequeños haces de luz entreveraban las sombras de madre e hija. A pesar del golpe, ninguna de ellas había perdido el conocimiento.

La joven parpadeó un par de veces y, tras frotarse los ojos, pudo ver con claridad dónde se encontraba. Con pesadez, se puso en pie intentando controlar el temblor de sus rodillas. Los huesos le dolían como si un bisonte le hubiese pasado por encima.

Se encogió temerosa al verse perdida en aquel sombrío bosque. A su alrededor solo podía ver árboles de cortezas grises y ramas secas. El suelo que pisaba no era de pasto, como pensó en un principio, sino que estaba cubierto de lodo hasta donde alcanzaba la vista, y no había ni un triste arbusto, ni siquiera una pobre brizna de hierba verde que se salvase. Miró al cielo con aire desorientado. Estaba encapotado y tenía color plomizo, parecía tan viejo como el bosque donde se encontraba, que incluso olía a rancio.

Desperdigados sobre la ciénaga, estaban los restos del arca. Los listones del navío se habían astillado y los trozos de madera estaban esparcidos a unos cuantos metros a su alrededor.

Aquel momento utópico de no saber dónde estaba ni qué había sido de su madre la desconcertaba. Las lágrimas empezaban a agolparse en sus ojos y la desesperación de no saber qué hacer la atemorizaba. Cuando iba a estallar en un llanto incontenible, sintió que algo se agitaba entre los árboles.

—¿Madre? ¡Madre! —se atrevió a preguntar a la nada.

Dejó de respirar por unos segundos y puso atención tan quieta como un ratón agazapado, aunque el bosque solo le devolvió silencio. Durante un buen rato, se mantuvo tan silenciosa como él, atenta al vacío de su alrededor. Cuando consiguió dominar de nuevo su propia voz, decidió averiguar qué se escondía tras los árboles.

—¿Madre? —insistió.

De nuevo, no hubo respuesta, solo ese silencio eterno que la rodeaba. Tuvo la sensación de que la observaban. Los troncos se quejaron, crujiendo como muebles viejos con carcoma. A pesar de que parecían resecos y pútridos,

tuvo la sensación de que aquel lugar tenía vida propia y que podía sentirla, como ella a él.

Nuevamente, el crujido de pequeñas ramas del suelo y hojas secas desvelaban la posición de algo que se acercaba rápidamente hacia ella. Abigail desviaba la cabeza de un lado a otro fugazmente, manteniendo los ojos bien abiertos. No podía parpadear ni un solo instante. Los pelos se le pusieron como escarpas y algo le recorría el estómago hasta la garganta, dejando un enorme vacío en su pecho.

Cuando sentía que lo tenía encima, el sonido se detuvo y las pequeñas ondas del agua del fango también lo hicieron. Detrás de uno de los árboles a los que apenas le alcanzaba la vista, le pareció ver a una persona. Sin más, una voz le habló desde el otro lado del bosque, a su espalda.

—¡Lo has entorpecido todo! _Se escuchaba bastante alejado desde donde se encontraba la joven.

—¿Madre? —preguntó tímidamente Abigail mientras se giraba lentamente.

—Abigail, no vine a destruir este mundo, sino a enseñarle a tomar sus propias decisiones. Aún eres joven, pero algún día comprenderás que no es extraño morir por alguien a quien amas para salvarlo.

La joven avanzaba lentamente buscando la sombra de árbol en árbol, apartando la cabeza de las ramas bajas que tupian su visión, pero no conseguía encontrar de dónde salía aquella voz.

—¡No, madre! La muerte no trae justicia, sino más sufrimiento —gritó Abigail.

—Este mundo está enfermo. La locura de nuestra especie es que siempre anhelamos más. Hemos sido incapaces de satisfacer los preceptos de Dios y este es su resultado. Si las plagas no pudieron con nuestra especie, sí lo harán esas malditas bestias. Él las puso aquí. El arca las retenía y la avaricia nos matará a todos.

—¡Todos tenemos miedo! Sin duda. Pero enfrentarse a ellos sola nunca ha sido una buena idea —dijo la joven—. Sé que te abandoné, pero nunca fue mi intención.

—Desde siempre todos me han considerado una persona endeble, y todo lo que me ocurrió... quizás me lo merecía. Pero su odio me hizo fuerte, y ahora los débiles son ellos.

—¿De quién hablas? —quiso saber Abigail.

—Los débiles, los egoístas, los despreciables, los negros, los desesperados... Todos ellos han convivido en el sur y no han sabido proteger sus propios derechos, ni siquiera han sabido conservar sus propios principios. ¡No

merecen seguir entre nosotros! _continuaba Caleida.

Abigail seguía avanzando entre aquel lodazal, apenas quedaba luz y prácticamente se guiaba por el tacto entre los árboles. Cada vez estaba más cerca de aquella familiar voz.

—El mundo que conocíamos, hija, ya no existe. Los sureños hemos sido olvidados, marginados por una sociedad donde lo único que importa es el norte. Hemos estado buscando en vano durante años una nueva forma de impulsar los intereses de los Confederados, y el éter podría haber sido la respuesta.

Su léxico hizo gala de un gran aplomo y serenidad. Sus palabras resultaban tan convincentes que hasta ella misma las creía.

—¡No, madre! Ya no eres la persona que conocía —gritó la joven—. Basta ya de tanto dolor y sufrimiento. Todo ha acabado.

—¿Dolor? Solo hay algo peor que el dolor, y es no sentir nada.

Esta vez Abigail estaba cerca. Su voz se oía prácticamente en su oído. De pronto, algo salió corriendo, y tras ella Abigail.

—¡Madre, espera! —dijo sofocada mientras corría para alcanzarla.

Abigail avanzaba torpemente entre la oscuridad, hociendo con las ramas y los troncos de los árboles. De nuevo, la voz de su madre se volvía a escuchar lejana. Entonces se detuvo. Al parecer corría en vano en dirección opuesta.

—Creí entender el plan de Dios, pero me equivocaba. Estaba ciega, pero él me guió. Y una vez más, apareciste aquí... —hablaba lejanamente Caleida—. Te di todas las oportunidades posibles, y las has desperdiciado.

—Madre, ¿nunca te has cuestionado la naturaleza de Dios? Dios no va a ayudarnos. Esto solo depende de nosotras —gritó Abigail—. ¡Detente, por favor!

—¡La gente necesita de alguien en quien creer! ¡El espíritu del sur aún está vivo _dijo su madre solemnemente_ y podemos volver a crear una nueva nación, limpia y purificada de toda la escoria!

De nuevo, la joven sintió que alguien le tocaba el hombro desde detrás. Fugazmente, Abigail se giró, pero no vio nada ni a nadie. Una vez más, se sentía sola, vulnerable. Apenas podía ver a un palmo de su nariz, y multitud de ruidos extraños se apreciaban a su alrededor.

—Hemos esperado mucho tiempo. Casi lo hemos conseguido. Ahora no podemos rendirnos. —La voz de Caleida cada vez se acercaba más a la joven.

—¡Lo único que has conseguido es convertir tu mundo en cenizas! —se resignó Abigail.

—Este ya no es mi mundo, Abigail, sino el tuyo. Y para cambiar de un mundo a otro es necesario dar un osado paso —justificó Caleida.

—¿Así argumentas lo que has hecho? —preguntó con rabia la joven—.

¡La oscuridad te domina!

—Cuando empiezas a adentrarte más y más en la oscuridad, tu mente se abre y empiezas a ver. He visto lo que nos espera, y estoy aquí para evitarlo — seguía hablando Caleida.

Mientras avanzaba, Abigail vio cómo alguien se escondía tras la nieve. Prácticamente habían salido de aquel cenagal y estaban avanzando poco a poco por la cresta de aquel talud. Por fin conseguía ver frente a frente a su madre. Lentamente y sin apartar la mirada avanzaban, Caleida de espaldas a su hija.

—¡Vamos, no prolonguemos esto más! —gritó Abigail—. Ambas sabemos que no hay salida.

—Hemos empezado algo más importante que nosotros mismos, y debemos acabarlo, seguir el camino hasta nuestro destino —contestó Caleida encogiéndose de hombros.

—Tú has escogido este camino, siento que se acabe aquí... —aportó la joven.

Sin previo aviso, una vez más, Caleida salió corriendo. Abigail, tras ella, no paraba de escurrirse en la nieve. Al bajar por el otro lado de la cresta, la joven perdió de vista a su madre por unos segundos, pero sus huellas la delataban. Aunque aquellas no eran las pisadas de su madre, sino de una de aquellas bestias. Prácticamente sin tiempo para reaccionar, no le dio tiempo a levantar la vista del suelo cuando aquella alimaña se abalanzó sobre la joven, tirándola al suelo nevado y arrastrándola más de tres metros cuesta abajo hacia el desfiladero. Caleida se precipitó hacia el *wendigo*, cayendo los tres río abajo hacia la Lágrima del Diablo.



Washington D. C.

Enero, 1871

—Por última vez, me gustaría volver a llamar al señor Lafayette —aportó el letrado.

—¡Maldita sea! —se alteraba Duke Lafayette—. Ya he contado todo lo que ocurrió.

Todas las miradas del jurado se fijaron en él. Estaba sentado en la primera fila, tercer asiento, junto a César Northon, tres asientos más a la izquierda de Frank Baker.

—No se exaspere, señor Lafayette, será solo una última pregunta. No es

necesario ni que se mueva del asiento, solamente póngase en pie. Serán solo unos segundos. Pero díganos, ¿qué ocurrió con esas malditas bestias? —quiso saber el letrado.

—La respuesta es fácil. Cayeron —afirmó con rotundidad Lafayette—. A mi favor, solo puedo decir que los caballeros Elwel y Baker huían como podían, alejándose del fortín en dirección suroeste, hacia el lago. Elwel, a rastras, conseguía escapar de la casa del Señor junto a Frank Baker. Elwel ayudaba a Baker a seguir en pie mientras continuaban corriendo sin mirar atrás. No fue difícil dar con ellos, ya que a sus espaldas tenían más de cincuenta *wendigos* persiguiéndolos incesantemente, a no más de seis metros de distancia. Yo no hubiese dado un centavo por ellos cuando los vi en aquella situación. Cuando salieron de aquel lodazal, insistieron en seguir con vida. Esta vez corrían con ganas, con la mayor adrenalina que había visto nunca en un hombre. Parecía que los pulmones se saldrían de sus pechos. Al correr tan deprisa, el movimiento alocado de sus piernas entre el barro y la nieve hicieron caer al suelo al señor Baker. Desde lo alto de la cresta los pude observar, apoyé la carabina sobre mi hombro y, colocando el ojo sobre el visor, pude disparar para acabar con la vida de Baker. Aún se la tengo guardada a ese cabrón... Pero, en vez de eso, empecé a disparar sobre aquellas bestias mal formadas. Rápidas y hambrientas, soportaban cualquier disparo, incluso las de mi carabina Spencer. Aquello le dio tiempo suficiente a Baker para ponerse de nuevo en pie, estas siguieron persiguiendo a sus presas hasta llegar al lago. Pero debido al peso del tumulto de garras y dientes, el hielo comenzó a resquebrajarse, lo que hizo ceder el hielo de aquel estanque. Aquellas criaturas fueron cayendo al agua helada quedando atrapadas en las profundidades de la laguna para siempre. Cuando presencié aquella escena, descendí corriendo en su busca. Apenas me dio tiempo a llegar cuando, sofocado, encontré a Baker agarrado al borde del hielo, arañando el suelo, intentando aferrarse a cualquier cosa. Y al señor Elwel braceando en mitad de la laguna, pretendiendo llegar al otro extremo. Ayudé a ambos a salir del agua y simplemente esperamos a que acabase la noche con rifle en mano. No apareció ninguna bestia más.

—Muchas gracias por su aportación, señor Lafayette —concluyó el letrado recogiendo todo el papeleo de su mesa—. No hay más preguntas, señoría.

—Vistos para sentencia —dijo apremiante el magistrado—. Todas las declaraciones han sido aceptadas. En unos días se procederá a publicar una sentencia definitiva para los acusados.

Acto seguido, el magistrado golpeó firmemente en la mesa con el mazo, declarando el final del consenso.

—Por favor —volvió a llamar la atención el magistrado—, que los testigos esperen unos minutos junto al estrado. Los demás pueden despejar y abandonar la sala. Gracias por su tiempo.

Cuando el juicio acabó, me remangué el vestido para bajar los escalones y fui directa a donde estaba ella. Durante todo el acto la habían dejado apartada en una de las esquinas, sentada en su silla de ruedas. Aún llevaba entrelazado en sus manos, aquel colgante en forma de árbol que Abigail le dio antes de que se separasen. Lo apretaba con fuerza, manteniendo la mirada perdida. Desde aquel día en Oldwing, Judith nunca volvió a ser la misma. El golpe del agua contra el navío le hizo herrar el tiro, salvándome la vida. En cambio, ella no sufrió tanta suerte y la caída la dejó inválida de cuello hacia abajo, obligándola a vivir por siempre sentada bajo la misericordia de Dios.

Capítulo 32

Imposible

En algún lugar

Febrero, 1870

La fuerza torrencial del agua provocada por el alud envió al fondo de la Lágrima del Diablo a la joven Cassei y a su madre Lucie. La caída era mortal, la altura y la presión de la garganta provocarían la muerte instantánea de todo lo que cayese por aquel abismo escarpado...

—¿Abigail? —Aquella voz le resultaba familiar—. Abigail, por favor, despierta...

Pero ella no abría los ojos. Su corazón ni siquiera parecía latir. Tenía toda la cara hinchada y su ropa estaba totalmente hecha jirones. Estaba tirada en la salida de una cueva natural formada por el río Viejo.

Él la zarandeo sin descanso, pero ella no se movió ni un palmo. Sus ojos comenzaron a ponerse muy brillantes y las lágrimas comenzaron a colmarse en ellos. Después, arrodillado junto a ella, abrió la boca, pero no para gritar, sino para extraer todo el odio acumulado que llevaba dentro. El sonido que salió de su boca fue muy fuerte. Tras llorar durante horas la muerte de la joven, ya sin fuerzas, intentó cargar con ella, pero se encontraba demasiado herido como para aguantar su peso, por lo que decidió dejarla de nuevo donde la encontró.

Alicaído, abandonó el lugar a paso muy lento arrastrando los pies cuando, de repente, escuchó de nuevo su voz

—Mor-Morgan...

EPÍLOGO

A pesar del poder que llegó a tener el Círculo (K) de Caleida (K) Cassei (K), el Gobierno no quiso revelar lo sucedido al resto del mundo, por lo que se decidió en *petit comité* que lo más apropiado sería encubrir aquel suceso achacando la culpa a varios generales, a viejos veteranos confederados sobre una rebelión a favor del racismo, la xenofobia y la homofobia.

El 20 de abril de 1871 se reunió una comisión que recogió cincuenta y dos testimonios sobre las atrocidades sucedidas estos últimos años en Oldwing, donde Benjamin Franklin Butler redactó un nuevo decreto nacional conocido como Acta de Derechos Civiles de 1871 firmado por el presidente Ulysses S. Grant.

En aquel acta se les acusaba de fundar hace cinco años un grupo antipatriótico e injurioso, dañino contra la paz pública y la ciudadanía de raza negra, cuyo nombre en clave fue KKK. Aquella fue la excusa perfecta dentro del marco de la Reconstrucción, algo que resultó imposible imponer por parte del norte al intentar abolir la esclavitud en los estados sureños.

Todo se encubrió. La realidad se enturbió y se desacreditaron todos los actos provocados por Frank Baker y Lucie Cassei, desestimando cualquier cargo hacia ellos. Baker fue trasladado y exiliado al oeste de Canadá. Una vez más, consiguió evitar la soga, desafiando nuevamente a la muerte.

Aunque nunca llegó a encontrarse el cuerpo de Abigail ni el de Lucie Cassei, la agencia Pinkerton dedicó sus últimos esfuerzos en buscar el paradero de ambas para evitar dejar cabos sueltos.